



de

CARLOS CARNICER

# forçada

Un espia español al servicio de Felipe II

EL SECRETO DE LA REINA V

Lectulandia

París, 1586. En la oscuridad de la urbe más populosa del siglo XVI se oculta un veterano capitán de los tercios españoles, Forcada. Taciturno, endeudado y de espada fácil, no es un dechado de virtudes, pero sí el espía más eficaz al servicio de su católica majestad Felipe II; el personaje que mejor se mueve entre las sombras y la retaguardia de los grandes enemigos del Imperio español. En Inglaterra, Isabel I, la Reina Virgen, se muestra cada vez más insolente. Fiel al protestantismo de su padre, avala a piratas como Francis Drake, que amenazan constantemente los galeones y las costas españolas, y financia a los rebeldes holandeses, mientras mantiene encerrada a María Estuardo, la legítima soberana de Escocia. Sólo el esquivo Forcada será capaz de enfrentarse a la Reina Virgen y desentrañar su secreto. El capitán se verá obligado a embarcarse en una peligrosa aventura en lo más profundo de Inglaterra, el país más hostil para un hombre al servicio de la corona española. Mientras, desde El Escorial, se prepara la campaña de la Armada Invencible.

**Lectulandia**

Carlos Carnicer

# **El secreto de la Reina Virgen**

**Forcada - 1**

ePub r1.0

Titivillus 21.11.2017

Título original: *Forcada. El secreto de la Reina Virgen*

Carlos Carnicer, 2007

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Estoy en deuda con quienes leyeron esta novela cuando sólo era un manuscrito. En muy buena medida, creo que les pertenece también a ellos. Y por partida doble, porque hay que ser realmente generoso para dedicarle tiempo e ilusión a leer algo que, antes de impreso, no es más que una mera especulación, escrita por alguien cercano que, por el mismo hecho de serlo, no ofrece ningún aval de que haya realizado algo apreciable.

Estas personas han sido mi mujer, Ángeles Santos, que fue leyendo los capítulos de la novela casi según iban saliendo del ordenador y siempre creyó en su valía, a menudo incluso más que yo mismo; mis amigos Irene Poveda, Luis de Juan y Teresa Martín; mi tío Jesús Esteban, que la leyó en circunstancias especialmente duras que afrontó con conmovedora entereza; y mi hermano Fernando Carnicer, que fue el primero en leer los capítulos iniciales.

Mi agradecimiento también a mis padres, José Carnicer y Luisa García San José, por la manera afectuosa y respetuosa en que han estado siempre ahí, preguntándome lo justo, recordándome, también lo justo, cuál era mi camino y cómo debía seguirlo a pesar de todo.

Mis hijas Claudia y Laura pusieron el inevitable ruido de fondo mientras escribía, pero también su insustituible gracia y alegría.

## *Don Bernardino de Mendoza*

Esa noche de principios de mayo de 1586 el flamenco Hans Oberholtzer se sentía inquieto. Sobre la mesa de su secretaría, a sólo dos estancias de la que solía utilizar el embajador, como aquella misma noche, para reunirse con secretos visitantes, el último despacho que debía enviarse a Madrid quedaba aún por cifrar. Habitualmente, y sobre todo cuando, como hoy, no estaba Diego Maldonado (el celoso y metomentado secretario de la embajada), Herman Cartelegar le ayudaba en esta tarea. Pero esa noche Cartelegar había salido a encargarse de asuntos que sólo éste y el embajador conocían.

Los despachos, extensos y prolijos, que informaban a su majestad el rey de España de los últimos acontecimientos de Francia (pero también de Inglaterra, Flandes y hasta de noticias llegadas de Alemania e Italia), primero eran escritos en lenguaje claro por él mismo o por Herman al dictado del embajador, casi siempre durante la tarde. A la noche había que volver a escribirlo todo en cifra, una escritura complicada y trabajosa ideada para que en el caso de que los despachos cayeran en manos del enemigo (¡y Dios sabe que tenemos a medio mundo al acecho de nuestros correos!) a éste le costara literalmente sudar tinta antes de llegar a entender algo de su contenido. Se requería mucha práctica y pericia para hacer el cifrado, y a la luz titubeante de las velas y los candiles se dejaba uno los ojos y los nervios en la tarea. Todo para que en Madrid algún oficial descifrador agobiado de trabajo y somnoliento confundiera las palabras y arruinara su meticulosa labor desfigurando lo escrito en el descifrado.

Mas esa noche los malditos despachos no eran la causa de su inquietud. Oberholtzer miró en torno suyo a los tres jóvenes escribientes de la embajada inclinados sobre los tableros de sus mesas. Conocía a la perfección en qué estaba ocupado cada uno de ellos en aquel preciso instante. Los había entrenado a conciencia él mismo y hacían bien su oficio. Más les valía que fuera así. El flamenco no tenía humor para los errores y sus oficiales lo sabían de sobra. Cuando habían terminado de copiar los despachos en cifra que él les entregaba, Oberholtzer los repasaba: un vistazo rápido, pero tan experto, que detectaba cualquier error al transcribir aquella sucesión de números, letras y signos que componían un aparente galimatías para unos ojos desavisados, igual que la escritura musical se lo parecería a un profano. La expresión de temerosa concentración de los escribientes mientras trabajaban se acentuó al observar por el rabillo del ojo que el secretario se había levantado de su mesa y se paseaba con andar nervioso por la estancia.

Cuando había llegado ya cerca del umbral, Oberholtzer vio pasar, primero, la

figura fugaz y, a continuación, la sombra resbalando por la galería del joven visitante inglés con quien se había encerrado cosa de una hora antes el embajador. Aún le dio tiempo a verlo de espaldas mientras descendía por la escalera y se lo tragaban abajo las sombras del zaguán.

El flamenco se quedó entre el umbral y la galería, a la espera, la vista dirigida hacia la puerta ahora entreabierta de la estancia de donde acababa de salir el inglés.

No tuvo que aguardar mucho. Al poco, el embajador pronunció su nombre en tono imperativo y Oberholtzer recorrió en un instante, con largas zancadas, los pocos metros que le separaban del origen de la voz.

—Pasad adelante, Hans —dijo por todo saludo el embajador.

Don Bernardino de Mendoza, embajador de su católica majestad Felipe II ante la corte del rey de Francia Enrique III, le observaba puesto en pie desde unos ojos ya casi ciegos por las cataratas y que le daban esa inquietante expresión de ahora, desvalida por momentos, y por momentos también altiva y colérica, que tan familiar le resultaba a su secretario personal.

Oberholtzer venía sirviéndole en toda clase de trabajos desde los tiempos en que el Duque de Alba gobernaba los Países Bajos, cuando un Don Bernardino todavía joven guerreaba como capitán de la caballería española, arrojado en la acción y ducho en la estrategia, tanto que hubiese llegado a general de la caballería en Flandes (y su nombre, de hecho, sonó para el cargo) de no ser porque su vasta cultura, sus dotes y su linaje, que descendía del mismísimo Marqués de Santillana, le hicieron pronto muy adecuado para emplearlo en misiones diplomáticas. Lo había seguido hasta Londres cuando su majestad lo nombró su embajador ante la reina Isabel de Inglaterra, y juntos habían pasado allí mil tragos, aventuras, desventuras y afrentas durante cinco años, hasta que en 1583 la reina herética y su Consejo decidieron expulsarlo ignominiosamente del reino como conspirador e intrigante. ¡A él, a un Mendoza, de estirpe más limpia que la de la propia soberana inglesa, esa bastarda de quien Don Bernardino se despidió prometiendo que, pues no le había sabido dar satisfacción como ministro de paz, se esforzaría de allí en adelante para que la tuviese de él en la guerra!

—¿Ha regresado ya Carteleger? —le preguntó Don Bernardino acercándose a la vela que iluminaba su escritorio.

—Aún no, excelencia.

—Tan pronto como regrese, le diréis que deseo hablarle.

Oberholtzer asintió pero no se movió de su sitio, como si aguardase una orden más de su señor. Después de todo, confiaba en que Don Bernardino le mencionara algo acerca del sentido de las idas y venidas de esos ingleses durante las últimas noches. Primero había venido Charles Paget, hermano de lord Paget, uno de los más activos católicos ingleses exiliados en Francia, partidario de María Estuardo y visitante habitual de la embajada. Llegó acompañado de un misterioso clérigo de su misma nación. Un par de noches después fue precisamente este sacerdote quien

regresó y estuvo encerrado con el embajador dos horas largas.

Hoy había aparecido ese otro inglés pálido y, a pesar de su juventud, casi calvo, que se hacía llamar Walter Luson (sin duda, un nombre fingido), a quien Mendoza acababa de dedicar más de una hora de secreta conferencia. Aunque lo que ya llevaba corrido en tales inteligencias le advertía de que aquello debía atribuirlo a un enredo más, como tantos anteriores, de esos inquietos ingleses, lo cierto es que le desagradaba estar a oscuras de lo que se tramaba. En los últimos despachos para el rey que Mendoza le había dictado aquella misma tarde no se mencionaba ninguna de estas visitas.

Como Don Bernardino no parecía dispuesto a añadir nada más, el secretario hizo ademán de irse a retirar ya.

—Una cosa aún, señor Oberholtzer —le interrumpió el embajador—. ¿Qué de nuevo sabéis de nuestro *Saúl*?

Al oír pronunciar aquel nombre en clave, el flamenco miró a Mendoza desconcertado. Pero inmediatamente se guardó para sí aquella mala sensación y respondió como el embajador esperaba que lo hiciera.

—A decir verdad, poca cosa, excelencia. Me contaron que se le vio por La Bastilla hará dos meses. Aunque no supieron decirme si por estar él preso (que bien pudiera ser) o por estar visitando a alguien que lo estuviera. Ni siquiera puedo asegurar si se encuentra aún en París. Vuestra excelencia recordará que el entretenimiento que hizo la merced de concederle se le pagó por última vez el pasado diciembre, y después se le dejó de entregar, según vuestra orden.

—Sí, se me acuerda.

Justo en ese momento se oyeron pasos en la galería. Cartelegar regresaba.

—Podéis retiraros —ordenó Mendoza—. Rogad al señor Cartelegar que venga a hablarme.

No hizo falta que transmitiera el recado, pues el otro confidente de Don Bernardino estaba ya casi en la puerta y se cruzó con Oberholtzer.

Herman Cartelegar entró impetuosamente, más pálido aún de lo que era habitual en su tez, todavía pensando en el encuentro que había tenido un minuto antes, cuando abría el portalón de la casa del embajador. Si es que a aquello se le podía llamar encuentro...

Sabía de sobra que el rey Enrique les tenía puestos espías en los alrededores de la embajada para conocer quién entraba y salía a entrevistarse con el representante del rey de España. También los ingleses se dejaban caer por allí a fisgonear. Por no hablar de los venecianos, cuyo embajador tenía su residencia a pocos metros de allí. Por eso, para salir sin ser visto y hacer entrar con discreción a los visitantes, empleaba la casa contigua, propiedad de un católico de fiar, que comunicaba con la del embajador por una portezuela abierta en las cuerdas. Desde las caballerizas se pasaba a un pequeño patio abandonado que en otro tiempo fue corral y ahora nadie usaba, separado del resto de las estancias de la casa vecina, con lo que no había que



verse con nadie ni dar explicaciones. De allí se salía bajo un pórtico, que en la noche quedaba protegido por las sombras de las miradas indiscretas, a un callejón lateral, poco concurrido y que nadie creería relacionado con la casa del embajador.

La idea de la salida secreta había sido del propio Mendoza, y sólo estaban al tanto de ella, además del que la ingenió, el secretario Maldonado, los dos confidentes y el dueño de la vecina casa. Se habían guardado mucho de que la existencia del pasaje secreto no lo conociera ni el amo de la casa que se la arrendaba a Don Bernardino, pues se trataba de un realista acérrimo que no hubiese tardado un minuto en ir con el cuento al rey francés.

Sin embargo la figura que acababa de entrever esta noche moviéndose a sus espaldas mientras abría el portalón no parecía la de un espía. A decir verdad, no semejaba siquiera la de un humano. Si hubiese tenido más tiempo para observarlo habría jurado que aquello, fuera lo que fuese, vestía un hábito de franciscano, pero más bien parecía una sombra, sin cuerpo que la habitara. Con un gesto, Mendoza le ordenó que cerrara la puerta. —¿Habéis entregado mi billete al arzobispo de Glasgow?— Tal como me encargó. El arzobispo me confió este otro para vuestra excelencia.

Cartelegar se lo extendió y Don Bernardino lo recogió de su mano acercándolo a continuación a la luz de la vela. Se entretuvo mirando el sello que lo cerraba antes de romperlo y desdoblarlo. Para leerlo se sentó y se arrió mucho a la titubeante luz. Sus ojos casi ciegos se pelearon durante unos segundos con las letras escritas en el billete. Luego, Mendoza hizo un apretado cilindro con el papel, lo puso en contacto con la llama y, cuando ya ardía, lo depositó en una bandeja donde se acumulaban otras cenizas, observando cómo el fuego lo terminaba de consumir.

—Tengo otro encargo para vos —anunció el embajador incorporándose.

Herman Cartelegar asintió sólo con la mirada, y su expresión, ya de por sí concentrada, se hizo más filosa en sus ojos de un azul pálido casi translúcido.

—Deseo que me traigáis aquí a *Saúl*.

—Hace meses que le perdimos el rastro. —El confidente, como antes Oberholtzer, pareció contrariado al escuchar aquel nombre. Don Bernardino lo adivinó al instante. Cuanto más le abandonaba la vista, mejor sabía interpretar los silencios, y era como si las vagas expresiones de los rostros que ahora apenas le dejaban vislumbrar las cataratas se le hicieran más esencializadas y transparentes.

—Pues debéis hallarlo. Y hoy mejor que mañana.

—Ignoro si aún seguirá en París, excelencia.

Mendoza sonrió, no sin cierta benévola ironía: si existía una persona capaz de averiguar dónde se escondía alguien en aquella ciudad, ése era el bueno de Herman Cartelegar.

Éste sopesó el sentido de la sonrisa del embajador, que le aguijoneó tanto por lo que decía como por lo que callaba. Por un segundo quiso callar a su vez, pero antes de que su determinación pudiera sobreponerse a su cólera, ya estaba hablando.

—Vuestra excelencia sabe bien que *Saúl* no es de fiar. Es hombre de...

Con un gesto de la mano, Don Bernardino atajó el discurso que iba a comenzar su servidor.

—Conozco bien la opinión en que le tenéis, pero se os olvidan los señalados servicios que ha hecho a su majestad, y que nunca engañó en cosa de fundamento.

«Sea, si los escudos de a ocho no son cosa de fundamento», protestó para sus adentros Cartelegar, pero lo que llegó a decir fue:

—Aun así, es hombre desacreditado y que negara a su padre por un real.

—Y persona de calidad, y de los más esforzados hombres y de más valor que han servido en los tercios de su majestad.

—Eso es cuento viejo.

—Sí, tan viejo como este que os habla. Tan viejo como los cadáveres de tantos gentilhombres que dejamos pudriéndose en los campos anegados, en los canales, en los barrizales y las trincheras de Zelanda y Holanda. ¿Sabéis cuántos como él descansan en el canal mayor de Zierikzee? Sabed que nuestro *Saúl* iba en la vanguardia de los que mandaba Don Juan de Osorio y Ulloa en el año de 1575. Aquellos hombres vadearon tres leguas de canal en la bajamar, de una isla a otra, cosa jamás vista, por mucho lodo y agua, con las picas, espadas y arcabuces en las manos y en alto porque no se mojasen, con el agua cubriéndoles hasta los pechos, mientras la armada de los rebeldes les cañoneaba y rociaba de arcabuzazos, y se les acercaban en barcas para herirlos y ahogarlos en el lodo. ¿Sabéis cuán largas se hacen tres leguas caminando sobre las aguas, en hilera y sin poder defenderse? Y aún les quedaron fuerzas para, apenas pisaron en la isla, los quince o veinte primeros en llegar, entre los que se hallaba nuestro Juan de Forcada, cargar casi desnudos, con sólo las espadas y las picas, apellidando a Santiago, contra el dique que defendían diez banderas de ingleses, escoceses y franceses, todos soldados viejos a las órdenes del gobernador Boissot. Y aquellos soldados enemigos hechos a todo no daban crédito a la visión de aquellos locos desnudos cargando contra ellos, como diablos surgidos de las aguas. Tiraron una primera rociada de arcabucería y después se huyeron a los fuertes del interior de la isla, dejando atrás el honor y la vergüenza de dar espaldas a tan pocos, ¡en tanto espanto les puso la determinación de los nuestros! Al gobernador Boissot y a los que no corrieron lo bastante los acabaron allí mismo y tomaron el dique ellos solos. ¡De esta calidad es el hombre que decís no es de fiar!

—A veces, los que son capaces de lo mejor, lo son también de lo peor.

—Y dan lo mejor de sí para su rey y lo peor para los enemigos de éste — concluyó Don Bernardino, sentencia por sentencia.

Cartelegar entendió que era el momento de guardar silencio, y contestando casi con voz inaudible que cumpliría el encargo del embajador aunque para ello tuviera que volver París del revés, pidió permiso para retirarse.

## *Buscando a Saúl*

Pero por mucho que Cartelegar se tomara su misión muy en serio, volver del revés una ciudad como París no era una tarea precisamente fácil. Además, existía una limitación, implícita en el encargo del embajador Mendoza, que complicaba aún más las cosas. Estaba claro que éste creía necesaria la participación de *Saúl* en inteligencias secretas, y esto obligaba a actuar con suma discreción. Todo hubiera resultado más sencillo si Cartelegar hubiese podido hacer circular entre todos sus contactos, simplemente, una orden directa como «encontradme al señor de Forcada». Unos cuantos billetes con el encargo esparcidos por París entre los confidentes que trabajaban para él, unos pocos criados escogidos del embajador haciendo averiguaciones en ciertos cabarets, hoteles, figones, fondas, posadas y casas de juego de la ciudad de las que frecuentaban los hombres como el que buscaba, y con toda seguridad, la respuesta llegaría en dos días, tres a lo sumo.

Desgraciadamente, no podía conducirse de este modo tan directo. París era entonces una ciudad donde confluían cientos de hilos con sus pequeñas y grandes intrigas, y decenas de redes con sus soplones y confidentes de toda condición. Católicos y protestantes de todas las naciones buscaban siempre algo que pescar en esta abigarrada urbe partida por el Sena. Los criados del embajador español eran bien conocidos y una nube de espías del rey de Francia, de la reina madre Catalina de Médicis, de los hugonotes, del embajador inglés y del secretario de Estado de la reina de Inglaterra, sin contar con los que servían a otras potencias italianas como la Señoría de Venecia y el Gran Duque de Florencia, estaban muy interesados en conocer todos los pasos de la gente de Don Bernardino. Una tarea aparentemente tan simple como buscar a un hombre en París era algo parecido a arrojar una gran piedra en un pequeño estanque: las ondas formadas en el agua llegarían pronto hasta las mismas orillas y toda la ciudad acabaría por enterarse del secreto. No, decididamente debía mover sus piezas de un modo más sinuoso si quería llegar hasta *Saúl* sin que París entero lo descubriera. Pero ¿cuál era la manera de hacerlo?

Cartelegar pasó buena parte de la noche dándole vueltas al caso. A la mañana siguiente, muy temprano, convocó en su aposento a una decena de criados del embajador y les estuvo instruyendo acerca de lo que debían hacer. A cada uno de ellos le entregó una lista distinta de la de los otros con las señas de los lugares por los que debían dejarse caer esa misma mañana. Se limitarían a observar y, por encima de todo, a escuchar. No trabarían ninguna conversación por iniciativa propia, y si alguien les reconocía, no negarían que servían al embajador, y buscarían en cada caso la excusa más conveniente para justificar que se encontraban allí donde se hallasen en

cada momento. Ni una palabra de más. Ante todo —les advirtió— no debían pronunciar jamás el nombre de la persona cuyo rastro buscaban.

Los criados asintieron a estas órdenes sin replicar, aunque con expresión intrigada. Entonces Cartelegar comenzó a darles las señas que necesitaban conocer para saber a quién debían encontrar.

—Un gentilhomme español, soldado viejo en Italia y Flandes, de cuyos trabajos y jornadas en las que peleó tiene hartas señales, pero a la vista no se le reconocerán más que una pequeña cuchillada sobre la ceja izquierda y otra más profunda en la mano diestra. Cabello castaño, que acostumbra llevar largo, rostro enjuto y tez aceitunada, bigotes a la española y barba bien recortada. Es hombre de cuerpo esforzado y de muy buenas partes, y alto de poco más de dos varas. En su aspecto disimula mal cuál es su nación. Se viste más como soldado que como caballero, pero es harto raro no verle colgado sobre el pecho un medallón de oro muy bien labrado y que valdrá no menos de mil ducados. Diestro en ingenios de fuego, es muy experto con la espada y con los ardidés de la lucha, por lo que raro será verlo desarmado. Es persona de calidad, y sobre las formas de soldado que usa, se conduce como gentilhomme. Tiene la lengua española y la italiana y habla algo de la flamenca y de la francesa; la inglesa la conoce, mas apenas la habla; y debe recordar aún el latín y el griego que estudió en Alcalá. Amigo de naipes y dados, y favorecido de las damas, se acompaña siempre de veteranos como él y trata con mucha confianza con católicos ingleses y hombres del Duque de Guisa. Porque gasta cual si tuviera encomienda de veinte mil ducados y no sé si habrá posadero en París que aún le conceda crédito, debe andar muy prevenido y oculto de sus acreedores, además de que tampoco le harían ascos a la nueva de su paradero dos o tres decenas de espías de todas las naciones.

Tras decir esto, el confidente del embajador fue llamando a cada uno de los criados aparte y les fue dando unas últimas instrucciones, añadiendo las particularidades que se le ocurrieron importantes para que cada cual desempeñara lo mejor posible la misión que les había sido encomendada.

Ahora la red estaba tendida, pero de sobra sabía Cartelegar que esto no era garantía suficiente de que el pez fuera a caer dentro de ella. Cada tarde tenía sobre su mesa los informes redactados por sus rastreadores. Casi todos trataban de chismes, rumores y nuevas que corrían por la ciudad que nada tenían que ver con el caso, pero respondían a la insistencia con que les había instruido para que no dejaran de escribirle ninguna noticia que recogieran. Así, varios de los avisos se referían a que entre los numerosos partidarios de la Liga católica que vivían en la ciudad se empezaba a desconfiar de que la venida del Duque de Guisa a París —que ya duraba tres meses— hubiera servido para estrechar más al rey Enrique con la causa católica. Algunos daban por seguro que el Duque, cansado de las ambigüedades del rey y hastiado de las sinuosidades de su corte, planeaba abandonar París de inmediato. Otros decían que el monarca no pensaba cumplir ninguno de los pactos firmados con la Liga el año anterior y que le comprometían a unir sus fuerzas con las de ésta,

expulsar a los hugonotes del reino, arrebatarles sus plazas de seguridad y obligar a los pastores protestantes a abandonar Francia, sino que, bien al contrario, Enrique III andaba ya en tratos secretos con el rey de Navarra para unirse ambos contra los Guisa y la Liga, y que sólo aguardaba la ocasión propicia para quitarse de una vez la máscara.

Según otros, el comité secreto que la Liga parisina se había dado urgía al Duque de Guisa a que se anticipara a las artimañas del rey y, aprovechando su presencia allí, encabezara la rebelión de sus partidarios en París para apoderarse de la capital y expulsar al rey de ella si no se avenía a cumplir todos los compromisos que había firmado el año anterior en Nemours. Esta idea inquietaba a muchos y circulaba un rumor que aseguraba que, antes de que esto ocurriera, diez mil hugonotes secretos que se fingían católicos se armarían en el arrabal de Saint-Germain para caer contra los católicos y hacer con ellos lo mismo que éstos hicieron con los protestantes la noche de San Bartolomé. Esta vez, el rey dejaría a los hugonotes hacer a su gusto, para verse libre así de la cadena con que lo sujetaban la Liga y los Guisa.

Más verosímil parecía la nueva de que el rey quería complicarle las cosas a Guisa en sus propias tierras, y así, los partidarios de Enrique III conspiraban para alzarse con algunas plazas en Champaña y Borgoña, de forma que el Duque tuviera que preocuparse de conservar lo suyo y no de apoderarse de lo del rey. Y a cuento de esto, se decía también que la plaza de Auxonne se había levantado contra el Duque, y que ésta sería la verdadera razón de que Guisa se dispusiera a abandonar París para ir a levantar ejército con que reconquistarla.

Uno de los informadores se hacía eco de otro rumor que afirmaba que el bearnés Enrique de Navarra, jefe del partido protestante, estaba muy animoso y cada vez más convencido de que, a no mucho tardar, sucedería como rey a Enrique de Valois, aun a pesar de la excomuniación del Papa, porque recientemente se habían visto, corriendo de una parte a otra del cielo, cometas y señales de extrañas formas que ponía gran admiración el verlos, y de tan gran claridad, que en la noche se podían leer cartas como si fuera de día; y que fueron visibles desde el castillo de Pau, donde tiene su solar la casa del de Navarra, pero también en otros muchos lugares y provincias de todo el reino, lo que un astrólogo que sirve al bearnés había interpretado como indicio cierto de que pronto reinaría sobre toda Francia.

De Inglaterra llegaban nuevas de que se recrudecían las desavenencias entre la reina Isabel y su virrey en Holanda, el Conde de Leicester. Lo gravosa que le resultaba la guerra de Flandes y el temor a que el rey de España tomara por fin venganza contra ella invadiendo su reino, habrían movido a la inglesa a mandar emisarios con propuestas de paz al Duque de Parma, gobernador de Felipe II en los Países Bajos. La noticia de los grandes daños y la mayor insolencia del pirata Drake, que había saqueado Santo Domingo y Puerto Rico, en las Indias, corrían ya por todo París. Uno de los informantes que trataba de ello, añadía que, al ser reconocido como español por uno, éste le había dejado muy corrido como vasallo de su majestad con

preguntarle cuánto más iba a aguardar el rey de España para desquitarse de tantos agravios que le hacía la reina de Inglaterra mandando a sus soldados a luchar junto a los rebeldes de Holanda y a sus piratas a saquear las Indias; y que el día que el rey Felipe se decidiera a hacer jornada para conquistar Inglaterra con sus ejércitos, no faltarían, no ya mil, sino cien mil buenos católicos franceses que con gusto irían codo con codo con los españoles a barrer a los herejes de toda aquella isla. Hasta se decía que el mismísimo papa Sixto se burlaba en público, a cada ocasión que le daban, de la timidez e irresolución del rey de España en castigar a la inglesa, y que para mayor ultraje, aseguraba estimar en más el valor de la reina Isabel, con ser mujer y hereje excomulgada, que al prudente y timorato Felipe, por muy católico que fuese.

Para inquietar a Francia e impedir que Enrique III cumpliera sus pactos con la Liga contra los hugonotes o se uniese a España contra Inglaterra, la reina Isabel se disponía a mandar a un genovés llamado Palavicino, quien le solía servir en tales oficios, a los estados de los príncipes protestantes de Alemania, para levantar allí tropas que al año siguiente invadirían Francia por el norte, en inteligencia con Enrique de Navarra, que avanzaría desde el sur contra las fuerzas del rey y de la Liga, si éstas siguiesen aún en el mismo campo.

Del Havre de Gracia, mercaderes recién venidos de España traían nuevas de que en toda la Andalucía y en Lisboa se juntaban navíos y se hacía acopio de municiones, armas, vituallas y soldados para formar armada que se creía iría contra alguna isla de Zelanda, o entraría en alguna ría de Irlanda para levantar a los católicos de allí contra la reina de Inglaterra como modo de divertirla de enviar sus fuerzas a Flandes. Aunque muchos pensaban también que la paciencia del rey Felipe se había acabado y que el objeto de armarse esta gran flota era atacar directamente a Inglaterra o, al menos, que el conocerse los grandes aprestos que se hacían contra ella, forzara a la inglesa a negociar sinceramente un arreglo de paz, a retirar sus soldados y a devolver las plazas que retenía en los Países Bajos.

Entre todos estos informes había algunos que daban noticias de españoles que residían en París. Por ejemplo, uno hablaba de un tal Del Río, nacido y criado en Inglaterra, pero hijo de un agustino español renegado que se había convertido a las doctrinas luteranas y había huido de España con una monja de la cartuja de Sevilla. Este hombre se había dedicado un tiempo a imprimir libros heréticos en Lyon y a sembrarlos en España haciendo contrabando en las fronteras. Ahora se decía que se había instalado en París para llevar las inteligencias secretas del secretario de Estado de la reina Isabel, sir Francis Walsingham, y le habían visto hospedado en la posada del Elefante en compañía de algunos ingleses sospechosos que se fingían católicos para espiar mejor a los verdaderos exiliados católicos que vivían en la ciudad.

En la puerta de Bussy hacía dos días que se había producido una riña sangrienta entre un grupo de españoles y otro de franceses, por no sufrir los primeros las burlas que al

rey de España y a los de su nación les hacían éstos a propósito de las correrías de Drake por las Indias, acusando a la nación española de no servir más que para bravear y pasearse por Francia como si fuesen los amos de todo cuando no eran capaces siquiera de defender su casa, como se veía por los casos de Flandes, de Galicia y de las Indias, donde los herejes ingleses les saqueaban a su antojo. La pelea que se entabló fue porfiada y no acabó antes de que tres quedaran en tierra espantosamente malheridos y otros tantos maltrechos, con al menos un muerto entre ellos, que había quien decía que era de los españoles y quien aseguraba ser del campo francés.

No era el único altercado de este tipo, pues en la calle de Grenelle un hidalgo español había matado a un burgués en cuya casa se hospedaba y de quien había sido hasta entonces muy amigo. Cartelegar leyó con expectación este informe por ver si las señas del caballero español concordaban en algo con las de Saúl. Pero los pocos datos que se daban en nada le recordaron a éste. Todo se reducía a una riña por la mujer del burgués, que había mostrado excesiva amistad con el huésped español. Lo preocupante es que la disputa atrajo a los vecinos de la calle y de otras aledañas, que se pusieron de parte del marido agraviado, sobre todo porque el rival en amores era un español. Cuando el hidalgo acabó con el esposo, los vecinos le cercaron, se le enfrentaron procurando oponerse a su fuga y le atacaron con palos, piedras y hasta tuestos que arrojaban las mujeres desde las ventanas, intentando retenerle mientras acudía la justicia a prenderle, de manera que el español tuvo que abrirse paso con la espada para escapar de allí. Desde entonces se le busca por París y ha crecido la indignación de muchos parisinos contra todos los españoles.

Uno que había estado en el cabaret de un viejo español llamado Sánchez —muy conocido del embajador Mendoza—, lugar de paso de muchos españoles que vienen a París y donde suelen reunirse también algunos agentes de la Liga, contaba que le habían referido muchos casos de enfrentamientos entre españoles y franceses que habían ocurrido últimamente por toda la ciudad, y que había quien los creían obra de provocadores a sueldo del rey, pues Enrique III andaba procurando con esto desacreditar a los de la nación española e identificar a los partidarios de Guisa, aunque franceses de origen, como «españoles» en su corazón, y a los partidarios del rey como los auténticos franceses que querían impedir que Francia quedara sojuzgada a España como ya había pasado con Portugal.

Pero de todos aquellos informes que le fueron entregando durante cuatro días seguidos de pesquisas, sólo uno, que firmaba el servidor del embajador Jerónimo López de San Pedro, relataba un hecho que llamó poderosamente la atención de Cartelegar. Decía así:

*He creído que a vuestra merced le interesaría saber que esta mañana, en la calle de los Agustinos, que está cerca de la puerta de Montmartre, topé con un español que vestía un tan extraño hábito oscuro que no sabría decir a qué orden de la religión pertenece, pues aunque por las hechuras recuerda al que se usa entre los de la de San Francisco, me pareció de un color poco común, como de oliva negra, y también me admiró ver que bajo el hábito calzaba botas y llevaba una espada al cinto. Del hombre en sí puedo dar pocas señas, porque se cubría el rostro con la capucha como si no quisiera ser reconocido*

*de nadie, y sólo puedo decir era de estatura mayor de lo común y se me antojó de magras carnes. Me determiné a seguirle, procurando no ser advertido, hasta una posada que hay en esa calle y que llaman de La Cierva Roja. En este lugar le oí preguntar con grande instancia a varios que allí estaban, y muy en particular al dueño, por un gentilhombre español, maravillándome mucho de que las señas que dio de éste, incluida la mención al medallón, fueran en todo concordantes con las que vuestra merced me refirió de quien sabéis, coincidiendo hasta el detalle más menudo, aun en las heridas en ceja y mano, que me dejó harto confundido que las supiera aquel fraile. Por lo que pude entender desde donde me hallaba, el dueño reconoció al gentilhombre por las tales señas que el otro le dio, pues al punto se recató y, mirando a todas partes cual si no fiara de no ser espiado, invitó al del hábito a seguirle hasta un lugar apartado de la posada, que no sé si serían las cocinas u otro lugar reservado de la casa. Y aunque aguardé en aquel sitio cosa de una media hora por ver si volvían, me salí de la posada luego por que no se sospechara de mí que me alargara allí sin causa aparente.*

Al terminar de leerlo, Cartelegar sintió un escalofrío que le recorrió la columna al recordar el encuentro que había tenido noches antes con aquella figura vestida con el mismo hábito que ahora describía el informe, y durante unos segundos no fue capaz de pensar en nada más. Pero cuando aquella desagradable sensación empezó a desvanecerse y el pensamiento volvió a regir su cabeza, comprendió que, dejando a un lado quién fuese aquel fraile y el propósito por el que buscara a *Saúl*, lo importante era que, cuando ya empezaba a desesperar de hallarlo, había encontrado un hilo del que tirar. Sin duda, habría que volver por aquella posada de La Cierva Roja y averiguar por medio del dueño lo que supiera de *Saúl*, y de paso, quién era aquel extraño español que vestía hábito de fraile.

Decidió que debía darle la noticia a Oberholtzer y enviar a llamar a Jerónimo López para que le contara directamente lo que había visto y oído esa mañana, por ver si había algún otro detalle que se le hubiese pasado mencionar en su informe. Estaba tan agitado e impaciente por echarse a la calle, que antes de hacer nada de lo anterior se anticipó a sacar dinero de un cofre que reservaba para gastos que no convenía demorar, recogió su capa, y se armó con espada, daga y pistola antes de salir de su aposento.



*El fraile*

Guillaume Lamarq, mozo de apenas catorce o quince años que servía con Eugene Mordal, marido de su tía y posadero de La Cierva Roja, lo que entreveía del aspecto de aquella especie de fraile o peregrino le sobrecogía. Su tío había hecho pasar al misterioso visitante a un pequeño reservado sin ventanas. Esta estancia quedaba convenientemente aislada de cualquier tránsito inoportuno, porque si bien una de sus puertas daba acceso al comedor de la posada, y la otra comunicaba con la cocina, cuando el posadero se encerraba allí con alguien, todos los de la posada sabían que no se le debía molestar, pues estaba ocupándose de graves negocios secretos de la Liga. Pero en esta ocasión, el extraño y temible aspecto del recién llegado y la indiscreta insistencia con la que había mencionado al gentilhomme español al que alojaban, despertaron la desconfianza del posadero, quien con una seña convenida indicó a su sobrino que les acompañara hasta el reservado.

—Ah, Guillaume —le dijo su tío como si fuera casual que éste se encontrara también allí—. Baja a la bodega y súbenos un poco de ese vino de Orleans.

La sola mención al vino de Orleans era una clave con el significado de que Guillaume debía ir a buscar inmediatamente ayuda a casa del señor Lebrun, el contacto del posadero Mordal en la Liga, que vivía en la cercana calle de Quiquetonne. Pero por más que el muchacho hubiera interpretado esta clave a la primera, su tío la acompañó a continuación con el gesto de rascarse la nuez con el pulgar de su mano diestra, lo que significaba «peligro».

Guillaume se disponía a cumplir la orden de su tío cuando escuchó la risa gutural del visitante y cómo, sorprendentemente, éste pronunciaba un santo y seña que sólo los miembros de la Liga parisina conocían:

—Relámpago —dijo.

El semblante de tío Eugene cambió de la desconfianza al asombro, e inmediatamente le hizo un gesto con la mano a su sobrino indicándole que aguardara. Con expresión aún recatada, el posadero dijo a su vez:

—Lorena —y esperó a ver si el otro respondía lo convenido.

—Penumbra —contestó por fin el fraile.

Satisfecho con esta respuesta y, no obstante, tan agitado aún como cada vez que debía ocuparse de aquellos peligrosos asuntos de la Liga, el corpulento maese Mordal invitó al visitante a sentarse mientras él mismo se arrellanaba en su silla con un sonoro suspiro.

—Guillaume, mejor será que nos traigas una jarra de vino de Borgoña —ordenó ahora al mozo. Pero éste, intrigado por lo que iría a tratar aquel visitante con su tío,

intentó demorarse haciendo como que no había entendido el recado.

—Sosegaos, maese Mordal —empezó el fraile con acento burlón. La capucha que le cubría la cabeza sólo dejaba ver de su rostro unos ojos grandes y oscuros, ensombrecidos por unas cejas negrísimas y pobladas, y una terrorífica nariz que no parecía humana, pues semejaba una funda de cuero pegada a la cara.

—Veo conoce mi nombre, pero yo aún ignoro el de vuestra merced.

El del hábito guardó silencio como si no hubiera escuchado y dirigió su mirada con desaprobación hacia el sobrino del posadero, de manera que éste comprendió al fin y volvió a ordenar a Guillaume que fuese a buscar el vino.

Cuando el muchacho regresó con una jarra y dos vasos, su tío estaba concentrado en la lectura de un billete que debía haberle entregado el fraile y resoplaba como si le faltara el aire, al tiempo que meneaba a un lado y otro su poderosa cabeza negando.

—¡Señor Robledo, esto que me escribe el señor de Mayneville no puede ser cierto! —protestaba—. ¡Si fue precisamente uno de sus hombres de confianza quien me presentó las credenciales de ese caballero y me pidió en su nombre que le diera alojamiento en mi casa! ¡Demás de que el capitán es persona de respeto y muy servidor del Duque de Parma y del embajador del rey de España, a quien yo mismo vengo tratando después de tres años y al que estimo como es razón!

El visitante chistó y se llevó el índice a los labios a la vez que lanzaba furiosas miradas al posadero y a su sobrino, el cual se recreaba en servir el vino sin perder detalle de la escena.

—¡Nada de nombres, nada de nombres! —chilló irritado.

—Os alarmáis por nada, señor —intentó tranquilizarle Mordal—. El mozo es sobrino de mi mujer y católico leal que jamás traicionaría a nuestra Liga.

—¡Aun así!

Ahora fue el joven Guillaume quien miró furioso al extraño visitante, y como era impulsivo, le costó un esfuerzo no arrojar contra éste la jarra que sostenía su mano. ¡Aquel falso fraile llegaba a su casa, daba una contraseña que muy bien podía haber forzado, y se creía con derecho a expulsarle de allí!

Su tío, que conocía lo mal que el mozo sufría la menor afrenta, le suplicó con la mirada que se refrenara, al tiempo que le dirigía un gesto amable con la cabeza rogándole que le dejase a solas con el visitante.

Aunque el chico obedeció al instante, cerrando tras de sí la puerta con ademán airado, no estaba dispuesto a dejar que aquel intruso se saliera con la suya, y mucho menos a perderse los detalles de un coloquio tan secreto que, además, parecía tener por objeto a su huésped, el señor de Forcada. Así que, nada más salir del reservado, y sin hacer cuenta de las tareas de la posada de que debía ocuparse, subió de dos en dos los peldaños de la escalera que conducía a la planta alta, donde se encontraban las habitaciones de la posada, y se detuvo en un estrecho rellano que sabía estaba situado justo encima del reservado. Arrodillado, pegó entonces la oreja al piso, compuesto de sólidos tablones, pero que en algunos puntos dejaban pequeñas ranuras entre sí, e

intentó discernir lo que se hablaba debajo.

Las voces llegaban hasta él apagadas. Algo más clara la del posadero, que tenía unos tonos más agudos, pero mucho más difícil de percibir la del encapuchado, quien hablaba con timbre muy grave y, al principio, casi en un susurro. El hecho de que ahora hablasen en español (sin duda, porque así lo había dispuesto el fraile), hacía más difícil entender algo.

Maese Mordal hablaba bien esta lengua, pues aunque a quien lo conociera ahora le hubiese maravillado, en otro tiempo sirvió en los ejércitos del rey de España, al igual que el padre de Guillaume. Si bien el posadero y su mujer se habían instalado en París hacía más de una década, procedían, como la familia de Guillaume, del resto del antiguo gran Ducado de Borgoña que ahora era conocido como Franco-Condado, y eran por tanto vasallos del rey Felipe. El padre de Guillaume, Henry Lamarq, y Eugene Mordal habían hecho la guerra en Flandes. Cuando los dos amigos y compañeros de armas se licenciaron y regresaron a Tallenay, su pueblo natal, cada uno se casó con una de las hermanas Pulain, convirtiéndose así también en conuñados. Pero mientras que Lamarq regresó al oficio de soldado, Mordal vendió sus propiedades en Tallenay y se trasladó a París, donde compró la posada que ahora gobernaba como si fuera el alcaide de una fortaleza. Al morir el padre de Guillaume, tres años atrás, su madre le envió a servir con su hermana y su marido, y como éstos no tenían hijos propios, acogieron al chico como si lo fuera suyo. Las pocas letras que Guillaume tenía las había aprendido con un sacerdote español, el padre Enciso, y por él conocía algo de la lengua de España. Los escasos recuerdos que guardaba de su padre también eran, en buena medida, *españoles*, pues a un soldado viejo como él le divertía enseñar a su hijo ingeniosidades e insultos en ese idioma tan a propósito para amenazas y bravuconadas que siempre empleaba mientras le adiestraba en los rudimentos de la esgrima y de la instrucción del soldado. De esta forma, Guillaume entendía lo bastante de español como para poder seguir lo que se hablaba abajo.

El tío Eugene seguía protestando que el caballero a quien alojaba en su posada había dado pruebas de ser un gentilhomme honrado y leal a la causa católica, así que en las instrucciones que le había presentado su visitante, aunque fueran de puño y letra del mismísimo señor de Mayneville, secretario del Duque de Guisa, debía de haber forzosamente un terrible error.

—Y ese caballero que tenéis por tan honrado, ¿desde cuándo no os paga su alojamiento? —preguntó el fraile en tono cortante.

Desde su lugar de escucha, Guillaume adivinó la vacilación en el ánimo del posadero, cuyo punto más vulnerable eran, justamente, los asuntos que tocaban a la bolsa.

—Pues ahora que lo mencionáis, lo cierto es que.

—Que nunca habéis visto un escudo, ¿verdad?

—Ciertamente, no. Tenéis en esto razón. Ni un escudo en tres meses. Aunque el señor de... —decidió no pronunciar su nombre— aprueba cada semana las cuentas

que le presento de su deuda, y con gran hidalguía me ha dado varias veces su palabra de que en cuanto cierre cierto negocio muy grave.

—Excusas muy semejantes a las que dio en la posada La Bella Estrella y en El Cuerno de la Abundancia, y las mismas que presentó a maese Guillot cuando le prometió que le pagaría unos guantes perfumados, y al joyero Vaudebranges por un medallón que siempre lleva consigo, y al sastre Cliquette por un principesco jubón color plata con el que le habréis visto vestido más de una vez, y a...

—¡Santo Dios! Pretendéis decirme que.

—Si no deseáis molestaros en comprobar con todos esos señores que os he mencionado cómo lo que os digo es verdad, podéis informaros, por quien conoce a nuestro honrado caballero y lo ha tratado de antiguo, si no es cierto que en España, cuando estudiaba en la Universidad de Alcalá (que es una de las más ilustres de las que allí hay), al enterarse de que su hermano, el primogénito y heredero de los títulos y rentas de su casa, estaba tan enfermo que no se creía que sobreviviera más allá de unos días, viéndose ya dueño de todo, y pregonando su nueva fortuna por todas partes, pidió préstamos que gastó en vestirse como un príncipe, contratar criados, comprar caballos de la mejor raza y perder no menos de dos mil ducados con los naipes. Cuando le llegaron noticias ciertas de que su hermano se había recobrado de su enfermedad y aún viviría muchos años, abandonó sus estudios y huyó dejando tras de sí un centenar de acreedores engañados y furiosos. Pero no contento con esto, puso pleito a su propio hermano, alegando que éste había nacido cuando sus padres, ambos del más esclarecido linaje, aún no habían contraído matrimonio, y que por tanto no era legítimo heredero, sino que todo le correspondía a él como primer hijo nacido de matrimonio legal. Que fue tanto como deshonar a sus padres, y en particular a su señora madre, honestísima mujer que había sido dama de la emperatriz Isabel de Portugal y, como os decía, de los más limpios e ilustres linajes que en España hay.

—¡Qué vileza!

—Y aún os diré más. Y no creáis que hable de oídas, pues lo sé de quién puede saberlo. Buscando su fortuna en el oficio de las armas, vino nuestro caballero a ser enviado soldado de guarnición en el presidio de La Goleta, que a vuestra merced, como soldado que fue, no necesito decirle más, pues conocerá su lugar y la triste suerte que en él corrieron los que lo defendían en el año de 1574, cuando la armada turca del Aluchali lo conquistó por la traición de algunos de los de dentro.

—Oí referir a viejos compañeros de armas la sospecha que corría de que aquella plaza se tomó por traición.

—Pues sabed que, mientras que a los que fuimos tomados allí por los turcos se nos mandó como esclavos, unos a Argel y otros a Constantinopla, sufriendo mil ultrajes y trabajos, muriendo en el cautiverio muchos de nosotros antes de ser rescatados, nuestro honrado caballero regresó a España al cabo de pocos meses, echando voz de haber sido rescatado por su hermano, el mismo a quien acusó de ilegítimo. Pero entre los cautivos que quedamos en Constantinopla, era público que

los turcos lo liberaron tan pronto como pago por haber sido uno de los traidores que les rindieron La Goleta.

Guillaume pudo oír todo esto con el corazón encogido por la duda. ¿El señor de Forcada era en realidad un cobarde traidor?

—Pero su felonía no acabó aquí —continuó Robledo—. Por medio de un padre mercedario que iba y venía a Constantinopla rescatando cristianos cautivos, de nombre fray Diego de Cuenca, nos hizo llegar cartas este señor Don Juan, como antiguo compañero y cautivo, ofreciéndose a reunir en España, entre los deudos y amigos de cada uno, los dineros para nuestros rescates. Nos solicitaba también que a través del dicho fray Diego y por otros medios tortuosos y secretos, enviáramos avisos de las cosas del Turco al virrey de Sicilia con promesa de conseguir para nosotros el favor del rey, quien tendría en mucho este servicio y pondría su parte en los rescates.

—Y teniéndolo por tan bellaco y traidor, ¿os fiasteis de tales promesas?

—Por su suerte, vuestra merced ignora los padecimientos de quedar cautivo de aquellos infieles cuando se es pobre para rescatarse y, además, no se renuncia a nuestra santa fe católica. Que a los que reniegan y se hacen mahometanos los libran de los peores trabajos y hasta los premian con cargos de confianza. Pues sabréis que la mayoría de los capitanes (o *rais*, que es como ellos les llaman) de las galeras del Turco son renegados cristianos, como el propio Aluchali lo es, y luego les nombran *beys* y les dan gobiernos y provincias de su imperio. Pero a los que no reniegan, los tratan peor que a perros, y los cargan de cadenas y obligan a los más viles oficios, como si buscaran forzarlos a renegar por verse libres de tales trabajos, que es lo que en verdad persiguen. De suerte que cuando se desespera ya de poder salir de allí, el infeliz cautivo se agarra a cualquier esperanza, aun a la que viene de tan sospechosa mano.

—¿Y qué sucedió cuando aceptasteis su ofrecimiento?

—Nosotros cumplimos con nuestra parte y, en efecto, por la vía del mercedario, y luego con otros ardides, hicimos llegar al virrey de Sicilia avisos muy por lo menudo de la flota del Turco, de sus aprestos e intenciones. Pero al cabo de unos meses, los jenízaros nos prendieron a varios que habíamos dado los avisos y que trabajábamos en las atarazanas y arsenal de Constantinopla. Nos dieron cruel tormento y nos interrogaron día y noche sin reposo por ver si confesábamos, causa de que alguno quedara tullido por el resto de sus días y otros, no pudiendo soportar tales padecimientos, muriesen. A la postre, los más fuimos arrojados a las galeras con condena de no salir de allí hasta morir como galeotes. Pero antes de esto, según es su bárbara costumbre y señal de la infamia con que marcan a los que intrigan contra el Turco, nos cortaron las orejas, nos desnarigaron y señalaron el rostro con hierro candente. Y aún hubimos de dar gracias a Dios por nuestra fortuna, pues en casos semejantes no es extraordinario que empalen vivos a los culpables.

Desde su lugar de escucha, Guillaume oyó cómo el tío Eugene ahogaba un grito

de horror cuya razón, al principio, no supo interpretar por lo aturcido y agitado que se hallaba su pensamiento con el relato de Robledo, pero que luego atribuyó a la visión del muñón de nariz que éste le habría mostrado y que explicaba por qué el visitante se cubría con aquella funda de cuero que tanto le había horrorizado e intrigado contemplar antes.

—Transcurridos muchos años de desdichas, algunos que íbamos juntos en la galera del rais Cordonalí conseguimos alzarnos con ella, acabamos a los turcos, y pusimos proa a Mesina, puerto de la isla de Sicilia, donde al fin recobramos la perdida libertad. De regreso a España nos enteramos de que nuestro caballero Don Juan había estado, tal como nos prometiera, reuniendo dineros para nuestro rescate, que sumados los de todos, no bajarían de tres mil ducados. Pero en lugar de comprar nuestra libertad con esos dineros que había costado reunir tantas lágrimas y sudores a nuestros hermanos, padres y amigos, se los jugó a los naipes hasta el último maravedí.

—¡En la vida escuché mayor bellaquería!

—De los quince que fuimos presos en las atarazanas de Constantinopla por seguir su consejo, tan sólo cinco quedamos con vida después de sufrir tantos rigores y llegamos a recobrar la libertad. Yo, por mi parte, me determiné a dedicar la vida que me resta a dar con el causante de nuestra desgracia: el que nos traicionó como a otros miles en La Goleta; el que nos vendió a los turcos revelando las inteligencias que teníamos con el virrey de Sicilia; el que expolió nuestras casas de un dinero que no sobraba para fiarlo a la suerte de unos naipes del diablo. Y así entré en esta nueva religión que explica el extraño hábito que me veis vestir.

—¿Y qué orden o religión es ésta?

—La Orden de la Venganza, señor.

El sobrino del posadero no quiso escuchar más porque la impresión que le causaron las últimas palabras de Robledo lo ahogó y mareó como si el aire le faltara a los pulmones. Así que se incorporó y sacó la cabeza por un ventanuco que había en el rellano. El aire fresco y la postura erguida en seguida lograron que la sangre le volviera a la cabeza y que los músculos de las piernas, entumecidos por lo forzada de su anterior postura, se relajaran, aunque notó un molesto hormigueo en las extremidades y que éstas apenas si aguantaban su peso.

Necesitaba pensar con claridad, pero no lo lograba. A menudo, lo que no se ve es aún más terrible que lo que los ojos pueden juzgar. Las palabras del falso fraile, tan a duras penas captadas, resonaban en su mente con una siniestra contundencia que no le permitía reflexionar. Mientras intentaba ahogar su agitación, respiraba a bocanadas, como si devorase el aire que le faltaba. En su mente se le apareció la imagen ya casi olvidada de su padre. Lo veía riendo con esa risa franca del soldado. Después se vio a sí mismo, en la casa de Tallenay, la tarde que llegó la noticia de la muerte de su padre. Acababa de cazar una rana en el arroyo que corría a los pies de la casa. Le había dado mucha guerra. Ahora la tenía atrapada dentro de una jarra dada la vuelta.

La jarra se agitaba a causa de los inútiles saltos del animal, que intentaba escapar de su cautiverio. Después de mucho pensarlo, como si fuera lo más adecuado al caso, levantó ligeramente la jarra y agarró con sumo cuidado el resbaladizo cuerpo del animalejo. Solemne, anunció: «Ahora, señor hereje, disponeos a morir y a acompañar en el infierno a todos los de vuestra secta». Presionó con fuerza una de las ancas de la rana contra un tocón para partir la leña, y sacó una pequeña daga para darle muerte. Pero en una mínima distracción que se permitió, mientras calculaba el golpe preciso que debía dar con la daga para no lastimarse él mismo en la mano que sujetaba al reo, la rana se revolvió, saltó lejos, y con brincos que le parecieron atroces, como si el animal tuviera plena conciencia de lo cerca que había estado de morir, se puso fuera de su alcance. Entonces se derrumbó y lloró de rabia desesperando de poder algún día matar con sus propias manos a los asesinos de su padre.

Ahora se le aparecía la imagen del capitán Forcada. El caballero le daba siempre el tratamiento de «señor de Tallenay» y a menudo tiraba con él unos golpes de esgrima en el patio de la posada. Le hablaba en español de Julián Verdugo, de Sancho Dávila, de Álvaro de Sande, del Duque de Alba y de Don Juan de Austria, grandes rayos de la guerra bajo cuyas órdenes había luchado y a quienes alguna vez había tratado. Se quedaban en el patio, después de cenar, conversando de aquellas gloriosas jornadas, como soldados viejos, y el capitán nunca desdeñaba sus preguntas ni se impacientaba con su curiosidad. ¿Realmente reía de la misma manera que su difunto padre, o es que se le mezclaban en la memoria y ponía ahora la misma risa del señor de Forcada en el recuerdo de aquél? ¿Era posible que fuese el mismo hombre del que había hablado ese horrible encapuchado un minuto antes?

Cuando Guillaume volvió a escuchar pegando la oreja a los tablones del rellano, el posadero aún intentaba sobreponerse a su desconcierto, aunque parecía que el relato de las traiciones del caballero Forcada le había conmocionado, transformando la desconfianza y repulsión que al principio le inspiraron su visitante, en compasión por sus desgracias.

—El billete del señor de Mayneville sólo me pide que os dé entero crédito y que haga lo que vos me indiquéis —decía ahora maese Mordal—. Pero aunque fuese verdad todo lo que me habéis referido de las anteriores felonías de ese caballero, aún no me habéis aclarado qué razón tendría el señor de Mayneville para desear deshacerse de él, ni por qué habríais de ser vos, a quien es la primera vez que veo, su emisario.

—Os mezcláis en materias que no os tocan, maese Mordal. Aunque me hago cargo de vuestra cautela. Después de escuchar mi historia, debéis de estar temiendo que os intente utilizar para satisfacer mi venganza. Sin embargo, si os he contado esto, sólo ha sido para que confiarais en mí. Sé que mi aspecto asusta y despierta desconfianza. No creáis que os tengo por hombre tan necio que piense no deba daros cumplidas razones de todo. El señor de Mayneville, que os tiene en gran estima por vuestra probada lealtad y buen entendimiento, me pidió que os pusiera al tanto de

todo sin la menor reserva.

El posadero dijo algo agradeciendo la confianza del señor de Mayneville y Robledo continuó:

—Lo primero que debéis saber es que sirvo al Duque desde hace dos años, y que el señor de Mayneville me ha hecho el honor de confiarme misiones de mucha gravedad que no son para contar.

—A pesar de lo cual, yo jamás os había visto ni tenido noticia de vuestra merced en todos los años que llevo sirviendo a la Liga —le interrumpió maese Mordal.

—Y no os debe maravillar tal cosa, pues las misiones que digo no son para referir, además de que mi notable aspecto me incapacita para dejarme ver mucho. ¿Quién no repararía en un hombre con la nariz de cuero, por mucho que oculte su rostro bajo la capucha de un hábito? Los servicios que he venido realizando para su excelencia el Duque de Guisa sólo son conocidos de pocos, y en particular de mi señor de Mayneville, pues por mis manos pasan todas las inteligencias secretas que éste tiene, en nombre del Duque, con nuestros partidarios y aliados. Mientras estuve cautivo en Constantinopla adquirí cierta práctica en cifrar y descifrar mensajes, y a pesar de que me costó lo que sabéis el meterme en asuntos tan peligrosos, no creáis que por ello dejé de seguir avisando al virrey de Sicilia cada vez que tuve ocasión, pues en mi triste estado estimaba en poco mi vida y el peligro de perderla. Tras hallar la libertad del modo que os referí, vine a París siguiendo el rastro de aquel traidor, y por tomar venganza. Pero conocí al señor de Mayneville, quien se apiadó de mí y me tomó a su servicio confiando en que mis habilidades y mi celo podían ser bien empleados para su causa, que es la de todos los católicos. En todo este tiempo, más de una vez, y aunque él jamás me reconoció, he tenido oportunidad de encontrarme cara a cara con el causante de todas mis desdichas. Y, no obstante, por conocer que sería en deservicio de mi señor, supe refrenar mis justos deseos de vengarme. Si ahora os pido ayuda, es en el nombre de mi señor y no en el mío propio, pues de ser para mi satisfacción, hace tiempo que yo solo lo hubiera despachado.

—Ahora comienza a hablar claro vuestra merced. ¿Y cuáles son esas razones del señor de Mayneville?

—El traidor siempre vuelve a sus felonías, pues la traición está en su naturaleza. Quizá sabréis que nuestro caballero estuvo un tiempo sirviendo al embajador español. Más recientemente ha estado ocupado reuniendo armas para la Liga, aquí en París, y haciéndolas llegar a donde al Duque le serían de utilidad. —Eso tenía entendido.

—Pero lo que nadie, salvo mi señor y yo, conoce, es que al mismo tiempo que fingía servirnos, avisaba en secreto a ciertos agentes del rey de nuestras tramas e intenciones. ¿Recordáis un cargamento de arcabuces que interceptaron en Lagny los hombres del rey?

—Naturalmente. Más de siete mil arcabuces destinados a Chalons.

—Se perdieron por culpa de un soplo de nuestro leal caballero.

—¡Que sea cien veces maldito!



—Al punto, puse sobre aviso a mi señor. Pero éste, que conocía mi historia, sospechó que mi denuncia era obra de la apasionada opinión que tenía contra ese gentilhombre y no quiso considerar las trazas de la traición que le presenté. No se le abrieron los ojos hasta que, reuniendo más pruebas, los cargos se convirtieron en irrefutables. En particular, cuando, usando de mucha maña, conseguí hacerme con unos avisos, escritos de su propia mano, dirigidos a algunos agentes que el secretario de la reina de Inglaterra tiene aquí. En estos avisos revelaba las inteligencias del Duque con los nobles católicos de Escocia para alzarse en ese reino y forzar al rey Jacobo a imponer nuestra santa fe y romper sus lazos con los ingleses. Como veis, el asunto es de lo más grave, y aunque sé que puedo confiar en vuestra merced, me permitiréis que no os mencione otras muchas cosas que soy quién para conocer, y quien más obligado está a callar. Sólo os diré que son estos días de enorme trascendencia y muchas las cosas que, en este mismo momento, se mueven bajo nuestros pies. Como en un endiablado tablero de ajedrez, se juegan las piezas de dos reinas. Si la que muere es la que todo buen católico desea, nuestra causa triunfará para siempre de nuestros enemigos. Pero si es la reina prostituta la que se impone, todos los católicos, y los primeros los de Francia, lo sentirán.

## *Excursión a la rue des Agustins*

Herman Cartelegar pronto se dio cuenta de que había sido muy oportuno armarse bien para aquella excursión a la rue des Agustins. Llevaba su espada y la daga, y una pistola al cinto que quedaba oculta por la capa. Había decidido que le acompañara Jerónimo López, también armado a propósito, como guía y para mayor defensa.

Cartelegar y su acompañante no se fiaban de lo que fueran a encontrarse por allí en plena noche, así que, lo más embozados que pudieron y con paso cauteloso, recorrieron las calles cercanas a la posada de La Cierva Roja. Al confidente del embajador no se le iba de la cabeza la imagen del tipo del hábito, y aguzaba la vista entre las sombras, temiendo y deseando, a un tiempo, volverse a echar a la cara a aquel hombre o fantasma.

Bajaron por la calle Pagevin y en el último tramo de ésta, antes de llegar a la de los Agustinos, descubrieron a dos hombres sumergidos en la sombra que proyectaba el alero del tejado de una casa que hacía esquina con la calle de Breneuse. Embozados e inmóviles como búhos, hasta que se llegaba a dos pasos de ellos, no era posible percibirlos. Pasaron de largo y les pareció que eran observados desde la sombra sin un solo movimiento: apenas un susurro metálico, como la respiración del acero, les saludó. Cartelegar tuvo que agarrar del brazo a su compañero para evitar que Jerónimo López, temiendo una celada, encarara aquel leve murmullo de armas echando mano de las suyas.

Continuaron caminando la calle de los Agustinos abajo. Las luces de La Cierva Roja estaban ya apagadas y la posada en silencio. Al llegar a su altura, echaron un vistazo rápido hacia su interior, y siguieron sin detenerse hasta el extremo de la calle, donde desembocaba en la de Montmartre. Al resguardo de un portal que quedaba enfrente de la entrada a la posada advirtieron que un tercer hombre hacía guardia en la misma sospechosa disposición que los otros dos con los que se habían cruzado antes. Simulando no haberlo visto, salieron a la calle Montmartre y doblaron la esquina de la posada.

Una vez lejos de la vista de los emboscados, se detuvieron a recuperar la calma y pensar en lo que harían. Cartelegar no podía estar seguro de que no fueran el objeto de aquella asechanza. Pero, en el caso de que fuese a ellos dos a quienes estuvieran esperando, ¿por qué no les habían atacado ya?

—¿Estáis pensando lo que yo, señor Cartelegar? —preguntó Jerónimo López.

—Demasiadas casualidades, ¿verdad, Jerónimo?

—Sí, demasiadas coincidencias.

—Esta misma mañana escucháis a un fraile preguntar por nuestro Saúl, y cuando

aparecemos por aquí, nos encontramos al menos tres hombres emboscados. ¿Estáis seguro de que nadie os reconoció en la posada?

—Todo lo seguro que se puede estar de una cosa así.

—La cuestión es saber a quién aguardan. ¿Por qué estaría interesado ese fraile del demonio en encontrar a Forcada?

—Lo ignoro. Sólo puedo deciros que al posadero pareció que le hubieran mentado a alguien muy conocido. —Pudiera no ser una emboscada, sino que esos hombres están como protección. Tal vez sean amigos de *Saúl*, que espían la llegada de algún curioso inoportuno como ese fraile.

—Y, sin embargo, esos tres están dispuestos como para una celada.

—Eso es lo que más me intriga. Parecen esperar a alguien que sólo puede dirigirse a la posada. Dos hombres colocados para salirle por la espalda, y otro más para cerrarle el paso frente a la hostería, quizá como reserva para acabarle a traición cuando encare a los otros dos, o al revés.

—Un hombre desavisado contra tres que le aguardan y conocen su oficio. Realmente, sea quien sea la presa, no le dejan muchas oportunidades.

Jerónimo se interrumpió en ese momento y apretó el brazo de su compañero señalándole enfrente con la mirada, hacia un ventanuco de la posada por donde se veía ahora a alguien asomándose y observando la calle en todas direcciones. Los dos se pegaron instintivamente a la pared para ocultarse entre las sombras y observaron en silencio la escena que se desarrollaba ante ellos. Un minuto después, se vio al que antes oteaba descolgarse por el estrecho ventanuco y saltar con agilidad los cinco o seis pies que le separaban de la calle. Una vez abajo, volvió a mirar a todos lados como para asegurarse de no haber sido visto, y en seguida echó a correr.

Decidieron seguirle, aunque Cartelegar dudaba si aquello no sería más que una estratagema para alejarles de la posada. El que corría era de pocas carnes y lo hacía como una liebre que huye, al contrario que ellos dos que, con todo el armamento que portaban, para no ser advertidos siguiéndole, debían caminar forzosamente más lentos y sujetándose los hierros para amortiguar el ruido. El resultado fue que al poco lo habían perdido de vista.

Acabaron de rodear la posada e internarse en la calle de María Egipciaca, y sin saber qué dirección seguir para recuperar el rastro, creyeron lo más seguro acercarse con cautela a la esquina donde sabían estaban escondidos los dos emboscados de antes, pero manteniéndose a cierta distancia de ésta, cuando oyeron un grito procedente precisamente del lugar al que se encaminaban.

—¡Cuidado, capitán! —gritó una voz casi infantil.

Al acercarse más, vieron una figura que, desenvainando con rapidez, retrocedía hacia la esquina opuesta a la que ocupaban los asaltantes, la misma hacia la que se dirigían ellos. Al poco, se le unió el mismo al que habían visto saltar a la calle desde la posada, y que ahora, observado más de cerca, les pareció casi un niño, si acaso un mozo de no mucho más de catorce o quince años.

—Es uno de los mozos que sirven en la posada —lo reconoció Jerónimo López.

Los dos atacantes, descubiertos por la advertencia del muchacho, habían abandonado el cobijo de las sombras y avanzaban con paso inseguro, aún confundidos, las espadas por delante, hacia el hombre y su inesperado compañero.

Su presa había ganado ya la esquina y cubierto su espalda con la pared, anticipándose a un veloz movimiento de uno de los asaltantes que había intentado en vano impedirselo. Por señas, el desconocido le pedía al chico que se alejara de allí y pidiera ayuda en la posada. Pero el muchacho no hizo caso y se pegó a él blandiendo una daga que no parecía suficiente defensa contra las largas espadas de los dos oponentes.

Ahora la cosa iba en serio. Ambos atacantes se lanzaron a la vez contra el hombre, que apenas tuvo tiempo para esquivar el furioso tiro del que estaba a su derecha y parar a continuación el del que se había puesto a su siniestra. El chico difícilmente pudo hacer otra cosa que pinchar en el vacío su daga contra el asaltante de su lado, esto es, el de la derecha, pues éste supo mantenerse a distancia para que la pequeña arma ni le rozara.

—Harías bien en apartarte de aquí, niño —le aconsejó desdeñoso el sicario.

Como respuesta, el mozo volvió a acuchillar el aire con su daga, mientras respondía:

—¡Venid vos a apartarme, si podéis!

La bravuconada del chico hizo gracia a Cartelegar y a Jerónimo López, quienes desde su posición la celebraron cobrando inmediata simpatía hacia el valor que demostraba el mozo. Pero sus ojos experimentados en tales lances no se hacían muchas ilusiones acerca del destino que esperaba al hombre y al muchacho. Vieron cómo sus oponentes se abrían ahora, con el fin de no estorbarse en el asalto y de dividir aún más la defensa de su presa. El que quedaba a la izquierda comenzó un ataque puramente de desgaste, distrayendo a su rival con el fin de que su compañero pudiera quitarse de en medio al muchacho.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados viendo como acaban a ese mozo? —murmuró entre dientes Jerónimo López.

—No podemos mezclarnos en una guerra que no sabemos de qué va —le contestó Cartelegar sujetando por el brazo a su impetuoso acompañante.

Como la daga era incapaz de medirse con la espada de su rival, el chico hacía uso de su agilidad y poco cuerpo, las únicas ventajas con las que contaba, saltando sin parar alrededor de quien le acosaba y lanzando cuchilladas a sus costados. Los dos criados del embajador vieron con alivio que, si bien caza menor, el mozo se las estaba arreglando para mantener a raya a su enemigo. Es más: con astucia, iba apartándolo poco a poco de su secuaz, permitiendo que el hombre pudiera ocuparse ahora con más comodidad de su propio rival.

En efecto, cuando aquél vio que el mozo de la posada aguantaba bien y que, por el momento, sólo tenía que vérselas con uno de los atacantes, empezó a tirar a fondo

contra su contrario, asediándole ya de frente, ya por los costados, sin darle tregua para que recuperara el resuello ni para que pudiera pensar con claridad.

Cartelegar admiró la destreza con que veía combatir a aquel hombre y una imagen cruzó inmediatamente por su memoria.

—El chico gritó «capitán», ¿no es cierto? —preguntó a Jerónimo López.

—Así lo creo.

—Pues me parece que el «capitán» no debe de ser otro que el señor de Forcada —concluyó.

Apenas había dicho esto, cuando el hombre, con un ataque de cuarta al flanco de su enemigo, lo desarmó. El desconcertado asaltante, lanzando desesperadas cuchilladas con la daga que sostenía en la otra mano, intentó recuperar su arma impidiendo que el capitán llegara hasta donde había caído la espada. Consiguió recuperarla y parar una primera estocada, pero no supo qué hacer cuando el capitán, girando sobre sus pies como en un paso de baile, tiró una segunda estocada tan súbita y tan diestra que le atravesó la garganta de parte a parte antes de que hubiese podido siquiera percibir el movimiento. El herido se desplomó ruidosamente sobre el pavimento arrojando una bocanada de sangre espesa y temblándole convulsivamente la cabeza, los ojos desencajados por la sorpresa.

Al ver esto, el otro sicario se tiró a fondo contra el chico de la posada en un último intento desesperado y furioso de acabar con él o, tal vez, de vengar la muerte de su compañero. Aunque el mozo consiguió recular a tiempo, su espalda tropezó contra el muro, y la punta de la espada le alcanzó por encima de la clavícula, sin profundizar mucho, y con la fortuna de que su movimiento instintivo de girar la cabeza le salvó por muy poco de que le tocara el cuello. Como, ya libre del otro acosador, ahora el capitán volvía su espada contra él, el asaltante no pudo rematar la faena, y echó a correr hacia la posada gritando:

—¡A mí, a mí los de la posada!

El capitán, que al principio le había perseguido, se paró entonces en seco, confundido. Al momento, vio salir de La Cierva Roja a dos hombres más, espada en mano.

—¡Vos, maese Mordal! —exclamó al reconocer en uno de ellos al posadero.

—¡Sí, yo, señor de Forcada! ¡Traidor!

Cuando le vieron caer herido, Cartelegar y Jerónimo López habían acudido a ayudar al chico de la posada, y más con gestos que con palabras, le intentaron convencer de que eran amigos y no —como Guillaume había temido al verlos aparecer tan de pronto— dos nuevos emboscados. Pero mientras el criado taponaba con un lienzo su herida en el hombro, el mozo señaló con espanto hacia el fondo de la calle, sin ser capaz de articular palabra, y luego perdió el conocimiento. Girando la vista hacia el lugar que les había indicado, apenas vieron un instante la sombra alargada que proyectaba un hábito frailuno con su picuda capucha por remate. Para proteger al muchacho, entre los dos apartaron entonces su cuerpo a una esquina

donde pudiera quedar fuera de la vista de aquella sombra o de los que ahora acometían contra Forcada.

Unidos ahora los dos salidos de la posada y el huído, con las espadas desenvainadas y amenazantes, comenzaron a ejecutar una maniobra de envolvimiento. El capitán, desconcertado ante este inesperado movimiento de sus atacantes, no supo reaccionar a tiempo para impedirlo, y cuando se quiso dar cuenta, ya tenía a Mordal y al sobreviviente de los primeros atacantes a su espalda, cerrándole la salida calle abajo. El tercer enemigo se había puesto de frente, en la puerta de la posada, cortándole el paso hacia la Grand Rue Montmartre. Además, los dos que se habían situado a su espalda se abrieron para impedirle ganar cualquiera de las paredes que pudieran cubrirle la retaguardia.

Por un minuto, el capitán hizo molinetes girando sobre sí mismo para mantener a distancia a sus tres acosadores. Con ello consiguió dificultar que se concertaran en un mismo ataque simultáneo, pero no logró que perdieran sus posiciones para escaparse por una brecha. Además, la estratagema pronto perdió su efecto inicial y, como temía, en seguida los tres le atacaron a una. En un segundo pareció decidir contra quién dirigiría su única estocada, y agachándose para esquivar las otras dos espadas, atravesó con la suya el grueso muslo del posadero, quien refuló chillando. Las espadas de los otros, que buscaban su pecho, entrecucharon entre sí encima de él, pero la daga de uno, que voló más baja, le desgarró el jubón a la altura del pecho y tocó en carne.

Mientras retrocedían a sus posiciones iniciales para volver de nuevo al ataque, Forcada se enderezó doliéndose del corte en el pecho y, atento a los movimientos del posadero Mordal, que estaba sentado en el suelo quejándose de su herida en el muslo y lanzando maldiciones, aprovechó para apoderarse de la espada de éste. Al momento tuvo que hacer frente a la nueva acometida de los otros. Paró las dos estocadas y, observando el desconcierto de sus enemigos, giró y buscó proteger su retaguardia contra el muro de la posada.

Desde la esquina, Cartelegar seguía de lejos la nueva fase del combate, asombrado de la maestría con la que veía combatir, una espada en cada mano, al capitán. Pero comprendía que las fuerzas de éste debían de estar ya al límite de la extenuación. Se podía descontar al posadero, quien se retorció de dolor en el suelo y, herido y desarmado, no parecía con ánimo de incorporarse de nuevo a la lucha. Pero los otros dos, que se habían limitado al principio a ir agotándole, sin duda impresionados por la destreza ambidiestra de su contrario, le acometían ahora a un ritmo más rápido y se concertaban cada vez mejor para atacarle simultáneamente. Por otra parte, ¿cuánto tardaría en entrar en liza el hombre que se escondía en el portal?

Sin despegar los labios, Cartelegar hizo a Jerónimo López una seña de las que se emplean en la guerra, en las encamisadas nocturnas. Al momento, y como si lo hubiera estado deseando, el criado salió corriendo pegado al muro y a sus sombras protectoras, hasta que se perdió de vista.

Como había supuesto Cartelegar, aparentando desesperar de acabar así con él, o como si estuvieran ya tan agotados como su rival y perdieran la claridad de mente, los dos sicarios fueron basculando en sus posiciones hacia la pared de la posada, dejándole así al capitán, como por descuido, franca la salida hacia la calle Montmartre. En efecto, cuando descubrió la brecha, éste, sin perder la cara de sus oponentes, comenzó a dar pasos hacia atrás buscando la proximidad de la calle que le daba vía libre. Pero antes de escapar, con cálculo y consumiendo las pocas energías que le restaban, pasó ahora él a la ofensiva: tiró una estocada rápida, baja y poco caballerosa al sobreviviente de la pareja que le atacara al principio, con la que le atravesó la ingle. En cuanto sacó la espada de la carne del enemigo, hizo un molinete con ambas manos, cruzó los aceros en el aire y, como si fueran unas tijeras, las cerró sobre la espada del otro, desarmándole.

Con uno de sus contrarios palideciendo ante la copiosa pérdida de sangre que sufría por su herida, y el otro desarmado, Forcada iba a escabullirse ya hacia la calle Montmartre cuando desde el portal surgió de pronto a sus espaldas el hombre que allí se escondía, quien, con daga y espada a la vez, hubiera acabado a traición al capitán, de no ser porque Jerónimo López se anticipó a la intención del sicario y lo atravesó con una certera estocada.

*La misión*

Como ve vuestra merced, tiene razón la reina de Inglaterra cuando dice que Don Bernardino de Mendoza nunca duerme —le saludó el embajador.

Forcada hizo a su vez una ligera reverencia, la rápida y abreviada forma de salutación que se usa entre los hombres de armas, cuya sola contemplación pareció llenar de nostalgia la vaporosa mirada del antiguo capitán de la caballería que fuera Don Bernardino.

—Aunque, por mis pecados, esta catarata trae a mal traer mi pobre vista, juraría que os encuentro más bizarro aún que en los tiempos de Flandes, capitán —dijo el embajador acercándose a Forcada como para verlo mejor—. Y si es cierto lo que me acaba de contar el buen Cartelegar, vuestra espada también sigue en buena forma.

Don Juan agradeció el elogio sin despegar los labios. Apenas había tenido tiempo de descansar de los trabajos de esa noche. Tras beber un trago de aguardiente, estaba a punto de quedarse dormido en una banqueta de la cocina, cuando el señor Oberholtzer le volvió a este mundo sin muchas ceremonias con el aviso de que el embajador deseaba hablarle. El tajo en el pecho aún sangraba y ni siquiera se había enjugado el rostro de la suciedad y el sudor de la pelea en la calle de los Agustinos, más la agotadora caminata hasta la residencia del embajador, en la calle de Saint Paul, cargando al mozo semiinconsciente y malherido por turnos compartidos con el señor Cartelegar y con Jerónimo López.

A pesar de ello, el embajador admiró la estampa de marcialidad que representaba el capitán, recordando cómo él mismo había sido uno de estos soldados que hacían temblar a Europa entera. Ni cansado ni herido desmerecía en nada su figura de la apostura y fiereza que había dado fama a los de su raza. Un hermoso medallón de oro, con cadena del mismo metal, colgaba de su cuello, y portaba el hermoso jubón gris perla, aún acuchillado y manchado de sangre reciente, como un príncipe. Las armas colgaban de sus cintos y tintineaban levemente como serpientes en amenazante duermevela. Las botas altas relucían todavía de sebo en las zonas que no habían manchado el polvo y el barro y desprendían ese pesado aroma militar que parecía emanar de la propia persona del capitán. La capa le caía como al desgaire, a la manera española, enredándose en la espada de una forma que a los extranjeros les parecía estudiada y retadora, pero que había llegado a ser, entre los de su nación, tan obligada como apellidar a Santiago al cargar con el enemigo.

—Acercaos que os vea bien y sentaos a mi lado —le pidió Mendoza en tono afectuoso—. Muy descuidado ha tenido vuestra merced en los últimos tiempos mi servicio y el de su majestad. ¿En qué estáis ahora entretenido?



—Vuestra excelencia querrá decir que estaba, pues después de lo de esta noche no creo que pueda ocuparme más de los negocios del de Guisa.

—Y a fe que es un caso notable lo sucedido. Si es verdad lo que me acaba de contar Cartelegar. ¿Qué es todo eso de un fraile que os acecha y de la celada que os habían preparado ante vuestra posada?

—Os juro que me gustaría saberlo tanto como a vuestra excelencia. Pero temo que hasta que el mozo de la posada, a cuyo aviso debo el seguir con vida y el honor de estar ante vuestra persona, no se recupere de su herida y cuente lo que sepa, andaremos todos a oscuras sobre este caso.

—Así es la verdad. Dejemos todo ese enredo para su ocasión y vayamos a nuestro negocio. ¿Puedo contar con vuestra merced para hacernos un gran servicio a mí y a su majestad?

—Bien sabe vuestra excelencia que siempre que ha necesitado de mis servicios lo he dejado todo por darle satisfacción.

—Y vuestra merced que he llevado cumplida cuenta de todos vuestros servicios. Pero en esta ocasión os confieso que me tiene con cuidado la corazonada de que harán falta un celo y una maña muy particular para salir con la empresa. ¿Todavía seguís tratando con católicos ingleses?

—París está repleto de ellos. A algunos los conozco de Flandes. A otros... vuestra excelencia sabe mejor que yo de dónde los conozco.

—¿Y a los agentes de la reina de Escocia, el Morgan y el Paget, seguís tratándolos?

—De un tiempo a esta parte, poco. Visité hace meses al señor Morgan en su celda de La Bastilla, pero tuve por más oportuno no dejarme ver más en compañía de los que el rey de Francia hospeda en sus prisiones.

Mendoza rio de buena gana la ocurrencia del capitán.

—También me contaron que jugáis a los naipes con el embajador inglés, ese desvanecido de sir Edward Stafford.

—Y os certifico que la diosa Fortuna aletea con sus pechos desnudos por encima de mi cabeza tanto como sobre la del embajador de la reina, y con la misma desdeñosa y esquiva sonrisa se cuida mucho de derramar sobre ninguno de nosotros los dones de su cuerno de la abundancia. En una ocasión fui testigo de cómo perdía en una sola noche más de quinientos escudos. Dicen que sir Edward debe ya más de diez mil escudos pistoletes y que sus amigos en Inglaterra intentan que la voz de sus muchas deudas no llegue a oídos de la reina Isabel, que como muy avara que es, lo tendría por peor afrenta a su persona que el que le recuerden la flaca virtud de su madre.

Por la forma en que sonrió esta vez Mendoza, el capitán adivinó que éste no sólo estaba ya al tanto de las deudas de juego de Stafford, sino que la sola mención del embajador inglés despertaba en Don Bernardino una mezcla de animadversión personal, sospecha y cálculo. Forcada se dijo que quizá debería haber alardeado

menos de sus tratos con sir Edward.

Acaso irritado por esta razón, Mendoza se incorporó y comenzó a pasearse con un paso enérgico y marcial que al capitán le resultó entre patético y conmovedor observar, evocando a su vez el lejano tiempo en que lo conoció en Flandes. ¿Por qué tan a menudo nuestro recuerdo congela a las personas y a las cosas en el tiempo que nunca debieron abandonar?

—En otra ocasión hablaremos más por lo menudo de vuestro amigo el embajador de Inglaterra —cortó Don Bernardino con sequedad—. Ahora tengo que encargáros algo más delicado y, acaso, de más sustancia. Hará cosa de dos meses que recibí carta de la reina de Escocia en la que me anunciaba que me haría llegar su testamento, redactado en debida forma, nombrando a su majestad católica sucesor de todos los legítimos derechos a las coronas de Escocia y de Inglaterra que ella posee.

Observó un segundo a Forcada como para comprobar el efecto que le habían causado sus palabras. Pero el capitán siguió callado sin dejar traslucir la menor emoción por sus palabras.

—Aunque nadie conoce lo que pasa por la cabeza de su majestad —continuó—, cada día que pasa parece más inevitable que nuestro rey rompa con la reina de Inglaterra la guerra que ella misma nos tiene ya de hecho declarada con el apoyo que presta a los rebeldes de Holanda y a las piraterías de sus súbditos.

Cuando llegue ese día, que no ha de tardar, debemos estar prevenidos para que los muchos católicos que tiene sojuzgados la reina inglesa en Inglaterra y Escocia puedan alzarse contra su tiranía y proclamar a la cautiva reina de Escocia, María Estuardo, como su auténtica y legítima soberana. Pero estando ésta prisionera en manos de Isabel y de los caballeros herejes que forman su consejo, lo primero que harán, ante cualquier intento de revolución, será ejecutar a María Estuardo, amparados en la ley que hará dos años ellos mismos proclamaron de que considerarán reo de traición a quienquiera que se beneficie del destronamiento de Isabel, aun si la propia María no hubiera tenido nada que ver con el intento. Si esto ocurriera y, Dios no lo permita, María muriera sin dejar testamento formal en manos que sean de confianza, sus derechos a los tronos de Inglaterra y Escocia pasarán íntegros a su hijo Jacobo, rey de Escocia y joven torcido y sin conciencia, mera hechura, primero, de los designios de Isabel, que le tiene prendado con la promesa de nombrarle sucesor, y después, de los luteranos que gobiernan su reino en su nombre y sin cuyo consejo nada hace. Pero otra cosa sería si María nombrase a su majestad como heredero. En ese caso, nuestro rey podría tomar para sí la corona, o cederla a quien le pareciera a propósito para restaurar el catolicismo en la isla, y sostendría sus derechos con toda la potencia que Dios le ha otorgado. ¿Comprendéis, pues, el valor que tiene ese testamento?

Forcada asintió. Las desdichas de María Estuardo eran cosa tan bien conocida por él como por toda Europa. María, hija de Jacobo V de Escocia y de María de Guisa, era para los católicos la única heredera legítima de los tronos de Escocia y de Inglaterra, pues a diferencia de su prima Isabel, hija bastarda de Enrique VIII y Ana

Bolena y hereje excomulgada por el Papa, la Estuardo descendía de Enrique VII de Inglaterra y se había criado en Francia como princesa y prometida del rey Francisco II. La que pasaba por ser la reina más bella de Europa era una católica devota, y su causa la sostenían sus parientes los Guisa, jefes de la Liga católica francesa, y, aunque más vacilante y secretamente, el propio Felipe II.

Pero si la naturaleza había sido pródiga otorgándole todos los dones de la belleza, una fe limpia de herejía y títulos legítimos a la realeza, la fortuna lo había compensado con una vida acosada por el infortunio. Contaban que a su llegada a Francia, cuando tenía sólo seis años, se hundió un puente a su paso, suceso en el que murieron muchos miembros de su comitiva. Casada con el enfermizo Francisco II apenas reinó en Francia durante año y medio.

Viuda a los diecinueve años, María regresó a su Escocia natal para ocupar un trono inestable y amenazado por las luchas religiosas entre protestantes y católicos. Se volvió a casar con un guapo, indolente y ambicioso medio primo, lord Henry Darnley, con quien tuvo a su hijo Jacobo. Pero las pretensiones que tenía Darnley de reinar como algo más que un rey consorte convirtieron el matrimonio en un infierno. Una noche, Darnley y otros caballeros se presentaron en los aposentos de María y asesinaron ante sus ojos a uno de sus secretarios, un italiano llamado Riccio, a quien consideraban el principal obstáculo contra las ambiciones de Darnley. Dicen que María jamás perdonó esta afrenta de su esposo, y todos recordaron el suceso cuando tiempo después, en el castillo de Kirk O'Field, donde se encontraba lord Darnley, se produjo una terrible explosión que acabó con su vida. Pocos dudaron entonces de que la muerte de Darnley fue un designio de María, a quien además le atribuyeron una intimidad deshonesta con un brutal noble protestante, Bothwell, que se convirtió al poco en su tercer marido y hombre fuerte de Escocia, hasta que una rebelión la obligó a huir del país y refugiarse ingenuamente en Inglaterra, confiada en la protección que le brindaría su prima Isabel.

Muy al contrario, la astuta inglesa la mantenía desde entonces, iba ya para veinte años, prisionera, trasladándola de castillo en castillo, alimentando sus vanas ilusiones de liberación y manejando a su hijo Jacobo por medio del partido de los protestantes escoceses y con el señuelo de nombrarle su sucesor. Con el tiempo, sin embargo, María se había ido convirtiendo en una cautiva cada vez más incómoda para su carcelera. Su sola existencia alimentaba las conspiraciones de los católicos para destronar a la hereje, estéril y bastarda Isabel y colocar en su lugar a la católica y legítima reina cautiva. De manera que, como una moderna Helena de Troya, su defensa seguía llevando a la ruina, uno tras otro, a cada uno de sus paladines, convertida la legendaria escocesa en la causa más hermosa y más perdida del siglo. El propio Don Bernardino debía de saberlo mejor que nadie, pues fue la acusación de haber propiciado una de esas conspiraciones a favor de María lo que dio la excusa a Isabel y su consejo, a pesar de ser embajador de Felipe II, para expulsarlo de Inglaterra.

—Me consta que tal testamento existe —siguió Mendoza— pues ayer mismo tuve confirmación del arzobispo de Glasgow, su embajador ante este rey de Francia, de que la reina le había escrito en el mismo sentido que a mí: anunciándole su intención de testar a favor de su majestad si su hijo Jacobo no se reducía a la fe católica. Pero aunque he procurado sondear a los otros agentes que la reina tiene aquí, y en particular al Carlos Paget, por si ellos supieran algo del caso, éstos afirman no conocer nada de ello, y se ofrecen como medianeros para recordarle a su señora la promesa de hacérmelo llegar. Lo que me tiene con gran zozobra y sospecha de que o quieren sacar su parte en el negocio, o saben al respecto más de lo que me declaran. ¿Qué opina vuestra merced?

—Vuestra excelencia debe de tener aprendidas mejor que yo las marañas en que consisten los tratos con todos estos ingleses, galeses, escoceses e irlandeses, que lo mismo da, pues todos son igual de falsos y sacadineros y en su pecho no late más verdad que su propio interés. Bien pudiera ser que, en su desesperación, la reina de Escocia no esté sino cebándonos con la promesa de hacer testamento tan en favor de su majestad con el solo designio de que abráis vuestra bolsa y alimentéis a sus servidores de aquí, siendo, como son en su situación, tan flacos los dineros que ella tiene para saciar a tantas bocas. Por la misma razón, el embajador que tiene aquí, el señor arzobispo, que vive poco más que del aire y de la pensión que vuestra excelencia le paga, habrá visto con esto ocasión para prendaros más y tener con qué vivir. En cuanto al Paget, que es, como el Morgan, hombre de muchas mañas, se habrá hecho de nuevas en el negocio para moveros a pujar más alto por el testamento, o porque hará doble juego con otros que estén interesados en que éste no llegue a vuestras manos.

Don Bernardino se quedó sopesando las razones que acababa de darle el capitán sin parar de pasearse. Luego se detuvo y afirmó:

—Creo que es muy cuerdo cuanto ha dicho vuestra merced, y ello me prueba que no estuve errado al mandaros llamar. Preciso de un hombre como vuestra merced para esta empresa: llano, confidente y de nuestra nación, que somos los pocos que ponemos el servicio a su majestad por encima de toda otra cosa. Vos sois hombre avisado y conocéis a esos ingleses y sus malditos humores, por lo que sabréis calarlos como quien los ha tratado muchas veces.

Mendoza volvió a sentarse con ademán resuelto y le indicó con un gesto que se acercara a él cuanto pudiera.

—Vuestra misión será traerme ese testamento.

—¿Y si tal testamento no existiera?

—Tendrá que existir. ¿Comprendéis? Tendrá que existir. Empeño mi palabra de Mendoza en que se os recompensará el servicio como merece. O este pobre ciego irá en persona a Madrid y le quitará el polvo a unas cuantas ilustres posaderas de los que sirven de ministros a su majestad. Pero vuestra merced ha de traerme ese testamento.

Apenas hubo despedido al capitán cuando, según tenían convenido, entró Herman

Cartelegar en el despacho del embajador.

—¿Qué es del mozo de la posada? —preguntó éste.

—Reposa y le va y le viene el conocimiento. He mandado llamar al licenciado Monguion para que mire su herida y el tajo que dieron al capitán. A mi entender lo del mozo no es cosa de consideración, aunque bien pudo serlo si no apartara tan a tiempo su cuello de la punta de la espada.

—Cuando recupere el conocimiento y pueda hablar, interrógale muy por lo menudo qué sabe de ese fraile, qué fue todo eso de la celada en la posada y qué se le daba en ello al posadero Mordal. ¿Te parecieron hombres del Duque de Guisa?

—No osaría afirmarlo, pero certifico a vuestra excelencia que era gente que sabía lo que se hacía. De no intervenir el mozo hubieran acabado al capitán.

—Pero hizo frente a los cinco hombres, ¿verdad?

—Y os aseguro que fue cosa digna de verse, excelencia. Mas si el mozo no le avisa al principio, y vuestro criado Jerónimo López no despacha al último emboscado, por mucha maña que se diera, lo hubieran muerto.

—¿No te parece que maese Mordal no se hubiera metido en esa batalla si no fuera en ello algún negocio del de Guisa?

—Estoy seguro de que así es, excelencia. El mozo ha contado desconcertadamente que se había presentado en la posada un fraile falso llamado Robledo, lo que concuerda con lo que cuenta Jerónimo López, quien también vio a ese hombre en la posada. Parece que el tal fraile llevaba orden del señor de Mayneville para que se deshicieran de Forcada por algún deservicio o traición grave de que le acusaban.

Mendoza ya conocía esto por boca de Oberholtzer, así que ordenó:

—Iréis mañana a ver al posadero y averiguaréis qué tienen los del de Guisa contra *Saúl*. He escrito al señor de Mayneville este billete —añadió sacando una carta lacrada del cajón del escritorio y entregándosela—. Manda a un criado que lo lleve y tráeme la respuesta en cuanto haya regresado.

Cartelegar iba a marchar ya, pero le interrumpió un gesto de Don Bernardino.

—Averiguaréis también cuánta es la amistad que tiene el capitán con el señor embajador de la reina de Inglaterra.

## *La cifra de Oberholtzer*

Era muy de mañana cuando el señor Oberholtzer vino a buscarlo. Sin concederle que metiera algo en el estómago antes, le condujo a un estrecho gabinete que quedaba contiguo a la sala de los oficiales y que debía de ser el cubículo particular del secretario privado, correo expreso y servidor para todo de Don Bernardino. La animadversión entre los dos hombres hacía que se miraran, se hablaran y hasta respiraran lo justo.

El flamenco tenía bermejos los cabellos que aún no se había llevado la calvicie y esas facciones a la vez anchas y contraídas propias de los campesinos de su nación. Su figura era fuerte y rechoncha como la de los caballos de su tierra, pero se engañaría quien lo creyera hombre de oficinas y papeles: Don Bernardino lo empleaba a menudo como correo especial, y nadie tardaba menos jornadas en ir y volver de París a Bruselas, ni había persona que se diera más maña para sortear los peligros del camino de Irún, siempre infestado de bandidos y partidas de hugonotes a la caza de los correos del rey de España. A fuerza de servir al embajador y de cifrar y descifrar despachos, manejaba un español seco y preciso, adecuado para ir al grano, aunque toda la sutileza de que era capaz su fina mente se manejaba mejor en francés, si bien rara vez Don Bernardino le permitía utilizarlo ante él.

Forcada se fijó en una hoja doblada, escrita en letra menuda y clara, anchos márgenes y aspecto de recién redactada que se hallaba sobre la mesa, junto a un grueso libro bien encuadernado y adornado con grabados de pan de oro en el lomo.

—Vuestra merced se corresponderá con su excelencia el embajador en esta cifra—explicó entregándole el solitario pliego—. Sin duda recordaréis lo bastante de latín para escribir en él vuestros avisos. ¿Tenéis una Biblia?

El capitán contestó con una media sonrisa sardónica. —Entonces llevaos ésta—dijo Oberholtzer apoyando el índice de su mano derecha en el voluminoso libro que reposaba en su escritorio.

Don Juan examinó la primera cara de la cifra y buscó en vano algo más detrás del dobléz. Todo se reducía a una breve nómina alfabética de nombres del Antiguo Testamento que servían como claves y las equivalencias de éstas:

*Adivina de Endor - Señor de Mayneville*

*Amalee - Reina de Escocia*

*Amalecitas - Consejo de la Reina de Inglaterra*

*Amonitas - Colegio de Reims*

*Area - Testamento de la Reina de Escocia*

*Betel - Embajador de la Reina de Inglaterra*

*David - Embajador del Rey de Francia*

*Elí - Luteranos de Alemania*

*Filisteos - Secretario de la Reina de Inglaterra*

*Gilgal - Carlos Paget*

*Goliat - Carcelero de la Reina de Escocia*

*Hebrón - Santa Liga*

*Isaí - Luteranos de Francia*

*Israel - Embajador de la Reina de Escocia*

*Jerusalén - Católicos de Escocia*

*Jonatán - Rey de Escocia*

*Juez - Su Majestad*

*Ramá - Tomás Morgan*

*Salomón - Santo Padre*

*Samuel - Enrique de Borbón*

*Silo - Reina de Inglaterra*

*Templo - Duque de Guisa*

*Tribu de Benjamín - Católicos de Inglaterra*

*Ungido - Exiliados Católicos*

—No he querido escribir más claves para que os resultara menos arduo memorizarlo. Quemaréis este papel antes de abandonar la residencia de su excelencia.

Si os fuere menester utilizar otros nombres, emplead un ' delante del número correspondiente a la palabra que mejor se acomode a lo que queráis nombrar, o haced lo mismo componiendo lo que más se parezca a ese nombre con dos o más palabras, que usando de este artificio se sabrá despejar aquí a qué os queréis referir.

Forcada le observó sin entender palabra. ¡Si lo que le había entregado ese maldito flamenco era una cifra, que lo volvieran a parir de nuevo porque no sabía aún qué cosa era cifra!

Oberholtzer sonrió con suficiencia y un punto de malicia al comprobar el desconcierto que se pintaba en el semblante del capitán.

—Sosiéguese vuestra merced que al punto entenderá la cifra —observó con gesto de fingida cortesía invitándole a sentarse en una silla rasa que apenas cabía en el reducido habitáculo del gabinete. Forcada rehusó la invitación y permaneció en pie—. Puesto que vuestro nombre simulado es *Saúl* lo único que precisaréis para redactar vuestros avisos serán los dos libros de Samuel. A cada palabra de esos libros le corresponderá un número correlativo empezando por el 1 y numerando las demás palabras sucesivamente. Pero con la cautela de numerarlo en sentido inverso, del final al principio. Los números resultantes los separaréis con un espacio, aunque mínimo, para que no haya confusión en el descifrado.

El flamenco se alargó, muy satisfecho de sí mismo, loando las virtudes de esta cifra particular que iba a emplear el capitán por vez primera: al no hacer referencia a ninguna letra ni sílaba, sino a palabras completas de un libro tan extenso, y sólo de un pasaje del mismo conocido de ellos, la sucesión de números en que consistiría cada mensaje quedaría por completo impenetrable para quien la intentara descifrar, pues ni siquiera podría agarrarse, como se solía hacer, a la repetición de las mismas palabras o letras más comunes en un idioma, ya que a una misma palabra, repetida varias veces en el texto de referencia, le corresponderían muchos números diferentes. El mayor inconveniente, como era habitual en estos casos, estribaba en que lo que se ganaba en seguridad se perdía con la lentitud de redactar en esta cifra, objeción que no tardó en esgrimir Forcada.

—Es poca traba para alguien de vuestra calidad —replicó Oberholtzer—, puesto que habiendo estudiado leyes en vuestra juventud no os será nuevo trasladar a vuestra memoria el discurso completo de esos dos libros, y teniéndolos bien aprendidos, lo menos será numerarlos.

—Pero si no se me acuerda a mí mal, los pasajes de Samuel que vos decís serán treinta o cuarenta capítulos.

—Coged vuestro libro y no perdáis ocasión de ir estudiándolo —fue la única respuesta del inflexible Oberholtzer mientras le alargaba el gigantesco volumen—. Y no olvidéis nunca que jamás debéis llevar con vos el texto numerado. Siempre que vayáis a hacer el traslado, como será menester escribirlo primero en claro con su numeración correspondiente, acordaos luego de destruir la muestra que hayáis empleado por recordatorio.



Forcada tomó la Biblia con aprensión y reprimió el deseo de buscar los pasajes en cuestión para comprobar cuán extensos eran.

—Pasando a otra cosa —cambió de tema el flamenco— utilizaréis como postas para enviar vuestros avisos los lugares que os voy a referir. Mientras permanezcáis en París o sus cercanías, los haréis llegar al embajador por medio de un vendedor de pescado llamado maese Hymans, que tiene puesto en Port au Fin. Los escribiréis en letra muy menuda y haréis un cilindro apretado con vuestros avisos, cada uno de los cuales meteréis en una bolsa pequeña de cuero. En el puesto que os digo, haréis como quien examina el pescado e introduciréis, con disimulo, por la boca, la dicha bolsa en el pez. Como si no os placiera la pieza la devolveréis, que con sólo esto el pescadero sabrá reconocer de qué se trata y apartará el pez para los criados de su señoría, que se abastecen con él. Mas si precisara de mucha diligencia lo que habéis de avisar, se llegará vuestra merced o vuestro criado a la iglesia de Sainte-Catherine-du-Val-des-Écoliers...

—¿Donde el padre Alderete?

—¿Lo conocéis? —se sorprendió Oberholtzer, más de la palidez que había sobrevenido al rostro del capitán nada más oyó citar la iglesia, que por el hecho de que conociera al sacerdote, que por ser español como Forcada, bien podía conocerlo, cuanto menos de nombre—. Tanto mejor, que es él quien será medio para encaminar los avisos que requieran de más diligencia y secreto, pues el padre Alderete acude con cierta frecuencia a esta casa y nadie hará cuenta de verlo venir aquí.

—¿Y si hubiera de marchar de París?

—En tal caso mandaréis quien traiga el aviso expreso y lo entregue en la dicha iglesia y al dicho padre, o en el cabaret de Sánchez, que conocéis bien, para que él nos lo haga llegar.

—Más prudente sería evitar lo de Sánchez, que estando yo en el mal término que estoy con los de la Liga y siendo su cabaret muy visitado de las gentes del de Guisa, poco gusto tendría en dejarme ver por allí.

Oberholtzer reflexionó un instante.

—El señor Carteleger tiene instrucciones de su excelencia de penetrar las razones de la celada de anoche y esta misma mañana irá a la posada de Mordal a descubrir tierra en esto. En el entretanto, dice bien vuestra merced y será mejor olvidarse de Sánchez. En la rúa nueva de Notre-Dame está la librería del señor Nicolás Bofons, que es muy a propósito para que con achaque de mirar libros deje allí los avisos quien os haga de portador. La sola cautela que ha de tener la persona que vaya a este oficio será recordar la seña que ha de dar y que consiste en preguntar por la *Empírica* de Benedito Vitorio Faventino. ¿Se os acordará el título?

—No lo había oído nombrar nunca. Ha de ser libro de Medicina o cosa semejante.

—Así es. El librero dirá que es libro raro y mostrará en su lugar los de Paulo, Mateo de Gradi y Aecio. En éste de Aecio será donde el portador habrá de dejar el aviso y devolvérselo al librero. Por cierto que será muy conveniente que mandéis

llamar a vuestro criado. ¿Castellanos se llamaba?

—Al señor Diego Castellanos, que bien decís fue mi criado, hará medio año que di licencia se buscara amo que mejor lo mantuviera, por no tener yo con qué —explicó Forcada con segundas, pues de sobra sabían los dos quién había movido que suspendieran el entretenimiento o salario que el embajador pagaba al capitán.

Como si no le hubiera alcanzado el tiro de Don Juan, el confidente del embajador siguió:

—En tal caso, bueno será que toméis otro, que no os faltará con qué socorrerlo. —Y tras abrir con una llave muy grande un cajón de su mesa, Oberholtzer sacó un monedero y un papel escrito—. Su señoría me ha ordenado que se os vuelva a pagar el entretenimiento de 30 escudos al mes que teníais, crecido hasta los 50 escudos, que correrá a partir de este mes de mayo, y que os diera una ayuda de costa de 120 escudos más, con que paguéis vuestras deudas y pongáis orden en vuestros negocios. Aquí van los entretenimientos por este mes y el venidero y la ayuda de costa, que por todo hacen 220 escudos. Los restantes los cobrará vuestra merced donde de ordinario lo hacía. Si fuera menester más dinero para no dejar escapar la ocasión que se presentase, con vuestros avisos diréis muy por lo llano la causa, que habrá de ser muy justificada, y si su excelencia aprueba el gasto se os enviará cédula adonde sabéis para que se os pague.

Forcada firmó el recibí que le extendió el flamenco y dejó que la bolsa quedara encima de la mesa como si no tuviera dueño.

—Y volviendo a lo del criado, si os place podéis tomar a vuestro servicio al mozo de la posada que con tanto arrojo puso anoche su vida al peligro por socorremos.

La sugerencia tenía su parte de maliciosa y, en efecto, tocó donde más podía dolerle al capitán.

—Y por cierto —replicó éste disimulando mal su irritación— que reconozco como es razón el servicio tan notable que me hizo el señor Guillaume de Tallenay en ponerme sobre aviso y pelear con tanto valor, con sólo su daga y arrojo, contra hombre mucho más práctico y diestro que él, que fue maravilla no le costara al mozo más que la herida que recibió. Mas le habrán referido a vuestra merced el discurso del suceso y conocerá que me basto y sobro yo solo para salir de tales lances, que son los propios de mi oficio.

Oberholtzer sonrió sardónico, aunque con sonrisa contenida y a medias por no picar más el orgullo del español. No se sabría si lo que más le divertía era la contrariedad de Forcada o la mención que había hecho éste a su oficio. Hablaba como si todavía fuera soldado del rey, cuyo servicio en la guerra obliga y honra a todo gentilhombre, y no espía a sueldo. «¡Estos españoles y su insufrible soberbia: van siempre con el *Don* y el *capitán* por delante aunque no tengan cuna de dónde salga el título ni mando más que sobre una compañía de piojos!», se dijo el flamenco.

—Nada más lejos de mi intención que negar el valor de que dio prueba vuestra merced, pero me perdonaréis que os importune más e insista en que debéis tomar

criado, aunque no sea más que para tener buena la cobertura. Pues en los tratos que os ha encomendado el embajador, y es punto que conviene mucho a nuestro negocio que os atengáis a él, deberéis conducirlos en todo momento como gentilhombre que con licencia del rey acaba de dejar sus ejércitos y está aquí de paso camino de España. Aparte de que siempre habrá ocasiones en que será menester recurrir a criado para tareas que no sería bien las hiciera un caballero. ¿Quién no repararía en un gentilhombre que se rebaja a hurgar en el pescado, como habrá que hacer cuando empleéis el medio que os referí antes?

Don Juan no tuvo objeción que oponer a esto, pero a lo del mozo de la posada, ya más sosegado, replicó:

—Con todo, veo en lo de ese mozo más de un inconveniente. El primero que es tan niño que aún tiene la leche en los labios, y en oficio tan arriesgado y en que conviene estar siempre tan avisado, le queda todo por aprender. Y diré aún más: que aunque he visto que no se da mala maña en el arte de esgrimir la espada, pues yo mismo he hecho de su maestro, si por servirme y andar metido en estas tramas algo malo le resultara, en mi conciencia cargaría con la culpa de haberlo llevado yo a ese mal fin. Síguete, por último, que si bien sé por su tío que es de sangre hidalga, toda su experiencia consiste en andar entre fogones y sirviendo mesas, que no es escuela para quien ha de servir al rey en oficio tan peligroso, y mucho mejor le estaría quedar con sus señores tíos que lo estiman como a hijo propio, y que de muy mala gana y con harta pena se separarán de él.

Oberholtzer prefirió no volver a este tema del criado. Y como la idea se la había dado Cartelegar, se limitó a encogerse de hombros y dejar la cuestión para más adelante, no fuera a poner en más sospecha al capitán con su insistencia en este punto.

—El otro tema es el de la posada que tomaréis en adelante.

—Se os olvida que primero he de recuperar las cosas que se quedaron en la posada de maese Mordal.

—No se me olvida, y el señor Cartelegar tiene encargo de hacer que se os traigan aquí. Pero como no conviene que residáis en París más allá del tiempo que fuere imprescindible, siendo tan conocido como sois en ella, quedando en tan mal término con los hombres del Duque de Guisa, y estando tan perseguido como es de temer que estaréis en cuanto llegue la nueva de lo de anoche al gobernador, a quien como hombre del rey de aquí, y aun de la reina madre, nada le agradaría más que echar mano a un servidor del embajador del rey de España, y que lo primero que hará será registrar en todas las posadas por ver de dar con vuestro paradero, debéis tomar posada en lugar que no esté dentro de las murallas de la ciudad. Aparte del asunto de ese fraile, que al parecer anda tras los pasos de vuestra merced.

## *Visita al arzobispo*

Con la barriga aún vacía, el capitán se pasó a ver cómo seguía el mozo de su herida. Aunque anoche el licenciado Monguion le había limpiado y cosido la herida como convenía, el muchacho todavía no daba muestras de haberse empezado a recuperar, lo que nunca era buena señal en heridas penetrantes como la que había recibido.

Sin poder quitarse de la cabeza el recuerdo de compañeros de armas a los que había visto morir con heridas tan insignificantes como ésta, aun habiendo sido bien atendidos por médicos con mucha experiencia en curar lesiones de guerra, buscó la salida por las cuadras al portalón que daba al soportal y, una vez fuera de la residencia del embajador, se encaminó a Les Halles. Había dejado su espada en la casa de Don Bernardino y sólo iba armado, bajo la ropilla, de una daga. Al hombro cargaba un hatillo compuesto, a falta de las suyas, de algunas ropas prestadas por el señor Carteleger, Jerónimo López y otros criados de Don Bernardino.

En la calle de Tirechape acordó con una huéspeda el alquiler de una habitación y dejó pagada lo que restaba de la presente semana y la venidera. El capitán subió al aposento y repartió algunas cosas que llevaba en su hatillo de modo que pareciera realmente habitada. Al bajar le dio a la mujer un encargo:

—Si viniera alguien preguntando por mí, diréis una vez que duermo, otra que os he dado orden no se me moleste, o que he salido cosa de un rato antes, o que dejé dicho que volvería al poco, según veáis que conviene a cada ocasión. ¿Os acordaréis?

Y como la huéspeda riera en la inteligencia de lo que pretendía el capitán, dejó en su mano unas monedas para que el mandado no se le fuera de la memoria.

En Les Halles se metió en la tienda de un conocido remendón a quien dejó señal del pago por que le arreglara el mejor de los jubones que tenía: el mismo que había rasgado la otra noche la espada de uno de los sicarios, y que tal vez le había salvado la vida con su entramado de hilos de plata. A cambio de uno de los jubones prestados, más unos follados y alguna ropilla, negoció el trueque por una vestimenta más discreta, lo que resultó cosa bien fácil de hallar, pues era especialidad de aquel barrio de chamarileros y traficantes de toda suerte de objetos de dudoso origen cambiar cualquier cosa cobrando un suplemento en el precio. De esta manera, el capitán salió de allí en hábito de impresor, que era lo que más le pareció convenir para dirigirse a la orilla izquierda de París, pues más allá de la universidad que daba nombre a toda esa zona de la ciudad, y fuera ya de las murallas, quedaba el faubourg de Saint-Marcel, arrabal con fama de hugonote, habitado por canteros, impresores y tintoreros que utilizaban las aguas del Bievre, un riacho pestilente que vaciaba en el Sena y muy traicionero por la costumbre que tenía de desbordarse cuando se le venía en gana.

En el barrio de Saint-André-des-Arts buscó la casa de Jacobo Beaton, arzobispo de Glasgow y embajador de la reina de Escocia, a quien ya había visitado cosa de tres años antes. A la puerta le recibió un desconfiado y desdeñoso servidor del arzobispo que hablaba peor francés que el suyo o no quería entender el que se le hablaba: tuvo que repetir varias veces que venía de parte del embajador de España para que le franqueara la entrada. Aun así, una vez en el interior, tal vez desconcertado el otro por su aspecto, Forcada hubo que asegurarle que no era portador de ningún billete para su señor, sino que tenía que hablar con el arzobispo en persona. Mientras intentaba convencerle, varios criados le rodearon y se quedaron custodiándole, en tanto el primero subía por fin a dar cuenta al embajador de su visita.

La residencia del arzobispo, además de pequeña, tenía el aspecto de no estar pasando por sus mejores horas. El zaguán se veía desamueblado con las paredes casi desnudas, y los criados del embajador le parecieron pocos, descorteses y famélicos. Bien mirado, nada de extraño había en ello, pues Glasgow representaba a una reina, María Estuardo, destronada y cautiva, que bien poco podía hacer por ayudar a mantener el decoro que se le supone a un legado. Y aunque, en teoría, Beaton representaba también al rey de Escocia, Jacobo VI no se preocupaba ni mucho ni poco por pagarle su salario. El rey de Francia, sabiéndolo amigo de su enemigo el Duque de Guisa, tampoco hacía cuenta alguna de él, y sólo los donativos del jefe de la Liga y la pensión que le pagaba Don Bernardino le permitían al escocés mantenerse así, más mal que bien.

Al rato apareció el propio embajador, en lo alto de la escalera, acompañado del servidor de antes y, en buen francés, preguntó a Forcada si le enviaba Don Bernardino, y a continuación, por su nombre, que el capitán se negó a decir hasta que estuvieran a solas. Hizo seña a los criados que vigilaban al visitante de que le dejaran subir, pero el que parecía su sirviente de confianza continuó pegado a Don Juan cuando ya había ascendido y seguía al arzobispo hasta su aposento. El capitán se dejó de cumplidos entonces y empezó a protestar en sonoro español que no pasaría adelante si el inoportuno criado no se marchaba al punto; y tras intercambiar los dos escoceses unas palabras en lo que debía de ser su lengua natal, el servidor por fin se marchó.

—Yo conozco a vuestra merced, ¿no es cierto? —le preguntó Beaton cuando quedaron a solas, mientras hacía memoria—. Hará tres años. Aquel negocio de la conjura contra la persona del Duque de Parma, ¿verdad?

Forcada asintió y se presentó, se disculpó por su atuendo, y fue en seguida al grano preguntando a Beaton lo que conocía del testamento de la reina de Escocia.

—Ayer mismo contesté a un billete que el señor embajador me hizo llegar con uno de sus criados —replicó con desconfianza el escocés.

—Su excelencia tiene por cierto que el testamento existe, y sabrá recompensar

bien a quien le ayude a venir en manos seguras.

Los ojos grisáceos del viejo eclesiástico se iluminaron de codicia o de cálculo al oír esto, y Don Juan tomó buena nota de ello.

—Lo único que sé de ese testamento es que su majestad la reina me escribió, hará cosa de un mes, comunicándome su intención de redactarlo en caso de que su hijo el rey de Escocia persistiera en su errada fe. Pero de su carta no entendí yo que fuera cosa aún hecha. Y todo ello me dio también que sospechar, pues tras mucho tiempo sin recibir correspondencia de su majestad, en unos pocos meses me han venido cartas suyas, algunas escritas hace un año y más, en tal abundancia, que aún no he tenido ocasión de leerlas todas y dictar las respuestas a mi secretario.

—¿Y cómo es esta novedad? Creía que sus carceleros tenían tan apretada a la señora reina de Escocia que no había modo de encaminar su correspondencia, y todas las cartas llegadas para ella en el último año se apilaban en la residencia del embajador de Francia, monseñor de Chateauneuf, sin que se le pudieran hacer llegar.

—Y así fue mientras estuvo encerrada en Tutbury, que es un apartado y pobre castillo, y tan húmedo e insano que le vinieron a mi señora unas reumas que la tuvieron cerca de acabarla. Pero ha unos meses que la mudaron a Chartley, que es mejor lugar y desde donde parece haber encontrado medio secreto y seguro para volver a sus correspondencias.

—¿Y cuál es esa nueva vía segura que ha encontrado ahora para poder corresponderse?

—No penséis que me recato con vuestra merced y no deseo descubriroslo, que sólo sé de él por lo que la propia reina de Escocia me escribe en sus cartas. Será por mejor guardar el secreto que no me ha revelado la vía que emplea, si no es que puedo escribirla sin cuidado de que mi correspondencia llegará a sus manos sin que la intercepten.

—¿El señor Tomás Morgan está al tanto de esta nueva vía?

—Si hay alguien que debe de estar en el secreto, éste ha de ser *el galés* —concedió el arzobispo con una mezcla de desdén y resentimiento al referirse al agente de María Estuardo.

Forcada pensó que si lo sabía Morgan, también lo conocería Carlos Paget, y que era más fácil visitar a este último en su casa que al primero en La Bastilla.

—En lo del testamento —le sacó Beaton de sus reflexiones—, si así lo desea Don Bernardino, en mi próximo despacho pediré a su majestad la reina que me lo haga llegar por medio seguro.

—¿Y cuál será ese medio?

—Por una doble vía. La ordinaria, que será que la respuesta de su majestad se reciba en casa del embajador de Francia por la forma secreta que ella tenga concertada con el barón de Chateauneuf. Y una segunda que consistirá en hacerlo llegar también a manos de un confidente mío que está por partir, de aquí a pocos días, a la isla, y a quien el embajador Mendoza conoce, pues me pidió buscara hombre que

fuera a espiar los puertos de Inglaterra y avisar de las armazones que en ellos hace la reina inglesa. Que yendo este hombre a una cosa, bien puede ocuparse también de este otro negocio.

El capitán le animó a hacerlo así y prometió dar cuenta de todo ello a Don Bernardino, pero quedó para sí muy intrigado y con malos presentimientos de que en todo aquello había mucho de qué sospechar y en qué penetrar.

—Cuando habléis a Don Bernardino acordadle que me dé algo para pagar al hombre que mando a Inglaterra, que yo no tengo con qué. Más algún dinero para mi casa, que bien sabe su excelencia cómo con la pensión que me tiene acordada no me llega para los muchos gastos que últimamente he tenido en correos y otras cosas. Y si fuera vuestra merced quien me lo enviara, y para luego, os lo tendría por gran merced.

Forcada dio palabra de hacer el encargo, besó el anillo al arzobispo como despedida y salió de sus aposentos.

En la escalera se cruzó con el criado de antes, quien le lanzó una mala mirada y al instante apartó los ojos de él siguiendo su propio camino. A Forcada el gesto le dio que pensar, pues más que de rencor por la ofensa que le hiciera al alzar la voz y exigir que no estuviera presente en la entrevista con su señor, le pareció mirada de persona que va con segundas y trama algo. Por eso, al salir de la casa del arzobispo, no se decidió a marchar aún, y esperó un rato oculto, por ver si se seguía algo de aquello.

No tuvo que esperar mucho. Al poco vio abrirse la puerta de la residencia del embajador y salir por ella al criado de antes junto a un mozo al que no había visto cuando estuvo dentro. El servidor pareció estar instruyendo durante un minuto al muchacho, y al final le entregó un billete, se metió en la casa y cerró la puerta.

El mozo tiró en dirección a la plaza Maubert y Forcada le fue siguiendo a distancia para ver adónde llevaba el billete. La caminata terminó en la calle de Saint Jacques, cerca de la iglesia de Saint-Severin, en una posada que llamaban El Elefante, adonde entró y de donde salió en seguida el mensajero.

Al cabo de unos minutos abandonaron la posada dos hombres. Uno de ellos le resultó desconocido. Era joven, de unos veinticinco años, de tez muy pálida, y por lo que pudo ver antes de que se calara el sombrero, pese a su juventud, con la cabeza ya rala de cabellos. Vestía con cierta distinción, como gentilhombre, pero al capitán sus maneras se le antojaron desprendían aún cierto vago aunque inconfundible aroma eclesiástico. Su acompañante era de edad semejante, pero a éste sí lo reconoció. Se trataba de un Miguel o Antonio del Río. Había nacido en Inglaterra, adonde se refugió su padre, un español, fraile agustino renegado juzgado por el Santo Oficio y que se había huido y casado con una monja fugada de la cartuja de Sevilla. Tenía fama de servir a Francis Walsingham, el secretario principal de la reina de Inglaterra, en sus cifras y descifrados. Llevaba en París unas semanas, y un hombre como él no estaba en ningún lugar si no era por encargo particular de su señor.

Como había hecho antes con el mozo de la casa del arzobispo, ahora siguió al

dúo, que no fue lejos, pues al poco entró en un figón de la calle de la Serpiente.

Durante casi una hora no observó nada que le interesara o que pudiera relacionarse con su negocio. Vio entrar y salir gente del figón, y cuando llegó la hora de almorzar, como estaba en ayunas, del mucho caminar y del olor que salía del lugar que espiaba, le apretó el hambre. Se acercó a un puesto de comida, de los que en España llaman bodegones de puntapié, que se había instalado en la esquina de la misma calle con la de la Herpe, y dio cuenta de una buena porción de empanada de carne. Fue al poco cuando vio entrar allí a un hombre alto en hábito de fraile que le trajo malos recuerdos y le revolvió la empanada en el estómago.

Al cabo de un rato largo el fraile salió y, con paso presuroso, tomó su camino. Forcada decidió que era mejor seguir a éste, aunque con ello perdiera la oportunidad de acechar lo que hacían los otros dos.

El fraile cruzó el Pont Saint-Michel y él le fue detrás a distancia. Como el tráfico de caballos, mulas, literas, coches y transeúntes es allí tan intenso y el cruzar el puente se hace por ello tan lento, casi le pierde entonces de vista. Pero recuperó su rastro en la calle de San Bartolomé, que es la que atraviesa por aquella parte la isla que comparan con un barco sobre el Sena y en la que estuvo el primer núcleo de la ciudad. Forcada dejó algo más de espacio entre él y el hombre que seguía, pues con su altura, rematada en la punta de la capucha que le cubría la cabeza, y el caminar agitado que llevaba, le pareció fácil empresa reconocerlo de lejos.

Al cruzar al otro lado por el Pont au Change, bordeado de sus casas de orfebres, joyeros y vendedores de piedras preciosas, aceleró el paso, pues tenía acreedores por allí y temió ser reconocido incluso con el atuendo que llevaba. Acaso fuera porque iba ocupado en esto por lo que al llegar a la otra orilla perdió el rastro del fraile.

Aunque habría jurado verle tomar hacia la iglesia de Saint Jacques de la Boucherie, no supo por dónde tirar ahora y decidió encaminarse hacia la plaza de Greve, volviendo sobre sus pasos cada tanto y cambiando de dirección por ver si entreveía la inconfundible figura del fraile. Pero en vez del rastro de éste, a quien descubrió fue a alguien que le seguía a él. Si se paraba, el otro se detenía también; si volvía sobre sus pasos, el perseguidor se escabullía y al rato lo tenía de nuevo a sus espaldas. Aunque lo que pudo ver del hombre no le recordaba al fraile, ni le pareció tan espigado, con aquel ser, que parecía formado en la escuela del diablo, cualquier cosa era posible: tanto que hubiera cambiado súbitamente de forma, como que se hiciera proteger de un secuaz concertado con él.

Al llegar a la calle de la Tacherie, se detuvo en un entrante que hacía una de las casas y se pegó a la pared. Al momento vio pasar ante él al hombre, y agarrándole del cuello, sacó la daga, se la clavó en las costillas y lo arrastró hasta el muro para ver quién era y decidir si lo terminaba allí.

—¡Sosiéguese vuestra merced! —le suplicó Jerónimo López, aterrorizado al contemplar la ciega mirada del capitán, que parecía dispuesto a darle muerte allí mismo como si no reconociera ni su voz ni su persona.



—¿Sois vos, Jerónimo? ¿Qué hacéis siguiéndome los pasos?

—El señor Cartelegar me pidió que os cubriera las espaldas por lo que os pudiera pasar.

—¡La puta que lo parió a Cartelegar, que os he podido matar! ¡Poco se debe fiar de mí ese bellaco! ¿Y el fraile? ¿Visteis adónde se fue el fraile?

—Se desvaneció como un espectro al poco de cruzar el puente, que es cosa de no creerse si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Forcada lanzó una maldición y soltó al criado de Don Bernardino, pero siguió apretando la empuñadura de su daga como si la quisiera quebrar con su rabia.

## *Respuesta de Mayneville*

Al acabar de cifrar la carta, Mendoza repasó la sucesión de números durante un buen rato para comprobar que no se había deslizado ningún error. Luego volvió a releer el texto en claro:

*A Don Juan de Idiáquez, secretario del Consejo de Estado de Su Majestad. En su mano.*

*Lo que aquí diré suplico a vuestra merced se descifre con cuidado y se ponga en manos de Su Majestad. Va cifrado de la mía.*

*De Inglaterra me han avisado cuatro hombres de cuenta y que andan de puertas adentro en casa de la Reina de Inglaterra haber acordado entre ellos, más de tres meses ha, asesinar a la dicha Reina. Al fin se han puesto de acuerdo y juramentado los cuatro para ejecutarlo. Si será con veneno o con hierro y en qué tiempo me lo avisarán con el primero para que lo escriba a Su Majestad. Suplican que, efectuado el negocio, el cual no descubrirán a otro hombre que a mí, a quien estaban tan obligados y fiados del secreto, Su Majestad fuese servido de socorrerlos.*

*Guarde Nuestro Señor la muy ilustre persona de vuestra merced y estado acreciente, como yo deseo. De París a 12 de mayo 1586.*

Cuando terminó la lectura suspiró, cansado, y comenzó a doblar y lacrar las tres copias cifradas que había escrito, matándose la vista, de su puño y letra. Por último, quemó el borrador de la carta en claro y se quedó pensativo mirando cómo el fuego lo consumía.

Sin incorporarse de la mesa gritó:

—¡Señor Oberholtzer!

Cuando éste se presentó ante él, le entregó las tres copias del despacho y ordenó:

—Una que parta ahora mismo por la vía de Nantes. La segunda irá con el correo ordinario junto con los demás despachos de esta semana. La tercera ha de llevarla expresa Pierre el Vasco y entregarla en la posta de Irún. Prométele una prima de hasta 15 escudos si está aquí de regreso en ocho jornadas. Que si bien vos, Hans, lo pudierais hacer también a satisfacción, me sois más útil ahora aquí. Ah, y si ya ha vuelto Cartelegar de lo de maese Mordal, le diréis que venga a hablarme.

No mucho antes había empezado a oscurecer, pero como el cielo venía cargado de lluvia, parecía que fuera ya noche cerrada. Salvo la mesa del embajador, donde ardía una solitaria vela, el resto del despacho estaba casi en total penumbra. A Herman Cartelegar le apenó pensar que —tal vez sin que el propio Don Bernardino reparase en ello— su señor comenzaba a acostumbrarse a vivir en la oscuridad, como si ya estuviera ciego. Y aunque el embajador hablaba con esperanza a quien quisiera oírle de la próxima operación que sus médicos le habían recomendado hacerse en la peor de las cataratas, la que afectaba a su ojo izquierdo, Cartelegar lo adivinaba resignado y vencido por dentro como no lo había visto nunca en todos los años que llevaba a su

servicio.

—¿Qué habéis sacado en claro de la visita al posadero?

—Maese Mordal se recupera bien —comenzó a responder el confidente volviendo a centrar su mente en el negocio—, que parece que la estocada del capitán fue medida para no hacerle gran daño. Se me quejó mucho de los cuarenta escudos que asegura le adeuda su antiguo huésped. También se mostró hartó afligido por la desaparición de su sobrino el mozo.

—¿Le avisasteis de que está en esta casa y bien atendido?

—Sí, y esto hizo la cosa peor, porque el posadero, que entró en la celada cuando ya habían herido al mozo y no llegó a verlo, no estaba al tanto de la presencia del sobrino en la lucha ni de que había recibido una herida. El conocerlo le puso en gran pesar, y mucho más a su esposa, que rompió a dar grandes voces y a llorar con tanta pena que nos llenó a todos de gran congoja.

—¿Os explicó Mordal qué guerra era aquélla de la celada contra el capitán? ¿Era a cuenta de negocios del de Guisa?

Cartelegar contó a Don Bernardino la declaración que le había tomado a maese Mordal tal como éste se la había referido, con la visita del misterioso fraile, la historia vieja que éste le contó de las pasadas felonías del capitán Forcada, y la orden que le presentó escrita de puño y letra del señor de Mayneville de que se ocupara de despacharlo como a peligroso traidor e infiltrado.

—¿Visteis esa orden del señor de Mayneville?

—Ni la vi ni quedó en poder del posadero Mordal, que ese ladino fraile se la guardó para sí.

—¿Y de qué opinión sois en lo que contó ese fraile postizo?

—En lo del pasado del capitán Forcada no entro, que bien pudiera ser verdad todo o parte de lo que contaba el tal Robledo. Pero en lo de su traición a la Liga y la orden del secretario del Duque de Guisa para que lo hicieran matar, creo que todo es embuste y hay mucho que mirar en ello. El posadero está ahora con esta sospecha, que se lamenta mucho de haberse dejado embaucar por ese falso fraile y haber sido su necedad causa de tanto ruido y estocadas, pues teme se demostrará cómo fue todo estratagema y ha de quedar con ello desacreditado ante los de la Liga, como hombre poco discreto y de escaso seso.

—Eso nos lo confirmará la respuesta que nos traiga del señor de Mayneville el criado que mandasteis con mi billete. Entre tanto, encargaos de mirar mucho a las manos a Forcada hasta tener más seguridad de sus intenciones.

—He puesto a vuestro criado Jerónimo López tras sus pasos, para que le guarde las espaldas y por que cuide que no engañe.

—Procurad también hablar con el mozo para que aclare qué sabe del caso, pues él fue quien avisó de la celada al capitán, debió espiar lo que el fraile y el posadero trataban, y acaso sepa más cosas de estas marañas.

—Temo que lo de tomar testimonio al mozo habrá de aguardar aún, que ahora lo

que más nos ha de preocupar es que salve la vida.

—¿Y cómo es eso? ¿No me asegurasteis que la herida os parecía de poca consideración?

—Así pensaba anoche, y lo mismo me certificó el licenciado Monguion, pero siendo una herida limpia y habiéndosele taponado bien para cortar la pérdida de sangre, es raro que apenas si recupera el conocimiento muy de tarde en tarde y cuando lo hace delira y tiene gran calentura.

—He visto casos así. La herida no ha de ser tan limpia como decís, que rara vez lo están las espadas, y la estocada le habrá infectado la sangre. ¿Supura la herida?

—Como debe hacerlo, que siempre es buena señal de que se está sanando la herida.

—No juraría yo que fuese tan buena señal, que he visto a más de uno morir por el hierro cuando la herida le supuraba. ¿Monguion se está ocupando de él?

—Tres veces ha estado ya con el mozo en lo que va de día, y prometió volver de nuevo al caer la noche.

—Id a ver cómo sigue y mandadme recado con lo que diga Monguion del caso.

Cuando se retiró Cartelegar, Mendoza se incorporó y comenzó a pasearse queriendo recordar algo que había salido a relucir en la conversación con su confidente, apartado de su pensamiento para considerarlo mejor a solas, y que ahora le costaba hacerlo volver a su memoria. Mientras observaba abstraído, desde una de las ventanas de su despacho, la torre de la iglesia de Saint-Paul, por fin le vino a la cabeza el hilo perdido que buscaba. Se trataba de aquella historia de un estudiante en Alcalá que había dado por muerto a su hermano primogénito y luego quedó todo en mentira y descrédito. Él mismo había estudiado en Alcalá para bachiller en Artes y Filosofía. Juraría que alguna vez, muchos años atrás, había escuchado hablar de un suceso así.

A Forcada lo conocía de Flandes y lo había tratado en diferentes ocasiones desde el año de 1575 hasta aquí, pero ahora veía que sabía muy poco de su pasado anterior. Bastantes detalles de la historia de ese Robledo se podrían fácilmente comprobar. Si la madre de Forcada había sido, en efecto, dama de la emperatriz Isabel de Portugal, sería fácil conocer su nombre y con quién casó. Aquel pleito tan notable contra sus padres y hermano por bastardía también habría dejado recuerdo, y sabía dónde preguntar por él. Además estaba el dato de lo de La Goleta, que aunque fueron muchos los que los turcos prendieron allí, tenía viejos compañeros de armas que fueron cautivos y recordarían si entre ellos estuvo un caballero de las señas de Don Juan.

Llamó a Oberholtzer y le ordenó que le mandara a uno de sus oficiales para dictarle unas cartas personales.

Empezó con una carta para su hermana Doña Ana de Mendoza. Como institutriz del príncipe Don Felipe, Doña Ana estaba muy al tanto de la vida de la corte y gustaba mucho de conocer genealogías y enterarse de todos los chismes que corrían

por Madrid, de los cuales a menudo le mandaba aviso en sus cartas. Si alguien podía recordar a una antigua dama de la difunta emperatriz e informarle de la genealogía de toda la familia desde Adán hasta aquí, ésa era ella.

Pero a mitad del dictado, Carteleger pidió permiso para entrar.

—Acaba de llegar el que enviasteis al señor de Mayneville y aquí traigo la respuesta —anunció entregándole la carta.

—Veamos ahora si descubrimos tierra en este negocio del fraile —comentó para sí Mendoza rompiendo los sellos que cerraban la misiva—. ¿Habéis visitado al sobrino del posadero?

—Sí, excelencia, y su estado es ahora peor, que le ha sobrevenido al enfermo un pasmo que le tiene muy tieso, y demás de eso, la boca tan cerrada y apretada que no hay modo de darle que coma.

—¿Lo ha visitado ya Monguion?

—Está ahora con él, y con mucho cuidado no sean señales de una de las peores y más inusitadas especies de pasmo que hay, pues teme el licenciado sea el tétano.

—Dios quiera que yerre el médico, que si es tétano, que a veces acompaña a tales heridas, no he sabido de nadie que no muriera en pocos días de ese mal. Mandad llamar al padre Alderete y que le dé los sacramentos.

Dejó de dictar sus cartas y pidió al oficial que saliera del despacho y volviera más tarde, cuando se lo ordenara. La noticia de la gravedad que había cobrado la herida del mozo de la posada había apesadumbrado su ánimo y hecho que casi olvidara la respuesta de Mayneville. Decidió que luego bajaría a ver con sus ojos al muchacho y hablaría con el médico Monguion. Pero ahora urgía averiguar qué decía el confidente del Duque de Guisa.

*Lo que puedo decir de lo que vuestra merced me pide en lo que toca a ese Robledo, es que un hombre de ese nombre acudió a mí, hará tres o cuatro meses, ofreciendo servir como infiltrado entre ciertos agentes que tiene aquí puestos el secretario de la Reina de Inglaterra, el señor Francisco Walsingham. Como el tal Robledo me dio algunas pruebas ciertas de que conocía a tales personas, pensé podía ser de provecho para penetrar sus tramas, y traté con él en que hiciera su parte en descubrir estas inteligencias de la Reina, pero sin acordarle entretenimiento, posponiendo la recompensa para cuando hubiese hecho el efecto; y así no le entregué sino 10 o 15 escudos apiadándome de su pobreza y de su triste condición de cautivo huido de Constantinopla, tocado por el relato que me hizo de sus tristes trabajos y por mostrarme él mismo las mutilaciones que padeció de aquellas gentes por no renegar de Nuestra Santa Fe Católica, que lo tuve por indudable prueba de su buena fe y lealtad. Mas pasadas unas semanas no volví a saber más de él, y aunque le puse detrás personas confidentes que hallaran su paradero, nada resultó de ello.*

*En lo del capitán Forcada, sólo os puedo decir que está empleado en materias secretas del servicio del Duque, mi señor, y que ha obrado siempre, en el tiempo que ha que sirve en esto, con lealtad y sin que se tuviera sospecha de su persona. Por lo que, si fueron servidores de mi señor quienes lo emboscaron, fue sin conocimiento ni autoridad mía y quedo muy corrido de ello y con mucho cuidado de averiguar cómo y por obra de quién llegó aquel falso mandamiento de acabar al capitán. De lo que descubra os enviaré noticia como humilde servidor de vuestra merced, a quien Nuestro Señor guarde y prospere estado. De Joinville a 10 de mayo 1586.*

*François Roncherolles, señor de Mayneville*

## *Las destrezas de Diego Castellanos*

La mañana siguiente, a la hora del almuerzo, Forcada caminó hasta el barrio del Temple, a una taberna en la calle de Frepau, y cuando se iba a dirigir al dueño para preguntarle por cierta persona, reconoció allí mismo a quien buscaba. Costaba reconocerlo porque, más que criado, usaba tal porte e iba vestido con tanto engolamiento que parecía ministro del rey, y de los más principales.

—¿Será vuestra merced mi viejo amigo Diego Castellanos, o habéis llegado a caballero de hábito y tratáis ya con cardenales y príncipes? —Le abordó el capitán con burlón afecto.

—¡Mi señor el capitán Forcada! —exclamó el otro al reconocerlo, atragantándose con el buñuelo que había comenzado a comer y abrazándose a él como si le creyera una visión y temiera que se fuera a desvanecer al momento. Pero tras el primer afectuoso impulso, y observando lo pobremente que vestía el aparecido, se recató y estudió al capitán con precaución.

—Por lo que se puede juzgar, vuestro nuevo amo francés os ha de tener en la mayor estima, porque en toda mi vida he visto servidor tan bien cuidado ni mejor vestido —siguió bromeando Don Juan, más divertido aún porque adivinaba la causa de la prevención de su antiguo criado.

—Vuestra merced yerra, que hará dos meses que me licencié del servicio del señor de Lansac y ahora sirvo al arzobispo de Nazaret, nuncio del Papa. —Le corrigió Castellanos, considerando el aspecto de su antiguo amo cada vez con mayor aprensión.

—¡Ahora me explico lo bien cuidado que estáis! —repuso Forcada, y mientras le preguntaba a continuación cómo había llegado a servir a tan buen amo, llamó al tabernero, puso unas monedas sobre la mesa y pidió de beber para él y su compañía.

La visión de las monedas del capitán cambió el semblante de Castellanos, que aunque todavía no fiaba del todo en que no hubiera gato encerrado allí, se quedó más tranquilo al comprobar que al menos no iría a su costa la consumición de su antiguo señor.

Más locuaz ahora, mientras vaciaba su jarro de vino de la Isla de Francia, fue contándole al capitán cómo había sido por medio de un paisano que servía como criado principal del arzobispo Frangipiani que había venido a ser presentado al mayordomo del nuncio, napolitano como su amo y, por tanto, súbdito del rey de España. El gran afecto que por esta causa sentían tanto mayordomo como señor por los españoles, y las buenas referencias que de él le dieron, le habían convencido a admitirlo al servicio del arzobispo, aunque al principio, sólo a prueba. Pero encargado

de mandar en los mozos de cocina y controlar las compras para la despensa del nuncio, había tenido ocasión de mostrar su gran autoridad sobre las personas y buen gobierno de los gastos, lo que le había alzado al mayor aprecio y confianza del mayordomo, que en todo se guiaba ya de su opinión y parecer. Ello, sin embargo, había sido causa de que, sin culpa alguna de su parte, y como es propio de la naturaleza humana, le hubiera tomado gran ojeriza el mismo su paisano que le recomendara antes, tocado de la verde y capital envidia que anida en los viles corazones, por verle prosperar y crecer en crédito e influencia ante mayordomo y arzobispo a un tiempo, en desmedro de la que el otro tuviera antes de que Castellanos ingresara en su servicio.

Para el capitán, todo esto explicaba a la perfección el verlo en aquel estado de prosperidad, tan principescamente vestido y almorzando allí, en taberna a la que siempre había tenido afición, en horas en que cualquier servidor —y más si tenía a su cargo surtir la despensa— debiera estar atareadísimo. Pero Diego Castellanos era diestro en hallar el modo de que los demás trabajaran por él; procurador en tomarse cuanta licencia le conviniera y en negársela a los demás; catedrático de prima en anotar fallos y defectos ajenos y afearlos luego, en el momento que más le beneficiara, ante sus superiores, sabiendo siempre cómo hacer que la delación pasase por desinteresado celo en el servicio de su señor, y ganando así mayor crédito y autoridad; doctor en acompañar sus palabras de convincentes razones y en darles el adecuado acento de hombre juicioso y recto; y por fin, intendente en regatear precios y exprimir la gallina del presupuesto hasta que diera caldo para regalar de sobra a su persona.

La lectura que para sí se fue haciendo Forcada del relato de su antiguo criado, basado en el trato que de tantos años había tenido con él y el consecuente conocimiento de su persona, hacía que el capitán no dejara de sonreír mientras le escuchaba, gesto que Castellanos tomaba por contento de su señor por su nueva buena fortuna y que, en realidad, mitad ironía, mitad afecto, venía provocada por la gracia que le hacía comprobar que el criado no había perdido ninguna de sus destrezas, que hallaba de lo más adecuadas para el fin con que lo había buscado.

—¿Y vuestra merced en qué empresas anda ahora metido? Oí a alguno decir que estabais al servicio de la Santa Liga. Forcada le indicó que se acercara y en voz baja le dijo: —He vuelto al servicio del rey, y con entretenimiento crecido. La cautela de Castellanos se esfumó al instante, y casi pudo oírse cómo las monedas sonaban en su cerebro cayendo una encima de la otra mientras ajustaba la cuenta exacta, que si no erraba, no bajaría de cuarenta escudos al mes la soldada del capitán. Pero en tanto su locuaz lengua pasaba ahora a elogiar el buen juicio de Don Juan por haber escogido el mejor camino de ganar honra y mercedes, la otra parte de su mente se volvía a poner sobre aviso, porque sin duda la presencia allí de su antiguo dueño no debía de ser casual y detrás de todo andaría algún servicio que le quería encargar y, como tenía ya bien probado, eso quería decir que habría de poner en riesgo su persona.

—El servicio del nuncio no os tendrá tan ocupado que no podáis haceros cargo de un par de trabajos que os llevarán bien poco y os tendré por gran merced que me hacéis. —Empezó Forcada, tal como había temido el criado, a descubrir su juego.

Pero no fue hasta que estuvieron en la calle, y mientras caminaban, cuando el capitán le explicó en qué consistían los servicios que le requería.

—En una posada que llaman El Elefante, que está en la rúa de Saint Jacques, tienen su hospedaje dos ingleses —añadió las señas por las que podría reconocerlos — sobre los que deseo que inquiráis todo lo que se pueda saber de ellos.

Castellanos no esperó que Forcada le contara nada más, pues ni a éste le hubiera estado bien el hacerlo, ni él necesitaba más prolijidades para adivinar lo que se cocía, aparte de que con la propia investigación ya calaría él por dónde iba el negocio.

—¿Y el segundo encargo?

—Éste es más trabajoso porque os obligará a dejar París por una media jornada, pero os resultará, con mucho, más grato que el anterior, porque dejasteis buenas amistades allí la última vez que estuvimos.

Castellanos pensó un momento y luego sonrió para sí, complacido.

—Sin duda vuestra merced debe querer referirse a la casa de la señora de Bellegarde, donde sirve como su cocinera la hermosa Caterina, que tiene las mejores manos del mundo para guisar faisanes y capones, además de ser dueña del busto más abundante y ninfeo que tuvo jamás diosa del Olimpo, que fuera tal pastora digna de los versos del poeta Garcilaso y aun del mismísimo Petrarca.

Y así siguió durante un buen rato perorando Castellanos, quien, además de hidalgo y cristiano viejo, juraba ser bachiller en Artes por Salamanca, y por ello no despreciaba ocasión de explayarse en floridos discursos como aquél.

—¿Y qué habré de comunicar a la señora de Bellegarde de parte de vuestra merced? —Volvió a lo práctico el criado.

—Le entregaréis este billete y me traeréis su respuesta.

—Creo que mañana mismo podré hacer el servicio que mandáis. Pero no me ha dicho vuestra merced dónde se aloja para que pueda llevarle la respuesta que me diera la señora de Bellegarde.

Forcada le habló de la casa de la calle Tirechape y observó la expresión de desconfianza que volvía a aparecer en los ojos de Castellanos, pues era lugar de muy mala nota y las casas que allí hacen su negocio arrendando habitaciones se tenían por las más mugrientas y sospechosas de París.

—No me miréis de ese modo, que no es allí donde me alojo, como vos os teméis —rio de buena gana el capitán—. Tengo convenido con la patrona el arriendo de un aposento, pues me conviene se crea tengo allí mi posada.

El criado sonrió ahora más tranquilo, en la inteligencia de lo que quería decir Forcada.

—Me podréis llevar la respuesta de aquí a dos días, que así os habrá dado tiempo a ir y venir del hotel de la señora de Bellegarde. En cuanto a la encuesta que haréis en



la posada de esos ingleses nos veremos esta tarde a las seis, en la misma taberna de antes, para que me deis el informe de lo que hayáis penetrado.

Sacó Forcada de su bolsa unas monedas que puso en la mano de su antiguo criado con gran contento de éste, y apretándole el brazo con llaneza y camaradería se despidió de él y se alejó por su camino en su hábito de impresor.

Una hora después estaba el capitán, ahora vestido como gentilhombre, en una calle cercana a la puerta de Saint-Honoré donde tenía su posada el señor Carlos Paget, gentilhombre católico exiliado, agente de la reina de Escocia y confidente de Don Bernardino, quien le pagaba una pensión de 400 escudos al año.

El criado de Paget reconoció al instante a Don Juan y le hizo pasar. Un minuto después, el propio Carlos Paget salió a recibirlo y, despidiendo al servidor, le hizo pasar a su aposento.

Como le había ocurrido con el arzobispo de Glasgow, Paget apenas si supo decirle algo nuevo acerca del testamento de la reina de Escocia, y tal como ya hiciera Beaton, también el agente se ofreció a hacer oficio ante la cautiva para procurarlo. Forcada le encareció mucho la importancia de que el testamento llegara a manos del embajador de España y dejó caer que Don Bernardino sabría recompensar bien de su bolsa un servicio tan señalado.

—Y seguro que vuestra merced también saca su parte en este notable negocio. — Insinuó con amistosa malicia Paget—. ¿Qué merced esperáis ganar con este servicio a su majestad?

—No tan crecida como la que recibirá vuestra merced en ello, que yo sólo seré medianero, en tanto que lo mayor del mérito de salir con el efecto se os deberá a vos —respondió Forcada con fingida llaneza y aún más simulada doblez, imitando el tono de burla entre jugadores que había dado el inglés a su pregunta—, mas por éste y otros servicios que tengo hechos al rey me tiene prometido mi señor Don Juan de Idiáquez, secretario de su majestad y quien más puede mover su voluntad, que he de regresar a España con mucha honra a tomar posesión del primer corregimiento que vaque en alguna villa principal de allá, y si Dios me ayudara, aun de un hábito de Santiago, merced que codician hasta ministros de este rey de Francia que son secretos amigos del servicio a su majestad.

Paget rio abiertamente las grandes ambiciones de Don Juan y la franqueza con que las confesaba.

—Mas hay una materia en esto que me tiene con gran zozobra. —Dijo a continuación Forcada.

—¿Y qué es ello?

—Que estando con tan estrecha guarda como tienen puesta a la reina de Escocia, no llegue el papel del dicho testamento a manos de los agentes de la reina de Inglaterra, que es fama la maña que se da y los ardides que emplea el secretario Walsingham en interceptar y falsificar correspondencias.

Paget sonrió astutamente y dibujó un gesto de calma con su mano.

—Pierda vuestra merced cuidado por eso, que ese punto ya está bien resuelto.

Invitándole a acercarse más, Paget le contó entonces a media voz que la correspondencia de la reina de Escocia había estado suspendida durante más de un año porque su carcelero, un tal sir Amyas Paulet, grandísimo hereje de la misma secta que el secretario Walsingham, y puesto en el cargo por éste como hombre de quien podía fiarse para tener tan apretada a la reina María, le había secuestrado todas sus cartas y cegado los canales por los que habitualmente se venía llevando y trayendo toda su correspondencia. Pero que, hacía unos meses, se había presentado un tal Gilbert Gifford, joven católico que se había ordenado en el seminario inglés de Reims, muy diestro, resuelto y de completa confianza. Este Gifford había manifestado sus ardientes deseos de ser parte en liberar a la reina de Escocia de su prisión y que contaba con numerosos amigos de la mayor calidad en Inglaterra, católicos secretos, por proceder de una ilustre familia católica, en otro tiempo muy influyente y ahora muy perseguida a causa de su religión. Morgan y él habían decidido recomendarlo a la reina escocesa y probar el modo, a través de este joven, de abrir nueva vía segura y secreta para encaminar su correspondencia, y en efecto, Gifford había conseguido un modo infalible de hacerlo.

Tal método consistía en transportar las cartas de María Estuardo dentro del tapón que cierra los barriles de cerveza que entran y salen del castillo de Chartley, donde estaba ahora prisionera la reina. Para ello tenían comprada la voluntad de un cervecero del cercano pueblo de Burton, suministrador de la cerveza que se enviaba a Chartley, y que miraba para otra parte mientras Gifford, u otra persona por él designada, colocaba las cartas para María en los barriles llenos dentro de una bolsita de cuero, y recogía del mismo modo las que la reina enviaba en los barriles vacíos. Con este ardid, la correspondencia de la reina pasaba por delante de las narices de sir Amyas Paulet sin que éste descubriera nada. Para reforzar el engaño, la reina seguía entregando a su carcelero, como le tenía éste ordenado que hiciera como única vía para corresponderse, otras cartas fingidas, que después de leer y comprobar que no había cosa en ellas que pudiera inquietar a Walsingham y a la reina de Inglaterra, Paulet se encargaba de enviar al embajador de Francia para que éste las remitiera a los servidores que la de Escocia tenía aquí. Y para que el censor de las cartas se creyera controlador absoluto de la correspondencia, en estas cartas que pasaban por su mano se insinuaban quejas de la reina María contra él mismo por el trato que le daba, y veladas noticias de propósitos conspirativos que pudiera transmitir a Walsingham para cebarlo con pistas falsas.

Tras escuchar esta explicación, Forcada dijo sentirse ahora completamente tranquilo de la vía por la que podía llegar el documento que tanto le interesaba, de nuevo le recomendó mucho el negocio al inglés, deseó la pronta liberación de Tomás Morgan, amigo común, se comprometió a hablarle a Don Bernardino de sus servicios con la mayor consideración y se despidió de Paget con un abrazo.

Pero cuando pisó la calle, se quedó a la zaga, lo más oculto que pudo, observando

durante buen rato si alguien entraba o salía de la posada de Paget.

Nada más ver la cara que traía Castellanos cuando éste llegaba a la reunión convenida en la taberna, Forcada se dijo que muy bien se le debía de haber dado la averiguación que le había encargado. Le invitó a pedir su cena y esperó sin aparente impaciencia a que el criado saboreara la empanada de ciervo y regara su garganta con sus tres o cuatro buenos tragos de vino que refrescaran el mucho caminar del día.

—¡Buenos bujarrones me ha mandado a calar vuestra merced! —bromeó, iniciando el informe de sus pesquisas, su antiguo servidor—. Los dos que me señaló vuestra merced son, el uno medio cetrino y corpulento, aunque todavía mozo y alto de cuerpo, que usa grandes bigotes y por nombre Juan Baptista Pompeo, tal que si fuera italiano, que es nombre más falso que Judas. Si no fuera él mismo más falso que el apóstol traidor, pues tiene la lengua inglesa y la española, que hace pasar cuando le conviene por italiana entre los que no conocen ni la una ni la otra. El otro es un inglés flaco y con las carnes sin color, casi del todo calvo, persona de calidad, como gentilhombre de cuna, que se nombra Gualterio Luzón, pero no habla más que su lengua inglesa y su poco de francés e italiano, además del latín que, como sacerdote ordenado que es, tendrá aprendido.

—¿Entendisteis sus verdaderos nombres?

—El de tez más morena no supieron decirme sino que tenía padres españoles y nombre verdadero de nuestra nación. Lleva poco tiempo en París y algo se trae con el otro, como si tuvieran negocio a medias entre ellos. Que esto me lo dijo un cura de la iglesia de San Severin, que, como vuestra merced sabe, está muy cercana de donde tienen éstos su posada, hombre muy de la Liga y que suele estar bien informado de todos los forasteros que vienen a ese barrio. Del otro, del calvo, supe se llama tal Gilfort por una de las mozas que sirven en la posada, que en una ocasión vio carta dirigida a él con este nombre y lo oyó también llamar así de un cura que estuvo alojado con él antes de que lo hiciera el otro hijo de españoles.

—¿Decís que el nombre verdadero de éste es Gilfort...? —Gilfort o Giford o uno de esos nombres del diablo que se usan entre estos ingleses— replicó Castellanos, descubriendo que en el nombre debía de estar algo importante para el capitán, pues fue oírlo y abrir mucho los ojos, recatarse y quedar caviloso Don Juan.

—¿Y qué es eso de un cura que estuvo antes que el otro alojado con ese Gilfort? —preguntó en seguida el capitán para que el criado no reparase en su turbación y darle cuerda con que siguiera hablando, pero seguro ya de que Castellanos no podría decirle nada que tuviera mayor importancia que lo que acababa de oír.

—A ello iba. Que un cura de su misma nación, llamado tal Balada o Balar, y otro Bernardo Maude su amigo estuvieron con este Gilfort yendo y viniendo con mucha amistad entre los tres durante unos días. Mas este cura y el Maude debieron de marchar luego, porque no se les ha vuelto a ver más. Y fue irse el primero y llegar el otro, que en su posada se notó el cambio de compañía, pues mientras estuvo el Balar todo era vida recta y muy sin sospecha, y en llegando el cetrino no paraban sino en

una bodega o figón que está en la calle de la Serpiente, que es lugar tenido, según me dijo el párroco que antes mencioné, por sitio de reunión de rufianes y tahúres, y donde entran y salen gentes dudosas a tratar y concertarse para sus conspiraciones y oscuros comercios. Y todavía me aseguró la moza que en la posada tenían a estos dos por honrados, aunque no me supo dar más razón de esta fama.

—¿Y un fraile alto, que viste hábito como de la orden de San Francisco y oculta siempre su cara como si temiera ver la luz?

Castellanos se encogió de hombros: nadie le había mencionado nada de un hombre de las trazas que decía el capitán.

Por su parte, Forcada, como si estuviera digiriendo algo, se despidió de su antiguo criado con precipitación, citándole al día siguiente donde tenían concertado para que le trajera la respuesta de la señora de Bellegarde.

Castellanos quedó terminando su pasto y discurriendo qué habría encontrado el capitán en su información que le pudiera haber alarmado tanto, y algo frustrado por no haber podido recrearse más alabándose ante el capitán de la maña que se había dado para enterarse de las vidas de aquellos ingleses.

Cuando salió de la taberna y tomó el camino de la casa del nuncio, al pasar por una esquina, alguien que le pareció un gigante lo sujetó por el cuello, lo apretó contra la pared, y le clavó una daga en la nuez de la garganta con tanta fuerza que por poco no se la atraviesa. Con la boca muy cerca de su cara, que hasta pudo sentir su aliento que hedía a muerto, el desconocido le escupió estas palabras:

—Te conozco, señor Diego Castellanos, bellaco cangilón, y en buena hora te matara aquí mismo si no se me acomodara más que, entremetido bullebulle como eres, lleves aviso a tu amo de que no me olvido de sus pecados, y que antes de que responda por ellos ante Dios, tendrá que responder de sus agravios ante mí, que será lo uno poco antes que lo otro. Y le dirás también que está penetrando en negocio demasiado grande para su persona.

Luego de dicho esto se separó de él y, de la misma manera súbita en que había surgido, pareció desvanecerse por un portalón que había calle abajo, por lo que Castellanos sólo pudo ver de su asaltante que vestía un hábito de fraile como el que le había mencionado minutos antes el capitán.

### *La posada del Elefante*

Cuando Antonio del Río, por nombre fingido Gian Baptista Pompeo, entró en su aposento de la posada del Elefante, lo único que le dio tiempo a ver antes de que el techo se le cayera encima fue una sombra que al punto saltó sobre él. Al recuperar el conocimiento, con la cabeza chorreando de algo que no supo si era agua o sangre del golpe recibido, estaba maniatado con las manos a la espalda y sujeto por cuerdas a la silla. Pero lo peor es que una gruesa soga le atenazaba el cuello. Su visión, todavía borrosa, se posó en la figura que tenía delante y despertó a una pesadilla aún peor, pues el hombre que vio ante sí, iluminado apenas a la luz vacilante de un candil, tenía la mirada gélida, fija y feroz puesta en él. En cuanto pareció comprender que había vuelto en sí, el desconocido dio dos o tres vueltas despiadadas a la soga que hicieron que la carne de su cuello se despellejara bajo la presión del basto esparto y se le cortara la respiración, por más que sus pulmones se hincharan buscando el perdido aire.

Sin dejar de retorcer la soga alrededor de su garganta aquel hombre le preguntó:

—¿Dónde está Gifford?

Del Río contestó en inglés que no le entendía ni sabía de qué le hablaba. El otro siguió mirándole sin expresión en los ojos, retorció un poco más la soga durante unos segundos que se le hicieron tan eternos como la otra vida que presagiaban, y luego soltó una o dos vueltas, como para que pudiera entender bien lo que decía.

—Déjese vuestra merced de hablarme en griego, que bien sé que tiene la lengua española y entiende cuanto le digo. En este mismo aposento estabais viviendo hasta ayer en compañía de un clérigo inglés llamado tal Gifford. ¿Dónde está?

Volvió a dar una vuelta a la soga y la dejó así, tensa y tirante en su mano, aguardando respuesta.

Del Río suplicó merced con la mirada, pues de la boca apenas le salía el resuello, y sólo cuando el otro pareció fiarse de que ahora hablaría, notó que el nudo de esparto aflojaba y un torrente de aire entraba en sus pulmones.

—En la posta, camino de Ruán, que piensa embarcarse para Inglaterra en uno de aquellos puertos.

Aprovechando el alivio de su situación, miró en torno. El aposento había sido inspeccionado a conciencia, pues todo andaba movido y revuelto. Pero lo que más le alarmó fue ver que su arcón había sido forzado y que las cartas que contenía estaban todas esparcidas sobre la cama.

Al entender la consternación que, por esta causa, reflejaba su mirada, en los ojos del asaltante brilló un destello risueño e inmisericorde y, aguzados su instinto y su miedo como estaban, Del Río comprendió que no se las veía con un hombre, sino con uno de esos diablos españoles que, mecánico y sin alma, no iba a dudar en llevarse su alma al infierno a la primera excusa que le diera. Aquel ser tenía las manos rudas y huesudas, y mientras la derecha tensaba el nudo en su garganta, la siniestra sostenía con un punto de destreza una daga de soldado, bien afilada por ambas caras. Aunque su vida había discurrido entre papeles y oficinas, el inglés no dudó que tenía ante sí a un hombre de armas, que por sus años, entre los treinta y cinco y los cuarenta, tenía edad para haber llegado a ser muy práctico en su oficio, y cuya fiereza en el mirar delataba al hombre determinado que quiebra molleras y huesos, y atraviesa y corta la carne a tajos y cuchilladas sin mayor motivo ni esfuerzo, como si su condición natural fuera matar al prójimo.

—Ahora que le ha vuelto el habla, vuestra merced me ha de referir qué tratos tiene el tal Gifford con vos, y ello en el buen romance que vuestro padre sin duda os enseñó a hablar.

Del Río comenzó a contar que lo único que sabía del caso era que un criado muy confidente de Walsingham, el secretario principal de la reina (con un apretón de soga reveló que el nombre de tal criado era Felipes y que el oficio de éste era descifrar y falsificar correspondencias para el secretario de Isabel I), le había encomendado reunirse aquí con el tal Gifford, a quien hasta entonces sólo conocía de oídas como secreto agente del señor secretario y encargado de darle aviso de las conjuras que tramaban los católicos ingleses que residían en el continente.

Apretado para que revelara con qué intención debía reunirse con Gifford, Del Río siguió diciendo que le habían ordenado una doble misión. La primera parte fue que debía ir siguiendo los pasos de Gifford muy estrechamente por que no engañara a sus patronos, y saber con quiénes se veía y de qué hablaban. El segundo encargo que llevaba era entender por este Gifford un particular que tocaba tanto a su oficio (que consistía en asistir a Felipes en los descifrados y correspondencias secretas) y que no era otra cosa que el descubrir cuál era la clave de la cifra que empleaba la reina de Escocia para corresponderse con sus partidarios.

El desconocido tomó uno de los papeles que había sobre la cama, se lo mostró y preguntó:

—¿Es ésta la contracifra de la que emplea la reina de Escocia?

Del Río asintió atemorizado y mortificado por la vergüenza, pues de pronto fue consciente de que con lo que ya había revelado a aquel intruso estaba haciendo el mayor deservicio que se pudiera imaginar a su señor y patrón Phelippes, a sir Francis Walsingham, y lo que era peor, a la reina de Inglaterra. Y por un momento temió más la venganza que podía esperar de éstos si conocían su traición, que a la soga y al hierro que le habían forzado a descubrir su secreto. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas al imaginar cómo se avergonzaría y renegaría de él su padre si se

enterase de su falta, pues de él había recibido tanto el amor a su nueva señora la reina de Inglaterra y el deseo de servirla, como el odio sin medida por la nación que quemó en público su efigie y le acechó hasta que se puso a salvo en Inglaterra.

Pero su congoja no conmovió lo más mínimo a su verdugo, quien siguió asfixiándole y atormentándole con más preguntas, que se veía bien claro conocía su oficio a la perfección y no le daba cuartel para no dejarle pensarse las respuestas.

—¿Qué conocéis de un cervecero que sirve de medio para que entre y salga del castillo en que la tienen cautiva la correspondencia de la reina de Escocia?

Moqueando tanto por la pena de sí mismo como por las flemas que le subían de los pulmones congestionados, Del Río contestó entre sollozos:

—Conozco que mi señor Phelippes sabe por Gifford de este trato.

—¿Las cartas de la reina de Escocia van, pues, a las manos del tal Felipes?

—En eso consiste la trama y por eso debía encargarme de que el Gifford me revelara la contracifra.

—¿Y esta contracifra está ya en poder de tu señor?

—Ha de estar por llegarle, pues ha tres días que la envié, y fuera de eso, Gifford lleva en su cabeza la clave, por si la copia se perdiera.

El interrogador seguía intimidándole con aquella mirada implacable, pero Del Río notó, afrentado, que sus respuestas tan precisas provocaban en aquél la sombra de una sonrisa de satisfacción, y en la poca tregua que le daba entre pregunta y pregunta, intuyó que la causa de esto debía ser que el otro había descubierto que ya no era la amenaza a su vida lo que le hacía hablar, sino el saberse caído, perdido y enlodado en su propia humillación, que es el mecanismo que por lo común mueve a hacer confesión de los secretos más guardados.

Así que el interrogatorio continuó más deprisa aún que antes: por qué él había quedado en París y no acompañaba a Gifford a Inglaterra; si conocían los señores Morgan y Paget el doble juego de Gifford; si estaba al tanto de la existencia de Gifford y su juego el arzobispo de Glasgow o alguien de su casa; qué les vino a decir dos días antes, a Gifford y a él, un criado de la casa del dicho arzobispo; cuál de aquellos papeles que había sobre la cama era la cifra que empleaba Del Río para comunicarse con el tal Felipes; quién era un clérigo que llamaban Balar y su papel en aquel asunto; con quiénes y de qué habló Gifford mientras estuvo en París; qué perseguían el Felipes y el secretario de la de Inglaterra con este enredo del falso canal para la correspondencia de la reina de Escocia; si estaba también al tanto el carcelero de dicha reina, sir Amyas Paulet, y qué conocía Del Río de las condiciones de la prisión en que la tenían ahora, y si había algún modo de comunicarse con ella o entrar a hablarle. Y al final de todo:

—Existe cierto fraile que se reunió con vuestra merced y el Gifford en una bodega de la rúa de la Serpiente. ¿Quién es ese fraile y de qué tratasteis con él?

—El fraile es hombre del señor Paget, enviado por éste para cuidarse de la persona de Gifford y transmitir lo que tuviera que comunicarle. La otra mañana,

cuando un billete del que os mencioné que sirve en la casa del embajador Beaton nos puso sobre aviso de que había un gentilhombre que estaba indagando cosas que ponían en riesgo nuestro negocio, le mandamos llamar para darle las señas que en el billete nos decían y encomendarle que tomara las medidas para nuestra defensa, que veo no sirvió de gran cosa, pues está vuestra merced apretándome aquí, y ahora que recuerdo las tales señas, comprendo que no debían ser sino las vuestras.

—Decís que es un hombre del señor Paget. —Se quedó meditando un momento el interrogador—. Sin duda tendríais alguna seña y contraseña para comunicaros con él, y lugar adonde mandarle recado.

—El lugar es una casa que queda al otro lado del río, no muchos pasos después de cruzar el Pont au Change. La seña que empleaba el Gifford con él, un dibujo simulado que escribía en el trazo de su firma y también en el exterior del billete y que consistía en dos cruces invertidas y entrelazadas. La contraseña que empleara el fraile no la sé, que no recuerdo que éste escribiera alguno, y si lo hizo, nunca llegué a ver carta o billete escrito de su mano que le viniera al Gifford.

Del Río vio a continuación cómo su carcelero soltaba la soga que ceñía su cuello y se incorporaba acelerado. Observó cómo recogía todos los papeles desperdigados sobre la cama y los iba guardando uno a uno entre sus ropas. Después regresó a su lado apuntando con la daga a su cuello. La visión de la punta del arma tan cerca de su cara le hizo cerrar los ojos, girar la cabeza y encomendarse a Dios llorando, pues tuvo por seguro que había llegado a término su vida.

—Os estará mejor continuar haciendo vuestro oficio sin revelar al señor Felipes nada de lo que aquí ha pasado —le instruyó su enemigo mientras cortaba con la daga la soga que le oprimía el cuello—, pues no se os debe escapar que si vuestros patronos conocieran la traición, no os dejarían sin castigo.

Por toda respuesta, el renegado español asintió dando grandes suspiros, sin atreverse todavía a mirar qué pasaba en torno suyo por temor a que su captor cambiara de humor y le matara. Pero cuando volvió a abrir los ojos, vio que el otro ya no estaba en el aposento, y que en su regazo posaba la daga que antes le amenazara, dejada sin duda allí para que, con mucho trabajo, la empleara en cortar sus ligaduras.



*Cita en el Palmail*

¿Dónde para ese demonio de *Saúl*?

Encomendé a Jerónimo López que le siguiera los pasos —respondió Cartelegar observando con cautela la expresión irritada de Mendoza, que no dejaba de pasearse acelerado por su despacho—. Anduvo tras él hasta la casa del arzobispo de Glasgow y lo fue siguiendo hasta la iglesia de Saint Jacques de la Boucherie, pero *Saúl* lo terminó descubriendo. Mandé luego con el mismo encargo a dos de vuestros criados, escogidos entre los que le fueran menos conocidos, mas aunque el Jerónimo López los había instruido que vigilaran una casa en la rúa de Tirechape que había tomado el capitán por su posada, todavía no han dado con su persona.

—Por lo que decís se muestra que sabe lo que se hace. Lo que me tiene con harta inquietud es que se sepa guardar, tan bien como de mis criados, del gobernador de París, no tenga un mal encuentro con los corchetes de Monsieur de Villequier. Esta mañana me hice el encontradizo con su majestad la reina madre Madama Catalina en el lugar por donde suele hacer su paseo, que es cerca del río y de su palacio de las Tullerías, con intención de hablarle de otras materias que me tiene encargadas su majestad. ¿Y sabéis qué fue lo primero con que me saludó? Que muy desbocados andaban mis criados dando muerte a vasallos de su hijo el rey de Francia. Y hasta mencionó el lugar del hecho, que era la rúa de los Agustinos, y aun el nombre de la posada vecina, y me dejó corrido de no tener modo de negarlo ni con qué replicarle, que aun estaba al tanto de que había de por medio un soldado viejo, que se burló preguntándome si quería traer la guerra de Flandes a las calles de París, y si su majestad el rey de España era conoedor y consentía en ello.

—Confíe su señoría en que no puede tardar mucho más en saberse dónde se oculta.

—¡Y esto es lo que me tiene con mayor cuidado, pues si vos lo podéis hallar, tarde o temprano también lo hallarán los hombres del gobernador! Su majestad la reina Catalina me certificó que ha echado bando del caso y el Villequier tiene encargo muy particular de su hijo el rey de Francia de hacerlo prender y dar buen escarmiento a la osadía de los españoles en la persona del capitán, y que cuando Villequier lo encuentre le han de cortar la cabeza en la Croix du Trahoir.

—¡Os juro que si vuestra excelencia me da licencia para ello, yo mismo he de ponerme a buscarlo y traéroslo antes de que se haga la noche!

—Y yo os la concedo, que el caso, como veis, es tan grave y nuestro *Saúl* debe salir de París cuanto antes.

En su hábito de impresor, portando un hatillo de libros en la mano, el señor de Forcada estuvo inspeccionando las casas cercanas al Pont au Change donde la otra vez perdiera el rastro del fraile. Había entre ellas una casucha medio derruida con una sola portezuela que daba a la calle, que le pareció muy a propósito para que fuera la posada del endemoniado fraile.

Pero como no se fiaba de no ser descubierto, incluso bajo el disfraz que llevaba, por aquella sombra que estaba demostrando ser tan ubicua y persistente, decidió elegir a uno de los pícaros que merodeaban por el puente y aprovechaban el tumulto de gente que se concentraba a esas horas allí y lo lento que era el paso de esta vía para aligerar de sus bolsas poco cuidadas a los dueños desavisados.

Le dio al ladroncillo unas monedas y le prometió otras tantas si llevaba el billete que le entregó a la casa de cierto fraile o peregrino español que debía de vivir en esa misma calle. Mientras, él se quedó a resguardo, atento, a la vez, al curso de las diligencias que hacía su emisario en busca de la casa en cuestión, y a la posible aparición del fraile.

Un rato después se reunió con él y le interrogó si aquélla donde había dejado su billete era con toda seguridad la casa del fraile, y como éste se lo confirmara, porque así se lo habían certificado a él cuantos vecinos preguntó, le puso en la mano el resto del salario acordado y siguió su camino hasta el puesto de pescado del Port au Fin que le indicara Oberholtzer como buzón para sus avisos.

A la tarde volvió a la calle de Tirechape para esperar la llegada de Castellanos con la respuesta de la señora de Bellegarde, pero cuando ya se acercaba, vio gran alboroto de gente en la calle y observó desde lejos a los guardias del gobernador que entraban, guiados por su traidora patrona, en la casa donde tenía su posada; así que cogió en dirección contraria todo lo deprisa que le fue posible y tuvo la suerte de reconocer cerca de allí a su antiguo criado montando un buen caballo engalanado con guarniciones y tocas que lucían los emblemas del nuncio. Por señas le indicó que no pasara de allí y que le siguiera.

Cuando estuvieron en lugar seguro, Castellanos descabalgó y fueron hablando, muy juntas las cabezas, sin dejar en ningún momento de caminar.

El capitán se guardó inmediatamente el billete con la respuesta de la señora de Bellegarde para leerlo en mejor ocasión y le contó sumariamente a Castellanos lo de los corchetes del señor de Villequier y su causa, noticia que descompuso aún más al criado del nuncio.

—¡Apiádese de mí vuestra merced y no me ponga en estos trabajos, que no son mis años ya para andar en tales peligros, dejé Flandes para acabar mis días en quieta y honesta vida, que es la que he alcanzado, Dios sea loado por ello, al servicio de mi señor el nuncio!

Y con un terror que le sobrevino al rostro sólo con recordarlo, Castellanos le contó su encuentro del día anterior, al poco de que ellos dos se despidieran, con aquel fantasmal fraile, y las extrañas palabras que le encargó le dijera. Al oírse las, Forcada

quedó demudado y pensativo, de un modo que a su antiguo servidor le pareció indicio de que más que buscarles razón, conocía ya ésta y tenían el efecto de revolverle cosas que sólo él conocía y tocaban a algo o muy grave, o muy escondido.

Pero las malas noticias no habían terminado. —Vuestra merced es muy dueño de guardarse sus secretos y no hacer parte de ellos a un leal servidor que se tiene, por todo lo vivido junto a vos, por vuestro amigo, que acaso me estará mejor no saber, pues el saberlo sólo pueda ser parte para mi mayor daño y desventura, pero siga mi consejo y apártese de las tramas y asechanzas en que anda, que no hace ni media hora que al pasar por el muelle del Louvre me topé con golpe de gente reunida, que era tanta que estorbaba siguiera mi camino. Bajeme del caballo, ya que no podía continuar, para ver de qué se trataba y hallé estaban sacando del río a un ahogado. Era éste un hombre joven y de tez que fuera en vida cetrina y ahora se le había tornado toda azul, y llevaba en el cuello marcas claras de habérselo desollado sogas gruesas. Y se me fue toda la sangre de las venas cuando lo miré bien, que supe no era otro que uno de los ingleses que vuestra merced me mandó ir a calar ayer.

Fuera de las murallas y foso que ciñen París, entre la puerta de Saint-Honoré y la de Montmartre, se levanta la pequeña capilla de Saint-Roch. No lejos de ella está el Marché aux Porceaux, y bajo unas colinas coronadas por molinos se extiende un espacio deshabitado que bien pudiera ser una pequeña plaza y que llaman el Palmail. Precisamente allí era donde Forcada había citado al misterioso fraile haciéndose pasar por Antonio del Río, dibujando en el exterior del billete la seña de las dos cruces invertidas y entrelazadas de las que le había hablado éste en su confesión.

Caía la tarde, el cielo estaba encapotado y amenazaba fuerte lluvia, de modo que el lugar, que por desierto era elegido para encuentros clandestinos y duelos, tenía un aspecto particularmente desolado y hostil a esa hora. Forcada estudió el sitio con ojo militar: los puntos por donde podía venir gente, los que resultaban aptos para emboscarse, y los mejores para retirarse llegado el caso. Después buscó refugio al viento húmedo que empezaba a levantarse en la esquina de unas casejas próximas que debían haber sido de labranza en otro tiempo, y ahora formaban los últimos aledaños del suburbio de Saint-Honoré.

Pasaron largos minutos sin que nadie apareciera por allí, y temiendo que el fraile hubiera desconfiado del encuentro en un lugar así o, todavía peor, que antes de morir Del Río le hubiera puesto sobre aviso, iba a regresar antes de que cerraran las puertas de la ciudad, cuando vio acercarse con andar muy prevenido a un hombre vestido en hábito de fraile.

Salió de su refugio, y cuando llegó a tiro de piedra de éste y estuvo seguro de ser reconocido por el otro, le gritó:

—¡Aquí me tenéis!

En el otro lado, el silencio. El hombre se había detenido y parecía esperar alguna

señal bajo su siniestra capucha.

Forcada se acercó más, hasta quedar a poco menos de cuatro pasos de él, y entonces desenvainó espada y daga y arremolinó su capa en torno a su brazo izquierdo, decidido a terminar aquello cuanto antes, pues aquel excesivo silencio y misterio le daba mal agüero y le helaban las venas.

Como ni siquiera ante este gesto de desafío el otro reaccionara, cargó contra él cubriendo la poca distancia que les separaba, y sólo entonces el del hábito sacó sus armas y empezó a defenderse.

Tras chocar su acero con el contrario, Don Juan se concedió un tiempo para estudiar con quién se las veía, de manera que, por el momento, no atacó a fondo. Le extrañó y encorajinó comprobar el mutismo y la poca gana con la que el otro parecía combatir: todos sus movimientos eran previsibles e iban destinados a parar y mantener segura su guardia, sin arriesgar una estocada que la desprotegiera. O era un espadachín muy mediocre, o era un cobarde, o estaba a la espera de no se sabía qué. Tiró a continuación un ataque más a fondo para ver cómo respondía el otro: retrocediendo con torpeza y cruzando su acero sin la menor elegancia en el camino del de Forcada, apenas consiguió detenerlo, y aun así, al momento arrojó la espada, dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo.

Asombrado por la cobardía a la que acababa de asistir e irritado ante la perspectiva de que se le fuera a escapar otra vez su enemigo, el capitán echó a correr tras él, pero al suspenderse el anterior entrechocar de las espadas, pudo escuchar por primera vez con nitidez el ruido de una pelea que procedía de su espalda, precisamente del lugar donde había estado escondido él mismo antes de que viera acudir al fraile. Comprendió que algún peligro debió sentir el otro que le habría de venir de ese lugar, que él sí podía ver desde donde estaba, al contrario que el capitán, y que esto debió de ser lo que le determinó a huir.

Dudó entonces qué haría: si seguir su impulso inicial, o acudir a entender lo que pasaba en el otro lado. El del hábito seguía su carrera hacia la capilla de Saint-Roch, y al mirar a sus espaldas, Forcada pudo ver que no menos de seis personas entrechocaban sus espadas en una reñida contienda. Finalmente, optó por perseguir al huido, que para ponerse a salvo trepaba ahora por la falda de la colina en dirección a los molinos que están en su cumbre.

Se desembarazó de su espada y de la capa, guardándose sólo la daga como arma, para que no le estorbara al correr, y ya al mismo pie de los molinos, cuyas aspas braceaban con un continuo gemir movidas por el fuerte viento que soplaba, alcanzó al del hábito. Con sólo sus puños, lo derribó, y recurriendo entonces a la daga, se inclinó hacia el caído y descubrió su rostro quitándole la capucha.

—¡No me matéis! —suplicó el otro.

El rostro que vio bajo la capucha era el de un desconocido. Hombre joven de unos veinte años y rasgos toscos, que había gritado su súplica en francés.

—¿Quién sois? ¿Quién os ha enviado aquí y con qué propósito?

—Mi nombre es Jacques Reboul. Cierta español que viste hábito de fraile como el que me veis, se concertó con los de mi cuadrilla para que acudiéramos a este lugar y emboscáramos a otro español que, por las señas que nos dio, habéis de ser vos. Nos entregó ochenta escudos y nos prometió doble de esa cantidad si os acabábamos. Hizo mucha instancia en que vistiera este hábito para engañaros y cebaros, mientras mis compañeros os atacaban por la espalda, que nos garantizó sería empresa fácil despacharos. Pero al ver que éstos no acudían en mi ayuda y que la celada la habéis puesto vos, determiné ponerme a salvo.

Bajó la ladera de la colina con su prisionero delante y la urgencia de ver en qué había parado la lucha que dejó atrás, y al llegar a las casas de antes, encontró al señor Cartelegar inclinado hacia uno de los sicarios, que estaba tirado en el suelo con la espalda apoyada en el muro, interrogándolo en forma similar a como él lo había hecho con el que traía. Acompañaban al confidente de Don Bernardino Jerónimo López y otros dos criados del embajador, que rodeaban al primero mientras recobraban el resuello tras el combate.

Cartelegar suspendió su encuesta al verle llegar y le fulminó con la mirada.

—Por fortuna, esta vez no ha quedado nadie muerto, que éstos eran matones de poca cuenta sólo capaces para acuchillar al descuido y por la espalda, y huyéronse cuando se vieron ante número igual. Pero habréis de dar razón de este encuentro ante su excelencia, que ya se va haciendo importuna costumbre que por donde vuestra merced pase crezcan las celadas y las cuchilladas, como si no fuera bastante que os hayan echado bando las justicias del gobernador por lo de la otra noche.

Tras sacarle al otro lo mismo que Forcada había sabido por el primero, y ponerles miedo a ambos si los volvían a encontrar, los dejaron en libertad y ellos se encaminaron de regreso a la ciudad por la puerta de Saint-Honoré.

*El remedio de Hipócrates*

Aunque lo que le había contado ya Carteleger de las circunstancias en que halló al capitán, unido a la tardanza en darle aviso de sus diligencias y a la imprudencia de no haber tomado —como se le ordenó— posada fuera de París, tenían a Mendoza colérico, el ver ahora a Forcada tan mohíno y abatido tras contemplar el triste estado en que se hallaba el mozo de la posada y las pocas esperanzas que se daban de recuperarlo, moderaron buena parte de su furor cuando por fin se presentó ante él.

—El primer punto y de más sustancia —comenzó a instruirle el embajador— es acordaros que habéis de partir fuera de París en cuanto recojáis vuestro caballo y las otras cosas que dejasteis en la posada de maese Mordal y que Carteleger ha días que os trajo.

Don Bernardino le amonestó observándolo con cuidado, conmovido para sí (y también asombrado) por el desasosiego que se leía en la expresión de Forcada, sesga y apenada en extremo, y que no podía creer fuera sólo achacable al dolor que le causase el desesperado caso del mozo.

Le contó a continuación su encuentro con la reina madre Catalina de Médicis y las burlas y amenazas de ésta, junto a su propio temor de que el gobernador Villequier recurriera a medidas extremas.

—Pues debéis saber que en el tiempo que fui embajador de su majestad en Inglaterra, vez hubo en que me entraron en mi residencia por mandato de la reina y de los de su consejo, que fue grave desafuero contra las leyes que amparan a los legados, y pusieron en prisión mis criados, y cercaron con hombres armados mi posada. Y aunque no creo yo vaya a atreverse a tanto este rey, estamos todos en gran riesgo de que puedan murmurar se asila en mi casa persona a quien ha echado bando la justicia del gobernador. Esta mañana hablé en esta materia al secretario Villeroy, que es hombre templado y a quien tengo, de entre los ministros del rey Enrique, por el más propicio a las cosas de su majestad, y aunque me prometió sosegar el enfado de su señor con este caso, me aconsejó también que os pusiera en salvo lejos de París, que ya él se encargaría, cuando se fuera olvidando la cosa, de ablandar el ánimo del rey.

El capitán respondió que siempre tuvo intención de cumplir el mandato del embajador en cuanto a esto, pero que primero había precisado realizar algunas averiguaciones que mal podía haber hecho residiendo fuera de París. Respecto al primer reproche que le hiciera de que había tardado en informarle de sus pasos y de cuanto había averiguado, replicó que no llegaban a cuatro los días que faltaba de la residencia del embajador, que muchos más hubiera empleado de haber estado viviendo lejos de la ciudad, y que ya había dejado aviso de lo esencial por medio del

pescadero que le señaló el señor Oberholtzer.

Ante esta réplica, Don Bernardino recogió velas, y concediendo que había en ella su parte de verdad, le rogó fuera al grano de lo que tenía que comunicarle sobre la misión que le encargó.

—La primera cosa es que el testamento de la reina escocesa no existe. Y lo que es peor: si llegase a redactarlo, jamás vendría a nuestras manos —afirmó Forcada.

La tajante aseveración del agente dejó desconcertado y un punto sospechoso a Mendoza. Nunca se podía confiar demasiado en la palabra de un espía, por leal que pareciera. ¿Por qué no podía haberse acordado con el arzobispo y con Paget para hacer del testamento un El Dorado, desanimando la posibilidad de obtenerlo, para convertir así en más meritoria su obtención, hacérselo pagar mejor y repartirse las ganancias entre los tres? Incluso, ¿quién le aseguraba que no era espía doble y recibía también salario de los ingleses, como había dicho aquel falso fraile ante el posadero?

Con todo, lo que más le intrigó de la categórica opinión del capitán fue esa última parte: ¿cómo era eso de que la última voluntad de María Estuardo nunca podría venir a sus manos? Le exigió que se explicara.

—Ha no mucho residían aquí en París dos ingleses, o por mejor decir tres, aunque yo sólo llegué a conocer a dos de ellos, que el otro, llamado tal Ballard, marchó antes de que pudiera hallarle. —Empezó a explicar el capitán.

Don Bernardino miró intrigado a Forcada al oír pronunciar ese nombre que su agente no tenía por qué conocer, pero disimuló su turbación y le animó con su vaga mirada a que continuara.

—De estos dos que os digo, el uno es un Antonio del Río, hechura de Phelippes, confidente que se ocupa de las cifras del secretario Walsingham, y es éste hombre cetrino de tez y de padres luteranos españoles fugados de España ha muchos años. Aunque mejor debiera decir que lo era, pues hoy ha aparecido ahogado en el río. El otro con quien éste se juntaba es un clérigo del seminario de Reims, de edad de veinticinco a treinta años y con la cabeza casi calva, que tiene de nombre Gilberto Gifford, según me certificó el Carlos Paget.

La alarma y la sospecha de Mendoza aumentaron hasta el límite, pues no podía creer que Forcada hubiera podido, en tan pocos días, conocer de la existencia de Ballard y Gifford, y acaso hacerse con el hilo de un asunto que debía quedar oculto a todos y que ni tan siquiera había comunicado a sus confidentes Oberholtzer y Cartelegar.

Sin apenas poder disimular su ansiedad y su irritación, Mendoza exigió a Forcada que le dijera cómo había conocido esos nombres, y qué significaba eso de que Gifford tenía tratos con el otro, el tal Del Río.

El capitán le contó entonces su visita al arzobispo, cómo sospechó de la actitud de uno de sus criados, que éste envió un mensajero a Del Río y a Gifford, lo que le contó Paget sobre el medio con que se comunicaba la correspondencia de la reina de Escocia y el resto de sus pesquisas, que le habían llevado a interrogar a Antonio del

Río y hacerle confesar sus ardides. Como prueba de su relato, entregó al embajador los papeles que le había tomado a éste y le mostró la cifra de María Estuardo.

—Como ve vuestra excelencia, Gifford es indubitadamente agente comisionado de Walsingham para engañar a la reina de Escocia y tomarle su correspondencia y descifrarla. Y aun temo que esto no sea obra que persiga otro mal tiro, pues es conocida la ojeriza que el secretario de la reina de Inglaterra le tiene a la cautiva, y que nada le placería más que ser causa de su muerte si consiguiera probar a su señora que la escocesa conspira para destronarla y hacerla asesinar, que esto sólo quitaría a la inglesa el escrúpulo que le pueda quedar para hacerla ejecutar como traidora y justificar con tal voz el crimen ante las otras coronas de Europa.

La lúcida conclusión a la que había llegado Don Juan le erizó el vello a Mendoza, quien se levantó de la silla y comenzó a pasearse por su despacho para dar rienda suelta a su malhumor. Se mirara por donde se mirara, las revelaciones del capitán eran más alarmantes de lo que hubiera podido imaginar. Si lo que declaraba Forcada era producto de la franqueza y la lealtad, porque las consecuencias de que Gifford fuese realmente un infiltrado eran literalmente espeluznantes y le dejaban a él mismo en mal lugar por haberle dado crédito. Si todo eran palos de ciego del capitán, se abría la incómoda posibilidad de que, habiendo llegado ya a saber tanto, acaso pudiese también llegar a conocer más de lo que convenía. Y si, por fin, Forcada estaba secretamente al servicio de los ingleses y todo era invención suya para ganar más crédito y embaucarle mejor, sus propósitos resultarían imposibles de descubrir hasta que se le hiciera confesar cuáles eran éstos.

Don Bernardino se detuvo y observó ahora pausadamente a su agente mientras intentaba decidir con cuál de estas opciones quedarse. Luego, volviendo a pasearse, fue examinado los papeles que le había entregado Forcada acercándose mucho al ojo con el que mejor veía. Había allí dos cartas de Phelippes para el tal Antonio del Río; una copia de la citada cifra de María Estuardo; un despacho de ésta dirigido a su embajador el arzobispo de Glasgow; tres billetes de un tal Robert Poley dirigidos a Del Río y a Gifford; una copia del descifrado de una carta de Tomás Morgan; y por último, una carta de Ballard para Gifford. Casi todo estaba escrito con pasajes en claro y pasajes cifrados. Naturalmente, la mayoría de los papeles estaban redactados en lengua inglesa, la cual no leía ni apenas hablaba el embajador español, a pesar de haber residido durante cinco años en Inglaterra, pues ningún diplomático está obligado a conocer un idioma como aquél. La cifra y el despacho de la reina escocesa estaban escritos en francés, lengua que sí hablaba Don Bernardino, así que decidió empezar por ellos.

El despacho de la reina de Escocia estaba fechado el mes anterior y se centraba ante todo en mostrar el entusiasmo y esperanzas que tenía puestas en el nuevo sistema para burlar la vigilancia de su carcelero, sir Amyas Paulet, y poder corresponderse otra vez con sus partidarios, ideado por «un gentilhombre inglés (Gifford) que me han recomendado mucho mis leales servidores Morgan y Paget»;



lógicamente, en la carta no se explicaba en qué consistía este medio. Al final de la misma, María Estuardo comunicaba a su embajador en Francia el próximo envío, por esta nueva vía secreta, de su testamento y última voluntad, y anunciaba su intención de ceder formalmente todos sus legítimos derechos a los tronos de Inglaterra y Escocia al católico rey de España Felipe II, desalentada por la obstinación de su hijo Jacobo en seguir abrazado a la herética secta de sus malos consejeros, agradecida del favor y muchas mercedes que el rey católico le hacía a ella y a sus criados, y convencida de que sólo él tenía la voluntad y la potencia necesarias para defender la santa causa de nuestra fe, por la que ella misma estaba cada día más determinada a verter hasta la última gota de su sangre.

La copia de la cifra también llenó de aprensiones a Don Bernardino. Consistía ésta en una serie de símbolos: unos sustituían a las letras del alfabeto, y otros representaban palabras o expresiones codificadas. Incluía también cuatro símbolos nulos, sin significado alguno y que se emplean para despistar a los descifradores, y un símbolo más que servía para anunciar que el símbolo siguiente representaba una letra doble. Al embajador le pareció una cifra bastante vulnerable que podía ser penetrada incluso sin poseer la contracifra o clave. Pero es que encima, como lo demostraba el papel que tenía ante sí, los agentes de Walsingham conocían ya incluso esa clave.

Mendoza se sintió mareado. Su intuición le decía que Forcada no le estaba mintiendo. Todo su relato parecía coherente con unas intenciones limpias, y el hecho de que le presentara aquellos papeles que le había quitado a Del Río avalaba su franqueza. Pero en el fondo de su ánimo pugnaban también la desconfianza y el orgullo herido, pues si ese Gifford era realmente lo que le aseguraba el capitán, un falso católico que actuaba como agente provocador del secretario de la reina inglesa, él, Mendoza, había sido engañado como un necio y había avalado a un traidor cuyos fines podía intuir vagamente, pero no conocía del todo. ¿Cómo explicaría ante el rey un error de cálculo semejante? ¿Y qué infernal maquinación se había puesto en marcha y debía estar ya funcionando en Inglaterra que podría significar la ruina para muchos católicos sinceros de la isla, un nuevo triunfo para ese diabólico Walsingham, e incluso la perdición definitiva de la reina María?

—Retiraos, capitán —ordenó Don Bernardino—. Lo que me habéis referido es asunto en que es menester mirar mucho. Me haréis la merced de llamar al señor Oberholtzer para que venga a hablarme, y quedaréis aquí hasta que se os avise y se os den nuevas instrucciones de lo que habréis de hacer.

Oberholtzer pasó la noche descifrando las cartas interceptadas por Forcada que le había entregado Don Bernardino. Cuando ya amanecía, no dudó en presentarse en la cámara del embajador y despertarle para comunicarle que ya estaba todo descifrado y traducido. Mendoza le pidió que le aguardara en su despacho mientras se ponía algo encima y se reunió con él pasados cinco minutos.

El flamenco irradiaba autosatisfacción en la mirada, no sólo por haber salido con su intento de descifrar las partes en cifra de las cartas interceptadas, sino porque con ello había empezado a ver luz en aquel asunto del que el embajador había procurado mantenerle hasta entonces a oscuras. Sin embargo, cuando Don Bernardino entró en el despacho, disimuló su contento e imprimió a su expresión un aire de abnegada y servicial diligencia, bajando los ojos ante la presencia de su señor.

Mendoza se enfrascó en la lectura de aquellos papeles durante un buen rato, sin dirigirle ni una sola mirada de reconocimiento a su secretario y confidente.

Llevaban así cerca de cuarto de hora cuando Herman Cartelegar pidió permiso para entrar.

—He creído que a su excelencia le gustaría saber lo que ha acontecido con el mozo de la posada —comenzó a decir el recién llegado—, que es el suceso más asombroso y hasta milagroso del que yo haya sido jamás testigo.

Mendoza levantó la vista de los papeles con aire de fastidio. Pero picado por la curiosidad ante lo que anunciaba Cartelegar, con un gesto de su mano, le animó a continuar.

—Bien sabéis cómo el mozo estaba días ha paralizado y sin poder moverse por el pasmo universal que le sobrevino y que comenzó por la misma herida en el hombro, que, a decir del licenciado Monguion, es de las tres especies de pasmo que hay la peor y más inusitada, a la que llaman tétano.

—Abreviad vuestro relato, Cartelegar, que ya sabemos lo que es tétano y hasta hemos visto a alguno en Flandes morir de ese mal. —Le urgió el embajador.

—El mozo había llegado a tal punto que de encorvado y tieso no se podía mover ni había modo de alimentarle o darle remedio que le aliviara, pues tenía la boca tan cerrada y apretada que la sola manera de hacerle comer no era otra que sacarle algún diente por donde meterle adentro sustancia que le entretuviera, que es lo que aconsejaba hacer el médico, y lo que, sobre todo las criadas de vuestra excelencia, se negaban a ver hacerle, que las buenas partes del mozo y la compasión a que les movía, les hacían preferir verlo morir de hambre antes que le tocasen uno solo de sus cabellos. Y así, cada vez que Monguion hablaba en sacarle un diente, ellas se ponían a lanzar gritos y sollozos y le suplicaban no lo hiciera y no afeara la hermosura de un mozo tan joven y tierno que tenían por uno de los arcángeles del cielo, y esto lo decían así todas, desde las criadas de más edad, que lo velaban como a su hijo, hasta las más jóvenes, que lo miraban con amorosos ojos.

—Señor Cartelegar, al grano y déjese de esos chismes de criadas.

—A ello voy, que esta noche llegó el padre Alderete a darle la extremaunción con harta pena de todos, pues la rigidez del mozo le impedía siquiera articular palabra y hacer confesión de sus pecados. Por su parte, el licenciado Monguion aseguraba ser el sacramento lo único que se podía hacer ya por él, pues si continuaba sin comer, no pasarían de uno o dos los días hasta que le sobreviniera la muerte, que de todas formas le llegaría, más tarde o más temprano, del propio pasmo. Con esto estábamos

todos afligidísimos, y el que más el capitán Forcada, acaso porque tocase más a su conciencia el haber sido él la causa de la fatal herida, pues desde que ha llegado a la casa y conocido las malas nuevas de la salud del mozo no se ha separado de él, ni ha probado bocado, ni ha dicho palabra a nadie, recogido en sus pensamientos y en la lástima que al parecer le ocasionaba el caso del herido, que nos ha puesto a todos en gran asombro verlo con tanta congoja.

—¿¡Terminaréis de una vez con vuestro milagro!?

—Cuando ya había entrado bien la noche y apretaba la lluvia, el capitán consultó con el médico sobre cierto remedio desesperado que le había venido a la memoria. Monguion mentó a Paulo Aegineta y a otros sabios, protestó que lo que el capitán le decía era remedio que no se había probado nunca y los más doctos en Medicina concordaban en considerar que era falsa adición a lo escrito por Hipócrates y desaconsejaban usar de ese medio. Pero al final, como dejaba al mozo con ninguna esperanza de vida y como a cuerpo muerto, el licenciado dijo a Forcada que hiciese lo que le placiese del mozo, que tanto le aprovecharía lo uno como lo otro, y se conformó con ponernos a todos los presentes por testigos de su opinión contraria al remedio que proponía Don Juan.

—¿Y cuál era el tal remedio? —preguntó Oberholtzer.

—¡El más inaudito que hayan oído nunca vuestras mercedes! El capitán nos rogó que le ayudáramos a alzar hasta la azotea al mozo, desnudo de sus ropas, y que lo tendiéramos allí, en el suelo, sin abrigo ninguno, bajo la furiosa lluvia que estaba cayendo.

Oberholtzer y el embajador intercambiaron una mirada de asombro.

—El capitán ha pasado toda la noche bajo los aguaceros, cubierto con un capote, sin separarse del mozo y sin permitir tampoco que nadie más se les acercara, desoyendo los ruegos y lamentos de las criadas de vuestra excelencia, que juraban se había vuelto loco y quería matar más aprisa al pobre mozo. Al final, atrancó las portezuelas que daban a la azotea para impedir que nadie subiera a importunar su propósito. Abajo, todos nos fuimos dejando vencer por el sueño y el cansancio convencidos de que la pena del capitán le había llevado al extremo de la locura, y consolándonos con la idea de que si la recia lluvia que caía acababa al mozo, al menos ahí terminarían sus padecimientos.

—¿Y no me diréis ahora que con tan bárbaro e inaudito remedio el mozo ha sanado?

—¡Más que eso os digo! Que, acompañado del capitán, hará media hora que ha bajado el mozo de la azotea sin ayuda alguna y por su propio pie, y la boca abierta y hablando muy bien. Y venido el médico Monguion a ver el suceso con sus ojos, no daba crédito al milagro, como ninguno de los que lo hemos visto, pues siendo lo común que los que se libran de este pasmo no se puedan menear bien, cojeen y les queden los miembros rígidos durante muchos días, cuando ha examinado al mozo ha visto que sus nervios y miembros han quedado tan blandos y en su natural estado que

no será necesaria más cura ni remedio alguno.

—¿Y el capitán, que parece estar en la clave de este inusitado remedio, ha explicado cuál sea la causa de este milagro?

—Forcada ha referido que se le acordó un caso que supo por un soldado a quien había conocido, ocurrido cuando el sitio de Eindhoven.

Mendoza y Oberholtzer estaban tan contentos por la curación del mozo y tan picados por la curiosidad que animaron con vivos gestos a Cartelegar a que les contara ese caso.

Al parecer, Forcada había conocido a un Luis Pacheco, soldado, que contaba lo que a él mismo le ocurrió en la toma de Eindhoven. Allí, Pacheco fue herido en una de las salidas que hicieron los rebeldes fuera de la ciudad. Los cirujanos le curaron y cosieron la herida como se acostumbra y tras asegurarle que sanaría por sí sola en unas semanas, le rebajaron del servicio. Pero de ahí a unos días le sobrevino este pasmo del tétano con sus síntomas de rigidez en los miembros y en la mandíbula, de manera que los médicos le dieron por desahuciado. Llevaba así postrado ya varios días, y sin que le dieran esperanzas de vivir, cuando una mina que habían cavado los sitiados, y que llegaba bajo tierra hasta el campamento de los católicos, explotó con tanta furia que hizo saltar por los aires a decenas si no a cientos de los hombres, causando gran mortandad entre las filas de los españoles. Entre los que tomó la mina estaba el moribundo Pacheco. Cuando el resto de la tropa acudió a los heridos, al verlo tan rígido, dieron al soldado Pacheco por ya muerto y no se cuidaron más de él. De esta forma, su cuerpo quedó en tierra entre los cadáveres, y expuesto durante muchas horas a los fuertes aguaceros que en aquella tierra y estación son tan frecuentes. Al otro día, cuando vinieron otros soldados a dar sepultura a los que había matado la mina, nada más ir a alzar a Pacheco para echarlo en una zanja que habían abierto en la tierra con este propósito, el otro pareció resucitar, poniendo en gran espanto a quienes lo vieron, y como aún estaba aturdido y no sabía si estaba vivo o muerto ni qué le querían aquéllos, echó a correr con tal ligereza y dándose tanta prisa, que por poco no se mete por su pie en el campo del enemigo. De esta manera, Pacheco sobrevivió por tres veces: a la espada holandesa, al pasmo del tétano y a la mina que mató a los demás, y pudo llegar a contar su historia al capitán Forcada.

—El capitán se acordó de esta historia al ver en aquel extremo al mozo de la posada —concluyó Cartelegar— y cómo cuando oyó referir su historia al soldado Pacheco, ninguno de los que la escucharon supo si darle algún crédito, y los más lo atribuían a milagro o intercesión de la Virgen de Loreto, de quien era muy devoto Pacheco y cuya efigie llevaba siempre consigo. Pero un médico que había allí presente entre ellos, maravillándose mucho del caso, dijo haber leído al sabio griego Hipócrates de esta cura para tal enfermedad, y que el remedio consistía en tender al paciente desnudo y dejar que la lluvia le sanase.

—¿Y cómo se encuentra ahora el mozo?

—Con voraz apetito y sin que nadie pueda hacerle callar, que parece quisiera

recuperar los días que estuvo sin habla y comerse en una vez lo que dejó de comer en cinco días. No para de dar albricias y gracias a Dios y al capitán, a quien apellida su padre y su salvador. La alteración de todos los criados de vuestra excelencia es tanta que no se hace otra cosa en la casa más que alabar mucho la misericordia de Nuestro Señor e ir todos a contemplar de cerca al resucitado y mirar con reverencia al capitán, al que muchos han tomado por sabio de rara ciencia y hasta por santo o favorecido de la Providencia. Y las que más alegría han mostrado con este suceso son las criadas de vuestra excelencia, que ahora lloran de contento tanto o más que anoche de lástima, y no paran de pellizcarle y tantearle los miembros al mozo por comprobar, como Santo Tomás, la verdad de la curación, lo que tiene a éste harto, embarazado y corrido de vergüenza, y al padre Alderete escandalizado de sufrir el atrevimiento con que, con achaque de palpar por sí mismas, se conducen todas, y particularmente las más mozas de entre las criadas, que desde que este mozo entró en la casa andan todo el tiempo como prendadas y suspensas.

*Cartelegar informa*

Los días después de la curación del mozo, Herman Cartelegar aguardaba en el umbral del aposento del embajador a que uno de los criados hubiese terminado de aplicarle a Don Bernardino, en el ojo más afectado por la catarata, las gotas de infusión y mixtura que, para preparar la próxima operación, le habían prescrito sus médicos. Mendoza se dejaba hacer con apariencia mansa y resignada, pero Cartelegar adivinaba que si las manos del legado apretaban crispadas los brazos de la silla era más por la impaciencia y aquella indomable cólera suya que por el leve escozor que le producía la cura.

Una vez quedaron a solas, la mirada de Don Bernardino volvió a ser la de siempre desde el único ojo que observaba a su confidente, cubierto el dañado con un lienzo anudado detrás de la cabeza.

—¿Qué habéis averiguado de lo que se os encargó? —El arzobispo de Glasgow me ha podido decir poco acerca del Gifford— comenzó a dar cuenta el confidente. — Lo conoce de nombre y lo tiene por hombre de Morgan y de los de su facción, opuesta y rival de la del padre Allen, que son las dos en que se dividen los ingleses huidos de su tierra. Por el rector Allen, con quien se corresponde el de Glasgow, sabía algunas particularidades del Gilberto Gifford. El rector lo conoce bien por haberlo tratado en su seminario y tiene a Gifford en la opinión de ser espíritu revuelto y de poco fiar. Hace años abandonó el colegio de ingleses de Reims, viajó a Roma y frecuentó compañías sospechosas. Pero hará tres años regresó muy escarmentado de sus andanzas y suplicando perdón, de manera que el padre Allen se compadeció y le acogió de nuevo en el seminario, donde ha estudiado estos últimos años que digo para ordenarse sacerdote. El doctor Guillermo Gifford, benedictino, es pariente suyo, y aunque hombre piadoso, de muchas letras y buen católico, es también muy contrario a Allen, y una de las cabezas de los que favorecen a Morgan y procuran minar al rector. Y estas diferencias entre los ingleses nacen de la rivalidad entre los de la nación galesa, como el Tomás Morgan, y los de la inglesa, como el Allen y el padre Persons. Aunque yo tengo calado, como más de una vez se lo he dicho a vuestra excelencia, que debajo de todo, la causa es ganarse el favor de la reina de Escocia y tener licencia para repartir los dineros de la dote que aquí tiene, juntamente con la envidia y despecho que los demás sienten contra el gran predicamento y favor que gozan los padres Allen y Persons y los de la Compañía de Jesús.

Mendoza ya conocía los pormenores de las divisiones y pependencias que existían entre los católicos ingleses exiliados en Francia, así que hizo un gesto imperativo con su diestra ordenando a Cartelegar que pasara adelante en su informe.

—Este Gilberto Gifford es también pariente de otro llamado tal Jorge Gifford que en una ocasión, hará tres años, siendo Don Juan Baptista de Tassis embajador aquí, se presentó al Duque de Guisa y le propuso tomar a su cargo el dar muerte a la reina de Inglaterra, aportando las mayores seguridades de que lo ejecutaría y pidiendo como pago por este servicio cinco mil escudos que debían quedar guardados en un cofre del que debía dársele a él la llave, de manera que sólo lo pudiera abrir después de hecho el efecto.

—En aquel tiempo aún estaba yo en Londres, y sólo me llegó el rumor, sin que llegara a conocer el nombre, de los planes de un gentilhomme inglés que tenía entrada en la casa de la reina de Inglaterra y había ofrecido asesinarla. Luego supe el caso por los papeles que me entregó Don Juan Baptista cuando le sucedí en la embajada. Pero habéis hecho bien en acordármelo, pues no conocía que hubiera parentesco entre todos estos Gifford. Hasta el día de hoy, el designio del tal Jorge Gifford ha sido de nulo efecto, y el dinero de la merced debe de quedar todavía en el cofre.

—Y ningún fruto dará esto, que todo es burla, pues sé por el padre Pigenat, quien también me ha hablado en estas tramas, que a su regreso a Inglaterra, el Jorge Gifford fue acogido en la corte con algún cargo, y es público que, contra la fe de sus pasados, todos leales católicos, ha abrazado la secta de los herejes y se le tiene por agente del secretario Walsingham, delator de católicos secretos y muñidor de falsas conspiraciones para perder a los ingleses de nuestra santa fe, que todo esto lo ha tocado el provincial Pigenat por cartas que le llegaron de otro inglés, sacerdote jesuita, un tal padre Stracham que está preso en Inglaterra.

—Ha sido bueno que hablarais en estas materias al provincial Pigenat, que es persona confidente y con el mejor deseo de servir. Aparte de que, como visitador que es de los colegios de la Compañía de Jesús, ha de conocer bien a todos los que están en el seminario de ingleses de Reims. ¿En qué opinión tiene el padre Pigenat al Gilberto Gifford?

—Es de la misma opinión que el padre Guillermo Allen: lo tiene por hombre revoltoso, ingrato, embaucador, muy sospechoso y torcido como pocos, y me previno con mucha instancia no le diera vuestra excelencia ningún crédito y se recatara mucho con él. En su última visita a Reims, el rector le confesó a Pigenat que se había desengañado de él, viéndole volver a las andadas y traer inquieto el colegio atrayendo a pobres almas ingenuas a sus propósitos. Se decía ardiente partidario de asesinar a la reina de Inglaterra y levantar a los católicos de la isla contra su tiránico gobierno, al tiempo que, por lo bajo, todo su empeño estaba en socavar la autoridad de los que gobiernan el seminario, lo que le hizo sospechar al Allen fuera su celo fingido y medio de arrastrar a otros de alma más simple a empresas arriesgadas e insensatas en Inglaterra, y perderlos así, como tantos se han perdido ya. Por esta razón, hará unos meses, y sin publicarlo, por no dar causa al escándalo, le mandó salir del seminario y no regresar más allí.

Aunque no supo explicarse el motivo, Cartelegar advirtió cómo a Don Bernardino le subía el color al rostro y apartaba un momento la vista de él al oír sus últimas palabras.

—¡Ese necio de Morgan! —murmuró el embajador entre dientes—. ¡Si en alguna cosa concuerdo con los deseos de la reina de Inglaterra es en que, en lugar de encerrarlo en La Bastilla, este rey de Francia debía haber mandado colgar a ese maldito galés sin entendimiento! ¿Y el Paget? ¿Qué os dijo el Carlos Paget?

—Bien al contrario, el señor Paget tiene al Gilberto Gifford por hombre de verdad, diestro y muy deseoso de servir a su señora la reina de Escocia, y me dio seguridades de que, por su medio, tendría vuestra excelencia el testamento y última voluntad de ésta, como le prometió a *Saúl* cuando fue a hablarle.

—¡Miente o yerra éste también! —gritó algo descompuesto Mendoza, medio incorporándose de su silla y golpeando con el puño cerrado en la mesa; reacción que amedrentó sobremanera a su confidente, por muchas que fueran las ocasiones en que había presenciado otros arrebatos como éste de su señor—. ¡Raza maligna la de estos ingleses que no trabajan más que por su codicia e interés, que ha mucho tengo medida a dedos su baja y movediza condición y cuán poco de fiar son! ¿Y qué os supo decir el Paget del *Fraile*?

—Del falso fraile Robledo me dijo, casi palabra por palabra, lo que el señor de Mayneville me habló en su momento —respondió Cartelegar con voz sobrecogida aún por la visión de la cólera de Don Bernardino y temiendo que la tormenta descargara también contra él—. El Robledo se presentó en el hábito que llevan los cautivos de los turcos que se han rescatado moviendo al señor Paget a apiadarse de sus desdichas, y por parecerle católico celoso y hombre esforzado y con deseos de servir, y como le presentó una carta de creencia del señor Mateo Vázquez, secretario de su majestad, creyó lo podría entretener. Así le encargó que, mientras el Gifford estuviera en París, por la importancia de su persona y de su misión para la causa católica, lo protegiera de todo enemigo, y le hiciera asimismo de mensajero cuando fuera menester. Me aseguró que pensaba hablar a vuestra excelencia del caso de este Robledo y de cosas de mucha cuenta que le había venido a proponer, y solicitaros le hicierais la merced de darle algún entretenimiento para él, pues el señor Paget, como sabéis, no tiene con qué hacérsela.

—¿Y qué habéis sabido del *Fraile* por vuestra propia industria?

—Mandé a algunos de vuestros criados a indagar en donde *Saúl* me advirtió vivía este Robledo. Pero nada nuevo supieron decirme, pues era poco tratado de los vecinos, fuera de que el falso fraile ya no habitaba aquella casa, que debió de dejarla en cuanto entendió era conocida del capitán. Tengo dada orden a algunos que suelen avisar de cosas que interesan al servicio de su majestad me escriban lo que sepan de este Robledo y, muy en particular, dónde se oculta ahora. Pero para declararos toda la verdad, con poca esperanza de sacar algún fruto de ello, pues ese *Fraile* se da muy buenas mañas para embaucar y esconderse, que no parece cosa humana, sino de



hechicería.

—Y vos, que habéis oído de boca del posadero Mordal y de su sobrino el mozo el relato de lo que contó ese falso fraile de las pasadas felonías del señor de Forcada, ¿qué opinión tenéis sobre si hay algo de verdad en ello y si es ésta la razón de la pasión con que persigue perder al capitán?

—Es materia ésta muy intrincada y difícil de penetrar. El posadero y el mozo tienen ahora todo el relato del Robledo por maraña y ficción de éste para salir con algún oscuro intento.

—Eso ya lo conozco —le interrumpió Mendoza—. Pero ¿qué creéis vos? He entendido que habéis hablado con *Saúl* en esto. ¿Qué alega él?

—*Saúl* calla algo para sí, lo que me mueve a pensar sabe de este Robledo más de lo que declara. Si se menciona al *Fraile*, se recata y baja los ojos como si algo le afligiera. Asegura no saber la causa que mueve al Robledo a perseguirle, pero tengo para mí que sí la conoce, o a lo menos, la adivina. Y es seguro que tiene gran temor de este enemigo y está resuelto a despacharlo, pues es notoria la forma en que la última vez lo buscó hasta su casa con el designio de acabar con él y cómo lo citó fuera de las murallas de la ciudad, en ese lugar que llaman el Palmail, como ya referí a vuestra excelencia. En lo demás tengo al capitán por hombre de verdad y confidente, celoso del servicio de su majestad y persona que se guiará en todo por lo que vuestra excelencia le ordene.

—¡Mucho habéis mudado en la opinión en que le teníais! ¡Será que le tomáis ahora por santo a causa de la milagrosa curación que hizo en el mozo! —bromeó el embajador—. En lo del *Fraile* no levantéis la mano de averiguar cuanto se pueda. Por mi parte, he escrito a algunas personas en España que me pueden dar alguna luz en el pasado de nuestro *Saúl* y en quién sea este Robledo, que espero no tardará la respuesta. Decidme ahora qué de nuevo se ha sabido de la muerte del tal Del Río al que interrogó el capitán.

—No engañó *Saúl* en lo de que a éste se le tenía por hechura del descifrador Phelippes, y el señor Oberholtzer no duda de que son verdaderos los papeles que se le tomaron. De su muerte, ninguna nueva se ha corrido en la ciudad, y todos creen que cayó al río o se tiró al agua él mismo. Acaso se tuviera por perdido tras confesar ante el capitán. El único que contradice esta opinión es el propio señor de Forcada. Según éste, el Del Río era cobarde y temía demasiado la muerte para haberse matado él mismo. Lo que le tiene con más cuidado es la sospecha de que, a pesar de que lo previno contra ello, Del Río hablara a alguno de los agentes que la reina de Inglaterra tiene aquí y le contara que había sido obligado a confesarlo todo. En tal caso, nuestros enemigos conocen en este momento lo que nosotros sabemos por la confesión de Del Río y correspondencia que le tomamos, de suerte que está en su mano protegerse y mudar sus designios, sean cuales fueren éstos.

—Además del riesgo en que queda nuestro *Saúl* aquí si el renegado Del Río llegó a dar sus señas a alguno. Lo que obliga aún más a darle prisa en que salga de París.

¿Habéis mandado a alguien que indague en la posada de Del Río si se le vio con alguno antes de morir?

—Como vuestra excelencia ordenó, y estoy aguardando por momentos que regrese el que envié para avisaros de la respuesta que traiga.

—¿Y supisteis algo de quién es el llamado tal Roberto Pole o Poley que escribía al Del Río aquellas cartas?

—También el Carlos Paget me habló de éste como de persona que vino aquí a hablarle a Morgan en La Bastilla, ofreciéndosele a servir. El Paget asegura conocerlo poco y haberlo sondeado más el Morgan, en lo que sospecho que engaña o no declara todo lo que sabe, pero me afirmó que lo creían hombre útil para algún señalado servicio en Inglaterra, por conocer y tratar con familiaridad a muchas personas de calidad, y que con este propósito lo habían mandado de vuelta a Inglaterra y escrito a la reina de Escocia recomendándole mucho fiara en su persona. Mas preguntados por este mismo el de Glasgow y el provincial Pigenat, ambos me dijeron ser este Poley hombre del Conde de Leicester y muy falso y lleno de trapacerías en sus tratos con los católicos.

—Está bien. ¿Previnisteis al arzobispo de Glasgow de que tiene metido en su casa criado que le hace traición y tiene inteligencia con agentes de la reina de Inglaterra?

—Así lo hice, y el arzobispo lo ha sentido como no os puedo significar, pues el criado en cuestión es de los más antiguos de entre los que le sirven y a quien tenía por más confidente. Achaca su traición a la miseria de su estado actual, que hace que hasta los más fieles desesperen de obtener la recompensa que en justicia les correspondería por los muchos trabajos y desvelos en que han consumido la vida en servicio de su señora, y les hace por ello fáciles presas del oro de la reina de Inglaterra. Me tocó el corazón ver a un hombre tan bueno y anciano como el arzobispo con lágrimas en los ojos al descubrirle la verdad, pero le previne que no echara de su lado al servidor desleal y lo sobrelleva, por que no se despechase y desvergonzase más e hiciera algún daño aún mayor. Antes al contrario, le aconsejé que lo hiciera espiar por otro criado en quien confiara y que le tuviera al tanto de sus pasos, para poder prevenir las consecuencias. Pero quedó tan abatido con la nueva, que me abrió su pecho y me dijo no sabía ya en quién fiar, y que si continuaba su presente miseria tenía por cierto se vería en el trance de despedir a todos sus sirvientes o resignarse a que el Walsingham les comprara la voluntad a todos.

—Escribiré a su majestad solicitando licencia para hacerle merced al arzobispo de algún dinero aparte de la pensión que se le paga, pero vos sabéis que en estos tiempos son tantas las cosas a que debo acudir con los gastos extraordinarios que no veo el modo de llegar a todo, y yo mismo llevo más de un año de atraso en los gajes de mi oficio, y detrás vienen los señores del consejo de Hacienda exigiendo cuenta del último maravedí que se emplea aquí en servicio del rey, y los mercaderes que me giran las sumas que vienen de España se llevan su buena parte en la transacción.

Don Bernardino quedó por un momento enredado en sus reflexiones y quejas en

voz alta acerca de la estrechez económica en que siempre debía moverse, pues aunque se le enviaban ocho mil escudos al semestre para los gastos de su embajada, que era una buena suma, no le quedaban en limpio mucho más de seis mil, y no le hubiera bastado con el doble de esa cantidad para pagar todas las pensiones, los socorros a la Liga y el Duque de Guisa, los gastos en correos, los entretenimientos, las ayudas de costa, las inteligencias y las ocasiones que cada día se presentaban si quería estar informado de lo que pasaba en la corte del rey de Francia, además de en Escocia e Inglaterra, lugar este último donde no se podía excusar el tener hombres que avisaran, por lo menos, de las armadas que se preparaban por instigación de la reina y su consejo para atacar, como Drake había hecho recientemente, el comercio de los súbditos y las posesiones tan ricas y vastas, pero tan esparcidas, del rey de España.

Cuando llegó a un punto sin salida, agitó ante el rostro las manos como quien intenta liberarse del repulsivo contacto de una telaraña y volvió a fijar su único ojo libre en Cartelegar.

—He pedido opinión a Oberholtzer y veo muy conveniente conocer la vuestra, Herman —empezó a decir entre solemne y confidencial el embajador—. Como a vos, y por los respetos que tan bien conocéis, no se me ocultan los inconvenientes que se seguirían de continuar empleando a *Saúl* en este negocio, de cuya importancia y consecuencias excusaréis no os comunique más pormenores por lo que va en ello. Pero tengo para mí por cierto que puedo fiar en él, y no veo qué otro hombre habría de encargarse de llevarlo a efecto con más acierto. Os ruego que me digáis por lo llano y como leal servidor cuál es vuestra opinión.

Cartelegar intentaba adivinar cuál habría sido el consejo de Oberholtzer, y aun la opinión que hubiera emitido el secretario de la embajada Diego Maldonado (a quien no apreciaba) de encontrarse en estos momentos allí, pero ningún segundo pensamiento trabó su lengua a la hora de contestar con franqueza:

—Creo que hay mucho que mirar en lo del *Fraille* y nadie conoce mejor que vuestra excelencia la opinión en la que, hasta no ha muchos días, he tenido al señor de Forcada. Mas de este último negocio que le encargasteis no he descubierto nada en que haya engañado, y aun me admira la maña y la diligencia con que lo ha llevado al punto en que nos hallamos. Tampoco se me ocurre otro que pudiera tratarlo con mayor sutileza y deseo de acertar. Así que no puedo tener más opinión que la de que fíe vuestra excelencia el asunto a su industria, pero con la cautela de ponerle al lado alguien que le mire mucho a las manos y pueda informar sin pasión de los pasos que va dando.

Mendoza le observó sonriendo complacido: ¡éste era Herman Cartelegar!

—Y a vuestro juicio, ¿quién valdría para desempeñar esa tarea?

—Vuestro criado Jerónimo López de San Pedro es persona a propósito.

Don Bernardino esperaba esta respuesta, pues Jerónimo era el hombre de confianza del buen Herman, en quien fiaba para acompañarle en las misiones más

delicadas, y a quien todos los de la casa del embajador tenían por su hechura; así que su sonrisa se volvió ahora algo burlona y maliciosa, y extendiendo hacia arriba las palmas de las manos y alzando los hombros en gesto de interrogación, sin perder su natural gravedad, le animó a explicarle las razones de su elección, aunque las conociera de antemano.

—El señor Jerónimo López es hombre determinado y de experiencia, y, como tiene sobradamente mostrado, de entera lealtad a vuestra excelencia. El capitán Forcada le respeta y le está obligado porque salvó su vida en el encuentro de la rúa de los Agustinos. He observado que los dos hombres se estiman, acaso porque ambos han sido soldados. Mucho me asombraría que el capitán rehusase llevar consigo a Jerónimo si vuestra excelencia se lo recomienda. Y, por mi parte, sabré instruirlo para que nos informe de cada paso que dé *Saúl*, con lo que ganaremos la seguridad de que no engañe en sus tratos.

*El secreto de Mendoza*

No será menester que subraye que todo cuanto os diré ahora conviene quede en el mayor de los secretos y confiado a sólo vuestro pecho —comenzó a decir Mendoza con toda solemnidad—. No va en ello nada menos que vuestro honor y vida, y con ellos, el servicio de su majestad, y temo que aun la misma vida de la reina de Escocia.

Forcada asintió con gesto grave, pero seco y en su lugar, como hombre seguro de no tener que demostrar con hechos quién era.

Don Bernardino se extendió informándole de las averiguaciones que en esos días habían hecho personas de su confianza para confirmar la veracidad de lo declarado por el capitán en su anterior entrevista, así como la autenticidad de los papeles que le tomó a Del Río.

—Sobra encarecer la gravedad de este negocio, y para que palpéis la confianza que tengo en vuestra persona y en que acertaréis con él, os declararé con franqueza algo de la mayor importancia y que, aparte de las personas que tienen a su cargo el ejecutarlo, sólo es conocida del señor Don Juan de Idiáquez, de su majestad y de mí.

Mendoza hizo una pausa algo dramática antes de continuar.

—No ha mucho me llegó la propuesta de un grupo de gentil hombres ingleses que tienen entrada en palacio y habían tomado la determinación de dar muerte a la reina de Inglaterra. Luego de ejecutado esto, o por tóxico o por hierro, que aún no estaba decidido, se alzarían los nobles católicos de Inglaterra, en tanto otros conjurados libertarían a la cautiva reina de Escocia y acabarían con las personas del secretario principal de la reina, su tesorero y el Conde de Leicester si se hallara por entonces en Inglaterra. El alzamiento será la señal para que una parte de las fuerzas que tiene a su cargo en Flandes el Duque de Parma crucen el canal en socorro de la rebelión de los católicos. Logrado el suceso, María Estuardo será restituida en sus derechos y proclamada reina de Inglaterra y de Escocia. Después de reunirme con dos personas que estaban en contacto con los conjurados y venían avalados por los señores Tomás Morgan y Carlos Paget, y estudiar con ellos los nombres de los nobles católicos, los lugares en que residían, las fuerzas que cada uno podría aportar a la empresa, las armas que habrían menester y los puertos más a propósito para desembarcar el socorro que habría de llegarles de Flandes, tal plan, ha pocos días, le fue comunicado a su majestad, para que vea cuál será su voluntad en esto. Pero por abreviaros el relato, y para que veáis por vos mismo de qué pende todo el negocio, añadiré tan sólo que las dos personas que vinieron a hablarme en esta grave materia no son otras que el Ballard y el Gifford.

El rostro del capitán no demostró la menor emoción ante esta noticia, como si su

ánimo fuera de piedra o ya hubiera barruntado adónde acabaría desembocando el embajador.

—Vuestras pesquisas —continuó Mendoza— han mostrado mi yerro en confiar en tales personas y me han puesto sobre aviso de que todo pueda ser, como en otros casos pasados, trama del secretario Walsingham para cazar en su red las cabezas de los católicos y con ellas la que más le importa, que es la de la reina de Escocia. Que si lograra obtener alguna prueba de que ella participa de esta conjura, movería a su señora la reina de Inglaterra a juzgarla por traición y mandarla ejecutar, que es tras de lo que andan el secretario y todos los de su secta ha muchos años.

Mendoza siguió contando que, de los dos que le habían propuesto la conjura, quedaba probado cómo Gilbert Gifford era un agente provocador que tenía en su mano destruir a María Estuardo, por ser, además de uno de los contactos con los conjurados para matar a Isabel I, el vehículo de toda la correspondencia de la reina escocesa. Sus tratos con Del Río demostraban, sin dejar lugar a la duda, que esa correspondencia iba a parar a manos del descifrador de Walsingham, Phelippes, que era lo mismo que a las del propio secretario de Estado inglés. Pero esto no probaba que Ballard, aunque bien pudiera serlo, fuera realmente otro agente infiltrado. Por lo que una de las cosas que convenía averiguar era la verdadera intención de Ballard en el asunto, y en el caso de que fuese leal, prevenirle de que no siguiera adelante y se pusiera a salvo.

—Y junto con el Ballard, de quien aún se puede tener sospecha no sean claras sus intenciones, deberéis buscar y descubrirles la verdad de los tratos traidores de Gifford a los caballeros católicos que se han juramentado para ejecutar lo de la reina de Inglaterra, cuyos nombres no quise conocer por preservar mejor el secreto, fuera del que era cabeza de todos ellos, que es un joven gentilhomme católico inglés llamado tal Antonio Babington, que como paje que fue del Conde de Shrewsbury en el tiempo en que éste tenía la custodia de la reina de Escocia, trató a la dicha María Estuardo y concibió entonces el deseo de servirla y libertarla.

—Entiendo que vuestra excelencia ordena entonces me parta para Inglaterra. — Interrumpió Forcada el discurso del embajador— pues por ningún otro medio se podrá dar aviso a tales personas de lo que decís, si no es yendo a buscarlos.

—Así es, y no hay otro medio de efectuar ésta y las demás cosas que llevaréis a vuestro cargo —confirmó Mendoza.

—Vuestra excelencia debe considerar si será a propósito para este negocio persona como la mía, que conoce poco la lengua inglesa y sólo ha visto el país desde una mazmorra en el puerto de Portsmouth, en que pasé siete meses en el año de 1580, cuando estuve allí prisionero de los ingleses hasta ser rescatado por merced del príncipe de Parma. Además de que de estas materias apenas conozco lo que he penetrado en estos días pasados, y de que temo podré disimular mal en aquella tierra mi condición de español, que sé bien, por haberlo sufrido en el tiempo que os digo pasé cautivo entre ellos, es la española, de entre todas las naciones del mundo, la más

aborrecida de los ingleses, y somos los españoles tan fácilmente notados de todos. Y por excusar estos inconvenientes, se me ocurre os estaría mejor enviar a algún inglés o escocés confidente que lleve bien entendido el negocio, que, si fuere menester, podríamos instruirle a boca el señor Cartelegar y yo en todas las particularidades de éste.

Don Bernardino replicó a esto con una llaneza que asombró a Forcada. Mendoza confesó que, desde que hablaron la última vez y se le reveló la traición de Gifford, estaba abochornado por su yerro y casi había perdido el sueño y el sosiego considerando cómo podría justificarse ante el rey y cuál sería la mejor manera de enderezar el asunto. Desconfiaba ahora de todo y de todos, y especialmente de los de las naciones inglesa y escocesa. Maldijo a Morgan y a Paget por la ligereza y la falta de juicio con que se habían conducido al presentarle a Gifford y a Ballard como personas de las que fiarse, e incluso sospechaba no tuvieran los dos primeros peores intenciones y estuvieran practicando un doble juego con él y con Walsingham a la vez. Del arzobispo de Glasgow podía hacer poca cuenta, pues estaba viejo y falto de fuerzas, y las pocas que tenía se le iban en lamentarse de su mísera situación actual y en mendigar constantemente se le ayudara con dinero, que para lo único que podía ser útil ya era para los tratos con el Duque de Guisa.

A algunos espías portugueses e italianos que le servían en Inglaterra era imposible confiarles un asunto de tal importancia, pues no se fiaba de su lealtad ni los creía aptos para otra cosa que no fuera mandarle aviso de las noticias rutinarias de lo que acontecía en el país, de las idas y venidas del rebelde pretendiente portugués Don Antonio de Crato, y de los preparativos navales que hacían en los puertos Drake y los demás piratas al servicio de la reina. En otras circunstancias hubiese confiado la misión a algún inglés que le recomendasen los exiliados señores Morgan, Paget, Arundel y Westmoreland, o incluso el arzobispo de Glasgow y el obispo de Ross, pero el caso de Gifford le había mostrado que más le valía no confiar en ningún refugiado católico, ya que nadie sabía hasta dónde estaban todos éstos corrompidos por los subsidios del secretario Walsingham e infiltrados por sus agentes.

Tampoco se podía pensar en recurrir a los hombres del Duque de Guisa, pues además del mismo peligro de estar penetrados por espías del rey de Francia y de los hugonotes, tendría que hacer partícipe al Duque de todo el asunto, lo que era tanto como doblar el peligro de que se descubriera más. Mucho menos se le podían mencionar las pretensiones sobre el testamento de la reina de Escocia, ya que, como primo de María Estuardo que era, Enrique de Guisa hubiese querido meter baza en el tema de su sucesión.

Por todas estas razones, la situación en que se hallaba era desesperada. Si dejaba que Gifford continuase adelante con su falso complot, no sólo se perderían los señores católicos implicados en la conspiración, a quienes seguramente, en este mismo momento, ya tuvieran señalados los espías del secretario Walsingham, sino que terminarían tentando a la reina de Escocia a participar en ella. La Ley de

Asociación que habían dictado en Inglaterra dos años antes, como respuesta al asesinato del líder de los rebeldes flamencos, Guillermo de Orange, autorizaba al gobierno inglés a ejecutar como traidora a María Estuardo incluso aunque no hubiese participado en conspiración alguna, sólo como beneficiaria de la conjura. Pero lo más probable es que no se atrevieran a tanto por no irritar a todas las coronas de Europa, que no admitirían la ejecución de una reina ungida sin pruebas de estar implicada directamente en intrigas contra la vida de su prima. Por ello, Walsingham buscaría hacerla caer en la red por su propio pie, y la artimaña de hacerla creer que podía escribir con libertad con el falso sistema ideado por Gifford era, a buen seguro, el primer escalón para perderla. El siguiente paso sería proponerle, por medio de alguno de los provocadores, que aprobara la conjura para, una vez conseguida esta prueba, enviarla al cadalso.

—Y si esto aconteciera por mi insensatez en no haber mirado con mucho cuidado las credenciales de estos católicos fingidos, no sé cómo calmaría mi conciencia de la culpa de haber conducido a señora tan devota de nuestra santa fe católica, y que ha padecido tanto por su causa, a tan triste fin. Aparte del daño que de ello se derivará en no poder volver por su mano a esa nación al seno de la Iglesia verdadera y libertar a los muchos católicos que en ella sufren de terrible opresión, constantes agravios e inhumanos martirios que hacen a los que abiertamente proclaman su fe.

—Vuestra excelencia no debe cargarse con tales culpas —intervino el capitán—, pues entiendo que aunque hubieseis calado las intenciones del Gifford y negándole vuestro aval, no por ello hubiera dejado éste de continuar por todos los medios su mal propósito, y llegado en Inglaterra, donde quedará descuidado de tener quien le adivine la intención que lleva, y al amparo del poderoso señor Walsingham, de igual modo hubiese tentado y embaucado a otros más simples para hacerles seguir su designio.

Mendoza meditó las palabras de Forcada y agradeció con triste sonrisa el consuelo que le ofrecían, pero continuó diciendo que no se le ocurría nadie en quien pudiese confiar más plenamente que en el capitán para acertar en asunto tan enmarañado como aquél, y que, aun siendo ciertos y de consideración los inconvenientes que le había representado, en su persona se daba la primera y más importante condición, que era ser persona en quien poder confiar por ser hidalgo y antiguo compañero de armas, y como tal, sentir en su pecho más que otros el ser vasallo de su majestad, además de haberlo probado en muchas ocasiones poniendo en riesgo la vida en servicio del rey.

Forcada comprendió que nada desviaría a Mendoza de la decisión que había tomado, y como no había más que decir respecto a este punto principal, rogó al embajador que trataran de los detalles de la operación, sobre los que ya había ido meditando por su cuenta el capitán durante todo ese rato.

Pero apenas habían comenzado a considerar esto, apareció Carteleger y solicitó permiso para entrar a hablar a Don Bernardino.



Cartelegar se acercó al embajador y le dijo algo al oído. Mendoza, sin embargo, ordenó a su confidente que repitiera ante Forcada lo que acababa de comunicarle.

—La persona que envié a preguntar en la posada de Del Río —dijo Cartelegar— ha vuelto contando que los criados de allí aseguran haber visto por última vez a éste salir en compañía de uno que vestía hábito de fraile o rescatado, a quien ya conocían por haberlo visto otras veces entrar y salir de la posada con los dos ingleses que se alojaban en ella.

*La Duquesa de Montpensier*

Cuatro días después, vestidos como criados del nuncio papal, Forcada y el mozo Guillaume de Tallenay, con Diego Castellanos como acompañante, y sin que la guardia les pusiera impedimento alguno por haber presentado salvoconducto del secretario Villeroy, salían de París por la puerta de Saint-Antoine camino del hotel de la señora de Bellegarde. No mucho antes, Jerónimo López abandonaba París por su cuenta, con encargo de adelantarse al puerto de El Havre para contratar nave con la que pasar a Inglaterra y aguardar allí hasta que el capitán se reuniera con él.

Como Forcada iba ensimismado, Guillaume trabó conversación con el locuaz criado del nuncio, por quien se informó de quién era esta señora de Bellegarde. Supo así que se llamaba Claire de Chesne y era dama de noble ascendencia, habiendo sido su padre el Conde de Briey, miembro de una de las ramas menores de la casa de Lorena y gran amigo del Duque Francisco de Guisa, padre del actual Duque de Guisa, con quien hizo las campañas de Italia y de Gravelinas en tiempos de Enrique II de Francia. Por este parentesco y alianza con la familia de los Guisa y los servicios a la corona del Conde, Claire de Chesne se había criado en la corte, como compañera de estudios y juegos de Isabel de Valois y de María Estuardo. Cuando Isabel de Valois casó con Felipe II en 1559, la acompañó a España y continuó sirviéndola como una de sus damas francesas todo el tiempo que ésta vivió, es decir, hasta 1568. Luego regresó a Francia, donde la reina Catalina de Médicis la tomó un tiempo al servicio de su casa y luego acordó desposarla con el señor de Bellegarde, matrimonio político que no hubiese satisfecho al padre de Claire de haber vivido para entonces, pues además de no estar a la altura de su linaje, el marido elegido para ella era un católico tibio, servidor del hijo menor de la reina madre, el ambicioso y turbulento Francisco, Duque de Alençon, con quien pasó, cuando éste fue nombrado gobernador por los rebeldes, a perturbar los estados de Flandes y donde murió hacía tres años, combatiendo a los españoles, en el fuerte de Viersel. Ya antes de enviudar, Claire vivía retirada en la hermosa villa a la que ahora se dirigían, construida por su padre, el Conde de Briey, a orillas del Marne y cerca del bosque de Vincennes, lugar de recreo y donde solían ir a cazar los reyes de Francia.

—¿Y cómo es que se conocen esta dama y el señor de Forcada? —continuó con sus preguntas el muchacho.

—Lo que tengo entendido de esto es que Don Juan debió de conocer a esta señora en España, cuando ambos servían en la casa de la reina Isabel de Francia, de grata memoria. Pues siendo acaso de los mismos años que vos ahora tenéis, el capitán fue paje o caballero de esa tan amada reina y servidor de su casa, de donde colijo yo

debió ser que tratara a la dicha dama, que ambos serán de pareja edad.

Al poco de haber dejado atrás la ciudad, y cumplida su misión de facilitarles la salida con el salvoconducto, Castellanos se despidió del capitán lamentándose de que sus deberes para con el legado del Papa le impidieran acompañar a su antiguo señor al paradisíaco hotel de la señora de Bellegarde, pero concertando con él que, una vez obtenida licencia de su nuevo amo, gracias a la carta que portaba en la que el embajador Mendoza se la solicitaba a su amigo el nuncio, de allí a una semana se dirigiría también a El Havre para encargarse de recibir y encaminar la correspondencia que desde Inglaterra habría de enviar en su momento el capitán. El acuerdo contentaba mucho a Castellanos, quien seguiría así recibiendo sin pérdida alguna los gajes de su oficio con el nuncio y obtenía a la vez unos buenos escudos del embajador como ayuda de costa por sus servicios para Forcada.

El resto del trayecto lo hicieron Don Juan y su nuevo criado a solas. En el primer arbolado que encontraron cerca de su camino, se apartaron para cambiar las vestimentas de criados del nuncio con las que salieran de París por las de caballeros, más adecuadas para presentarse ante semejante dama.

Como lo habían sido todos los anteriores, ese día era también nuboso, pero ni siquiera esto entristecía el ánimo del joven Guillaume, quien iba diciéndose para sus adentros que aquí comenzaba para él la vida con la que siempre había soñado y dando gracias a su suerte por haber cambiado tan de golpe e imprevistamente su destino. No hacía ni dos semanas todavía era un mozo de posada, mientras que ahora se veía camino de grandes empresas en servicio del rey, como correspondía a sus más caros deseos y a hijo de tal padre como lo fue el suyo. Y todo se lo debía al capitán Forcada, que lo había escogido para su servicio y hasta había salvado su vida de la muerte segura que le aguardaba.

—Me pregunto, capitán —habló Guillaume—, si no nos hubiese estado mejor partimos por la posta a El Havre con el señor Jerónimo López, en lugar de divertirnos a visitar a esta señora.

Forcada había contado al muchacho lo menos que le fue posible acerca de la empresa a la que se encaminaban, y aunque ahora sentía gran alivio por abandonar París y sus asechanzas, hacía su camino silencioso y aprensivo, rumiando las instrucciones recibidas de Mendoza y de Oberholtzer. La pregunta del mozo pareció sacarle sin ganas de sus reflexiones.

—Debéis saber —replicó— que ya había anunciado mi visita a la señora de Bellegarde cuando aún no sabía que iba a tener a mi cargo esta otra empresa. No cumpliría como caballero si no lo hiciera con mi palabra, además de que a vos os hará bien reposar unos días y recobrar vuestra salud de la pasada dolencia.

—Perded cuidado por eso, señor, que mi salud está ya recobrada del todo y más deseo volver a ponerla a la ventura en vuestro servicio y el del rey, que malgastarla en cortesánías con damas.

Forcada sonrió con cierta melancolía la impetuosa respuesta de su joven criado, y

éste comprendió, desilusionado, que no arrancaría de su señor confianza alguna, ni acerca del propósito de aquel viaje al hotel de Bellegarde, ni mucho menos de la misión que les esperaba en Inglaterra, de manera que calló diciéndose que era mejor no importunar al capitán con su curiosidad y aguardar que el trato y las ocasiones que, sin duda, vendrían, le hicieran merecedor de mayor confianza.

A mitad de camino se detuvieron en una hostería a tomar su almuerzo, y a primera hora de la tarde llegaron a un frondoso bosque que bordeaba la senda que llevaban. Guillaume vio cómo el capitán retenía entonces el paso de su montura y su rostro se iluminaba, mientras su cuerpo se erguía como si sus pulmones gozaran de respirar el aire dulce de aquel paraje y se hubieran disipado de pronto todos sus taciturnos pensamientos.

—¡Existirán lugares más hermosos en el mundo —comentó Forcada como para sí—, y he visto algunos en Italia que merecen guardarse en la memoria, pero decidme si la calidad de este aire no os parece la más dulce que en la tierra hay, que no recuerdo yo otra que la sobrepuje si no es la de donde me crié!

Sin saber por qué, este tan raro transporte emotivo del capitán sobrecogió a Guillaume, quien perdió en adelante las ganas de hablar y preguntar que tan a duras penas había ido reprimiendo durante el corto viaje. Una emoción de deslumbramiento y poquedad se fue adueñando de su ánimo mientras enfilaban por una avenida enarenada custodiada por dos hileras de hermosos tilos de hojas nuevas y lustrosas por las que se escurrían diminutas gotas de lluvia. En el último tramo de la avenida, cuando ya se divisaba el hotel enmarcado por los árboles y los setos, aparecieron una docena de esculturas repartidas en dos grupos de seis a cada lado que representaban, por una parte, a dioses de la Antigüedad y por otra a las virtudes cristianas. Guillaume sólo reconoció de las primeras, por su perro y su arco, a Diana, y de las segundas, la Caridad, porque la había visto representada así en el grabado de un libro: con una corona de llamas, un niño mamando, y otros dos, cada uno al lado de la madre, representando la Fe y la Esperanza, según le explicó el padre Enciso en su día.

Cuando terminaba la avenida se llegaba a una bella fontana delante de la construcción y entonces se advertía que ésta se levantaba en un ribazo, y a contrabajo se veía un jardín en forma de *cella* de lujurioso verdor, tras el cual se adivinaban apenas las aguas del Marne muy cerca de su confluencia con el Sena. Alrededor de los emparrados corrían los setos de laureles, los cipreses y las plantas odoríferas y vivificantes, siempre verdes. El hotel había sido concebido como una villa de dos plantas, de medidas y delicadas proporciones. Pero sobre el estilo claramente francés de sus tejados angulosos con pequeñas buhardillas y cubierta de pizarra, se imponía una entrada italianizante con una pronao a la que se accedía por una monumental grada, sin que faltaran su frontón y seis estilizadas columnas jónicas. Vista tras la burbujeante fuente que derramaba el agua de un ánfora sostenida por una diosa de empapados paños pegados al suntuoso cuerpo en representación del río Marne, lo recoleto del edificio y el encanto mediterráneo de esa portada resultaba,

incluso en un día encapotado como aquél, sugestivo y evocador de tierras más cálidas.

La contemplación de estas bellezas cohibió aún más a Guillaume, quien tomó súbita conciencia de que, inevitablemente, en seguida sería presentado a la señora de tan hermoso lugar. El aire que poco antes había elogiado y del que parecían gustar tanto los pulmones del capitán, a él se le fue haciendo tóxico y doloroso por la mezcla de timidez, miedo a parecer tosco y plebeyo en aquel medio, y temor a decepcionar a su señor, quien sin duda le había llevado consigo y vestido como caballero para honrarle ante una dama tan señalada.

Los criados de la casa al punto reconocieron al recién llegado, y saludándole con gran respeto se encargaron de sus caballos, acompañándoles hasta la entrada el que parecía más principal de ellos. Guillaume estaba tan amedrentado que ni reparó en los tapices, alfombras y telas que adornaban el interior, y se vio subiendo por la escalera con el vértigo fatal de las pesadillas de las que uno despierta sobresaltado al sentirse caer desde una gran altura.

Tras anunciarles el que parecía mayordomo o ujier de la casa, los dos visitantes entraron en un coqueto salón iluminado por grandes ventanales que daban al patio. Dentro estaban dos señoras sentadas, con sus doncellas alrededor. Debían de estar jugando a cartas cuando los invitados les fueron anunciados, porque una de ellas aún las sostenía en su mano.

—Sed bienvenido, Don Martín —saludó con radiante y traviesa sonrisa la más bonita de las dos damas, invitando con un gracioso gesto de su mano a pasar adelante a los visitantes.

Apenas le dio tiempo al mozo a reparar en lo extraño del saludo dirigido a Don Juan, pues inmediatamente siguieron las presentaciones y reverencias que debían de ser habituales entre personas de tal calidad, pero que tan ajenas se le hacían a Guillaume, quien se limitó a emular con retraso cada uno de los gestos que veía hacer al capitán.

Para su sorpresa, Forcada le presentó como el gentilhombre borgoñón Guillaume de Tallenay, quien venía de ser presentado al embajador Mendoza y tenía intención, a pesar de sus pocos años, de entrar en el servicio del rey de España. Añadió que lo tenía por ahijado suyo por haber tratado muchos años a su padre y tío, ambos nobles y fieles servidores del rey, y llevaba el propósito de presentarlo al Duque de Parma, gobernador de los Países Bajos, para que lo tomara a su servicio hasta que tuviera ocasión de mostrar con las armas la inclinación y obras de sus pasados. Tal mezcla de hipérboles y mentiras enaltecedoras sobre su condición ruborizaron al mozo, ya de por sí con el ánimo suspendido por verse ante tales damas y sentirse observado por ellas y su pequeño ejército de doncellas.

Por las presentaciones, Guillaume entendió que la más hermosa de las señoras era Claire de Chesne, viuda del señor de Bellegarde, y su compañera, la también viuda, Catherine-Marie de Lorraine, más conocida por su título de Duquesa de Montpensier,

hermana del Duque de Guisa y alma de la Liga católica. Guillaume siempre había oído hablar de la Duquesa a su tío y sus amigos de la Liga con veneración, pero nunca le habían advertido de que la figura de la dama fuera tan contrahecha, como si su fogoso temperamento descendiera del cojo Vulcano. La impresión que le hizo verse observado con penetración por tan alta señora, tuvo al menos la contrapartida de librarle por un momento de una turbación mayor: enfrentarse a la mirada de los bonitos ojos rasgados y de tonalidad ambarina de la señora de Bellegarde. Como su invitada la Duquesa, ésta distaba ya de ser joven, más cerca de la cuarentena que de la treintena, y aunque su cutis era exquisito y blanquísimo, sus cabellos tenían ya un tono de bronce apagado, un rojo dorado que en otro tiempo debió de ser más luminoso. Sin embargo, un extraño encanto y atractivo nacía de toda su persona y especialmente de su voz, dulce y rápida, con un donaire y despeje que tenían algo de meridional.

Hubo de responder Guillaume a algunas preguntas de cortesía acerca del viaje que acababan de hacer, si había visitado en alguna ocasión anterior París y qué nuevas se tenían de allí, y recibir algunos halagos por su gallardía y lo bien que estaba en un caballero tan joven buscar el modo de servir a su rey. Por la mirada de aprobación del capitán, entendió que, a despecho de su turbación, no había respondido mal a sus interlocutoras, y esto le hizo cobrar un hilo de ánimo y respirar más libremente.

La Duquesa de Montpensier tomó entonces el mando de la conversación recién iniciada, y dirigiéndose ahora a Forcada, con mirada maliciosa, tono zumbón y lengua desatada, comentó, como si lo hiciera a la señora de la casa:

—¡A fe que estamos bien aseguradas teniendo aquí a tan diestro capitán, que no ha mucho que en la calle de los Agustinos él solo dejó muertos a dos y malheridos a otros tantos de los más bizarros hombres de mi hermano el Duque de Guisa! Tengo entendido que al gordo señor de Villequier le gustaría conocer vuestro paradero. Pero no temáis que sea yo quien os delate, que nada me agrada más que contrariar a los lacayos de nuestro cretinísimo rey Enrique.

Lejos de ofenderse, Forcada rio de buena gana la insolente bienvenida de la dama y el irrespetuoso juego de palabras con el título de «cristianísimo» que tenía el rey de Francia. En cambio, a Guillaume le amedrentó aquella muestra del afilado ingenio de la Duquesa. Aristocrática y de gestos eléctricos, la Montpensier tenía una mirada pasional y airada que casaba con el apelativo que le daban sus enemigos: «La Furia de la Liga». Guillaume recordó entonces otro mote, más despectivo, que le ponían los realistas partidarios de Enrique III y los hugonotes: «La Santa Viuda». La Duquesa había enviudado cuatro años antes del Duque de Montpensier, hombre viejo que encabezaba la rama católica de los Borbón. Los hostiles a los Guisa la tenían por una histérica intrigante y fanática y atribuían su activismo político a una sexualidad explosiva e insatisfecha durante los años que fue esposa del envejecido Duque, y ahora en su viudedad. Otros rumores maliciosos aseguraban que su odio declarado

por Enrique III procedía de haber sido, hacía años, ultrajada o desdeñada por el rey. Lo cierto es que «La Reina de París», como también se la conocía, era la más feroz enemiga de Enrique III, dominaba a los Dieciséis (el gobierno secreto de la Liga) y pagaba a los predicadores más populares e incendiarios de París para que sazonaran sus sermones de acusaciones contra el rey, particularmente la de sodomita rodeado de amantes favoritos a los que llamaban *mignons*. Existía la leyenda de que la Duquesa llevaba siempre en su cinturón unas pequeñas tijeras de oro con las que, se jactaba, ella misma le haría la tonsura al rey y le obligaría a terminar sus días en un monasterio, convirtiendo a su hermano, Enrique de Guisa, en rey de una Francia enteramente católica y libre de herejía. Forcada podría haber añadido que la Montpensier tenía secreta correspondencia con Don Bernardino y el nombre clave de *Silvio*.

—A la par de herir sin cuento a vuestros enemigos, por lo que sois Aquiles — continuó con sus ingeniosidades la Duquesa—, se dice también sanáis males sin cura, por lo que sois Esculapio o Hipócrates, de lo que puede dar buena fe nuestro joven y gallardo caballero de Tallenay, que ha pocos días curó de un inaudito pasmo por vuestra obra e industria, según me refirió el padre Alderete, a quien sé conocéis bien de una noche de bodas, y a quien por ello tan mal estimáis.

Aunque intentó disimularlo, esta última mención sibilina de la Duquesa al padre Alderete y a una noche de bodas incomodó mucho al capitán, quien más que reír la salida de la dama dibujó una mueca de sonrisa. Pero le incomodó lo mismo, o más, a Guillaume, tanto porque comprendió que la presentación halagadora que de su persona acababa de hacer el capitán no había engañado a la Duquesa acerca de su auténtica condición, como porque vio claro que, fuera lo que fuese a lo que aludía la dama, él era el único de los cuatro que ignoraba su sentido.

Lo demostró el hecho de que inmediatamente terciase la señora de Bellegarde para despedir a las doncellas y proponer que se sentaran. Sin embargo, sus intentos por desviar la conversación hacia aguas más tranquilas no arredraron a la Duquesa, acostumbrada como estaba a imponer siempre su voluntad. A continuación, le preguntó a Don Juan si el embajador Mendoza tenía noticia de que su señor Felipe II hubiera ya determinado emprender el castigo a la osadía de la reina de Inglaterra conquistándole el reino. Y como pareciera que el capitán, con más diplomacia que cortesía, eludía en su respuesta revelar algo concreto, la gran dama volvió a la carga.

—Veo sois tan cauteloso como vuestro rey —le reprochó—, pero no es con cautela, sino con arrojo, como se gana y conserva reputación, que el día que a los españoles se os tenga por más cautelosos que bravos, dará principio la ruina de tan potente monarquía.

El rostro de Forcada se coloreó de irritación, y su joven criado adivinó que para no dar a la Duquesa respuesta apropiada a sus afrentosas palabras contenían su lengua, todo junto, el cálculo, la cortesía y el respeto que debía a invitada de la señora de Bellegarde.

—Vuestra merced y Don Bernardino han de mirar en darse prisa y encaminar vuestro negocio —lanzó ahora un nuevo tiro la Montpensier—, que *fronte capilata est post est ocassio calva*, y con el sosiego y la tardanza en resolverse de los españoles, temo no vaya mi prima la reina de Escocia, con estar ya tan apretada en su cautiverio, sino a dejar también la vida en el intento de alcanzar libertad sin que la socorra vuestro rey.

Esta última punzada y alusión de la Duquesa a María Estuardo alarmó al capitán y colmó su paciencia. Con una falta de cortesía que pasmó a su joven criado, Forcada apartó a la dama de los demás un momento, se encaró con ella y le afeó aquel comentario impertinente. Aunque se habían alejado así un tanto de donde ellos estaban, la señora de Bellegarde y Guillaume pudieron oír cómo Forcada, sin atender ya a la calidad de la dama, la conminaba a decir por lo llano lo que supiera del negocio al que había aludido, y cómo había llegado a tener noticia de él. Por toda respuesta, y antes de dejarle con la palabra en la boca y volver con los otros, la Duquesa contestó:

—Bien tengo medios para saber lo que me importa, y lo único que he de decir a vuestra merced en estas materias es que miréis mucho de salir con vuestro intento y no acabar en el potro de la Torre de Londres. Si queréis seguir mi consejo, cuidaos en particular de un espía llamado Maude que acompañaba a cierto jesuita, y huir como de la peste de un dulce embaucador llamado Poley, que se ha granjeado aquí la confianza del señor Morgan, y allí la de ciertos gentilhombres que llevan un secreto propósito.

Incluso sin perder su altivez, fue notable cómo el gesto autoritario del capitán al llevarla aparte, había doblegado algo las ínfulas de la señora Duquesa, y cuando la anfitriona, por suavizar la escena, propuso que salieran a pasear por el jardín, con la excusa de que había salido el sol y quedado una tarde a propósito para hacerlo, la Montpensier se sumó a la idea y se refugió en la conversación de su amiga la señora de Bellegarde.

En el hermoso y bucólico jardín, las damas caminaban pausadamente delante, de nuevo custodiadas por el enjambre de solícitas doncellas, en tanto el capitán y Guillaume iban a sus espaldas solazándose bajo los emparrados sombreando estrechos senderos encantadores y llenos de sinuosidades que invitaban a perderse por ellos. La Duquesa le hablaba ahora a la señora de Bellegarde del matrimonio de Catalina de Gonzaga, hija del poderoso Duque de Nevers, católico aunque muy cercano al rey Enrique. En el tablero de ajedrez del poder y la influencia que componían las grandes casas nobiliarias, la hija del Duque era una pieza mayor cuya posesión por uno de los dos bandos enfrentados de los Guisa y los Borbón resultaba muy codiciada, sobre todo de cara a la muerte sin sucesor del rey Enrique III, que permitiría el acceso al trono de un príncipe de sangre Borbón o Guisa. Los Borbón, cuya cabeza era el protestante Enrique de Navarra, proponían a Nevers el matrimonio con el Conde de Soissons, católico, pero Borbón al fin y al cabo; los Guisa desposarla



con uno de los suyos, el príncipe de Joinville. Por lo que Forcada y su joven criado pudieron entender, en aquel juego la señora de Bellegarde tenía su papel, y la Duquesa de Montpensier la instaba a desempeñarlo a fondo a favor de su partido, pues era a la vez amiga de Catalina y del padre jesuita Possevin, confesor y hombre de confianza del Duque de Nevers.

Por uno de aquellos senderos desembocaron en un espacio abierto del jardín en cuyo centro destacaba un estanque circular a imitación de las piscinas romanas. El tibio sol de la tarde se reflejaba en él mientras el grupo lo rodeaba y se veía a su vez retratado en las oscilantes ondas que formaba el aire en su superficie. Guillaume prometía seguir el consejo del capitán de escribir a su tío a París, y a su madre en Tallenay, informándoles de su restablecida salud y de que había entrado en su servicio y en el del embajador del rey católico, lo que sin duda les tranquilizaría a ambos y a su señora tía, que había quedado con mucho pesar e incertidumbre desde la noche del encuentro frente a la posada. Forcada dio por su parte palabra de escribir a maese Mordal con la misma intención. Estas primeras órdenes que recibía del capitán como amo, aunque paternas, desagradaron y casi humillaron al impetuoso muchacho porque le recordaron de pronto su reciente pasado como mozo de cocina, y porque temió también que fueran oídas por tan eminentes damas, en contraste aún más doloroso con sus intrigas acerca de enlaces matrimoniales entre casas principescas.

Forcada pareció adivinar lo que roía el pensamiento de su joven compañero y le dijo:

—No te dejes envanecer por lo que ves, ni persigas el sol al que no puedes alcanzar, que tus alas son de cera, como las de aquél, y el cielo al fin las derretiría. Fía mejor de la espada, cuyo filo talla la honra, no te faltará nunca en las ocasiones y sólo en la fragua que es la voluntad del rey se somete y pierde su ser.

Pero Guillaume no estaba para oscuras alegorías, y apenas escuchó o interpretó el consejo del capitán sino como modo de rebajarle a la condición de niño. Le bastaba con fiarse de lo que sus ojos veían: ¿y no acababa de ser testigo de cómo Forcada parecía tener alas de otra materia más dura que la cera, que le permitían tratar con familiaridad y casi doblegar a una dama tan temida e indomable como la Duquesa de Montpensier, mientras la bella señora de Bellegarde le mostraba su afición y se atribulaba por sacarle de aquel mal paso? Aunque fuese inexperto y no tuviese más conocimiento del mundo que el de las calles y mercados de París y la variopinta clientela que había tratado en la posada de su tío, Guillaume intuía que los ataques y burlas de la Duquesa obedecían a pasadas u ocultas pependencias galantes, a favores de amor no recibidos, mal pagados u olvidados; del mismo modo que la mirada prendada de la anfitriona debía de ser fruto de amores pasados o esperanza de otros venideros.

Prosiguieron su paseo hasta el embarcadero sobre el río, y aunque la señora de Bellegarde propuso lo continuaran en unas hermosas barcas entoldadas que a tal efecto estaban allí amarradas, la Duquesa consideró que era mejor para ella hacer su

camino de regreso a París, y dio instrucciones a una de sus doncellas de que los criados dispusieran lo conveniente para su partida. La señora de Bellegarde disimuló como pudo su contrariedad, por lo que Forcada y su joven criado dedujeron que no debía de ser ésa la intención inicial de la Duquesa, y que la llegada del capitán era la verdadera causa de su marcha.

Regresaron, pues, a la casa, y cuando la carroza de la Duquesa y todo el demás aparato de transporte de criados y doncellas estuvo preparado, se despidió de su anfitriona, acordando que ésta le escribiría con el resultado de sus gestiones ante la hija del Duque de Nevers y el jesuita. Pero antes de subir a su carroza, y como si volviera a reparar en la presencia del capitán, a quien todo ese tiempo había evitado dirigir ni una sola mirada, se despidió diciéndole:

—Si tenéis ocasión, presentadle mis respetos y mis mejores deseos de fortuna a vuestro hermano, a quien su majestad el rey de España honró el pasado año nombrándole su embajador ante el Duque de Saboya, y acompañó al dicho Duque y a su esposa, la señora infanta Catalina, cuando se embarcaron en Barcelona para Italia tras la boda celebrada en Zaragoza ante su majestad. Me ha contado quien bien puede saberlo, que la señora esposa del embajador ha causado grata impresión en Turín, donde es apellidada del vulgo «La Gallarda Española», y no paran de alabar sus buenas partes y nunca vista belleza, así como las de la hija de ambos, que dicen es más ángel que humana, en toda su hermosura semejante a la madre.

La señora de Bellegarde y Forcada quedaron mudos y suspensos ante estas últimas palabras de la Duquesa, que no tuvieron respuesta, pues sin esperarla, la Montpensier montó en su carroza y con gesto displicente ordenó se pusieran en marcha en buena hora.

*Carta al rey*

Tras la partida de Forcada, con Jerónimo López encargado de ir delante a toda prisa al puerto de El Havre para ir disponiendo lo imprescindible para el paso a Inglaterra, Mendoza pospuso un paseo por los jardines de las Tullerías con el secretario Villeroy y dedicó la tarde a redactar las cartas necesarias en apoyo de la misión del capitán.

Dictó en primer lugar a Oberholtzer misiva para Pedro de Zubiaur, en Dunquerque, capitán de los galeoncetes y filibotes de su majestad que asistía al gobernador de los Países Bajos, Duque de Parma, en traer y llevar con su escuadra de España a Flandes, y viceversa, despachos, armas, refuerzos y pagas para la tropa, enfrentándose a las naves de los corsarios hugonotes e ingleses y de los rebeldes holandeses que infestaban el Canal de la Mancha. Zubiaur y Mendoza se conocían bien de los tiempos de Inglaterra, donde había residido varios años el vasco como representante y procurador de los mercaderes españoles dañados por los robos de ingleses a la navegación española, en un largo, y en gran parte, vano intento de que se restituyeran las presas. Lo frustrado de sus gestiones ante el gobierno inglés y la devoción al servicio del rey le habían llevado a actuar como agente de Mendoza, por lo que había sufrido ser encarcelado por espía durante varios años. Como marino y hombre que conocía mejor que otros el país y había dejado contactos allí, a Don Bernardino le pareció adecuado pedirle su consejo sobre la forma más adecuada de encaminar a Forcada a Inglaterra burlando la estrecha vigilancia que los ingleses ponían en sus puertos. Sabía Mendoza que, de encontrarse por entonces Zubiaur en los Países Bajos, acudiría en seguida al encargo, pues además de obligado a su persona y pronto a servir al rey, conocía también a Don Juan, con quien se había concertado años antes, cuando de acuerdo con el embajador y unos holandeses ganados para la causa católica, en el año de 1581 habían planeado ocupar por sorpresa el estratégico puerto de Flesinga, en Zelanda, con la compañía de soldados españoles del capitán Forcada.

A continuación, dictó una segunda carta para el mercader nizardo Isoardo Capello, en Nantes, en la que informaba a éste de que el agente *Saúl*, a quien ya conocía, tenía orden suya de pasar a Inglaterra para negocios muy graves en servicio de su majestad. Le pedía asistiera en todo a su confidente y la compañía que llevase, y en especial en dotarle de créditos y la cobertura que fuese necesaria si al final se decidía que hiciesen su viaje fingiéndose mercaderes, así como que le diese noticia de casas seguras en Inglaterra donde refugiarse en caso de necesidad y lugar al que encaminar con garantías su correspondencia. Capello ya tenía mucha experiencia en este tipo de operaciones, pues trabajaba como enlace de los agentes del embajador en

los puertos del norte de Francia y de los que pasaban a Inglaterra. Tenía también el italiano su propia red de mercaderes y factores repartidos por puertos franceses e ingleses que le mandaban noticias de cuanto acontecía, y que luego pasaba al embajador español.

Sin dar tregua a su secretario particular, Mendoza siguió dictándole una tercera carta, esta vez para el rector del colegio inglés de Reims, el padre jesuita William Allen. Informaba también a éste de que uno de sus confidentes pasaría a Inglaterra con encargo secreto y de importancia que podía redundar en avance de la santa causa católica. Solicitaba del rector que, como buen conocedor de las cosas de Inglaterra, enviara a un propio o a seminarista de total confianza que, llegado el caso, pudiera acompañar a su agente y servirle de lengua en el país, junto con las advertencias necesarias para pasar más desapercibido, y las señas de casas de católicos seguros en todo el trayecto que tendría que hacer hasta el castillo donde tenían cautiva a la reina de Escocia.

Por fin, redactó una última carta dirigida al embajador francés en Londres, señor de Chateauneuf, buen católico y devoto del servicio de su majestad, a quien ya había encaminado Don Bernardino a otros de sus agentes. Pero, a diferencia de las demás misivas, ésta fue más breve y cautelosa, pues aunque la persona del embajador era tenida por leal en todo, por algunos hechos pasados, Mendoza desconfiaba de la fidelidad de los secretarios u otros criados de Chateauneuf. Por ello, la carta comenzaba con una advertencia en la cubierta que pedía fuese sólo descifrada y leída por la propia mano del embajador, y se limitaba a advertirle que podría ser que se presentara ante él hombre de su confianza a quien debía dar entero crédito y asistir en cuanto le demandara. Ni se mencionaba su misión ni tan siquiera se daban las señas por las que podría reconocer a Forcada: sólo se le enviaba la mitad de una moneda y se le decía que la referida persona mostraría, por toda presentación, la otra mitad que casaba con aquélla.

Concluida la redacción de esta última carta, Mendoza despidió a Oberholtzer con el encargo de que pusiera las cartas en clave, cada una con su cifra particular y convenida con los destinatarios, y le ordenó diera aviso a los correos de que estuvieran preparados a partir: uno que lo haría a Nantes con la carta para Capello, la dirigida al embajador Chateauneuf, y duplicados de otros despachos para el rey ya enviados por la ruta expresa por tierra, pero que convenían fuesen también por mar a Bilbao con el correo de mercaderes, por si los primeros fueran tomados por las partidas de hugonotes, o de agentes del rey Enrique que se hacían pasar por tales, que siempre andaban al acecho de su correspondencia; otro que se desviaría a Reims a entregar la carta para el rector Allen, y luego seguiría hasta Dunquerque con la que se remitía a Zubiaur; y un tercero para llevar expresa la que habría de cifrar a continuación el propio Don Bernardino para el secretario de estado Don Juan de Idiáquez, y que era de la mayor urgencia entregar.

—Si vuestra excelencia me da licencia —intervino Hans Oberholtzer—, esta

última me puedo encargar de entregarla en la posta de Irún, que Pierre el Vasco ha bien poco que regresó de llevar la anterior y será menester darle algún reposo.

—Con gusto os concediera la licencia que me solicitáis —replicó el embajador— si no fuese aquí tan necesaria ahora vuestra persona para estar al cargo de las correspondencias con *Saúl*. Y aunque veo lleváis razón en que Pierre el Vasco precisará reposar, estará así mejor que se lo encomendéis a Pierre Blanchet, que también conoce la ruta.

Resignado a cumplir la orden de su señor, pero con rostro mohíno, Oberholtzer abandonó el despacho de Mendoza y se cruzó con Cartelegar, que en ese momento se dirigía a él.

—Pasad adelante, señor Cartelegar —le apremió Don Bernardino—, y abreviad lo que hayáis de referirme, que debo cifrar un despacho de mi mano y quiero aprovechar la buena luz que ha quedado antes de que se haga la noche, que mis médicos culpan de la ruin vista que tengo al haber gastado la vida escribiendo papeles a la luz de las velas.

—La primera materia en la que he hecho la pesquisa que mandasteis —comenzó su informe Cartelegar— es la de los tratos de *Saúl* con el embajador que tiene aquí la reina de Inglaterra.

—Sí, recuerdo el encargo. ¿Qué se sabe de ese engreído del señor Eduardo Stafford?

—De todos a los que he ido con la pregunta y que bien pueden saber del caso, me he asegurado de que el embajador y *Saúl* han coincidido en muchas ocasiones en casas en las que se juega, por el gran vicio que en esto ambos tienen, trabando a causa de ello cierto trato y familiaridad, cuyo extremo nadie ha sabido decirme a qué punto llega. Pero sí me han hecho notar algunos que fueron testigos de ello que el Stafford tenía al capitán por espía y enviado vuestro, y el hábito de hacer chanza de ello y fingir que mandaba saludos a vuestra excelencia por su medio, a lo que Forcada respondía con burlas parecidas, atizando los celos que es notorio el embajador tiene del secretario Walsingham y bravuconeando lo pronto que quedaría la señora madre del Stafford, que es de las más antiguas y estimadas damas de la reina Isabel, libre de sus ocupaciones, cuando su majestad le conquistara el reino y le pusiera a su ama nueva casa en la Torre de Londres, que son las bellaquerías, desmentidos y bravatas que se usan en estos lugares y entre los inclinados a este ruin vicio.

—Por lo que decís, sabemos ahora tanto como conocíamos cuando os hice el encargo —concluyó cortante el embajador.

Tocado por el reproche de su señor, pero sin que su pálida cara revelara que lo había sentido, Cartelegar replicó:

—En ese punto acaso hemos avanzado poco, pero uno de estos días que ha estado aquí el capitán me apuntó convenía sondear al embajador inglés para el servicio de su majestad, que con lo cargado de deudas que está y lo resentido con el secretario de la reina por los muchos desaires que le hace con el regatearle el dinero que se le da, y en

particular con el mandar sus propios espías aquí sin fiar de los avisos del embajador, podrían ser motivo de que se le pudiera prender para que se avenga a serviros. Y, además, porque *Saúl* dice tener calado que el Stafford ambiciona el cargo del secretario, y desespera de obtenerlo en las presentes circunstancias, si no es con la mudanza del gobierno de la reina porque los descalabros la fuercen a llegar a entenderse con su majestad y volver a la antigua amistad que había entre las dos coronas, a la que es tan contrario el Walsingham.

—¿Sir Edward Stafford al servicio de nuestro rey? —consideró Mendoza en voz alta la posibilidad con una sonrisa torcida que expresaba a la vez satisfacción y repugnancia, mientras desfilaban por su cabeza las indudables ventajas que reportaría un trato así en el momento en que el rey parecía haberse decidido al fin a acometer la empresa de Inglaterra—. Es una materia ésta que convendrá sopesar con cuidado y confiar a *Saúl* o a otra persona que sepa llevarla con cautela cuando se resuelva el negocio que ahora nos ocupa. La señora esposa del embajador tiene fama de ser católica secreta y de recibir bien a los sacerdotes de su nación que están aquí refugiados. Acaso podría ser esta señora medio para sondear a su marido. En fin, pasad adelante, ¿qué más tenéis que hablarme?

—Un hombre del señor de Mayneville con el que hablé, a quien vuestra excelencia conoce y que también es muy tratado por los Dieciséis y la Duquesa de Montpensier, llamado tal Nicolás Riberac, me certificó que uno que estuvo aquí acompañando al padre Ballard, llamado tal Maude, es otro espía del Walsingham, puesto al lado del clérigo fingiéndose buen católico y perseguido en su país para dar aviso de los tratos que el Ballard llevaba a su cargo.

Don Bernardino quedó muy disgustado con esta noticia, pues reconoció en seguida al mencionado espía como la persona que se entrevistó con él en compañía de Ballard y Paget, y sólo la consideración de que esta nueva prueba de que había sido engañado no añadía mayor escarnio al descubrimiento de la traición de Gifford, alivió un tanto su cólera y su vergüenza.

—Está bien, señor Cartelegar, si no tenéis otra cosa que hablarme, dejadme ahora, que veo se ha de ir la luz y gastar más mi vista con las velas.

—Sólo un último punto, acerca de la señora de Bellegarde, para visitar a la cual disteis licencia a *Saúl* antes de que se embarque para Inglaterra.

Cartelegar informó al embajador de quién era esta señora refiriéndose a su noble ascendencia, su parentesco con los Guisa, y a que había sido dama de la reina Isabel de Valois mientras ésta vivió, además de su posterior matrimonio con el señor de Bellegarde y su viudedad desde tres años antes.

—Lo más notable es que esto lo he sabido por otra señora que fue también dama de la difunta reina Isabel de Francia, que se llama señora de Santligier, y tras hacerme largo discurso del tiempo que pasó en España en servicio de la dicha reina, me dijo que la ahora señora de Bellegarde, que no sé si he mencionado tiene por nombre suyo el de Doña Clara de Chesne, fue cortejada por un paje o gentilhombre de la cámara de

la misma reina, español éste, que por algunas señas que me dio de él, se me ocurrió era en casi todo, salvando los años, retrato del señor de Forcada. Pero acaso sea ilusión mía, pues cuando le pregunté por el nombre del tal gentilhomme, sólo se pudo acordar que era el de Ayala.

Cuando marchó Cartelegar, ya a solas, Don Bernardino comenzó la labor de poner en cifra una carta que tenía de antemano escrita en claro. Dirigida al secretario Idiáquez, rezaba como sigue:

*En las manos de Don Juan de Idiáquez, del Consejo de Estado de Su Majestad.*

*Después de la última de 12 del presente sobre la intención que tenían aquellos gentilhombres ingleses que entraban en la casa de la reina de Inglaterra, he conocido, por avisos de persona confidente que encargué de mirar en esto, que a lo menos uno, de los dos que vinieron a comunicarme la dicha propuesta, es con certeza espía del secretario Walsingham, además de otros respectos que no escribo ahora a vuestra merced por la premura en mandaros ésta y que irán en mi próxima.*

*Al dicho confidente que me reveló lo del espía y la sospecha que se tiene no sea todo el negocio burla del Walsingham he ordenado se parta por la posta a El Havre con la compañía que lleva, y que en el hábito que fuese más a propósito para no ser descubierto, cruce la canal de Inglaterra, donde habrá de buscar medio de comunicarse con la reina cautiva de Escocia y prevenirla no fíe del dicho espía que le han puesto, a pesar de haber ido muy recomendado de sus servidores aquí los señores Carlos Paget y Tomás Morgan. He encomendádole también que mire en ver la forma de abrir vía segura para la correspondencia de la reina de Escocia, pues la que tiene ahora es sólo ardid del espía que tengo dicho, quien posee la contracifra de la que utiliza la reina escocesa en sus papeles y tiene encargo del Walsingham de poner en sus manos todo lo que escriba la dicha señora. Por lo que sé importa al servicio de Su Majestad, le he mandado también persuada a la reina de Escocia le entregue el testamento que me escribió un mes ha tenía determinado redactar a favor de Su Majestad, que es la parte principal del negocio que lleva a su cargo.*

*El dicho confidente no es otro que Saúl, de quien vuestra merced llevará la cuenta de los servicios que por tantos años ha hecho a Su Majestad. Ruego a vuestra merced incline la voluntad de Su Majestad para que le haga la merced que merece por lo pasado y, en particular, por este señalado servicio que lleva encomendado, del cual pende no menos que la propia vida de esa desventurada señora y el avance de la santa causa de la religión, que no es menester representar a vuestra merced el riesgo en que éste pone su vida y lo dificultoso de salir con esta empresa, que sólo el procurarlo tengo yo por gran mérito y arrojo. Guarde Nuestro Señor la muy ilustre persona de vuestra merced y estado acreciente, como yo deseo. De París a 20 de mayo de 1586.*

*Ésta va cifrada de mi mano, a pesar del ruin estado de mi vista. Ruego a vuestra merced la descifre de la suya y no sea vista de más ojos que de los de vuestra merced y los de Su Majestad.*

Cuando terminó de cifrarla, la copió en clave haciendo dos duplicados para que se enviaran por otras vías, firmó las tres y las lacró y selló. La carta en claro y uno de los duplicados los guardó en un cofre del que sólo él tenía la llave. Por fin, llamó de nuevo a Oberholtzer para ordenarle que se le diera una de las copias al correo que haría la ruta expresa a Irún, y que debía partir aquella misma noche. Uno de los duplicados se llevaría a Nantes para que fuese con el correo de mercaderes; el otro se guardaría para enviarlo con los demás despachos que salieran esa semana con el correo ordinario.

## *La señora de Bellegarde*

La señora de Bellegarde les había alojado con todo el regalo y ostentación deseables, con sus camareros y otros criados al cargo de atenderles en todo, como si Guillaume y el capitán fuesen duques o príncipes de la sangre. Pero en vez de complacerse en este tratamiento y solicitud de su anfitriona, al joven le embarazaba y cohibían las dos cosas, tanto por la falta de costumbre, como por la sorda vergüenza que, por contraste, le provocaba la conciencia de su oscuro linaje y de no haber realizado aún obra que le hiciera merecedor de ambas.

Tras la marcha de la Duquesa de Montpensier, la escena entre ésta y el capitán y las últimas y extrañas palabras que «La Furia de la Liga» dirigiera a Forcada como despedida parecieron quedar pegadas al ánimo de todos, y en particular al de la señora de Bellegarde, a quien —a pesar de ser dama criada en la corte, y que conocía bien la gramática de disimular las emociones— en algunos momentos se le escapaban súbitas miradas de reproche hacia Don Juan, que la embellecían tanto como, por eso mismo, amedrentaban e incomodaban a Guillaume, convertido en testigo inoportuno de lo que fuera que estuviera jugándose allí.

Por esta razón, con el pretexto de que volvía a molestarle su reciente herida, el muchacho pidió licencia para retirarse a su aposento a descansar, que inmediatamente se le concedió con muestras de aprecio y preocupación casi maternal de la señora. Forcada aprovechó para relatar las muestras de valor que habían sido la causa de aquella herida, y Doña Clara se mostró conmovida, halagadora y curiosa por conocer todos los detalles del suceso de la emboscada y de la posterior enfermedad y casi milagrosa curación de Guillaume, prometiendo que al día siguiente mandaría llamar al cirujano del secretario del rey, el señor de Villeroy, con quien tenía gran amistad y cuya villa quedaba a poco más de un tiro de arcabuz de allí, para que la examinara y viera si era preciso mayor remedio. Con todo, al retirarse, Guillaume tuvo la intuición de que la pareja ansiaba quedar a solas para tratar de sus no declaradas querellas, y así se lo pareció confirmar la mirada de reconocimiento que le dirigió el capitán al despedirlo.

El suntuoso lecho no parecía sino que hubiera sido fabricado por las propias manos de Morfeo, pues apenas reposó el cuerpo en él, Guillaume cayó en un sueño profundo. Sin embargo, a mitad de la noche, no se sabe qué sueño o pesadilla le hizo despertar sobresaltado, y con el vago terror de lo soñado y apenas recordado, y la aprensión que produce a esas horas el temor de no poder volver a dormirse, el muchacho dio en rememorar los sucesos e impresiones del día anterior, actividad con la que se desveló del todo.



Con pasmosa facilidad volvieron a su memoria el recuerdo de los aguijonazos que, desde el primer momento, le estuvo lanzando la Duquesa al capitán Forcada, así como la inaudita reacción de éste al tomar por el brazo a tan alta señora y apartarla para reprocharle sus indiscretas alusiones a asuntos políticos tan graves como la rumoreada expedición a Inglaterra y la suerte de la reina de Escocia. Al evocarla ahora, la escena se le antojó tan improbable e inverosímil como los sueños de los que acababa de despertar. Pero, a diferencia de éstos, poseía los perfiles cortantes y distintos de los hechos ciertos y ocurridos en la realidad.

No obstante, lo que a Guillaume le inquietaba más del caso era sentirse espectador importuno de relaciones cuya clave le era desconocida. ¿Qué relación y trato anterior justificaban que el capitán tratara a la Duquesa como a una mujer vulgar, osando tomarla del brazo y llevarla aparte, sin respeto a su condición y linaje? ¿De dónde nacían las burlas y sibilinos reproches de la Duquesa hacia el señor de Forcada? ¿Por qué la hermana del Duque de Guisa parecía conocer tan bien al capitán y estar tan al tanto de sus hechos? ¿Y qué significaba esa mención al hermano de Don Juan, embajador de su majestad, y a la esposa e hija de éste? ¿Por qué, además, había dejado tan suspensos y silenciosos a Forcada y, aún más, a la señora de Bellegarde, esta alusión de la Duquesa?

Guillaume estuvo rumiando estos interrogantes sin hallarles respuesta cierta, pero influido sin duda por la engañosa determinación que a esas horas nos hace concebir las soluciones más tajantes y osadas, resolvió preguntar al propio Forcada, a la primera ocasión que se le presentase, por la respuesta a todos ellos. Con esta resolución tomada, intentó entonces conciliar el sueño. Como suele suceder en tales casos, éste, en cambio, parecía empeñado en burlarle, pues tras las preguntas que se acababa de hacer casi en voz alta, comenzaron a desgranarse otras tantas menores, y las escenas del día pasado a discurrir de nuevo por su memoria con un detalle y precisión insospechados, llenándole aún de más dudas y perplejidad.

¿Por qué al saludar por primera vez al capitán, la señora de Bellegarde le había llamado *Don Martín*? ¿Era creíble una confusión tal con el nombre en persona que parecía tratarle con asiduidad y cuyo conocimiento se remontaba, según le contó Castellanos, a muchos años antes? Y si Don Martín era el nombre de Forcada, ¿por qué el capitán se hacía llamar Don Juan y era así conocido de todos? ¿Y no había visto él mismo que el capitán era tratado por la señora de Bellegarde, e incluso por la Duquesa, a pesar de su hostilidad, más que como simple gentilhomme y soldado, como persona de las más principales? El tener un hermano embajador ante la corte del Duque de Saboya, yerno de su majestad por su matrimonio con la infanta Catalina Micaela, tan amada del rey su padre, ¿no demostraba que el linaje de Forcada debía de ser de los más señalados de España? Y si era así, ¿dónde se había visto novedad como aquella, que un noble titulado escondiera su esclarecida cuna y actuara como cualquier otro vasallo, sin reclamar para sí los derechos y honor que por nacimiento se le debían?

Otro misterio más: ¿por qué razón habría de dolerle al capitán, como lo mostró la mudanza en su rostro, la mención a la rara belleza de la esposa de su hermano el embajador? ¿Y por qué esa alusión tocó más, si cabe, el ánimo de la señora de Bellegarde, que quedó después de oírla tan mohína y afrentada que sólo su presencia, la de Guillaume, parecía moverla a disimular su enfado, aunque le aparecía de tanto en tanto en los ojos, en esas miradas como lanzas que le echaba al capitán?

Cuando ya amanecía, por fin, el sueño le venció. Nadie le importunó, y pudo así dormir hasta bien entrada la mañana. En cuanto hizo intención de levantarse, como si le hubiera estado espiando todo el tiempo, apareció el camarero a quien la señora de Bellegarde había encomendado su cuidado, dispuesto a ayudarle a vestir. Cuando éste le comunicó que la señora de la casa y el señor de Forcada habían preguntado cuándo les haría el honor de unirse a ellos, Guillaume respondió que después de que redactara algunas cartas que tenía intención de enviar esa misma mañana. Al momento apareció otro criado portando todos los instrumentos necesarios para la escritura, el cual esperó en la puerta hasta que Guillaume hubo terminado de escribir las dos cartas. Luego, este criado se llevó las misivas para ordenar a otros dos criados que partiesen a llevarlas a sus destinos, que eran París y la pequeña aldea de Tallenay. La primera iba remitida a la casa del embajador Mendoza, con una nota en que pedía que alguno de los criados de Don Bernardino la entregase a sus tíos, en la posada de La Cierva Roja. La segunda iba destinada al señor Pralon, párroco de Tallenay, para que a su vez se la diese a su madre.

Cuando bajó a reunirse con la anfitriona y el capitán, su llegada pareció interrumpir algún íntimo coloquio, pues en la sala únicamente se encontraban los dos y la más antigua y confidente de sus criadas, madame Isabelle, que ahora era el ama de su señora. Tras saludarle y preguntarle si había reposado y si aún le dolía la herida, la señora de Bellegarde le anunció que esperaban la visita del cirujano para esa misma mañana, pues un criado había sido enviado a primera hora de la mañana con el recado de llamarle y orden de acompañar al galeno hasta allí.

En seguida advirtió Guillaume que la atmósfera enrarecida de la tarde anterior se había esfumado y ahora todo lo llenaba la voz rápida y alegre de Doña Clara, quien le invitó a sumarse a ellos y participar de su conversación, en la que pronto descubrió, se evocaban recuerdos de España, de los años en que la señora de Bellegarde servía como dama a la reina Isabel de Valois en la corte española. Madame Isabelle, discreta y manteniéndose en un segundo plano, punteaba las rememoraciones de la dama con algún breve comentario o alguna confirmación de la fidelidad de la memoria de su señora a los hechos pasados, por donde Guillaume vino a entender que el ama había servido a Doña Clara en aquellos ya lejanos tiempos, veinte años antes.

—¿Recordáis, Don Martín, lo encantador que era el bosque de Valsaín, las cacerías y los amenos paseos por los alrededores del palacio? —evocó la señora de Bellegarde, incurriendo de nuevo en aquella confusión con el nombre.

—Recuerdo las cacerías —respondió el capitán, sin molestarse en corregir el

error de su interlocutora—, pero no tanto los paseos, pues éstos quedaban para las damas, y como bien sabéis, vuestra guarda mayor de damas se encargaba de mantener a tiro de mosquete, o más bien de mortero, a todo posible galán.

—A fe que aunque es cierto lo que contáis de nuestra guarda mayor —replicó la señora—, no siempre venció ésta en su ministerio, que recuerdo cierta hermosa tarde en ese mismo bosque, en que cierta dama se reunió con su galán, sin estorbo ni conocimiento de terceros, como no fuera de su propia criada, quien, si le estuviera bien el hacerlo, pudiera certificaros de ello.

La aludida madame Isabelle se envaró aún más en su asiento y se sonrojó un poco. Pero cuando volvió a levantar los ojos del suelo, lo hizo con una amonestación en la mirada dirigida a su señora. La señora de Bellegarde rio a esto con un desenfado y un donaire que hechizaron a Guillaume, quien intentó imaginar lo desmesuradamente hermosa que sería en aquel tiempo, a juzgar por la mucha belleza que aún conservaba.

Se fijó entonces en el capitán. Iba vestido con las que debían de ser sus mejores ropas. Parecía, en efecto, un cortesano, un señor principal que en nada desmerecía del trato que se le dispensaba en esta casa. Los rasgos de su rostro eran nobles y estaban relajados, al tiempo que había una claridad y una hondura en sus ojos que hablaban por él de los sentimientos que la señora de Bellegarde despertaba en su interior: por esa mirada abierta y desprotegida, provisionalmente suspendidos el recelo, las preocupaciones y la cautela en ella, cualquiera podía penetrar en su alma en aquel instante, y a Guillaume, que en el poco tiempo que le conocía, nunca antes lo había visto así, comprobarlo le produjo cierto vértigo.

—Recuerdo la primera vez que os contemplé —evocó a su vez Forcada— durante la comida de la reina Doña Isabel.

Atenta a meter en la conversación a Guillaume y que no se sintiera desplazado, la señora de Bellegarde se dirigió a él para explicarle que las comidas públicas de la reina eran el único momento en que se permitía a los caballeros de la casa hablar a las damas, grieta en el protocolo que éstas y sus galanes aprovechaban para el cortejo, pues el resto del tiempo, el personal masculino tenía vedado el acceso a las damas de la reina, a excepción del enano François Montaigne, un divertido bufón y redomado tahúr que tenía licencia incluso para ganarle grandes sumas a la reina Isabel jugando a las cartas, y que españolizó su nombre por el de Francisco Montaña.

La señora de Bellegarde siguió recordando y contando anécdotas, ayudada a veces por Forcada y el ama en cuanto a los nombres de personas y lugares que, con el paso del tiempo, se le resistían a su memoria, del brillante y a la vez sencillo cuadro de aquella corte española en el tiempo en que vivía Isabel de Valois, a su paso por Toledo y el alcázar de Madrid, por Aranjuez, Valsaín, San Lorenzo y La Granja. Guillaume lo escuchaba todo con gusto, consciente de que rara vez se tiene ocasión de hacerlo de los propios labios de una persona como la señora de Bellegarde, que había sido testigo de tantos hechos y conocido a tantas personas renombradas como el

Conde de Alba de Liste, la Condesa de Ureña, el Duque de Alba, el príncipe de Éboli, Don Juan de Austria y el desdichado príncipe Don Carlos, además de al propio rey Felipe. Pero, sobre todo, porque la gracia y el color con que describía y narraba todo Doña Clara lo hacían ameno y lleno de vida, con aquella voz tan juvenil y saltarina que tenía y el acento peculiar que le daba el hablar en español, pero con algunos dejes de su tierra natal lorenese.

Acostumbrado a oír hablar la lengua española en voces varoniles y tajantes, al joven borgoñón le embelesó escucharla en la de la anfitriona, antojándosele que evocaba ecos insinuantes de cálidos coloquios amorosos que nunca había vivido y que, acaso por ello mismo, le erizaban suavemente el vello de una desconocida emoción. Aquella lengua tan hermosa y la manera de pronunciarla de la señora de Bellegarde, extrañamente, al poco le resultaron familiares e inevitables, como la propia belleza de Doña Clara. Y parándose un tanto a considerar de dónde procedería aquella sensación de cosa ya vista y sentida, intuyó que la causa debía de estar en que la perfección y la belleza poseen esta cualidad: que apenas las vemos o sentimos, nos parece reconocerlas de inmediato, como si siempre hubieran estado en nuestra alma, de manera previa a nuestro nacimiento, e independientes de nuestra condición y experiencia de la vida. A Guillaume le pareció entender, meditando en ello, que a esto debía de referirse el padre Enciso cuando le hablaba de aquel sabio griego de la Antigüedad, quien aseguraba que vivimos en una mazmorra o cueva adonde sólo nos llegan las sombras de las cosas verdaderas, y que si pudiéramos salir de nuestro encierro contemplaríamos la auténtica perfección de que las dotó Dios al crearlas.

La mañana se pasó con este agradable intercambio de recuerdos entre la señora y el capitán, y así Guillaume llegó a conocer bastantes cosas del pasado de Doña Clara, pero —curiosamente— muy pocas de lo que más le interesaba: el pasado de su nuevo señor y qué relación unía en definitiva a éste con la anfitriona. Supo de esta manera que la señora de Bellegarde se había criado en la corte de los reyes de Francia, como dama y compañera de juegos de Isabel de Valois, pero también de las renombradas hijas de Enrique II y Catalina de Médicis, las princesas Claudia y Margarita, y aun de la escocesa María Estuardo, que era un poco mayor que ellas y quien, por ello, intentaba siempre ejercer un tanto de bachillera y doctorcilla, vengándose las más jóvenes con algunas burlas e inocentadas contra ella.

—Con todo, yo, y lo mismo la princesa Isabel, amábamos a María —explicó Doña Clara—, pues su corazón era el más noble y cordial que haya conocido. Además, yo tenía una razón particular para amarla más que las otras, pues en lo físico éramos tan semejantes en todo que, aun siendo yo menor en edad y en estatura que la reina de Escocia, alguna vez jugábamos a vestarnos igual y confundir a quien nos contemplara. En cierta ocasión, Isabel y yo, sin conocimiento de la propia María, ingeniamos la diablura de concertar una cita secreta con el delfín Francisco, cuyo matrimonio con María ya estaba arreglado, y quien estaba muy prendado y enamorado de su futura esposa. Pero en lugar de acudir la reina de Escocia, fui yo

quien acudió a la cita, vestida y peinada como ella solía. El pobre delfín no nos distinguió, y así me fue fácil arrancarle, tomándome por su prometida, las más poéticas declaraciones de amor, que luego me dio lástima el haber tenido este atrevimiento, y arrepentida y llorosa, por descargar mi culpa, confesé toda la trama a la propia María. La reina de Escocia, con su natural bondadoso, perdonó la burla y me pidió le contara palabra por palabra lo que Francisco había dicho de su belleza, y desde entonces, a mi parecer, me estimó más, aun cuando en ocasiones me lanzase alguna broma llamándome «su sosia» y burlando con que, en caso de que el día de su boda se hallara indispueta, podría celebrarse la ceremonia conmigo como novia. Cuando murió el desdichado Francisco y María se embarcó para Escocia, no olvidó hacerme llegar a España unas joyas que a lo menos valdrían dos mil escudos, como recuerdo de la amistad y amor que me tenía, que luego el señor de Bellegarde...

Doña Clara se interrumpió aquí y hubo un nuevo embarazoso silencio de todos. Guillaume, sin embargo, intuyó que la señora callaba, no precisamente porque le apenase el haber topado con la evocación del difunto esposo, sino a causa de algún recuerdo afrentoso hacia ella en el comportamiento de su marido muerto, cuyo nombre había pronunciado sin amor ni estima. Observó también que los ojos del capitán habían dejado de ser tan transparentes como un minuto antes, como si lo que acababa de contar la señora de Bellegarde acerca de María Estuardo hubiera provocado en su mente algún cálculo o traza nuevos.

Fuera lo que fuese en lo que pensaba ahora Forcada, a Guillaume empezaron a encajarle algunas de las piezas que le habían quitado el sueño durante esa noche, aunque otras muchas siguiesen quedando sueltas. Forcada debió de ser el galán de Doña Clara en aquellos lejanos tiempos en que Isabel de Valois era reina de España. Para ser uno de los gentilhombres de la casa de la reina, el capitán había de pertenecer a un importante linaje español. Por algún motivo, los dos hubieron de separarse entonces y quizá no se reencontraron hasta tiempos más recientes. Mientras tanto, la señora de Bellegarde hubo de hacer un matrimonio desigual y sin amor con un caballero que se le impuso desde la corte de Francia, por quien era evidente que Doña Clara no sentía el menor aprecio. Tras enviudar, habría vuelto a su natural alianza con los Guisa, lo que explicaba su amistad con la Duquesa de Montpensier y su colaboración con sus designios. El capitán también había estado sirviendo a los Guisa, y es de ahí de donde debía de proceder su trato con la hermana de Enrique de Guisa, y tal vez su recuperada amistad con la señora de Bellegarde.

Más dudosos eran otros aspectos de aquellas relaciones. Por el amor con que Doña Clara evocaba esos tiempos pasados, aparte de la manera inequívoca en que miraba a Forcada, parecía que ésta había conservado unos sentimientos muy intensos hacia el capitán, acaso avivados por el reciente reencuentro con él. El aspecto de Don Juan (¿o habría que decir mejor de *Don Martín*?) demostraba que tales sentimientos eran también compartidos por él. No había más que fijarse en el modo en que se les veía estar juntos: había una sincronización y concierto en sus gestos, sus miradas y

palabras, una luminosidad que parecía salir del interior de cada uno, cuyo sentido incluso, a él, Guillaume, que apenas había atisbado el amor en galanterías apresuradas y vulgares con mozas de la vecindad y criadas, le resultaba fácil de descifrar. Pero seguían existiendo muchas sombras allí: el nombre falso de Forcada y su oculto origen; el enorme hiato de veinte años entre el gentilhomme de la casa de la reina y el espía *Saúl* en que se había convertido, pasando por el soldado; y, sobre todo, aquella oscura mención a su hermano el embajador en Turín y la hermosa mujer de éste, que era lo que, cuanto más pensaba en ello, menos podía encajar y que, precisamente por ello, más se le antojaba debía de ser la clave de buena parte de aquel misterio.

Al poco, en efecto, llegó el cirujano anunciado y estuvo reconociendo la herida de Guillaume. Le asombró mucho el buen estado que presentaba, a pesar de lo cual, como es costumbre en los de su oficio, recriminó al muchacho que no guardara mayor reposo y le prescribió un unguento de cuya elaboración, con ademanes malhumorados, él mismo se encargó, así como de aplicarlo a la herida, encareciendo mucho no se descuidara la continuación de la cura, a riesgo, según dijo, de quedar el muchacho tullido del hombro de por vida. Cuando se le anunció que el enfermo se disponía a hacer un largo viaje de allí a unos días, lo prohibió y se quejó de que siempre los pacientes hicieran su voluntad en contra del saber de los médicos, cargando luego la culpa de las consecuencias al mal oficio de los galenos. Y aunque la señora de Bellegarde ordenó se le recompensara por su visita con una generosa paga, el cirujano se despidió como había llegado, refunfuñando contra la obstinación y la ignorancia de los enfermos, que parecía existían sólo para contravenir sus órdenes y escupir sobre su ciencia.

A la tarde, mientras Guillaume guardaba el reposo que tan autoritariamente le había exigido el cirujano, el capitán y Doña Clara pasearon a caballo por los amenos senderos, prados y bosquecillos que rodeaban el palacete, en lo que estuvieron ocupados por espacio de más de dos horas. A su regreso a la casa, la señora de Bellegarde envió recado al enfermo de que les acompañara, si gustaba de ello, a pasear en barca por el río. Cuando bajó, se encontró a la preciosa anfitriona con el rostro lleno de animación y las mejillas aún arreboladas por el reciente paseo a caballo. El capitán, a pesar de hallarse de buen humor, prefirió no sumarse a la diversión, excusándose por el temor que tenía al agua.

A Guillaume le sorprendió que el capitán reconociese abiertamente, y delante de una dama, su miedo; y, aún más, la risa un tanto burlona y triunfal, aunque amistosa, con que fue recibida la excusa por la señora de Bellegarde, quien comentó que le decepcionaba saber que, en caso de estar ella en peligro a causa de las aguas, Forcada no se atrevería a acudir en su socorro. Lo dijo en un tono de desafiante coquetería, como las pullas que suelen lanzarse como juego los enamorados, que no podía ofender a nadie. En el mismo tono bromista replicó el capitán que ante un caso tal, aunque fuesen las aguas del Mar Rojo las que amenazaran con cubrirle, con todo

gusto se ahogaría junto a ella, pues su temor no era más que a la muerte en balde, mientras que morir por ella sería para él la mayor bendición.

Luego, más en serio en el fondo, aunque no en la forma, explicó que su aversión al agua le venía de los años pasados en Flandes, que es con razón tenido por las posaderas del mundo, por ser toda la tierra blanda, húmeda y sucia, y donde convergen tantas venas que son sus caudalosos ríos y canales, en confusión tal, que no se sabe dónde acaba o empieza el agua o la tierra. Y contó cuántas veces había temido perecer ahogado en ocasiones que se le presentaron de tener que luchar y avanzar anegado en las aguas, y en particular cuando atravesaron el canal de Zierikzee, donde fue herido por la bala de un mosquete holandés, que a no ser porque le sacaron del fondo sus compañeros Juan de Paredes y Benito Cepeda, con los pulmones llenos de agua y a un dedo de la muerte, ahora sus huesos reposarían allí, como los de muchos camaradas que estuvieron en esta misma jornada.

—Que aun ahora —concluyó Forcada— hay noches en que tengo un mal sueño que es éste, y despierto con la respiración ahogada como si viniera de salir del sucio cieno de la canal aquella, que tardo en reconocer dónde estoy y entender me hallo en salvo y todo es obra del mal recuerdo. Tengo muy hablado con otros que son soldados viejos el hecho de que, aun pasados muchos años, hay quien recuerda en sueños una herida con la pica de la que estuvo en trance de morir, quien un arcabuzazo que le dieron, y otro el despeñarse de una torre volada por una mina, y uno más el haber perdido un miembro por bala de cañón o por tajo de la espada, que lo vuelven a vivir cual si viniese de sucederles en el instante anterior. Y esto debe de ser cosa del diablo que nos tortura así por nuestros pecados, o a instancias de Dios para que no echemos en olvido que le debemos la vida y cómo está de su mano quitárnosla cuando a su divina voluntad se le antoje, y que en tanto, debemos darle gracias por la merced que nos hizo de aplazar su juicio, y apartarnos de todo lo que le ofende y ponernos con mayor ahínco a su servicio.

Así pues, sin Forcada, quien se separó de ellos en la orilla, y acompañados de algunos criados y doncellas de la señora de Bellegarde, se embarcaron en dos hermosas barcas entoldadas con las que navegaron por el anchuroso río Marne. Como Doña Clara sentía una gran afición por la música, hizo que en la que ella ocupaba junto a Guillaume, madame Isabelle y dos de sus más lindas doncellas, se instalaran unos músicos que daban aún más deleite al paseo acuático. Mientras, le fue hablando de su padre, el Conde de Briey, y de cómo éste eligió aquel paraje para levantar el palacete, en vida del rey Francisco I. Al pasar cerca de ella, cubierta por la frondosa arboleda, le señaló la villa del señor de Villeroy, y comenzó a hablarle de su esposa, Madelaine de l'Aubespine, celebrada poetisa y amiga de Ronsard, el gran poeta de Francia, fallecido apenas un año antes, y a quien ella misma trató en su infancia, cuando se criaba junto a María Estuardo y las Tres Gracias (las princesas Isabel, Margarita y Claudia) en la corte de los Valois. Y emocionada con estos recuerdos, pidió a uno de los músicos una guitarra española, que en seguida comenzó a tañer

mientras cantaba con su hermosa voz el famoso soneto:

*Amour, je prends congé de ta menteuse école,  
Ou j'ai perdu l'esprit, la raison et le sens,  
Ou je me suis trompé, ou j'ai gaté mes ans,  
Ou j'ai mal employé ma jeunesse trop folle.*

El encanto de su voz y su proximidad ahogaban la respiración del mozo, turbado de sentir tan cerca el perfume que emanaba de la señora de Bellegarde, y aunque procurara no mirarla más de lo necesario, la blancura y esbeltez de su cuello, la delicadeza de sus largos dedos tañendo la guitarra, la alegre belleza de sus ojos, su boca pequeña y perfecta y la espléndida redondez de su busto parecían tener imantados sus sentidos.

Envidió entonces a Forcada. Y mientras el sonoro soneto de Ronsard discurría por la voz de Doña Clara, su mente se llenó de falsos recuerdos, de pretendidas glorias por venir, y se imaginó por un minuto galán de aquella dama, contraviniendo las leyes del tiempo y la diferencia de edad, imaginándose ser él el caballero que se citó con ella en el bosque de nombre mágico que había evocado esa misma mañana la señora de Bellegarde, y que por desconocido, imaginaba con los más febriles y románticos encantos: Valsain.

Cuando la tarde empezaba a caer, para su desdicha, regresaron. El capitán les esperaba en el embarcadero y ayudó a Doña Clara a tomar tierra. La brisa del río y el placer del paseo habían sentado muy bien a ésta, que traía las mejillas coloreadas sobre su blanca tez. Y ello no le pasó inadvertido a Don Juan, como tampoco la mirada abrasada de su protegido. Nada más observar al muchacho, Forcada pareció comprender los sentimientos que colmaban el pecho de su criado, y así, mientras la miraba con deleite (*como dueño*, se dijo Guillaume) amonestó en broma a la señora de Bellegarde:

—Señora Diana, guardad vuestras mortales flechas y advertid que el veneno de vuestro dulce mirar más mata por cuanto gusta que por cuanto hiere. Acordad que hasta el divino Apolo, por saciar su apetito de vos, se tornó en loco furioso. ¡Cuánto más no habréis de apiadaros de hombres pecadores como nosotros, a riesgo de que vos misma hayáis de metamorfosearos en laurel, como castigo por vuestra ligereza e inconstancia!

En tanto la señora de Bellegarde reía la ocurrente galantería del capitán y le ofrecía a éste su mano para que la ayudase a subir la pendiente del ribazo que conducía del embarcadero a la casa, Guillaume, tocado por la alusión de Forcada a sus sentimientos y afrentado por los celos repentinos que le provocó el ver qué pronto cambiaba Doña Clara la intimidad que había tenido con él mientras iban en la barca, por la compañía del español, pidió licencia para retirarse, y a grandes y



malhumoradas zancadas se alejó de la pareja.

*Doña Constanza*

Los días en casa de la señora de Bellegarde fueron transcurriendo para Guillaume — como tan acertadamente escribió el poeta Ronsard— entre voluptuosidades vanas cual humo: tan pronto rescatado de los celos por la cercanía y la consideración de Doña Clara, como vuelto al infierno del despecho al verse postergado en favor del capitán.

La tarde del tercer día de estar allí, encontró a la señora de Bellegarde sola dibujando en un gabinete que, al parecer, tenía a tal efecto. Conversando con ella, descubrió que la afición por la pintura le venía de niña, y que había sido educada en este arte, al igual que la difunta reina Isabel de Valois. Doña Clara mencionó a una de sus compañeras de los tiempos en la corte de España, también como ella dama de la reina, llamada Sofonisba Angisola, quien a su decir había alcanzado en esto el mayor grado de perfección, como se le reconoció en España encargándole retratos de la reina Isabel y del rey Felipe.

—Me haríais una gran merced, señor de Tallenay, si posaseis un minuto para mí —le pidió luego— y pudiera así tener vuestro retrato como recuerdo de estos días.

Sin saber cómo negarse, Guillaume aceptó la solicitud y comenzó a posar siguiendo cada una de las instrucciones de la pintora, pero sin poder evitar que su gesto quedara envarado y artificial, ni que a su rostro acudieran toda la turbación y el bochorno que le producía aquella situación. Cada vez que los hermosos ojos de la señora de Bellegarde le examinaban con fría atención, para volver en seguida al papel, era como si le traspasara el corazón una daga, y el muchacho contenía la respiración hasta casi asfixiar sus pulmones.

Para su dicha, aquella extraña tortura duró poco, y apenas unos pocos minutos después, Doña Clara le dijo que ya podía reposar. Guillaume pidió permiso para acercarse a ver el resultado, lo que se le concedió. Los ágiles dedos de la señora de Bellegarde continuaron dibujando con el carboncillo aún durante un rato más, ante los ojos atónitos del chico, que pudo ver cómo surgía ante él su propio retrato a medida que la pintora iba afinando los trazos abocetados, dotando de volumen y de profundidad a la figura borrosa del principio y de verosimilitud a los rasgos de su rostro. En el papel quedó dibujado Guillaume de figura entera, con pose de caballero, y al lado el retrato de su cabeza, tan perfectamente igual a como realmente era, que la podría haber colocado en un espejo y tener por cierto que era lo que vería en éste al mirarse a sí mismo.

—¿Me daréis licencia para que guarde este vuestro retrato entre las cosas más estimadas por mi corazón, señor? —preguntó Doña Clara mirándole intensamente.

Y como Guillaume terminó de comprender por esa forma de mirarlo, que la señora de Bellegarde lo hacía con la misma pasión maternal en sus ojos que otras veces había visto en su propia madre y en su tía, más como si se figurase ser progenitora suya que enamorada, terminó de despertar de sus alocadas ilusiones de esos días y le respondió afrentado:

—Creo que estimaréis en más el retrato del capitán Forcada, así que, si me dais licencia, iré a llamarlo para que pose para vos.

Doña Clara, sin embargo, le retuvo por el brazo y sonriéndole de aquella manera irresistible e incontestable, le invitó a permanecer sentado a su lado.

—No será menester lo que decís, señor, pues tengo los rasgos del señor Forcada tan aprendidos y grabados, que aun a ciegas podría dibujarlos.

Y, en efecto, delante de Guillaume se puso a dibujar en otra hoja, con el recurso sólo de su memoria, el retrato del capitán, con la misma precisión y habilidad con que antes hiciera el suyo. Cuando estuvo acabado, parecía de verdad cosa de magia el ver tan gran parecido entre el dibujo y el original, y Guillaume no supo si seguir ofendido o rendirse a la admiración que Doña Clara le producía.

Aunque en un principio la intención del capitán era permanecer en casa de la señora de Bellegarde no más allá de tres o cuatro días, tiempo que había estimado suficiente tanto para rendir visita, como para que reposase el mozo Guillaume de su herida (sin olvidar la razón de alejarse de París y de los alguaciles del gobernador), iban ya por el octavo día y no se veía por dónde vendría el término. Cada día Forcada hablaba de que convenía que partiesen ya a su jornada, y cada día se retrasaba la marcha en atención a las protestas de Doña Clara. Pero según iba notando Guillaume, aunque la señora fuera saliendo día a día triunfadora sobre la voluntad del capitán, reteniéndolo a su lado cual Circe, el humor de éste, doblegado por los encantos de la dama cuando estaba ante ella, se iba tornando cada vez más sombrío y áspero cuando quedaba a solas.

Una de aquellas tardes echaron de menos al capitán y los criados no supieron dar razón de dónde se hallase. La dama y el muchacho salieron a ver si estaba en el jardín, y al no encontrarlo tampoco allí, lo fueron a buscar por los senderos y, por último, a la orilla. Allí, por fin, lo hallaron con gran sorpresa, pues ya conocían su aversión al agua, y tan ensimismado y los ojos lastrados de desdicha, que a ambos les puso en gran inquietud, por no saber explicarse la causa de ésta.

Cuando regresaban los tres a la casa, la señora de Bellegarde hablando animosa por disimular su propia zozobra y alegrar el humor del capitán, les anunciaron la llegada de un enviado de la Duquesa de Montpensier que esperaba a la dama en la casa.

El enviado resultó no ser otro que el padre Alderete, quien quedó sorprendido y embarazado al encontrarse allí al capitán y a su criado. Por lo que pudieron entender, el padre, que era uno de los predicadores y confidentes de la Montpensier, llevaba un billete y algunas instrucciones para decir de palabra a la señora de Bellegarde de

parte de la Duquesa, relativas al negocio del casamiento de la hija del Duque de Nevers. Como ya estaba anocheciendo, la señora ordenó acomodaran en un aposento al clérigo, para que pasase allí la noche antes de regresar al día siguiente a París.

La cena que siguió fue de las más extrañas en que hubiese participado jamás Guillaume. Apenas se habló más de dos frases seguidas de tanto en tanto, y el padre, el capitán y Doña Clara parecían esquivarse la mirada y encontrar del mayor interés los manjares del plato, de los cuales, sin embargo, ninguno comió gran cosa.

El padre Alderete fue el primero en excusarse mencionando el cansancio del corto viaje desde París para retirarse a su aposento. Guillaume, creyendo que el capitán querría quedarse a solas con la dama para hablarse de lo que fuera que tan incómodo había en la aparición del clérigo, pidió inmediatamente licencia para retirarse también, pero entonces llegó un criado a entregar una carta para el capitán que acababa de dejar un correo. Forcada tomó la carta, miró la cubierta y dio unas monedas al servidor para que se las entregase al correo y le rogara esperase a que le diera la respuesta. La señora de Bellegarde ordenó que se le diese también de cenar, y alimento para su montura, y que si no le urgiese partir ya, que se le acomodara en los aposentos de los criados para que hiciera noche y descansara.

La carta era de Jerónimo López y, al parecer, solicitaba al capitán partiese inmediatamente, pues había mucho de qué ocuparse para el viaje a Inglaterra, y decisiones urgentes que tomar que hacían necesaria su presencia en El Havre. La señora de Bellegarde recibió la noticia con pena, pero no se atrevió a contradecir al capitán, quien animado de pronto, pareció cambiar repentinamente de humor, escribió un billete de respuesta y empezó a dar órdenes a los criados para que preparasen todo lo que era preciso, con la intención de partirse a la mañana siguiente.

Con la agitación de pensar que al otro día comenzaría su aventura junto al capitán, y el sentimiento que le producía separarse de la señora de Bellegarde, tampoco esa noche le fue fácil a Guillaume conciliar el sueño. Cuando aún no había conseguido dormirse, como una o dos horas después de haberse retirado a su aposento, creyó oír un bisbiseo de voces procedentes del contiguo corredor, y sin atreverse a salir fuera para ver de qué se trataba, abandonó el lecho y pegó el oído a la cerradura de su puerta.

Consiguió distinguir que una de las voces que hablaban en aquel secreto coloquio era más baja y blanda, de tonos quejumbrosos, mientras la otra era grave, fuerte e imperativa, por lo que dedujo que esta segunda sería la del capitán. Creyendo al principio que acaso la primera fuese la de Doña Clara, permaneció a la escucha, pero cuanto más oía la otra voz, más le recordaba a la que oyó musitar oraciones en latín en la cabecera de su cama cuando todos en casa del embajador le daban por muerto: esa voz era, sin duda, la del padre Alderete. Permanecieron en el corredor sólo unos minutos, y por lo que pudo entender, el tono fue poco a poco subiendo y haciéndose más violento, con Forcada reprochando algo al padre, y éste intentando sosegarle con razones. Como hablaban en español, apenas pudo entender más que algunos nombres

que se pronunciaron, y aun de ellos sólo retuvo dos: uno era Alcalá y el otro Doña Constanza. Al poco, se hizo repentinamente el silencio, no se sabe si porque se apartaran al aposento de alguno de ellos para seguir hablando al comprender que allí podían ser oídos, o porque cada uno se retirase al suyo.

Cuando volvió al lecho, pensando en el motivo de este extraño encuentro, le vino al recuerdo una de las impertinencias que había pronunciado la Duquesa de Montpensier y que podía tener algo que ver con aquello. Haciendo burla, precisamente, de su curación, la hermana del Duque de Guisa había dicho que conocía el suceso por habérselo contado este padre Alderete. Pero hizo a continuación una alusión sibilina que alteró mucho al capitán: dijo que a este padre debía de recordarlo bien Forcada de *una noche de bodas*. En su momento, él mismo se sintió más molesto porque la Duquesa hiciese broma de su enfermedad que por aquella misteriosa mención, y su memoria había recordado más otras pullas de «La Furia de la Liga» que ésta. Pero ahora encontraba el mayor significado y misterio en esas palabras.

También le vino a la mente cómo el falso fraile, cuando estuvo hablándole en la posada a su tío, había nombrado la ciudad de Alcalá como aquélla en la que estudió Forcada y donde provocó gran escándalo anunciando la muerte de su hermano primogénito y la gran herencia que recibiría al pasar a ser dueño del mayorazgo de la familia, resultando luego ser todo vanas ilusiones. Como el conjunto de lo que entonces contó el encapuchado, también esto lo había despachado como superchería para embaucar a su tío y moverlo a ejecutar su mal propósito. Pero ¿no era posible que en el relato del desnarigado se mezclasen invenciones y hechos ciertos?

Así, pasó la noche durmiendo a trompicones y despertando cada tanto para caer de nuevo en un agitado sopor. No sabría decir qué soñó, pero había nombres y retazos de sucesos medio reales, medio inventados, que se mezclaban y se repetían en su sobresaltado dormir: Valsain, Doña Constanza, Alcalá, Zierikzee, Sofonisba, noche de bodas, Benito Cepeda, Ronsard, la cadena de dos mil escudos que regaló María Estuardo a la señora de Bellegarde, el capitán ahogándose en aquel canal, él mismo vestido exactamente igual que Forcada y siendo confundido como tal por Doña Clara, hasta que al comparar sus dos retratos dibujados, descubría el engaño, el castillo de Chartley, el médico Monguion dándole incongruentemente la extremaunción, el ama madame Isabelle repitiendo enigmáticamente Doña Constanza, Doña Constanza, Doña Constanza...

Casi fue un alivio que, muy de mañana, le despertara el criado que le habían puesto como ayuda de cámara y le anunciase que el señor de Forcada le requería para que iniciaran ya su jornada. Tras vestirse con ropas de viaje, bajó para encontrar ya todo dispuesto, los caballos aderezados, las mulas preparadas y las alforjas con todo lo necesario para hacer las más de treinta leguas que les separaban del puerto de El Havre, en lo que emplearían, dándose todo bien, tres o cuatro días.

También encontró, a pesar de lo temprano de la hora, a Doña Clara, quien había

bajado a despedirlos. Estaba erguida y pálida en el monumental pórtico de la casa, con gran dignidad y gesto de pena contenida, lo que, en medio de aquellas columnas jónicas, le daba cierto aspecto de matrona de la Antigüedad. Guillaume no sabía si la señora y el capitán se habrían despedido ya antes de que él bajara, pero le ofendió ver cómo Forcada se preocupaba de todo menos de consolar a la dama, como si estuviese impaciente por ponerse en camino y alegre ante la perspectiva de separarse de ella. Cuando, por su parte, el muchacho se acercó a despedirse, e hincándose de rodillas, besó sus finas manos, la dama perdió su anterior compostura y le rogó que se incorporara, abrazándole contra su pecho y bañándole las mejillas en lágrimas. Con palabras sofocadas en francés, le pidió que se cuidara y cuidara del capitán, que su vida iba tras ellos, y que le escribiera en cuanto tuviera ocasión para tenerla al tanto de que estaban bien. Después se separó súbitamente de él y entró en la casa intentando ahogar su llanto con un pañuelo, sin que le diera tiempo a ver cómo Forcada le hacía una fría reverencia con el sombrero a modo de despedida.

Contagiado por los sentimientos de Doña Clara y por los propios tumultuosos de su corazón, tan pronto como echaron a andar, y cuando estuvo fuera de la vista de los criados, Guillaume se quedó rezagado del capitán e hincó la barbilla en el pecho dejando que fluyera también su llanto. Volvió entonces la mirada hacia la casa, y aún pudo distinguir la figura de la señora de Bellegarde viéndolos partir desde una de las ventanas del piso superior.

*Camino de Rouen*

Evitaron pasar por París y, por caminos secundarios, se encaminaron a Pontoise, desde donde se enfilaba la carretera que se dirigía a Rouen, para luego, desde allí, seguir hasta el puerto de El Havre, lugar convenido de reunión con Jerónimo López, Diego Castellanos y los asesores que, según le informaba en su carta el primero, había convocado Don Bernardino.

El viaje transcurría en silencio. Por una parte, era una ventaja, pues les hacía ir a buen paso. De ninguno salió ni una palabra para proponer pararse a descansar, almorzar, o incluso aliviar la vejiga. Sin apenas darse cuenta de ello, cada cual por sus propias razones, sus respectivas desdichas se transmitían a las espuelas, que castigaban los lomos de los caballos acelerando su marcha. Sólo la contraria voluntad de las mulas y el deseo de no agotar las monturas retenían algo la marcha. Así que bordearon Vigny y siguieron en dirección a Magny con tiempo para llegar allí antes de que anocheciera.

El resentimiento de Guillaume contra su señor no lo apaciguaba el viaje, y cuanto más avanzaban en su camino, más deseos de correr sentía el muchacho, de manera que a menudo se adelantaba tirando de su mula y Forcada debía reconvenirle para que no forzara a los animales llevándolos al agotamiento.

—En adelante, señor de Tallenay —amonestó el español al muchacho a la segunda vez que forzó la marcha de las cabalgaduras—, habréis de conducirlos como criado mío que sois, y servirme y obedecerme como se acostumbra hacer entre amos y servidores, que no se han de decir dos veces los deseos del señor para que el criado obedezca. Mas si no os place el oficio de servidor, en buena hora os haré volver a las cocinas de vuestro señor tío, con contento de todos.

Como suele suceder con los caracteres jóvenes e impulsivos, la reconvención y la advertencia, en vez de amedrentar o corregir, sólo avivó más el despecho del chico, que guardó las palabras del capitán más como afrenta que como justa amonestación de un superior, aunque de momento callase y no volviese a adelantar el paso. El recuerdo de las recientes lágrimas de la señora de Bellegarde y de la fría, casi desdeñosa indiferencia de Forcada en la despedida, se le dibujaban repetidamente en el recuerdo, y cada vez se iba encendiendo más en él la llama de la indignación. Cuando llegasen a El Havre —se decía para sí— se marcharía por su cuenta a Flandes y empezaría allí, solo, sin amo ni familia, la vida de soldado con la que siempre había soñado. Después de ganada fama con las obras de su brazo y experiencia con la vida guerrera, buscaría al capitán para recordarle sus palabras de hoy y darle con la espada la respuesta a su afrenta que ahora callaba.

Cerca de Magny, la carretera se estrechaba ante un pequeño puente que salvaba el paso de un riachuelo del río Vexin. Cuando se disponían a cruzarlo alineando bien los caballos y las mulas para pasarlo sin estorbo, oyeron a sus espaldas acercarse a todo galope un grupo de jinetes. Antes de que pudieran decidir qué harían, ya los tenían encima. Forcada se tensó e instintivamente echó mano al cinto para sacar la pistola. El que iba primero de la cuadrilla gritó «¡Paso!», y su actitud y la de sus compañeros dejaron poco lugar a la duda acerca de que los arrollarían si no se lo cedían. El capitán sostuvo el arma y la amortilló, pero con la otra mano cogió las bridas del caballo de Guillaume para retenerlo. Los cuatro jinetes pasaron ante ellos sin apenas detener su marcha para atravesar el puente, pero una de las mulas se asustó o se rebeló ante la insolencia de los desconocidos, saltando, caracoleando y perdiendo la posición, de manera que se interpuso en el camino de uno de los descorteses viajeros y el caballo de éste chocó con el cuarto trasero de la tozuda bestia. El caballo llevó la peor parte: el golpe le hizo desplazarse, sus cascos resbalaron y por un momento pareció que caería y daría con el jinete en el suelo. Pero la montura aguantó y dominada por su amo, que lanzó una maldición en un idioma desconocido, consiguió enderezarse y seguir su camino justo en el momento en que se iba a ir contra la entrada del puente. Cuando ya lo cruzaba, volvió el rostro hacia ellos, agitó su sombrero en burlesco saludo y les gritó algo que el ruido de los cascos de los cuatro jinetes hizo ininteligible.

Al llegar ante Magny aún había luz, pero el capitán decidió que hicieran alto en La Espada del Caballero, que era la mejor posada del lugar y quedaba próxima a la carretera, antes de entrar en la población. Le explicó a Guillaume que si daban alimento y cuatro o cinco horas de descanso a las monturas, podrían partir en plena noche y ganar tiempo en su viaje, de forma que al día siguiente estarían ya en Rouen.

En el patio encontraron a un mozo de cuadras que pareció sobresaltarse al verles entrar. Desmontaron y Forcada ordenó a Guillaume que ayudara al mozo a llevar las cabalgaduras a la cuadra, vigilara que no les estafaran en el grano que habían de dar a los animales, y que luego fuera a reunirse con él dentro. Guillaume, que quería respirar otro aire distinto del que respiraba el capitán, hizo gustosamente lo encomendado. En cambio, el chico de la posada pareció vacilar en obedecer y se quedó un tiempo observando como embobado a los recién llegados, pero como la voz del viajero era tan imperativa, terminó por hacer lo que se le mandaba, aunque con gestos indecisos.

El interior de la posada estaba vacío y el capitán hubo de vocear varias veces hasta que vio aparecer al posadero, que salió de las cocinas y le miró de arriba abajo con cara de hereje, maldiciendo, por lo que pudo entender Don Juan, a su criado por haber dejado entrar en su casa a este forastero.

Sin demostrar malhumor, Forcada se dejó observar por el descortés y desconfiado posadero mientras se desprendía de su capote y se sacudía con los guantes el polvo de su jubón, simulando paciencia, a la vez que ordenaba al posadero que sirviera cena



para él y su criado y les proporcionara dos aposentos adecuados a su condición. Algo en este gesto, en su modo de hablar o en cualquier otra cosa que observara en su persona, hizo cambiar súbitamente la actitud del dueño de la posada, pues al punto se volvió solícito, le invitó a sentarse en una de las mesas y le sirvió una jarra de vino para que sobrelleva la espera hasta que estuviera lista la cena.

Como Forcada le preguntara por qué una tan buena posada estaba tan solitaria, siendo además hora en que los viajeros comienzan a hacer su descanso, y aquellos días próximos a que se celebrara feria en Rouen, éste le contestó, maldiciendo su suerte, que en una semana se le había despedido, porque se casaba y mudaba de pueblo, el mozo que tenía encargado de las cuadras y de llevar las cuentas del grano, quien era de confianza y sabía bien su oficio por haberse casi criado con él y aprendido a su costa todo lo necesario; otros dos criados se le habían enfermado, y una criada marchado sin dar mayor explicación con un viajero que alojaron hacía tres días; un sobrino que también ayudaba en la posada se había quebrado un pie por un mal paso que dio en las escaleras y no se sabía aún si sanaría ni si podría volver a ser de provecho; y para remate de todo, su única hija estaba de parto, con lo que su señora mujer, madre y huéspeda de la posada, junto a las criadas de más confianza, le habían dejado abandonado para ir a atender en su casa a la parturienta, de suerte que estaba por cerrar la posada por aquel día y mandarlo todo al diablo, pues sólo le había quedado uno de los mozos, y no de los más despiertos ni diestros.

El capitán lamentó aquel casi inverosímil cúmulo de desgracias del posadero, y éste le agradeció su buena intención, añadiendo que con todo, en atención a la calidad de su persona, antes se dejaría morir de agotamiento que permitirse no servir a satisfacción a un caballero como él, y que si le contaba todo aquello era porque disculpara el mal recibimiento del principio y que no pudiera ofrecerle como cena más que algún capón o pollo que le había quedado en la despensa.

Cuando se le sumó Guillaume, también a éste le extrañó el verse tan solos en el gran salón de la posada, que con su experiencia de mozo en la de su tío calculó muy semejante a aquél, y por lo tanto apto para dar de comer a la vez a medio centenar de personas, y a otra docena más, si fuera preciso, apretando las mesas.

Forcada le contó lo que el posadero le había explicado. Pero lo hizo casi sin mirarle a los ojos, pendiente a la vez de la cocina, donde se había metido el dueño, y de la puerta y la escalera, lo que intrigó y puso en guardia al muchacho. Sin embargo, si al capitán le alarmaba aquella soledad, lo disimulaba bien, pues hablaba con voz calmada de la jornada que harían al día siguiente mientras acariciaba a un perrillo que debía ser de la casa, de esos que se crían en las posadas y hospederías y se alimentan de las sobras de los platos de los viajeros, entreteniéndolo y dejándose acariciar de los huéspedes para encariñarles más.

La cena que les sirvió el posadero indignó a Guillaume, a quien instintivamente le salió el mozo de posada que había sido hasta unas semanas antes, y dolido al verse estafado en el plato como si fuese lerdo o persona que no estimara el dinero empleado

por su señor en que se les sirviera como conviene, estalló:

—¡Que le venga antes el almorrana a este bellaco posadero! ¡Esto más parecen sobras que echar a los perros que cena para cristianos, que si esto es capón, el tal debió ser ajusticiado al tiempo que Judas se colgaba de un olivo, y está recalentado y echada alguna especia, y no de las Indias, para mejor encubrir su mal olor!

Y sin reparar en que el capitán le estaba haciendo señas en silencio, movido por su indignación, Guillaume tomó el plato y se fue derecho a las cocinas llamando al posadero a grandes voces para exponerle su queja.

El posadero, sin embargo, no apareció en las cocinas, y cuando el chico regresó maldiciéndole, reparó por fin en las señas que le estaba haciendo Forcada, indicándole que mirara al suelo. A los pies del capitán yacía el perrillo faldero con un vómito en la boca de la carne que de su plato le había dado a probar.

—¡Solimán! —dijo como explicación Don Juan—, y más de un papel de esos malditos polvos, pues lo han acabado tan presto. A eso, y no a especias, olía el plato.

Guillaume vio al capitán incorporarse, desenfundar su espada y empuñar la pistola amartillada ya en su mano izquierda, y entonces comprendió todo de pronto: lo solitario del lugar, el nerviosismo del mozo de cuadra y la desaparición del posadero. Por la ventana que daba al patio comprobó que las puertas de la posada habían sido cerradas, seguramente por el mozo con el que había estado un momento antes, en cuanto él lo dejó a solas. Sacó, pues, su propia espada, y se arrojó a Forcada, quien casi no respiraba, como si estuviera esperando que otra amenaza distinta del veneno diera la cara.

—Vayámonos de aquí —dijo comenzando a caminar con cautela hacia la puerta, pero sin perder de vista la escalera.

Cuando ya casi habían alcanzado la salida, dos hombres asomaron por la puerta a un tiempo las cabezas y la puntas de sus espadas. Forcada no lo dudó y de un pistoletazo casi a quemarropa derribó a uno de ellos, retrocediendo para evitar que le arrastrara en su caída el cuerpo del moribundo. Podían haber aprovechado la ventaja y la sorpresa para abrirse paso, pero el otro hombre tiró una rápida estocada que hubo que esquivar y a sus espaldas, bajando por la escalera, aparecieron otros dos gritando con furia, uno de los cuales les apuntaba con una pistola que era sólo cuestión de segundos que disparara.

Forcada dio un salto y se encaramó a una de las mesas, tanto para ganar una posición de ventaja respecto al enemigo de la puerta, como porque sabía que aquello desconcertaría un instante a éste y le haría dudar cómo montar su ataque.

En cuanto estuvo encima de ella, sin dejar de vigilar los movimientos de este contrario, utilizó la pistola disparada, ya inútil, como arma arrojadiza. La lanzó súbitamente contra el que más inmediatamente les amenazaba: el hombre de la pistola. El recurso resultó ser tan afortunado que la culata de la pistola del capitán se estrelló en alguna parte de la cabeza del asaltante, quien lanzó un grito y soltó su arma. La debían de haber cargado tanto de pólvora que al golpear contra el suelo

explotó con un estruendo que dejó suspensos y aterrados a los dos bandos contrarios, pues un tiro de cañón no hubiera sonado más fuerte. De haber llegado a disparar, la bala hubiera salido viciada y la pistola le habría estallado al tirador en la mano llevándosele medio brazo.

Como ahora tenían que vérselas sólo contra dos, el capitán tendió la mano a Guillaume y le subió a su mesa, que era lo bastante larga para ambos, y se colocaron espalda contra espalda, el chico ocupado con el segundo hombre que apareciera por las escaleras, y Don Juan haciendo frente al de la puerta. Desde arriba resultaba más fácil tenerlos a la defensiva y que no atacaran a fondo. Pero aquella situación no podía durar eternamente. Frustrados en lo que al principio habrían creído una fácil presa, el de la puerta decidió emular a Forcada, tomó un taburete y lo lanzó contra los de la mesa.

Aunque el capitán esquivó el tiro con facilidad, pareció indignarse por la treta, saltó al suelo y se fue directo hacia su contrario con una lluvia de cuchilladas tan seguidas, bien concertadas y diestras, que hizo trastabillar al otro, que no dada abasto para detener las estocadas de un ataque tan furioso. El resultado fue que el asaltante llegó demasiado forzado a parar una de las estocadas de Don Juan y dejó del todo descubierto su flanco izquierdo. Fue justo por allí por donde Forcada le metió su daga entre las costillas con tal saña, que su enemigo gritó en francés que estaba muerto mientras soltaba sus propias armas y caía abrazado a su matador. El capitán, sin embargo, desclavó su daga y lo dejó desplomarse como un fardo.

El enemigo de Guillaume había estado luchando con un taburete como cebo y escudo contra la espada del muchacho, sin que ninguno de los contendientes hubiera logrado herir al otro. Pero al oír el grito mortal de su secuaz, y verse ahora solo contra la espada del chico y de Forcada y con el único compañero que le quedaba tirado en el suelo y medio conmocionado aún por el culatazo que recibiera, debió de determinar que era mejor marcharse. Así que, sin pensarlo más, echó a correr subiendo la escalera por donde había surgido.

—¡Detenlo, Guillaume! —le ordenó Forcada.

El chico obedeció de buena gana, picado en su propio orgullo por haber visto cómo el capitán se deshacía de tres hombres, mientras él mismo no había ni arañado a su contrario, que ahora se le escurría entre las manos. Lo persiguió escaleras arriba y llegó a un corredor oscuro en el que intentó alcanzarlo guiándose por el sonido de sus pisadas. Éstas de pronto cesaron, y aunque recorrió a un lado y a otro el corredor sólo iluminado por la escasa luz del atardecer que llegaba a través de un ventanuco abierto al fondo, no consiguió dar con él. Se asomó entonces a esa estrecha ventana, suponiendo que debía de ser por la que habría escapado.

En efecto, lo vio abajo, aún junto al muro exterior de la posada, montado ya en el que debía de ser su caballo y tirando de otros tres que debían pertenecer a los demás de su cuadrilla. Aunque le gritó desde arriba una buena sarta de insultos llamándole afeminado, castrado y cornudo e instándole a volver y acabar la pelea como un

hombre, todo esto no pareció hacer ninguna mella en su enemigo, que en seguida espoleó a su montura y se alejó de allí. A cierta distancia, sin embargo, se detuvo, reuniéndose con otro caballero. La luz era tan poca y la distancia ya la suficiente para hacerle dudar, pero la primera impresión que tuvo Guillaume fue que el hombre con quien acababa de reunirse el fugado cubría su cabeza con una capucha de hábito frailuno. Al momento, los dos se alejaron hacia Magny y muy pronto los perdió de vista.

Cuando bajó al salón, encontró al capitán interrogando al del culatazo. Debía de haberlo reanimado arrojándole vino en la cara, pues la sangre auténtica que le manaba del ojo aplastado por el golpe de la pistola se le mezclaba con otro líquido también rojizo pero menos espeso.

—Entre que este bellaco es inglés y sólo habla esa lengua suya que parece sufre de estorcijones y me los hace padecer a mí de oírle —explicó Forcada— y que es tozudo como una mula, no creo saquemos nada en claro de él.

Guillaume le contó lo del otro que se huyó y su sospecha de que se había unido al fraile y juntos habían tomado hacia Magny. Esta noticia alarmó sobremanera al capitán.

—Registra todo por ver si hallas al posadero —le ordenó—, aunque no creo que lo encuentres. Yo voy a dejar a este hereje en la cuadra y ver si no nos han hurtado los caballos y las mulas. Ve con cuidado y reúnete conmigo en cuanto puedas, que tenemos que partirnos de aquí antes de que nos monten otra celada.

*El medallón*

Claro está que no se halló ni rastro del dueño de la posada. Cuando Guillaume llegó a la cuadra, el inglés estaba atado a uno de los postes que sostenían el techo, aunque el capitán le había limpiado y vendado la herida en el ojo. Sus caballos seguían allí y Forcada estaba cargando sacos de grano en las mulas.

—Ayúdame a cargar un saco más —le ordenó—, que así evitaremos tener que buscar nueva posada para dar de comer a los animales.

En cuanto estuvo lista la carga del grano, abrieron las puertas de la hostería con gran cuidado de mirar si alguien les esperaba al otro lado. Inmediatamente se pusieron en camino en dirección norte para alejarse de la carretera y buscar lugar adecuado donde hacer noche. Caminaron dos o tres horas por senderos y caminos apartados, guiándose sólo por la luz de la luna, al cabo de las cuales eligió el capitán una arboleda no muy densa que quedaba junto a un prado, con un arroyo próximo, para hacer alto allí.

A la luz de una linterna cenaron de las provisiones que traían en las alforjas. Guillaume estaba agotado, pero satisfecho de la reciente aventura. El rencor que antes sintiera hacia Forcada parecía haberse desvanecido, igual que su idea de fugarse a Flandes a la primera ocasión. El muchacho memoraba con entusiasmo cómo el capitán había despachado a su enemigo con no más de media docena de estocadas, y le preguntaba con avidez por la técnica que había usado en esta ocasión. Sin embargo, no parecía Forcada estar de humor ni para fanfarronadas ni para lecciones.

—¿Cómo habrá conocido nuestra intención ese diablo vestido de fraile? —se preguntó a sí mismo en voz alta—. Porque estás seguro de que la persona con la que se reunió aquel bellaco era el fraile, ¿verdad?

—Ya os dije que estaba lejos y apenas quedaba luz, pero eso me pareció.

—En todo caso, tanto da si fuese el fraile o cosa de los ingleses solos. Lo cierto es que saben nuestras señas y nos acechan.

El capitán repasó ante Guillaume todo el discurso de lo que había sucedido. Los jinetes que casi les atropellan en el puente, la llegada a la posada, el cambio de actitud del posadero cuando pareció reconocerle, la comida envenenada y la encerrona final. La primera conclusión a la que llegó fue que los jinetes del puente y los que les atacaron en la posada eran los mismos, y su prisa debía estar relacionada con la emboscada que se disponían a tenderles. El que los dirigiera, probablemente el fraile, se habría encargado de comprar o amenazar al posadero y vaciar la posada de testigos. Pero para hacer aquello, tendría que haber trazado su plan, al menos, con muchas horas de antelación, pues una tan buena y concurrida posada no se podía

vaciar en un rato. Lo que significa que de algún modo habían conocido de su viaje, adónde se dirigían, y que pasarían por Magny. Pero ¿cómo habían sabido aquello?

Quedaba otro cabo suelto, aunque más fácil de responder. ¿Cómo estaban tan seguros de que se detendrían en aquella posada y no más adelante? Forcada se dijo que por la hora a la que alcanzaron Magny, y por ser muy famosa en aquella ruta La Espada del Caballero, era fácil prever que se detendrían allí para dar reposo y alimento a las monturas antes de seguir su viaje de madrugada, pues la siguiente posada con el mismo acomodo para viajeros y animales quedaba a dos leguas de allí y en la propia población no se podían encontrar sino hosterías y figones corrientes.

—¿Y por qué seña os reconoció el maldito posadero? —preguntó el mozo—. Debió de tratarse de algo muy concreto, pues según me habéis referido, no os dio al principio buen recibimiento, como si creyera fuerais otro del que esperaba.

—Esto es lo que más perplejo me tiene y no acierto a entender.

Guillaume se quedó pensando en aquel misterio y se preguntó cómo describiría al capitán ante alguien que no lo hubiera visto jamás. La descripción que le salía era demasiado prolija, de manera que hubiera hecho falta examinar el original con mucho cuidado durante un buen tiempo para que el retrato se le hiciera reconocible. Por tanto debía de haber algo más sencillo de reconocer, más instantáneo y que el fraile, o quien fuera, conocía bien.

—¡Vuestro medallón! —Casi gritó Guillaume al venirle la revelación.

Forcada quedó demudado e inclinó la cabeza hacia el dorado medallón que colgaba de su cuello y caía sobre su pecho. En adelante no dijo nada más, pero era evidente que la conclusión a la que había llegado el muchacho le parecía acertada, pues se lo quitó como si el solo gesto de hacerlo le pesara más que entregar su alma, y lo estuvo mirando un rato sin abrirlo, cual si viera en él, más que algo querido, una maldición.

Intuyendo que debía respetar el silencio de su señor, el muchacho también calló y con la excusa de recoger las sobras de la frugal cena y ocuparse de comprobar que mulas y caballos estaban bien, se alejó de él y le dejó con sus pensamientos.

Tenían por delante tres o cuatro horas para dormir antes de seguir su camino por senderos apartados, como dos fugitivos, pero Guillaume, con esa capacidad para sobresaltarse y desvelarse que se tiene en la juventud, no conseguía conciliar el sueño. Después de una hora de dar vueltas en su improvisado lecho compuesto de hierba como colchón, y capote y manta como abrigo, los ronquidos regulares del capitán añadieron un nuevo obstáculo al sueño. Descoyuntado de retorcer sus músculos contra el duro suelo sin hallar la postura adecuada, se medio incorporó, pero como las posaderas se clavaran también en la tierra severa, determinó ponerse en pie por ver si las juntas volvían a su ser.

Fue entonces cuando vio relucir junto al capote que envolvía el cuerpo de Forcada un ovalado reflejo que parecía más misterioso y atrayente a aquella apagada luz lunar. Seguramente se habría caído de la mano del capitán al entrar éste en el sueño

profundo y ahora reposaba abandonado en el suelo. La conciencia de Guillaume se sobresaltó al reconocerlo porque supo al instante que no iba a poder luchar contra su curiosidad. Como un delincuente que acecha, aguardó aún para reconocer por los ronquidos del capitán lo profundamente que dormía, pero sólo consiguió distinguir el zumbido de la sangre impulsada por su corazón y que ahora parecía haberse desplazado a su oído, pues escuchaba tan nítidamente su latir como si fuera aquél, y no el pecho, su residencia. Todavía le contuvo un poco el pensamiento de que no sabría cómo excusar su acto si le sorprendía el capitán. Pero el impulso era tan invencible, que al poco tomó el medallón, y como un ladrón, se alejó de allí para examinarlo lejos del capitán.

Como había intuido, al abrirlo se encontró con un mechón de cabellos, que resbalaron y cayeron en tierra, y el retrato de una dama. La luz era tan poca que apenas se distinguían los rasgos de la retratada, así que decidió ir a por la linterna tanto por verlo mejor como por recuperar el haz de cabellos. Para que el reflejo de la linterna no pudiera ser percibido desde donde dormía Don Juan, después de recuperar la reliquia, se alejó aún más del improvisado campamento, sentándose junto al arroyuelo que atravesaba la arboleda. Los cabellos todavía eran dorados, aunque de un rubio apagado, acaso por el paso de los años. La señora del retrato, en cambio, los tenía de un rubio intenso, y la piel tan blanca y sin falla como la señora de Bellegarde. Los retratistas tienen fama de ser embaucadores y pintar sus retratos fiados más en halagar a quien retratan (sobre todo si el modelo es femenino) que en cumplir con la naturaleza y la verdad. Pero si el delicado pincel de aquel retratista había sido veraz, lo único que se podía decir de la mujer allí pintada es que era el ser más hermoso y deslumbrante que sus ojos hubiesen visto ni confiaran en poder ver jamás. En la parte posterior del delgado marco rezaba grabado el emblema *Semper ardet*. Debajo del retrato aparecía también grabado el nombre abreviado de la dama: *Cost<sup>a</sup>. D Beaum<sup>nt</sup>.*, es decir, Constanza de Beaumont.

Siguiendo su viaje por caminos apartados y huyendo de pueblos y villas importantes donde acaso les pudieran aguardar para otra celada, emplearon otras cuatro jornadas más en alcanzar el puerto de El Havre, en la desembocadura del Sena, salida natural de París al mar y ciudad próspera y llena de vida. Inmediatamente se dirigieron a la posada de Jerónimo López, a quien hallaron de mal humor y sospechoso de los motivos de su tardanza. Sólo le aplacó un poco conocer por Guillaume el relato de la celada en Magny. Los tres quedaron pensando en el misterio de la forma como el fraile (si era éste quien dirigía a la partida que intentó despacharlos) había conseguido enterarse de cuándo harían aquel viaje.

—Lo más raro del caso —dijo Forcada— es que sólo vos, señor Jerónimo, podíais conocer el día que nos partíamos, y aun así, esto únicamente un día después, al menos, de que nos pusiésemos en viaje, pues es el tiempo que necesitaría el correo que os mandé con el aviso de nuestra partida.

—¿De qué correo me habla vuestra merced? —replicó Jerónimo—. Ninguno

vuestro he recibido desde que vine aquí.

Contrariado, el capitán le explicó que nada más recibir en casa de la señora de Bellegarde su aviso urgiéndole a que se pusiera en camino, despachó un correo para avisarle de que a la mañana siguiente partirían. Pero Jerónimo López siguió negando haber recibido tal aviso, y lo hizo además en un tono que afrentó a Forcada, porque daba a entender que tomaba lo del correo por pura invención y excusa que se le ponía. Sólo Guillaume pareció reparar en que si los dos decían la verdad, en ella residía la explicación de lo que había pasado, y solicitando licencia para hablar, les dijo:

—Cada una de vuestras mercedes dice verdad, y de entrambas puede inferirse que el billete que no llegó al señor Jerónimo López fue el que puso sobre aviso a nuestros enemigos para saber mejor cómo dañarnos.

Los dos hombres dejaron su disputa y, alabando la cordura y despeje del mozo, le invitaron a continuar su razonamiento, que en lo básico, como les explicó, consistía en que quien les había tendido la trampa en la posada debía de haberles seguido también hasta la villa de la señora de Bellegarde y acechando las idas y venidas en torno a ésta, habría capturado o comprado la voluntad del correo que llevaba el aviso del capitán para Jerónimo López que anunciaba su partida.

Aunque la conclusión a la que había llegado el mozo era de una racionalidad impecable y la ausencia del correo probaba que la suposición era fundada, al confidente de Cartelegar le duró poco el contento, pues inmediatamente comenzó a alarmarse por la presencia constante de esa especie de fantasma que era el falso fraile, quien parecía inmiscuirse en cada paso que daban.

—No es negocio de poco momento el que llevamos —se quejó al capitán— para que con tener que cuidarnos de los espías de la reina de Inglaterra, y acaso aun de los de este rey de Francia, hayamos de hacerlo también de ese maldito rescatado, a quien no sabemos qué intención mueve fuera de la enemiga que parece tener a vuestra merced.

Como siempre que se hablaba en su presencia del encapuchado, Forcada se recató y comenzó a mirar a Jerónimo con furia, como queriendo representarle que no pasara adelante. Pero el criado del embajador no era persona que se dejara intimidar y, desafiando el ceño fruncido y las terribles miradas del capitán, solicitó con razones muy tajantes que le aclarara quién era en realidad este falso fraile, la causa por la que buscaba con tanto ahínco su ruina y si había medio de contentarlo o eliminarlo para evitar que siguiera estorbando en cosas de tanta importancia para el servicio del rey, de lo que, a su entender, dependía que llevaran adelante su empresa sin tan apretada asechanza y peligro.

Tras las palabras de Jerónimo López se hizo el silencio. Guillaume y Jerónimo se quedaron esperando la respuesta de Don Juan, y éste pareció considerar para sí el peso de las razones que se le habían expuesto.

—Veo lleváis razón —comenzó a decir— y puesto que hemos de poner juntos en



peligro la vida, es justo que sepáis el motivo de la pasión que contra mí tiene este que se disfraza de fraile sin serlo. Así que lo primero que han de saber vuestras mercedes es que su nombre verdadero es Luis Robledo, hidalgo español que estuvo en mi camarada cuando pasamos a Flandes el año de 1567 en la jornada que hizo el Duque de Alba, donde servimos juntos por espacio de dos años. Mudamos luego a Italia, alternando temporadas de servicio con temporadas de licencia en que nos empleábamos en vagar por aquel hermoso país llevando la vida pecadora que se suele entre soldados y jóvenes. El trato y las aventuras que pasamos juntos acrisolaron nuestra mutua inclinación y afecto, de modo que a nadie podía yo llamar amigo con más propiedad que a este Robledo, y lo mismo él a mí. El año de 1574, como los turcos asediaban La Goleta, nos embarcamos los dos en el segundo socorro que se mandó a la plaza y que, al cabo, de poco sirvió, pues es bien sabido que terminó rendida y todos sus defensores cautivos.

»Llevados a Constantinopla como personas de rescate, yo tuve la fortuna de que con el primer navío que vino de Nápoles con dineros para rescatar cautivos, que fue pasados sólo tres meses, trajo un padre que se encargaba de estos tratos, llamado fray Diego de Cuenca, los del mío, que se había tasado en dos mil escudos por tenerme por persona de calidad. La causa de la brevedad de mi rescate fue que mi hermano estaba entonces en Nápoles, y cuando se publicó la lista de los cautivos y el rescate en que se tasaba a cada uno, dio los dineros del mío al dicho padre. Al despedirme de Robledo y de otros compañeros, les prometí buscaría reunir los dineros de los suyos para que su cautiverio fuera lo más breve, y regresé a Italia, donde entre amigos y parientes reuní algunos, y seguí a España para solicitarlos también de otros deudos suyos y pedir a los ministros del rey se les hiciera merced a hombres que tan lealmente habían servido con sus pechos y vidas a su majestad. Con lo reunido, que sumaría, ducado de más o de menos, los tres mil, me encaminé a Barcelona para coger a tiempo las galeras que de esa ciudad parten para Génova, que para que se palpe la diligencia que empleé en ello, desde que me rescaté hasta entonces no habrían pasado cuatro meses. Pero en tanto esperaba partieran las galeras, la esplendidez de aquella ciudad y la viciosa vida a que me había acostumbrado pudieron más que la buena intención que llevaba, y jugando y perdiendo una cantidad pequeña de aquellos dineros, por recuperar la parte perdí otra mayor, y así, si recuperaba un tanto, lo creía señal de que tenía la suerte de mi parte y que recobraría todo lo perdido y aun otro tanto para holgarme. En fin, antes de que las galeras se partieran, había perdido yo hasta el último maravedí.

»Con tan gran bochorno me partí luego a Flandes, donde había dejado amigos que podían fiarme, y con deseo de reunir, cuanto menos, suma que sirviera para rescatar a alguno de mis camaradas. Vendí cuanto tenía, me endeudé, jugué con varia fortuna y volví a las armas para tener soldada que avalara mis deudas. Mas la hacienda real estaba en quiebra en aquel tiempo y las soldadas no se pagaban, hasta que el ejército se amotinó llevando a la tumba de desesperación al comendador mayor de Castilla,

que por entonces gobernaba Flandes. La rebelión arreció y los soldados nos vimos proscritos, por amotinados, de las más de las ciudades y proclamados traidores al rey. Con todo, del saqueo de algunas villas me correspondió mi parte del botín, y por excusar la tentación de gastarlo, encomendé su custodia a ciertos mercaderes que eran mis acreedores, con orden de que después de resarcidas las deudas que con ellos tenía, lo restante, que montaría cerca de dos mil escudos, se lo remitieran en créditos a fray Diego de Cuenca, en Mesina, que él sabría en qué había de emplearlos.

»Por lo que entendí más tarde, el dicho fraile, como tantos otros que van a Levante, era hombre enredador, y so capaz de tratar en los rescates, andaba metido en espías para el virrey de Sicilia, traficaba con esclavos y mercaderías de contrabando y tenía inteligencia con esa caterva de venecianos, renegados y judíos que dan los avisos de Constantinopla. Para dar más autoridad a su propuesta, dijo hablar en mi nombre proponiendo a mis antiguos compañeros le pasaran avisos de lo que vieran, que yo les prometía, en nombre del rey, que se les recompensaría bien. Los dos mil escudos que le llegaron de mí nunca aparecieron, y les fue cebando tanto el fraile con esperanzas, que les llevó a participar en una conjura para pegarle fuego a los tarazanales de Constantinopla, que es donde los turcos guardan y reparan sus galeras y lugar en el que algunos de los cristianos trabajaban como esclavos. Como tales conjuras siempre son conocidas de los turcos, que tienen espías en todas partes, los apresaron a todos, los torturaron para que confesaran, dieron muerte a los que tuvieron por cabezas del intento, y a los demás, entre los que se hallaba Robledo, les cortaron la nariz y las orejas y los echaron como chusma a las galeras de por vida, que es peor que pena de muerte, pues los rigores de la vida a los remos acaban en dos o tres años a la mayoría.

»Para excusarse a sí mismo, el fray Diego publicó la voz de que yo había tenido parte en que se descubriera la conjura por ocultar mejor que se había quedado con los dineros que para su rescate había estado reuniendo. Parece que algunos de los que sobrevivieron a la vida en los remos consiguieron alzarse con una galera y desembarcar en Mesina el año pasado, entre los que se hallaba Robledo. Con deseo de vengarse de mí por haber creído lo que contó el fraile, se estuvo informando de mis pasos y me vino a buscar a París. Hará cosa de medio año, una noche que salía yo de casa del embajador Mendoza, me lo topé de súbito, ya vestido con ese hábito. Podía entonces haberme matado al descuido, pero los que buscan venganza no se contentan con tan rápido consuelo y quiso proclamarme primero quién era y por qué había de matarme, con lo que me dio ocasión de defenderme. Procuré sacarle del engaño en que estaba y le conté la verdad de lo ocurrido como se la estoy refiriendo a vuestras mercedes, pero no quiso creerme, antes arremetió con furia contra mí y me obligó a salir por mi vida. Por respeto al amigo tan querido que había sido, y apiadado de su desgracia, no le quise matar, y apenas le malherí en una pierna. Yo mismo le vendé la herida por que no se desangrara, y aun le mandé cirujano que le atendiera. Pero ya entonces comprendí que era posponer lo inevitable, pues su mirada

estaba cegada por el odio, que bien dicen que no hay más implacable enemigo que el antiguo amigo. Y ésta es, hasta donde yo puedo dar fe, y punto por punto, la verdadera historia del falso fraile Robledo».

La historia conmovió a los dos oyentes, y en particular a Guillaume, que volvió a rememorar la que había escuchado de labios del propio Robledo. Las dos versiones coincidían en tantos detalles, pero eran tan contrarias en su sentido, que harían dudar a cualquiera. Y, sin embargo, el que los hechos encajaran tan bien entre sí en las dos, sólo podía significar que el capitán era sincero.

—Por lo que vuestra merced nos acaba de contar —concluyó por su parte Jerónimo— nada detendrá ni hará mudar de parecer a este Robledo.

—Sólo cuando beba mi sangre parará, y aun es dudoso que una sed de venganza como la suya, alimentada día a día durante diez largos años en el duro banco del remero, se apague con el término de mi vida.

—En tal caso, debemos ser nosotros quienes le demos caza a él antes de que sea él quien, por vengarse de vos, estorbe nuestro designio.

Jerónimo López terminó diciendo que si Robledo conocía, por el correo que interceptó, la intención del capitán de venir a El Havre, al fracasar su emboscada en Magny, forzosamente habría de venir a buscarlo aquí. Sólo había que encontrarlo antes de que él les hallara, y mandarlo de una vez a donde su alma descansara definitivamente. Con este propósito, y dejando para más adelante otras explicaciones que tenía que darles acerca del viaje a Inglaterra, López les ofreció su aposento para que reposaran del viaje y marchó, como buena hechura de Cartelegar que era, a preparar el recibimiento del desnarigado.

*Planes*

Apenas llevaban descansando dos horas cuando un criado de la posada llamó a su puerta. Por precaución, la habían atrancado, y no la abrieron hasta que el criado explicó que un caballero llamado Pedro de Zubiaur pedía licencia para entrar a visitarles, y como prueba de que era cierto lo que se les decía, oyeron al otro lado la vigorosa voz del propio visitante saludando a su amigo el capitán, la cual inmediatamente reconoció Forcada.

Don Juan y Zubiaur se abrazaron con gran contento, y antes de que el criado se marchara, le ordenaron subiera al aposento algo de beber y de comer para celebrar el reencuentro.

—Aquí me tenéis, capitán —dijo el vasco—, que en cuanto me llegó aviso de Don Bernardino de que el negocio estaba a vuestro cargo, me he venido por la posta para servir a vuestra merced.

Forcada se lo agradeció y le presentó a su criado Guillaume para que no recelara de él ni se recatara en su presencia. También le pidió a Zubiaur que le contara lo que le había anticipado Jerónimo López de la empresa que tenía encomendada.

—Lo único que me ha revelado ese astuto Jerónimo López —contestó Zubiaur— es que os partís para Inglaterra y precisaréis una buena cobertura para poder moveros por el país sin ser descubierto, que no es pequeña cosa, tal como son esas gentes y tal como nos las tenemos con ellos en estos momentos, que si os reconocieran no os meterían en prisión como hicieron conmigo, sino que os abrirían en canal y luego os harían cuartos para exhibir vuestros restos en cada puerta de Londres.

—¿Y de qué opinión es vuestra merced? —preguntó Forcada mientras miraba de reojo la palidez que le había sobrevenido a Guillaume al escuchar la cruda advertencia del vasco—. ¿Se puede hacer?

—Entrar en puerto sin ser conocido será difícil, pero acaso acompañado de mercaderes y bajo su protección consigáis pasar las guardas que tienen en aquellos puertos. Pero si yo fuera vuestra merced, no fiaría mucho de ese recurso, que yo os puedo cruzar en una de mis zabras y dejaros en cualquier punto de la marina que se os acomode, excusando así el riesgo de ser cazado nada más desembarcar.

El capitán y Don Pedro estuvieron largo rato discutiendo este punto esencial. Forcada le representaba al vasco que el lugar al que debía dirigirse antes que a ningún otro quedaba en el interior del país, y aunque pudieran desembarcar de incógnito como el marino le proponía, luego deberían atravesar el país sin conocer apenas la lengua, sin cobertura alguna y con el peligro de que cualquiera con quien se cruzaran sospechase de ellos y les delatara. Zubiaur convino con él en que, desde luego, en

tales condiciones, su primera propuesta carecía de sentido, y mejor le estaría mezclarse con mercaderes que tuvieran trato frecuente en el país y que en todas partes son bien tratados y recibidos sin sospecha.

Zubiaur pidió papel y le escribió las señas de tres comerciantes de su confianza que residían en Inglaterra. Uno era un portugués llamado Pero de Fogassa, instalado en Londres desde hacía más de una década y bien relacionado con las autoridades inglesas, a pesar de lo cual era vasallo leal de su majestad, y no de esos otros portugueses que intrigaban con Don Antonio de Crato para rebelar Portugal contra el rey. Otro era un florentino llamado Giovanni Sambitores, residente también desde hacía muchos años en el país y que solía mandar avisos, por la vía de Flandes, donde tenía buenos contactos, de lo que llegaba a conocer y sabía interesaba al servicio del rey.

—Si tenéis algo urgente que comunicarme —le advirtió Zubiaur— y, en particular, si hubierais de salir a toda prisa del país, por medio de este Sambitores, de quien, como os digo, podéis fiar cual si fuera español como nosotros, desde el momento en que le deis vuestro aviso, os certifico que en sólo tres días estaré en cualquier punto de la costa que me señaléis para embarcaros y poneros en salvo.

Forcada le agradeció mucho la voluntad de servirle que le mostraba y le aseguró que tendría muy presente lo que acababa de decirle para cuando se presentara la ocasión. Las últimas señas que el marino le entregó fueron las de un español llamado Pascual de Santisteban, quien estaba casado con una inglesa y conocía bien el país por haber acompañado desde niño en sus viajes y comercios a su padre, que fue un importante armador y comerciante de Pasajes. Lo más interesante de este contacto es que, además de compatriota y amigo de Zubiaur, residía en Derby, ciudad no muy distante del lugar al que se dirigían y que, por su propia seguridad, Forcada no quiso revelarle a su amigo.

Resuelto este punto, el capitán y el marino atendieron a comer y a beber, mientras se gastaban bromas y recordaban algún suceso de su pasada amistad. Zubiaur le preguntó si había vencido su miedo a las aguas, lo que confirmó a Guillaume la aversión que ya había descubierto, para su sorpresa, en casa de la señora de Bellegarde. Luego se enredaron en recordar la conjura que años atrás habían urdido para apoderarse del puerto zelandés de Flesinga, y lamentaron juntos su mala fortuna y la traición de unos flamencos que estaban al tanto del trato y que habían dado al traste con todo.

—Os juro —reconoció Zubiaur— que todavía me pesa aquello, que si hubiésemos salido con ese intento ahora todo Flandes sería nuestro y se hubiese quitado ocasión a la maldita reina de Inglaterra de avivar más el fuego de aquella guerra, y menos aún de osar enviar sus piratas a robarnos en las Indias. Y aunque el Duque de Parma no levanta la mano de buscar el modo de apoderarse de esa plaza, ahora está todo muy reforzado con soldados ingleses y, lo que es peor, ha crecido mucho el poder que los rebeldes tienen en el mar. Que si entonces con sola vuestra

compañía de españoles y la sorpresa nos hubiésemos vistos dueños de todo y capaces de aguantar hasta meter refuerzos en la ciudad, ahora ni con toda la flota que se dice está armándose en España y medio ejército de Flandes se pudiera tomar la ciudad.

Forcada le preguntó a su amigo, como persona cercana al gobernador de Flandes (el citado Duque de Parma), si conocía ser ciertos los rumores que había oído de que la reina de Inglaterra, asustada por los destrozos de Drake en las Indias y los avisos que le llegaban de que Felipe II preparaba su desquite lanzando una invasión directa contra Inglaterra, estaba tanteando al Duque para llegar a un arreglo de paz. Zubiaur le confirmó que algo se movía en esa dirección, pero que no estaba, ni mucho menos, la cosa tan hecha como lo daban a entender los que hablaban de cosas que no conocían. En su opinión, los ingleses nunca se sentarían a negociar hasta que no les hicieran morder el polvo, y en estos tratos pondrían cualquier excusa de honor, de alianzas, de los préstamos que tenían dados a los estados rebeldes flamencos, del buen tratamiento que se daba en las tierras de su majestad a los rebeldes de la reina de Inglaterra y abrigo a toda conspiración contra su trono, cualquier cosa con tal de no hacer lo que debían, que era retirar su apoyo a los holandeses, entregar las plazas de seguridad que retenían en Flandes, y suspender sus incursiones piráticas en las Indias. Y no lo harían sino forzados a ello porque la situación actual les iba bien a ellos y nos perjudicaba más a nosotros, que teníamos que ir a apagar el fuego a todas partes y a ninguna llegábamos con fuerzas sobradas.

—Y el solo remedio que veo yo a esto —concluyó Zubiaur— es que por una vez acudamos con todas las fuerzas posibles a lo principal, que es ponerle tan gran incendio en su propia casa a esta perversa reina de Inglaterra que no le queden ni más ganas de apropiarse de lo ajeno ni más remedio que cuidarse de lo propio. Y si vuestra empresa está encaminada de algún modo a esto que os digo, en buena hora vayáis a Inglaterra y que toda la fortuna os guíe, que si salís con vuestro intento me placera doblemente: como vasallo leal de su majestad y como amigo vuestro que soy.

Dicho lo cual, Don Pedro chocó su jarra con la del capitán y bebieron a grandes tragos hasta dejarlas vacías a la salud del rey.

Después de que Zubiaur hubo marchado regresó Jerónimo López de mucho mejor humor que cuando se fue, debido, según les contó, a las esperanzas que tenía en que las diligencias que había estado haciendo darían su fruto, que no era otro que conocer el paradero de Robledo y anticiparse a sus maquinaciones. Les informó también de que había tomado otro aposento en la misma posada, y que el capitán y su criado podían quedarse ocupando éste que fuera el suyo hasta su llegada.

Viendo que en la mesa quedaban aún algo de vino y algunas viandas, pidió licencia para sentarse a comer, y mientras lo hacía les habló de Diego Castellanos, con quien acababa de estar.

—Le he encomendado mucho que mire en esto de Robledo —explicó Jerónimo—

y confío como es razón en sus buenos oficios, pues no hay materia en que hayamos tratado desde que vino aquí en que no me haya dado satisfacción en todo, que estimo tiene vuestra merced en él cuanto se puede desear en criado leal.

Y continuó el confidente de Cartelegar alabando mucho la discreción, buen tino, diligencia, práctica y maña que se daba en todo Castellanos, asombrándose de que en los pocos días que llevaba en El Havre pareciera conocer la ciudad como si se hubiera criado allí, y en especial todas las tabernas, hosterías, figones, posadas y lugares por donde transitaba y adonde se reunía gente, lo que con su mucha industria le habían permitido enterarse de mil sucesos, chismes y rumores, y con su bonhomía y buen trato, aunque forastero, era en todas partes bien recibido y tratado de todos.

Forcada sonreía, secretamente burlón, al oír aquellas alabanzas y retrato que Jerónimo López hacía de su antiguo criado, en tanto Guillaume escuchaba taciturno, sintiendo para sí que cuanto más se halagaba a Castellanos, tanto más se le rebajaba a él en su condición de nuevo criado del capitán, pues en nada podía competir con las muchas virtudes que, al parecer, se estimaban en tanto en el otro.

Cuando Jerónimo terminó de dar cuenta de todo lo que en la mesa había sobrado, que fue maravilla ver cómo hombre de tan pocas carnes despachaba tan rápido y con tanto gusto tal cantidad de comida, regada, por lo demás, con grandes tragos de vino, eructó plazeramente, como expresando lo a su satisfacción que había estado la cena, y tras limpiarse los restos de comida con un lienzo, comenzó a tratar el asunto del acomodo que tendrían para pasar a Inglaterra.

Había llegado días atrás a El Havre Benedetto Capello, sobrino del mercader y financiero nizardo Isoardo Capello, a quien —como bien debía saber ya el capitán— Don Bernardino encargó preparase la cobertura que habrían de usar para la entrada en Inglaterra y socorriese con todo lo que estimara necesario para pasar desapercibidos en aquella tierra hostil.

—Y lo que el sobrino del otro me ha hablado —comenzó a explicar Jerónimo— parece muestra de que esta empresa que llevamos agrada a Nuestro Señor y Él de su mano la va encaminando por ser tan en su servicio y acrecentamiento de Nuestra Santa Fe Católica, que me dio las mejores razones y más a propósito para concertar el modo en que haremos entrada en aquel reino, que son de manera tal que no las hubiésemos hallado iguales ni escogiéndolas nosotros mismos a nuestro gusto.

En tres días tenía que pasar ante El Havre una carraca de setecientos a ochocientos toneles nombrada *La Anunciada*, propiedad de la compañía genovesa formada por Isoardo Capello y sus socios, que iba cargada de alumbre y de vino de las islas de Levante con destino al puerto inglés de Portsmouth. Dicha nave tenía aviso de detenerse a la altura del puerto de El Havre, pero sin entrar en él, y esperar a que ellos embarcaran desde una barquilla de pesca que ya tenía contratada Jerónimo López. El propio Benedetto Capello les acompañaría en el viaje a Portsmouth, y aun hasta Londres, pues realmente tenía negocios de qué ocuparse en aquella ciudad por encargo de su tío. Habían mandado ya aviso por el correo de mercaderes al factor que

tenían en Londres, un genovés llamado Marco Antonio Messía, de que bajase al mismo puerto de Portsmouth a aguardarles y encargarse de prevenir al gobernador del puerto de su llegada, para que tan pronto como arribasen estuvieran ya listos los pasaportes que les permitieran seguir viaje a Londres.

—Y este Marco Antonio que os digo es persona que, según me aseguró, bien puede conseguir del gobernador de Portsmouth los pasaportes sin que se nos importune con los registros y averiguaciones que los ingleses acostumbran hacer en sus puertos con todos los extranjeros que llegan, ya que es muy conocido de él por su trabajo de factor, y está avalado por otro banquero y mercader de su misma nación, llamado Horatio Palavicino, que es gran amigo del lord tesorero y aun adelanta grandes sumas a la propia reina, por lo que el dicho Messía entra y sale de los puertos sin estorbo de autoridad alguna.

Bajando la voz, Jerónimo López añadió que el tal Marco Antonio Messía, aunque genovés y mercader con negocios en Portugal, era a la vez, y en secreto, agente enviado por el almirante de la mar oceánica, Marqués de Santa Cruz, a quien mandaba sus avisos de los preparativos que veía se hacían en los puertos ingleses, y aun de decisiones políticas a las que tenía acceso gracias a su gran amistad con el citado Horatio Palavicino, en cuya casa entraba con total libertad, y cuyos tratos con el gobierno inglés conocía muy bien, todo lo cual era garantía de la seguridad con que podrían hacer su viaje a Londres bajo la cobertura que llevaban y contando con su protección.

Forcada quedó satisfecho de lo bien trabado que quedaba así el plan para el paso a Inglaterra y la entrada en Londres. Pero se preguntó cómo harían para seguir su camino hasta el castillo donde tenían cautiva a la reina de Escocia. Según había visto en sus mapas, el lugar era apartado y distaba unas treinta leguas de la capital, por lo que sería forzoso internarse en el país, con riesgo de ser tomados por sospechosos si lo hacían por sendas apartadas, o ser detenidos e interrogados si viajaban públicamente por los caminos comunes sin pasaportes, ni cobertura precisa, y además sin poder pasar por naturales del país ni conocer la lengua, pues ninguno de los tres la hablaba, como no fuera él mismo algunas palabras y modos que había aprendido con el trato de soldados de esa nación que tuvo a su cargo en Flandes y el tiempo que estuvo cautivo en Portsmouth.

—En esto que apuntáis —replicó Jerónimo López— es en lo que será menester contar con la persona que está por llegar de parte del padre Allen, que será quien nos haya de servir de guía del país y lengua en el viaje hasta el castillo de Chartley.

—¿Un sacerdote? —preguntó retóricamente Forcada—. Bien encomendadas irán nuestras almas a unirse con Nuestro Señor si llevamos jesuita con nosotros, pero temo también que lo harán bien presto con tal compañía, que no hay cosa que más gusto les dé a estos herejes que cazar sacerdotes y hacerlos cuartos, y a mirar en descubrirlos tienen puesta copia de soplones a sueldo que los desenmascaran al primer paso. Y aunque morir mártir es la mayor honra para un cristiano, se me



acomoda más servir nuestra religión con la espada que en la santidad del martirio.

—Aguarde vuestra merced a oír lo que nos propone el enviado del rector, que tiempo habrá luego de determinarse a seguir lo que más nos convenga, y si no nos acomodara llevar sacerdote como lengua por los respectos que decís, allá en Londres, por medio del Benedetto Capello, trazaremos la manera más a propósito para seguir nuestro viaje, en guisa de mercaderes o en otra que las circunstancias aconsejen.

El optimismo de Jerónimo López no terminó de calmar la cautela del capitán, pero como éste conocía por experiencia que siempre es mejor llevar a la tropa confiada y sin aprensión, nada objetó a lo dicho, guardándose para sí sus temores.

*Un jesuita*

El emisario del rector Allen se presentó, al fin, dos días después, cuando apenas quedaba otro para que hubieran de embarcar en la nave acordada. Habían decidido que el capitán y Guillaume no salieran de la posada para no ser vistos por los posibles espías que acaso les tuvieran puestos los agentes de Walsingham y, sobre todo, por evitar ser reconocidos por Robledo, si es que se hallaba en El Havre.

La espera y la inactividad consumían así la paciencia del capitán, quien sólo se mostraba animado cuando enseñaba a su criado Guillaume el arte de jugar con los naipes, y en particular los juegos de quínolas, de la polla y de siete y llevar, que eran sus preferidos. Como tales entretenimientos son sin sazón si no se apuesta, y Forcada se reportaba ante el mozo por no arrastrarlo a vicio tan pernicioso para la hacienda y el honor, únicamente cuando jugaba dineros de verdad con Jerónimo López parecía disfrutar de veras. Con las cartas en la mano, se veía al capitán abstraído de todo y concentrado sólo en la partida, como poseído por un diablo. Observándolo así, a Guillaume le venían a la memoria las palabras que el falso fraile dijera a su tío, confirmadas días antes por el propio Forcada, cuando contó aquella historia de los tres mil ducados para el rescate de sus camaradas cautivos dilapidados en Barcelona. Al chico le impresionaba sobre todo su mirada, fija y apasionada en los naipes y en las jugadas. No era la misma persona: ni siquiera en la calle de los Agustinos, cuando se jugaba la vida ante las espadas de los sicarios, la expresión de los ojos era tan desmesurada. Se diría que no veía nada más que los números y los palos de los naipes y que le iba la vida en el juego, como si fiara su misma alma a una buena mano.

El enviado del padre Allen se presentó como Joseph Creswell, seminarista del colegio inglés de Roma. Como prueba les dio a leer una carta de creencia, de puño del propio William Allen, que lo avalaba. Era un hombre espigado y de buena crianza, de unos treinta años, y además de su propio idioma, hablaba la lengua italiana, la francesa y la española. Con paciencia sacerdotal respondió a todas las cuestiones que sobre su persona le hicieron Forcada y Jerónimo López. Su historia era muy semejante a la de tantos exiliados católicos. Nacido en una buena familia de leales católicos, su padre, Percival Creswell, había trabajado para el rico financiero Richard Gresham, hijo de aquel Thomas Gresham que fundó la famosa Bolsa de Londres. Al morir el padre, su madre volvió a casarse con un caballero católico del Yorkshire llamado William Lacy. Desde muy joven sintió la vocación eclesiástica, a la que le espoleó el trato y ejemplo que recibió de los padres Persons y Campion, a quienes escoltó en sus primeros meses de estancia secreta en Inglaterra, antes de que el último fuese prendido y horriblemente martirizado por las autoridades inglesas. Al

morir su madre, él y su padrastro marcharon a Francia, con intención de ingresar en el seminario de Reims, pero como no quedaban plazas vacantes, hubo de hacerlo en el colegio inglés de Roma. Llevaba unas semanas de visita en Reims con objeto de transmitir varias consultas del rector de su colegio al padre Allen, cuando éste le llamó aparte y le encomendó la misión de acompañar y guiar a unos españoles que debían pasar a Inglaterra para negocio de consideración. Y aquí estaba.

Forcada le preguntó qué le había referido el rector acerca del negocio que llevaba encomendado.

—Cuanto sé de eso —respondió Creswell— es que os debo guiar, si así os conviniera, por el interior del país, y que vuestro destino es el Staffordshire, que no es menester estar muy avisado del caso para inferir que el negocio ha de tener relación con la reina de Escocia, pues es público que está cautiva en un castillo que allí hay, propiedad del Conde de Essex, cuyo nombre tan bien conocen vuestras mercedes como yo.

La franqueza de la respuesta impresionó a Forcada, quien, sin embargo, le siguió interrogando con aspereza acerca de las intenciones que realmente traía, advirtiéndole de que no iban a Inglaterra a salvar almas para Dios, sino antes mejor para mandar al infierno las de los que se opusieran al designio que llevaban, por lo que podía irse olvidando de decir misas clandestinas, administrar sacramentos y predicar la doctrina de la verdadera fe ante los católicos del país, que de ello sólo podía venirles que con más facilidad los calaran y dieran todos con sus huesos en la Marshallsea o en la Torre de Londres.

—Sosiéguese vuestra merced y pierda cuidado en esto —replicó Creswell— que puesto que no estoy aún ordenado, no he de ocuparme en nada de lo que teméis, sino que antes al contrario, por lo que yo entiendo, el padre Allen me escogió para esta jornada por ser aún seminarista y venir del colegio de Roma, por lo que se puede creer seré menos conocido de los falsos católicos que el secretario Walsingham tiene esparcidos por todas partes para avisarle de nuestros pasos, y en particular, en el seminario de Reims.

Y para mostrarle mejor lo prevenido que venía de cuál debía ser su misión, pasó a explicarles el plan que tenía concertado con el padre Allen y que consistía en lo siguiente:

Una vez llegados a Londres, paso obligado para seguir camino al norte, mudaría las ropas que llevaré hasta entonces por las de caballero, y en tal guisa se presentaría ante el alcalde de la ciudad, sir Thomas Pullison, y le solicitaría salvoconducto para seguir viaje hasta el condado de Staffordshire. El lord mayor habría de dárselo, y hasta el mismísimo secretario Walsingham si fuese preciso, pues ante ellos se haría pasar por un primo político suyo, George Lacy, que era de pareja edad, y quien precisamente en estos momentos estaba de viaje por el continente, como sabía bien por habérselo encontrado en Roma un mes antes, y con gran impedimento de volver a su tierra, por cierta razón que él conocía. La familia de los Lacy, como otras muchas

de Inglaterra, a causa de los cambios de religión que se habían sucedido en el país, estaba partida en una rama protestante y otra católica. La de su tío político Robert Lacy, y el hijo y primo citado George Lacy, se había enriquecido en los últimos tiempos por haber abrazado la religión reformada, y con tanto ardor, que el padre había sido diputado del Parlamento, y de los más extremos herejes de él, destacando entre los que con más ahínco habían defendido la aprobación del Acta que amenazaba a la reina de Escocia con la muerte si la reina Isabel era asesinada. Poco menos de dos meses antes, le había llegado a Roma la noticia de que este Robert Lacy había muerto, y aunque la nueva la habría recibido también su primo, éste no podía regresar aún para reclamar su herencia porque había asuntos que le retenían en Roma. De esta manera podría él pasarse por su primo sin ningún estorbo y encubrir el viaje al Staffordshire con la excusa de ir a tomar posesión de su herencia, por ser precisamente allí donde se encontraban la mayor parte de las propiedades de la familia. En cuanto a ellos tres, pasarían por su séquito y compañía y como tal los haría incluir en el pasaporte.

El plan del jesuita les pareció a Forcada y Jerónimo López cuanto se podía desear para sus propósitos, pero por estar más seguros, aún quisieron conocer cuáles eran aquellos asuntos que detendrían al auténtico George Lacy en Roma, ya que de este punto pendía el que no se viniera todo el edificio abajo si ocurriera que éste se presentase en Inglaterra de improviso.

—La razón —explicó Creswell— es la desenfrenada afición que mi primo ha tomado a cierta dama romana, que, como vuestras mercedes sabrán, es fama la hermosura de las mujeres de esa ciudad y el arte que tienen para hechizar aun a los hombres de ánimo más templado. Y desde que conoció a esta señora no ha valido consideración alguna para hacerle apartar de ella, a pesar de los muchos males que su pasión le ha acarreado. Que el primero y menor fue cogerle unas bubas que hubo de sudar por cuarenta días en un hospital. El segundo gastar en regalarla sin tasa la hacienda que llevaba para su viaje. Y la última y la que aquí nos interesa, que sus muchos acreedores se concertaron para denunciarle a la justicia, de lo que resultó la paradoja de que siendo, tras la muerte de su padre, hombre con patrimonio más que mediano en Inglaterra, no puede ir a tomar posesión de lo que es suyo porque está preso por deudas en Roma. Situación ésta de mi primo que, con ser él tan gran hereje, me toca un punto en la conciencia, pues he de aprovecharme de su mal para hacer nuestro negocio, y sólo cuando esté resuelto podré socorrerle para que se vea en libertad.

Forcada quedó muy satisfecho con esta explicación y complacido con el buen juicio y discreción que mostraba el jesuita en cuanto decía, y así continuaron hablando largo rato acerca del lugar de los alrededores del castillo de Chartley que resultaría más conveniente para instalarse, el modo en que tendrían que actuar para pasar desapercibidos, y si habría allí casa segura donde refugiarse y personas de confianza de las que servirse. A todo les fue respondiendo muy puntualmente

Creswell, que parecía llevaba muy meditado el asunto, conocido el lugar, y pensadas las personas a las que podrían recurrir una vez llegados a su destino.

Después de concertar con Creswell el lugar del puerto en el que habrían de reunirse al día siguiente para embarcarse, el seminarista se volvió a su posada y el capitán y Jerónimo López continuaron hasta bien entrada la noche dándole vueltas a detalles de la operación. Cuando se retiró también Jerónimo a su aposento, Forcada se puso a escribir un aviso dando cuenta a Don Bernardino de que partirían a Inglaterra al día siguiente y el modo acordado para hacerlo. Como hubo de utilizar la compleja cifra de Oberholtzer, aunque la redacción en claro, escrita en latín, le llevó poco tiempo, empleó luego sus buenas dos horas en cifrarlo con cada palabra numerada de acuerdo a los dos libros de Samuel que llevaba memorizados, y aún se quedó con la duda de si no habría confundido alguno de los números de aquella endemoniada clave. Cuando lo terminó todo, dio fuego a la versión en claro y dobló y lacró la carta cifrada, que guardó consigo hasta que la entregara a la mañana siguiente a Diego Castellanos.

Guillaume pidió permiso al capitán para escribir a su vez a la señora de Bellegarde con el aviso de que se partían ya y que estaban ambos con buena salud. Pero, además de esto, el mozo se dejó llevar por su entusiasmo y vanidad y terminó escribiendo el relato completo del viaje hasta El Havre, incluyendo la celada en La Espada del Caballero, en cuya narración fue inevitable que pintara su propio valor y destreza de manera tan sobresalientes que cualquiera hubiera dicho que el capitán había salvado la vida gracias a la inteligencia y arrojo inaudito de su criado.

En su propio aposento, Jerónimo López también robaba horas al sueño para escribir su informe al embajador Mendoza. El objeto de éste era contar con todo detalle los pasos que había dado Forcada y los pormenores del viaje a Inglaterra. Por supuesto, iba cifrada en cifra particular que tenía acordada con el señor Cartelegar. Una vez terminado de redactar, no lo guardó para confiárselo a Castellanos a la mañana siguiente, sino que, a pesar de las horas, se echó a la calle bien armado y se llegó a una casa cercana al puerto, donde entregó la carta a un correo del embajador cuya existencia nadie conocía excepto él. Le pagó allí mismo la mitad del porte, asegurándole se le daría la otra mitad cuando la pusiera en manos del señor Herman Cartelegar, en París. Jerónimo instruyó al correo sobre la ruta que debía seguir, y le previno anduviese muy avisado de que podría haber quien le abordase en su camino para robarle la carta. No se apartó de la casa hasta que vio al correo montado a caballo y partiendo al galope de allí.

Al día siguiente, muy de mañana, los tres abandonaron su posada y cargando sus cosas en las mulas se encaminaron al puerto. De paso hacia allí, se detuvieron ante la posada de Castellanos, a quien apenas tuvieron tiempo de saludar y entregarle sus cartas para que las llevara a París. Sin embargo, el servidor del nuncio les pidió que le oyeran algo importante que tenía que decirles.

—Como me encargó el señor Jerónimo, estos días he estado averiguando qué se

sabía aquí del Robledo y si alguien lo había visto. Hablando con unos pescadores que suelen hacer sus pesquerías en las islas que hay en la canal, me contaron que hará cuatro días un hombre con la nariz de cuero les vino a proponer que le pasaran a Inglaterra. Y aunque tanto por el temible aspecto del que lo solicitaba, como por el temor que tienen ellos a arrimarse a Inglaterra, donde de sólo les hacen aquellos herejes mil desafueros e importunidades, les roban su mercancía y hasta les embargan los barcos, al principio le respondieron que se buscara otros que le hicieran el servicio, aquél les terminó por convencer. Que la primera razón para lograrlo fue la gran instancia que les hizo en que habían de llevarle, reforzada con las promesas de darles crecida recompensa por el servicio, y terminó por preñarlos a cumplir su voluntad un pasaporte que les mostró con autoridad del secretario de la reina de Inglaterra, que con esto les quitó todo temor de que allí les fuera a ocurrir ningún mal suceso. Antes al contrario, les aseguró que los ingleses se lo tendrían por gran servicio que hacían a su reina en llevar persona de tal calidad como la suya. Con todo lo cual lo llevaron a una marina cercana de Bournemouth, que es un puerto a cinco o seis leguas al oeste de Portsmouth, y todo fue como el hombre les había dicho, que entraron allí sin estorbo y les pagó los ochenta escudos por el viaje.

La noticia les dejó con el ánimo caído, pues era fácil suponer que el propósito de Robledo era prepararles una mala acogida en Inglaterra.

Cuando llegaron al puerto y se les unieron Capello y Creswell, no les ocultaron a éstos la mala nueva que les había traído Castellanos. Forcada dijo que era el momento de decidir si continuarían adelante a pesar de este sobrevenido peligro, o se detendrían aquí para concertar el paso a Inglaterra por otro medio y por otro puerto, e incluso si recurrirían al expediente que propuso Zubiaur de desembarcarlos en cualquier marina deshabitada y seguir su viaje hasta Chartley fiados a su sola suerte.

Benedetto Capello tomó la palabra entonces para tranquilizar los ánimos:

—Aunque lo que decís puede ser de gran inconveniente, soy de la opinión de que no hay para qué mudar lo que teníamos concertado. Que por mucho que alcance el tal Robledo con el secretario Walsingham, yo os certifico que nada podrá en el ánimo del gobernador de Portsmouth, a quien conozco y he tratado en muchas ocasiones, y que fiará de mi palabra por lo mucho que le va en ello, que sabe muy bien que si estorba el comercio que llevamos a su puerto y villa, que es parte no pequeña de la ganancia y prosperidad de la que viven, será para su ruina, y bien podemos nosotros desviar ese tráfico a otro puerto en que se nos dé mejor tratamiento. Aparte de que la persona del gobernador saca su propio provecho de este comercio y nos está muy obligado por lo mucho que con nuestro trato se ha enriquecido.

Con estas razones determinaron embarcarse con los pescadores que tenían acordado les llevaran fuera del puerto a reunirse con la carraca *La Anunciada*. Era la embarcación de los pescadores una especie de zabra pequeña y estrecha que no llegaría a los sesenta toneles y en la que apenas podían rebullirse las personas y las bestias que habían cargado. Fue subir a ella y comenzar el capitán a sudar y a sentir

unas bascas que parecía había llegado su último día, y como la mar andaba un poco picada, acabó por echar por la boca hasta la primera tetada que le dio su madre. Los pescadores, al ver a un español tan gallardo perder tan fácilmente el ánimo y la compostura, comenzaron a hacer burlas de él en su habla normanda, y Guillaume tuvo que mediar e interponerse entre Forcada y los caza anchoas porque aun pálido, desmadejado y con el estómago en la boca, el capitán se sintió tan corrido y afrentado que tiró de su daga, y el chico conoció por su mirada que daría de cuchilladas a todos los marineros y barrenaría la barcucha aquella y se iría al fondo con ella antes que sufrir chanzas de villanos.

A las dos horas de salir del puerto, apareció entre la neblina la silueta de una nave tan alta que parecía un levantado escollo surgido en mitad del mar. Al aproximarse un poco a ella vieron que tenía echada el ancla, las velas plegadas y un prominente castillo en la popa. Los de la nave pesquera hicieron señales con una linterna que los de la carraca respondieron a su vez con oscilantes luces. La zabra se aproximó dando bordadas medidas para no chocar con la nave mayor, y cuando quedó a la distancia precisa, ataron cabos para unirlas y descolgaron los de la carraca una escala para que treparan a bordo. Más tiempo llevó cargar las mulas y caballos con las poleas. Uno de los animales, asustado de verse alzado de aquella forma, comenzó a agitarse tan enloquecidamente que a punto estuvo de romper los arneses y caer al mar.

El capitán de *La Anunciada* se abrazó con Benedetto Capello que fue presentando a los demás de su compañía, que eran Creswell, Jerónimo López, Guillaume y un maltrecho Forcada. Al punto ordenó el capitán del barco desplegar velas, y fue de notar cómo con aquella fuerte brisa que hacía, el barco todo crujió y se desbocó con un brioso movimiento hacia delante que más que barco semejó caballo espoleado y dejado a rienda suelta, pues el mozo Guillaume, que nunca antes se había embarcado, sintió una mezcla de vértigo y entusiasmo al ver la facilidad con que se movía aquella pesada máquina llevada sólo de la fuerza del viento.

Al poco desapareció de su vista la costa, y Guillaume se acodó en la cubierta viendo el barco avanzar, las velas tensas en los mástiles, respirando el suave olor del mar adentro y viendo a los marinos, a pesar de su sucio aspecto, moverse a ejecutar las órdenes de sus capataces con la armonía del ejército más gentil y perfectamente disciplinado. Le arrebató el ánimo la sensación de libertad que allí experimentaba, de poder volar a cualquier lugar del globo sólo con aquellas alas de basta tela, a capricho de su voluntad, y deseó que aquel viaje no terminara nunca.

Muy al contrario, Forcada andaba viajando de un camarote que le habían señalado por suyo a cubierta, y de cubierta al camarote, sin hallar reposo en parte alguna. Al camarote acudía por vergüenza de que no le vieran tan descompuesto, y de éste huía luego por ver si el aire limpio le calmaba las bascas que se apoderaban de él bajo cubierta. Pero ni en una parte ni en otra encontraba acomodo. Y como los peores mareos son los que cogen al estómago sin nada que echar ya, y todo lo que tenía para vomitar lo había arrojado en la nave de pescadores, ahora las bascas eran más

mortales, que sentía que tras haber echado el estómago entero, habían de salirle por la boca el hígado y los riñones también, y los dolores le tenían tan tronchado que apenas podía tenerse en pie.



### *La puerta del traidor*

Al día siguiente, con las primeras luces de la mañana, llegaron ante la isla de Wight, la cual costearon cruzando el canal que la separa de la costa inglesa. Era entrado el día cuando la carraca *La Anunciada* enfiló la boca de la ría en la que se encuentra Portsmouth, uno de los mejores puertos naturales que hay en Inglaterra. Mientras embocaban hacia él dando lentas bordadas de aproximación, una pinaza del gobernador se acercó a ellos para identificar la nave. El patrón de la carraca y Benedetto Capello fueron descendidos a un lanchón que los llevó hasta la pinaza, en tanto el barco mercante, en espera de su regreso, echaba el ancla sin entrar en el puerto.

Para alivio de Forcada, en la protección de la ría, la carraca se agitaba menos, aunque la fuerza de la corriente tensaba demasiado el ancla y hubo que mover la embarcación varias veces hasta encontrar un punto en que las aguas fuesen más apacibles. El capitán y su camarada aprovecharon la espera para mudar sus ropas por las de mercaderes y mataron el tiempo jugando a los naipes con la marinería.

El capitán de *La Anunciada*, Capello y un factor de su compañía en Portsmouth, llamado Andrea Sauli, que había acudido por mandato de Marco Antonio Messía, regresaron pasadas cuatro horas, cuando ya Forcada empezaba a alarmarse por la tardanza. Lo hicieron en la misma pinaza de antes y acompañados de una guardia armada, un piloto que guiaría el barco hasta el lugar conveniente del puerto y el teniente del gobernador con sus escribanos. Éstos llevaban orden de comprobar que el registro declarado de la carga se correspondía con las mercancías depositadas en la bodega y fijar la correspondiente tasa de los derechos a pagar a las arcas de la reina. También debían cerciorarse de que el barco no transportaba obras sediciosas o papistas ni objetos de culto católico que se pretendieran introducir en el reino. Por último, tomarían declaración a todos los embarcados acerca de su condición, nombre y nación de procedencia, examinando con atención a los que parecieran sospechosos.

Apenas regresó al barco, y mientras los ingleses hacían el registro, Capello convocó en su camarote a Forcada y sus compañeros, pues tenía algo urgente que comunicarles.

—Al punto que llegué a la casa del gobernador, éste me llevó aparte y me preguntó por lo llano si era cierto que traía en mi navío unos espías del rey de España. Como yo se lo negara, me mostró, tomando precauciones para no ser vistos, por una cortina que hay en su aposento y que comunica con otro vecino, a un español vestido en hábito de peregrino que allí estaba con unos alguaciles de la guardia. Me advirtió de que aquel hombre se había presentado el día anterior en su casa

mostrándole una carta de creencia del secretario de la reina y previniéndole de que en un navío que aportaría en los próximos días vendrían, probablemente en guisa de mercaderes, unos espías que enviaba el embajador que tiene el rey de España ante el de Francia. Que, por conocer él sus señas, el Walsingham le había encomendado los hiciera prender en cuanto aportaran por aquel puerto. Añadió que por este aviso que el español le había dado estaban registrando con mucho cuidado cada barco que arribaba y a cuantos en ellos venían. Y me instó por segunda vez le dijera si en el mío traía a los dichos espías, pues por hacer honor a la amistad y no perder el buen trato que conmigo tiene, con sólo que se lo confesara, él sabría hacer que me dejaran aparte del negocio, como si nada hubiera sabido yo de los espías, y cargarían sólo en ellos la culpa de haberme engañado para que los trajera en Inglaterra.

»Volvile a negar fuera cierta su sospecha, y apelé a la larga amistad que yo y mi familia tenemos con él y lo que afrentaba a mi honor que me tuviera por tal que fuese capaz de deservir así a su reina. Mas como el gobernador me apretaba con que, pues le certificaba que nada tenía que temer ni que ocultarle, no le tuviera a mal hiciera registrar a todas las personas del navío delante del español, por ver si éste reconocía a alguno de los que venían conmigo, su porfía me puso en coyuntura de arriesgarme, y así se me ocurrió que el mejor modo de salir de este trance sería ponerle en sospecha de las intenciones del peregrino. Y así, cambiando el tono, le dije mirara bien si no sería el que le había traído la denuncia el verdadero espía, que con aquella traza de ponerle sobre aviso contra otros, buscase autorizarse a sí mismo para que no lo tuvieran a él por sospechoso y condenar a inocentes. Y para reforzarle en esta sospecha, le sugerí examinara más por lo menudo su historia, cómo había entrado en Inglaterra, y qué papeles eran en realidad aquellos que le presentó como de puño del señor secretario de la reina.

»Movido por esta sospecha que le puse en el pecho y por la buena voluntad que me tiene, el gobernador me ordenó entonces esperara en aquel aposento, que él se encargaría de hacer con el español la diligencia que yo le había propuesto. En fin, y por ahorrar a vuestras mercedes el suspenso y temor en que les veo, resultó inspiración de Dios esta estratagema, que parece Él tener por suya esta empresa, pues desde el aposento en que quedé pude muy bien oír el interrogatorio que ante los alguaciles, y un escribano que se mandó llamar para tomarle testimonio, se le hizo a aquel peregrino, del que resultaron varios puntos dudosos. El primero fue que se entró en Inglaterra, según él mismo confesó, en una barca de pescadores que le desembarcó en una marina cercana a Bournemouth, sin presentarse al gobernador de aquel lugar, como se suele usar y está prescrito, que es vía harto sospechosa. Y aunque él intentó disculpar el caso con decir que era mucha la prisa que tenía en llegarse a Portsmouth para poner sobre aviso al gobernador, y que quiso excusar el retraso que del presentarse ante el gobernador del otro puerto se hubiera seguido, al punto los ingleses comenzaron a tenerlo por embaucador y mañoso. La segunda y definitiva sospecha les vino de examinar con más atención el papel que les había

mostrado con autoridad del secretario de la reina, que visto y comparado con otros que del Walsingham se guardaban, resultó no venir con el sello del secretario, y observada la firma de cerca resultó ser falsa. Apretado el peregrino para que explicara esto, confesó sin tardanza ser cierto que había imitado la firma del secretario que aparecía en el documento, mas lo justificó con el no haber tenido ocasión de ir a Londres a conseguirla del Walsingham por urgir tanto el prender a los espías, y que su sola intención era verse más autorizado para que el gobernador creyera su aviso.

»Éste no le creyó y mandó prenderle luego y registrar todas sus cosas. Hecho lo cual, se le encontró un pasaporte que parecía auténtico y de puño y letra del secretario real y como setecientos escudos en moneda de oro española, que es muy alzada suma. Se le preguntó entonces de dónde había sacado el pasaporte y para qué traía aquella cantidad de dineros. El español replicó ser el pasaporte verdadero y no copia o falsificación, y que se lo dieron en París ciertos servidores del secretario para que pudiera entrar en el reino sin ser molestado, cuyos nombres dijo, que uno era Gilberto Gifford y el otro un Antonio del Río, y que de ello podría darles fe un criado del Walsingham llamado Tomás Phelippes. En cuanto a los dineros, declaró ser todos suyos, y haberlos traído consigo para vivir en Inglaterra y para gastarlos en posada, criados, correos y cohechos que acaso tuviera que hacer para cumplir la intención que llevaba. Cuando se le preguntó cuál era esa misión, él dijo no ser otra que cazar a los dichos espías españoles, cuya cabeza era un capitán Forcada, y que pretendían entrar en el reino para turbarlo y maquinan conjuras de los católicos de aquí a favor de la reina de Escocia, y más señaladamente, para asesinar a la señora reina de Inglaterra.

»Tal confesión terminó de inclinar el ánimo del gobernador y los alguaciles en su contra, pues con decirles aquello sacaron la conclusión de que el único espía que allí había y llevaba designio de matar a la reina era el propio peregrino, que para ello portaba tan crecida suma de dinero español. Sólo quedaba por establecer cómo se había apoderado del pasaporte, que bien podía haberlo robado y puesto a su nombre, o hecho falsificar por manos muy expertas, que en estas malas artes tienen por muy diestros a los españoles. Determinaron pues llevarlo a la prisión de la villa y apretarle hasta que confesara, con la amenaza de darle tormento si porfiaba en sostener sus embustes. Luego que ordenó el arresto, el gobernador se reunió conmigo y no sabía cómo agradecerme el consejo que le diera, que no fue gran cosa para él darme pasaportes para mí y las personas de mi confianza que me acompañarían hasta Londres, con la sola obligación de declarar al teniente que registrara el navío, nombres y nación de todos, y promesa de que no se importaría en ningún otro modo a los que vienen embarcados en *La Anunciada*».

Todos se felicitaron de la buena resolución del caso y alabaron la prudencia y el ingenio del señor Capello, prometiéndose que con este mal paso de Robledo se librarían para siempre de sus maquinaciones, pues teniéndolo los ingleses por espía español, mucho sería que salvara la vida de los tormentos a los que le someterían. Lo más probable es que cuando el secretario Walsingham conociera de la existencia del

peregrino lo hiciera ajusticiar públicamente como a traidor, por demostrar a la reina sus desvelos en protegerla y cómo estaba en sus solas manos librarla del peligro de que la asesinaran.

Sólo Forcada quedó inquieto con lo ocurrido, y expresó sus dudas acerca de que estuvieran ya tan fuera de todo riesgo como era su deseo. Aunque convino con los demás en que Benedetto Capello les había sacado con su destreza de aquel gran apuro, no estaba seguro de que Robledo no terminara por convencer al gobernador o a Walsingham de que los espías de los que hablaba existían realmente. Aún más: temía por la vida del propio Capello, pues si al final Robledo desmontaba las artimañas que el nizardo empleara para ponerle en sospecha, el gobernador descubriría la burla y podría querer tomar venganza de él.

En todo caso no había tiempo que perder, y lo mejor sería alejarse de Portsmouth cuanto antes y llegar a Londres. El tiempo que tardara el peregrino en desanudar el enredo en que le había metido Capello —concluyó el capitán— era el único del que en realidad disponían para alcanzar refugio seguro en los alrededores de Chartley. Después, Dios haría su voluntad.

Las reflexiones de Forcada ensombrecieron el ánimo del grupo y lo espolearon a partir inmediatamente. Capello confió al factor Sauli la descarga de *La Anunciada*, con promesa de regresar en el término de semana y media, se despidió del capitán de la carraca y entregó a éste una cantidad de dinero para repartir entre la tripulación por su silencio. Esa misma tarde abandonaban Portsmouth por la carretera que conduce a Londres. Hicieron noche en una villa llamada Clanfield y, por ganar tiempo, siguieron su camino muy de madrugada. En la tarde del segundo día de su viaje entraron en Londres por el sur, a través de un barrio muy extenso que llaman allí Southwark, poblado por muchos artesanos y comerciantes extranjeros, donde con sus disfraces de mercaderes pudieron pasar desapercibidos.

Capello mandó a unos criados suyos por delante con los buenos caballos traídos de Francia y que acaso hubieran llamado demasiado la atención como montura de mercaderes, quedando solo con las mulas y su carga, que era de ricas especias traídas de Levante.

Tomaron un descanso en una de las muchas sombreadas tabernas que había en la calle principal de aquel arrabal, antes de pasar a la otra orilla.

Cruzaron el gran río Támesis por el hermoso puente de Londres, orgullo de la ciudad. En la puerta de entrada al puente, clavadas en largas pértigas, se exhibían las cabezas cortadas de los últimos ajusticiados, como un siniestro y burlón anuncio del destino que aguardaba allí a conspiradores y espías. El jesuita Creswell dominó su impulso inicial de santiguarse. Guillaume palideció ante la macabra visión y hubo de agarrarse bien a las crines de su mula cuando le sobrevino un pasajero vahído mientras se representaba por primera vez el peligro en que estaban entrando, lo que se mezcló en su estómago con el súbito hedor que ascendía del río. Forcada nada dijo, pero su semblante, ya de por sí cetrino y sombrío, pareció oscurecerse más bajo el ala

de su sombrero. Sólo Jerónimo López glosó burlón el paso por la puerta:

—Si por mis pecados acabo como éstos —dijo señalando a lo alto de la puerta—, creo que mi madre, que Dios tenga en su gloria, estará orgullosa de saber que la fama de mis hechos llegó a celebrarse en naciones extranjeras como ésta y fui espectáculo y espanto del mundo.

La travesía del puente fue lenta y trabajosa, pues a pesar de su gran anchura y de ser ya la tarde, parecía que todos los habitantes de la ciudad hubiesen convenido en reunirse allí. Como algunos de los puentes de París, estaba éste flanqueado de hermosos y elevados edificios levantados sobre él en los que muchos ricos comerciantes en telas tenían sus tiendas y casas. Desde uno de los pocos espacios sin construcciones que había en el puente pudieron admirar el intenso tráfico de todo tipo de barcas que discurría por el río y bajo los mismos grandes pilares sobre los que reposaba la magnífica construcción.

Tras dejar el puente atrás entraron en una gran vía en pendiente que llaman Fish Street y que se continúa en la Grace Church Street. A Forcada le asombró lo espaciosa y bien construida que eran estas calles: discurrían de norte a sur en línea casi perfecta, como trazadas con una regla. Después torcieron al oeste por la gran calle de Lombard Street y pasaron ante el Stock Market en dirección a su destino, que estaba cerca de Cheapside, una de las calles más de moda en la ciudad. Guillaume notó que, incluso en medio de tanta gente, y con el hábito que llevaban, muchas de las personas con las que se cruzaron los observaban con hostilidad, reconociéndolos al instante como extranjeros. Lo comentó con Capello.

—Son ingleses —le explicó el italiano en voz queda—. Estos isleños odian y temen a los extranjeros, y por muchos años que viviera alguna de vuestras mercedes en el país, nunca lo considerarían uno de los suyos. De todos los italianos desconfían por tenernos por sinuosos, codiciosos y embaucadores, estimándonos sólo un punto por encima de los judíos. A los flamencos tienen, incluso hoy que son sus aliados, por competidores de sus paños e industrias, y aunque los socorren en sus guerras contra España, los desprecian y se tienen por muy superiores a ellos. A alemanes y daneses reputan de bárbaros y gentes sin sustancia ni cabeza. Los escoceses son tomados por traicioneros y ladrones todos, cuyo único sueño es pillar y saquear Inglaterra. Los irlandeses son para ellos peor raza que los negros del África, y papistas levantiscos. A los franceses odian con toda su alma como a sus enemigos en todo tiempo. Pero al presente, a nadie aborrecen ni temen tanto como al español, y ven a cada paso sospecha y peligro de ser dominados por esa raza a la que tienen por la peor mezcla de moros y de judíos, y a la que atribuyen la naturaleza más cruel.

El seminarista Creswell oyó todo esto con una mezcla de ironía y melancolía en su sonrisa, y como el italiano le preguntara si no era cierto cuanto había dicho, el inglés replicó:

—En todas partes he visto que se aborrece al extranjero, y en la misma España, donde una vez estuve, con todo y ser católico perseguido, comprobé cómo se

desconfiaba de nosotros y se nos tenía por sospechosos y, en el mejor de los casos, por incansables pedigüños de socorros y mercedes. En Roma, donde he pasado todos estos años, detestan a los españoles, a pesar de cuanto éstos han hecho por mantener la autoridad del Papa, desprecian a los franceses por ver caído su antiguo poder, degollarían a todo tudesco (que así llaman a los de la nación alemana) con que se toparan, y ven en cada inglés un hereje. En cuanto a mi persona, llevo mi sangre inglesa con orgullo y sé de otros miles de mi nación que no se han desdicho de la fe de nuestros pasados, a riesgo de perder su vida y su hacienda por sostenerla y ampararla. Mas reconozco que para muchos de los que vemos en estas calles, no soy yo otra cosa que un odioso español, pues a todos los de la Compañía de Jesús nos tienen por tales, y con gusto me descuartizarían si supieran mi condición. Así que en este punto envidio a vuestras mercedes, pues al menos conocen de qué nación son.

Guiados por Capello llegaron al término de su viaje, que era un edificio llamado *The Acorn* (La Bellota), en Bucklersbury, zona de especieros, boticarios y perfumeros en la que por ello olía bastante mejor que en cualquier otra parte de la ciudad. Las dependencias de La Bellota, que también era conocida como La Casa de los Genoveses, cubría casi una manzana. En los bajos estaba la tienda, en la que se vendían al por mayor y al menudeo especias y toda clase de productos de Italia, del Levante, de España y sus Indias y de todo el Mediterráneo, y era también banca y casa de préstamos. En las plantas altas se encontraban los aposentos de las más de dos docenas de personas que la habitaban. Los fondos de la casa los ocupaban el patio, los almacenes, bodegas y cuadras. A Forcada y su compañía les pareció cuanto podía desearse como refugio seguro para instalarse en Londres.

El nizado les introdujo en la casa con prisa y con discreción, saludando a su paso a algunos compatriotas pero sin detenerse a hablarles. Les señaló los aposentos que debían ocupar: uno para el capitán y su criado, y otro para el jesuita Creswell y Jerónimo López. Les recomendó no salieran de allí ni se dejaran ver de nadie, que él ya se encargaría de instruir a sus criados para que nada les faltase. Joseph Creswell recordó a Capello cómo él debía mudar de ropa y presentarse ante el lord mayor para solicitar su pasaporte, y convinieron lo harían así a la mañana siguiente, y que llevaría a uno de sus servidores como criado.

*Hugh Owen*

Guillaume comenzaba a entender en qué consistía estar al servicio del rey. Desde la ventana de su aposento veía abajo, en la calle, el trasiego de gente, oía el bullicio de sus conversaciones en muchas lenguas y los gritos de los tenderos, percibía el olor mezclado de cien aromas salidos de las tiendas y adivinaba a los hombres y a las mujeres entregados a sus ocupaciones: la vida, en suma. En cambio, ellos estaban encerrados como leprosos, apartados del trato de las gentes, viviendo en la sombra de sus maquinaciones, con riesgo de ser descubiertos y acabar luciendo sus cabezas arrancadas por el hacha del verdugo en lo alto del portalón sur del Puente de Londres.

Un mes antes él era una de aquellas personas que adivinaba allí abajo caminando por las calles sin cuidado, regateando el precio con los vendedores, saludando a cien conocidos, requebrando y cortejando a lindas vecinas y criadas, con su cabeza llena de pequeños empeños, peleándose con la vida por ganar una moneda más que ayer, y cayendo rendido de sueño cada noche con la cabeza libre de cualquier zozobra. Pero desde que su vida se cruzó con la del capitán Forcada, había estado a punto de morir, había sentido por vez primera el amor por una auténtica dama, había tenido que huir como un prófugo por caminos escondidos, escapado a una celada, vivido escondido en una posada de El Havre, abordado un barco en el mayor de los secretos, escapado por los pelos de ser arrestado en Portsmouth, y llegado a aquella gran ciudad de Londres para vivir enterrado en un camaranchón sin poder conocer ni saborear la vida que corría por sus calles.

A la caída de la tarde, el padre Creswell, que ahora se hacía pasar por su primo el gentilhombre George Lacy, regresó de su visita al alcalde Thomas Pullison con el salvoconducto que necesitarían para viajar al Staffordshire. Poco después les vino a hablar Benedetto Capello. Informó a Forcada de que, tomando por excusa el entregarle unas cartas de los familiares y amigos que tenía en Génova, había visitado al rico e influyente banquero Horatio Palavicino, con quien siempre convenía mantener buen trato, por ser éste gran amigo del lord tesorero Burghley y emisario de la reina Isabel. Encontró en casa de Palavicino al agente Marco Antonio Messía, otro genovés que trabajaba en las inteligencias para el rey de España, con quien tuvo unas palabras aparte.

Messía era un mercader con contactos en Francia, Flandes e Inglaterra cuya nave había sido embargada en Portugal por sospecharse que mantenía tratos con los partidarios secretos del pretendiente portugués Don Antonio. El Marqués de Santa Cruz, que tenía a su cargo la preparación de la gran armada que se estaba reuniendo en Lisboa para el asalto contra Inglaterra, creyó que su persona sería muy útil si se le

enviaba como espía allí, con la cobertura de haberse huido de la persecución española y llevando noticias más o menos ciertas de los preparativos navales de Felipe II. Don Bernardino de Mendoza, que recibía la correspondencia enviada por Messía desde Londres a través de otros mercaderes genoveses, había encargado a Capello le pagara los atrasos de su sueldo y le entregase cartas con sus instrucciones bajo la cubierta de tratar en ellas de supuestos asuntos comerciales y de las gestiones que hacían en Lisboa los procuradores que había dejado encargados de reclamar a las autoridades españolas la devolución de su nave y hacienda embargadas. Todo ello no tenía otro fin que mantener su cobertura ante Palavicino, pues éste se había hecho amigo y protector de Messía, y a través suyo podía el espía acceder a algunos secretos de la corte inglesa y de las tramas de los refugiados portugueses en Inglaterra que interesaban mucho a su majestad.

—Mas lo que sobre todo interesará a vuestra merced saber —terminó su informe Capello— es que esta noche recibirá la visita de un gentilhomme galés que hace años está en el servicio de su majestad, quien ya sirvió bien a Don Bernardino en el tiempo en que éste era embajador aquí, y que, además de que os puede ser útil como compañía en vuestro viaje, por conocer cuanto cabe el camino, tiene muy entendidos los negocios de la señora reina de Escocia, de la que, como buen católico, es ardoroso servidor.

Forcada desconfió de que su misión comenzara a derramarse entre tantas manos y exigió conocer mejor lo que Capello tenía que decirle de aquella persona, de cómo había entrado en contacto con él, y en qué forma podría ayudar a su empresa. Pero el italiano, algo ofendido por la suspicacia del capitán, sólo replicó que al igual que Forcada llevaba sus instrucciones, él tenía las que Don Bernardino le diera y procuraba cumplirlas en todo. Dicho lo cual, salió del aposento de Forcada cerrando tras de sí la puerta con airado ademán.

A la noche se presentó el galés anunciado por Capello. Era hombre unos diez años mayor que Forcada, de ademanes suaves pero mirada dura y astuta. El capitán le dejó explicar sin interrupciones a qué había venido. Pero Guillaume empezaba a familiarizarse con el significado de cada mirada de su señor y entendió en seguida que observaba al recién llegado con algo más que prevención, sin apenas saber cómo reprimir la irritación que le producía ver cómo aquel negocio estaba cada día en conocimiento de más personas.

Para remate, al minuto se sumó a la reunión Capello, quien creyó oportuno que estuvieran también presentes Jerónimo López y Creswell. Forcada no pudo sufrirlo más:

—¡Por las llagas de Cristo que no se me alcanza ya de quién sea este negocio, pues veo que antes de que llegemos a donde vamos llevaré conmigo la compañía de media Inglaterra y hasta los niños de Londres estarán en el secreto, que si cinco lo saben, ciento lo saben!

Mucho ofendieron estas palabras a Capello, que comenzó a murmurar en su



dialecto nizado; y al galés, que miró al italiano en demanda de alguna explicación para aquel afrentoso recibimiento que se le daba. Guillaume callaba y observaba a todos sin saber qué pensar. Jerónimo López, por lo general tan determinado, se mantenía calmado y con la mirada sibilina como una esfinge. Sólo el padre Creswell, con aquella gentileza en sus maneras y bonhomía en la mirada que ya empezaban todos a conocerle, fue capaz de expresarse, en nombre de los demás, con su característica franqueza y precisión.

—No tema vuestra merced —apeló el jesuita a Forcada— sea voluntad de nadie usurpar la autoridad que sobre este negocio tiene y que ninguno de nosotros osa negarle. Ni nos va menos que a vos en guardar el secreto. Mas tened presente que, en materia tan delicada y de momento como la que lleva encomendada vuestra merced, habrá menester de toda la ayuda posible. O mucho me engaño yo, o el señor Capello no desea sino servirnos y ser medio para que acertéis en esta tan arriesgada empresa, como ya lo mostró en la diligencia que puso en burlar el peligro que nos esperaba en Portsmouth. Así, no debe de ser sin razón que haya buscado a este caballero galés, y no dudo de su prudencia y lealtad que lo que ha de proponer redundará en servicio de su majestad.

Capello asintió vivamente a cuanto el seminarista dijo en reivindicación de la buena intención que llevaba, el galés desfrunció el ceño, y Forcada hubo de admitir que acaso se había sobrepasado en su celo, pues tal virtud tuvieron las palabras de Creswell y el modo manso y clarividente en que las pronunció. De manera que el señor Hugh Owen, que así se llamaba el visitante, comenzó de nuevo a dar razón de quién era y de su deseo de guiarles en el viaje hasta Chartley.

Owen refirió también algunos de sus servicios a Mendoza mientras éste residía en Inglaterra y ahora que representaba al rey en Francia. Capello complementó el relato del galés añadiendo que Owen descendía de los mismísimos Tudor, y que su familia nunca había abjurado de la fe católica, a pesar de lo cual servía a un importante caballero de la casa de lady Sidney, la hija de sir Francis Walsingham, lo que le daba una perfecta cobertura. Su idea era adelantarse al Staffordshire y concertar con una noble familia de allí, los Southwell, que los acogieran y socorrieran en cuanto precisaran para su misión.

—Como podrá certificarles el padre Creswell —siguió explicando Owen—, en todas aquellas tierras no se contará un centenar de herejes, pues todos sus habitantes son, abierta o secretamente, leales católicos, y los más de ellos arden en deseos de servir a la reina de Escocia, quien les tiene ganados los corazones por su desdichada suerte y con su belleza y bondad. Hasta tal punto es allí querida la reina María, que su carcelero, el odioso sir Amyas Paulet, por no sufrir el espectáculo del afecto y devoción que las gentes le profesan, hubo de prohibirle que repartiera, como siempre ha sido su costumbre, limosnas entre los necesitados del lugar. La dicha familia de los Southwell es de las más nobles que en ese condado hay, y tengo por la más conveniente para que aloje a vuestras mercedes por varios respectos. El primero es

que Southwell Manor, que es donde ellos residen, está próximo a la aldea de Stowe, la cual dista apenas media legua del castillo de Chartley Hall, donde tienen cautiva a la reina de Escocia. El segundo punto es que, de todos los caballeros católicos de la zona, son los Southwell de los menos sospechosos a los ojos de los herejes, por haber sabido disimular muy bien y pasar en secreto su religión, además de tener a uno de sus deudos colocado en el servicio de esta reina de Inglaterra. Al contrario, los católicos no perdonan que aceptasen de manos del rey Enrique VIII las tierras requisadas del convento que las Damas Negras poseían en Brewood. A pesar de esto, sé que tiene esta familia una gran afición al servicio de la reina de Escocia y el deseo de ver llegado el día en que puedan declarar públicamente su fe católica sin haber de padecer por tal causa persecución, multas y pérdida de la hacienda, delaciones de solapados soplones y aun prisión e infamia de ser declarados traidores a la corona.

Continuó explicando Owen cómo era su intención mandar a un criado suyo por delante a poner sobre aviso de su pronta llegada a sir Henry Southwell, el cabeza de la familia, así como los detalles acerca del modo en que harían el viaje. Cuando se le refirió a su vez la cobertura que tenían pensada emplear por medio de Creswell, la aprobó y encontró de lo más adecuada, confirmando que los Lacy tenían posesiones en el condado y mantenían relaciones desde antiguo con la nobleza local. Sin embargo, cuando el galés les comunicó un elaborado plan que había concebido para sacar a la reina de Escocia de su prisión disfrazada de hombre, Forcada volvió a desconfiar.

—Se engaña vuestra merced —le interrumpió el capitán— si piensa que hemos venido aquí a liberar a la señora reina de Escocia, que es empresa hartamente arriesgada y para la que no llevo yo comisión de mi señor.

Owen intercambió una mirada con Capello y no supo qué replicar a esto, tanto asombro le produjo esta revelación. Siguió un largo silencio. Cuando el galés volvió a hablar fue para decir que si no era liberar a María Estuardo de su cárcel, no entendía entonces cuál era el secreto designio que llevaban, y que si bien cuando Benedetto Capello le hablara no le había dicho otra cosa sino que el propósito era servir a la reina de Escocia, él tuvo por seguro que la materia era conseguir su evasión.

El capitán Forcada explicó al galés que su intención era comunicarse secretamente con la reina cautiva para prevenirle contra una conspiración que ya estaba en marcha y que podía costarle la vida. Nada reveló acerca del asunto del testamento, y cuando Owen intentó averiguar más detalles de aquella conjura y de la misión que Mendoza les había encomendado, el español le contestó con vaguedades, sin mencionar ningún nombre. Tampoco escuchó ninguna de las apelaciones del agente a que aprovecharan aquella feliz coyuntura para rescatar a María Estuardo, con más razón aún si su vida corría peligro.

Tras la marcha de Owen, Forcada se quedó a solas con Creswell.

—¿Os parece que puedo fiar en este galés? —pidió consejo al jesuita.

—Todo cuanto refirió del modo de alcanzar Stowe entendí bien fundado, y las

razones que dio de la familia de sir Henry Southwell —respondió Creswell—. Su celo y amor al servicio de la reina de Escocia me parecen sinceros y creo le mueven a querer ver a aquella señora en libertad. Nadie puede leer el fondo del corazón de los hombres, y menos en estos tiempos de falsedad y disimulo, pero si va encaminado con la recta intención que yo creo, será hombre de mucho servicio para la empresa que lleva vuestra merced. Tampoco desecharía yo la traza que nos expuso para burlar la prisión de la reina, pues aunque me represento bien los inconvenientes que en ello hay, las circunstancias pueden aconsejar emplearla en su momento.

Forcada quedó un instante pensativo, y después confesó:

—Vuestra merced acaso lo encuentre raro, pero cuanto mejor se van componiendo las cosas para el buen suceso de esta empresa, más temo dejar suelto algún hilo por donde todo se pierda. Que desde que puse los pies en esta isla, no me abandona el mal presagio de que, por mis pecados y mala fortuna, todo ha de arruinarse, y la ocurrencia de que el peligro está ante mí y no me hace rostro para que no pueda reconocerlo.

—A lo que yo entiendo, capitán, si el peligro del que habla vuestra merced es por causa de una traición, no os valdrá el ser hombre muy avisado, pues Judas siempre cumple con la parte que le toca en la historia y sólo cuando os bese conoceréis que os ha vendido. Creo más bien que el diablo se sirve de nuestras propias flaquezas y ambiciones para volverlas en nuestra contra. Mirad más bien a éstas, que es de donde las más de las veces resulta el perderse los hombres.

Los restantes días que estuvieron en Londres se repitieron las reuniones nocturnas con Owen. Repasaron una decena de veces todos los detalles de lo que harían una vez llegados a Stowe, el medio que emplearían para comunicarse con María Estuardo y las líneas de huida en caso de contratiempo. Forcada encomendó también al galés que le comunicara cualquier noticia que le pasaran sus informadores acerca de un peregrino español que habían arrestado en el puerto de Portsmouth.

A los cinco días regresó el criado de Owen que había ido a Stowe. Todo estaba preparado para su acogida en Southwell Manor. La noche anterior a su salida de Londres, el capitán redactó un aviso para Don Bernardino de Mendoza informándole del curso de la misión y de algunas nuevas acerca de la situación en Inglaterra que había ido conociendo por sus conversaciones con Owen. Entregó el aviso a Capello para que éste lo hiciera llegar a Castellanos, en El Havre, a través del correo de mercaderes. Aprovechó Forcada para despedirse del nizardo y agradecerle cuanto había hecho por favorecer su empresa.

—Cuidaos, capitán, y que tengáis buen suceso —le despidió a su vez Benedetto Capello—. Nada me dará más gusto que poder pagaros vuestro entretenimiento cuando regreséis a Francia.

Esa misma noche Jerónimo López confiaba su propio informe a uno de los criados del italiano, recomendándole mucho que guardara el secreto, con orden de entregarlo en Salisbury Court, cerca de Fleet Street, residencia del barón de

Chateaufort, embajador de Francia en Londres, para que éste lo remitiera a su vez a París con la valija diplomática.

A la mañana siguiente, Forcada, Guillaume, Owen, Creswell y Jerónimo López salieron de Londres por Newgate. Cuando llevaban caminata poco más de legua y media, al paso por Willesden, se encontraron ante una antigua cruz que ni los de la nueva religión se habían atrevido a tocar. Creswell pidió licencia para detenerse allí un momento a orar, lo cual hizo por espacio de pocos minutos y con disimulo, para que los que pasaban por allí le creyeran tomando un descanso y no rezando, aunque sus ojos lloraron abundantes lágrimas mientras lo hacía.

Al retomar su viaje, y como Guillaume preguntara al jesuita si aquella cruz tenía algún significado especial para él, Creswell asintió:

—En este mismo lugar, hace seis años, me despedí del padre Edmund Campion. Mi padrastro me urgía a que le acompañara al continente para ingresar en el colegio que los jesuitas tienen en Reims, y yo me plegué a su deseo. Pero sabía para mí que, al marchar de Inglaterra y dejar la compañía del padre Campion, no seguía tanto el dictado de mi padrastro como el mismo instinto que llevó a Pedro a abandonar a Cristo ante el sanedrín y negarle por tres veces. Si hubiera quedado con él, habría sufrido yo la misma suerte que los padres Campion, Sherwin, Kirby, Bosgrave y Cottan, que fueron al poco apresados y martirizados con extrema crueldad por la sola falta de no negar su fe católica. ¿Comprendéis?

—Entiendo que tuvo vuestra merced fortuna en hurtarse a tan triste destino —contestó Guillaume—, y comprendo que deis gracias a Dios por haberos puesto en salvo en tal ocasión.

—Veo no habéis entendido nada. Pedro lloró cuando escuchó al gallo cantar tres veces porque entendió entonces su cobardía. Pero a Pedro le otorgó más adelante Nuestro Señor el favor de poder morir por Él. Lo que a mí más me desconcierta no es el recuerdo de la santidad del padre Campion, ni el deseo de emularle, sino la convicción que tengo de que Nuestro Señor no me concederá nueva ocasión de ser su mártir, pues para esto sólo escoge a los mejores, y a mi persona debe de tenerla reservada para que le sirva de manera menos notable y santa.

## *Anotaciones del rey*

A más de mil kilómetros de allí, en su despacho en San Lorenzo, hacía semanas que al rey le habían vuelto aquellos dolores de la gota que, cada vez con más frecuencia, le impedían escribir e incluso leer la correspondencia y las consultas de los consejos. Por suerte, hoy había remitido algo el dolor y Felipe II podía despachar algunos de los asuntos de las últimas semanas que se acumulaban en su mesa. Además, tenía a su hija, la hermosa infanta Isabel Clara Eugenia, quien a menudo le ayudaba a clasificar los papeles, y que fue quien reparó en el despacho de Don Bernardino. Juan de Idiáquez, secretario de Estado, lo había dejado con otros cien papeles más para que, según la costumbre, el monarca los examinara por sí mismo. En el sobrescrito, el ministro había garabateado un sumario del contenido con letra que revelaba la urgencia: «Del negocio de los gentilhombres ingleses. Sospecha que hay que sea burla del Walsingham. Persona que manda Don Bernardino a Inglaterra».

Felipe II leyó el descifrado del despacho de su embajador en París y fue añadiendo subrayados en el texto y anotaciones en los márgenes del papel, que siempre eran anchos precisamente para permitir esta práctica suya.

*En las manos de Don Juan de Idiáquez, del Consejo de Estado de Su Majestad.*

*Después de la última que os envié el pasado 12 del presente sobre la intención que tenían aquellos gentilhombres ingleses que entraban en la casa de la reina de Inglaterra, he conocido, por avisos de persona confidente que encargué de mirar en esto, que a lo menos uno, de los dos que vinieron a comunicarme la dicha propuesta, es con certeza espía del secretario Walsingham, además de otros respectos que no escribo ahora a vuestra merced por la premura en mandaros ésta y que irán en mi próxima.*

**Debe referirse a aquella breve que trajo como expreso la semana pasada**

**Este es negocio grave y fue bien descubrirlo**

*Al dicho confidente que me reveló lo del espía y la sospecha que se tiene no sea todo el negocio burla del Walsingham he ordenado se parta por la posta a El Havre con la compañía que lleva, y que en el hábito que fuese más a propósito para no ser descubierto, cruce la canal hasta Inglaterra, donde habrá de buscar medio de comunicarse con la reina cautiva de Escocia y prevenirla no fíe del dicho espía que le han puesto, a pesar de haber ido muy recomendado de sus servidores aquí los señores Carlos Paget y Tomás Morgan. He encomendádole también que mire en ver la forma de abrir vía segura para la correspondencia de la reina de Escocia, pues la que tiene ahora es sólo ardid del espía que os digo, quien posee la contracifra de la que utiliza la reina escocesa en sus papeles y tiene encargo del Walsingham de poner en sus manos todo lo que escriba la dicha señora. Por lo que sé importa al servicio de Su Majestad, le he mandado también persuada a la reina de Escocia le entregue el*

testamento que me escribió un mes ha tenía determinado redactar a favor de Su Majestad, que es la parte principal del negocio que lleva a su cargo.

**Estará bien que así se  
haga, pero no dice  
como lo podrá hacer**

**Esto es lo que más importa  
y tendré por gran servicio  
si sale con ello**

*El dicho confidente no es otro que Saúl, de quien vuestra merced llevará la cuenta de los servicios que por tantos años ha hecho a Su Majestad. Ruego a vuestra merced incline la voluntad de Su Majestad para que le haga la merced que merece por lo pasado y, en particular, por este señalado servicio que lleva encomendado, del cual pende no menos que la propia vida de esa desventurada señora y el avance de la santa causa de la religión, que no es menester representar a vuestra merced el riesgo en que éste pone su vida y lo dificultoso de salir con esta empresa, que sólo el procurarlo tengo yo por gran mérito y arrojo. Guarde Nuestro Señor la muy ilustre persona de vuestra merced y estado acreciente, como yo deseo. De París a 20 de mayo de 1586.*

**No se me acuerda quién  
es este. Diréismelo si  
lo conocéis**

Una vez terminado de leer, subrayar y anotar, sin que su cabeza quedara ocupada en el asunto, lo dejó en un montón aparte, junto a los demás papeles que debían ser entregados a Idiáquez para que éste los volviera a ver y tratar de ellos por la noche, después de la cena. Asistido por la infanta, Felipe II continuó, sin alteración ni desmayo, su particular lucha de Sísifo, que ya duraba treinta años, con aquella gigantesca roca de papeles de la que pendía el gobierno de su imperio: combate sin fin, pues por más diligencia que pusiera hoy en la tarea, al día siguiente, idéntica o aún más voluminosa mole de papeles debería ser acarreada de nuevo.

Esa misma noche, durante la reunión con Idiáquez, Felipe II recordó la carta de su embajador en París.

—Convendrá —comenzó a decir el rey en aquel tono de voz suyo flojo y dubitativo— que escribáis al señor Francisco Englefield para que nos dé alguna luz en este asunto de los ingleses.

—Le hablé en esta materia hará dos días —replicó el secretario de Estado— y se me quejó mucho del Morgan y del Paget. En particular de este último, pues que el otro tiene alguna excusa por estar ahora reducido a prisión. Como procurador de los católicos ingleses acogidos a la merced de vuestra majestad, Englefield conoce bien a todos los de su nación y no es la primera vez que me previene contra la conducta arriesgada y poco cautelosa de estos servidores de la reina de Escocia. En su opinión, Don Bernardino debería fiar poco en sus consejos y en las personas que estos dos encaminan a él con negocios de aquella señora.

—¿Y posee el señor Englefield alguna seña de quién puedan ser estos gentilhombres de la conjura, y si son de fiar?

—No tiene ningún conocimiento de quiénes sean, pero aconsejó anduviéramos en este negocio con mucha cautela y sin comprometer nada de importancia.

—Soy de esta misma opinión —concluyó Felipe II—. En cuanto al espía del secretario de la reina de Inglaterra que ha descubierto Don Bernardino le fue presentado con la proyectada conjura, habrá que esperar la venida de su próximo despacho para conocer quién es y qué se hará de él. Lo más peligroso es que, como asegura, la correspondencia de la reina de Escocia esté penetrada por los agentes del Walsingham. Me tiene con mucho cuidado no sea todo traza para tomar pruebas con que poder condenarla y ejecutarla. Si fuera así, urge se remedie lo de su testamento y última voluntad, que sería tan a propósito como sabéis para la empresa de Inglaterra. No se me acuerda quién sea este *Saúl* que se menciona en la carta, ¿sabéis vos quién es?

—Es un confidente que ya ha servido otra vez a las órdenes de Don Bernardino. Antiguo capitán con compañía que sirvió en Flandes, y bien, según tengo entendido de un memorial que me hizo llegar el embajador. Su nombre es Juan de Forcada, señor de Forcada.

—Forcada. —Repitió el rey para sí como si algo le rondara la memoria—. Poco usual título es ése. ¿Conocéis vos en qué parte queda este señorío de Forcada? No parece de estos reinos de España. Pero tampoco se me hace sea el nombre de Italia.

Idiáquez se sintió como cogido en falta. Nunca se había planteado la cuestión y sabía bien lo difícil que era aventajar al rey en el conocimiento de genealogías, títulos, señoríos y encomiendas, que parecía los llevara todos escritos en su cabeza, por muy vastos que fueran sus inmensos dominios.

Felipe II notó su vacilación y sonrió con esos labios finos, casi afilados, que dotaban a su sonrisa de una expresión enigmática. Con un gesto de la mano tranquilizó a su atribulado ministro.

—Procuraréis informaros de dónde procede el título —ordenó sin que abandonara su rostro aquella sonrisa—, que yo por mi parte haré mi pesquisa y escribiré me avisen de lo que sepan el señor Mateo Vázquez y el secretario del Consejo de Guerra, Andrés de Alva. Y traedme otro día el memorial de sus servicios, por ver si allí se aclara algo el asunto y si es hombre en quien fiar el difícil negocio que lleva encomendado.

### *El cervecero de Burton*

Fueron recibidos por la familia Southwell tan cordialmente como el enviado de Owen les había prometido. Forcada, Creswell y Owen se alojaron como señores, en tanto a Jerónimo López, Guillaume y John Blood, el criado que había llevado consigo el galés, se les dio aposento en las dependencias que ocupaban el resto de los servidores de la casa. Ante la servidumbre, Creswell fue presentado como el señor George Lacy, de visita por sus posesiones en Staffordshire, a quien acompañaban dos caballeros amigos. Forcada debía pasar por un gentilhombre francés con quien Lacy había hecho amistad durante su reciente viaje al continente. La excusa de la presencia del grupo allí era presentar sus respetos al señor Henry Southwell, aunque se dejó entender que detrás de todo podía estar el interés del caballero Lacy por conocer a la hija de sir Henry, la joven, hermosa y casadera lady Margaret, que aquel verano cumpliría los diecinueve años.

Además del padre y de la hija, la familia Southwell la componían lady Anne, segunda esposa de sir Henry, casi veinte años más joven que su marido, de la casa de los Talbot de Grafton, en Northamptonshire, y el hijo menor, Anthony Southwell, mozo sólo un año o dos mayor que Guillaume. El primogénito de la familia, Edward, hijo del primer matrimonio de sir Henry, residía ahora cerca de Derby, en las tierras de su esposa, Catherine Windsor, de los Windsor de Derbyshire. Como tutor del joven Anthony se encontraba el padre Robert Egleston, que ocultaba su condición de sacerdote bajo este inocuo disfraz.

—Vigilad a los criados —ordenó Forcada a Guillaume, Jerónimo López y al servidor de Owen—, procurad granjearos su voluntad y conocer sus humores y disposición, si son buenos católicos y de qué hablan, en particular de sus entradas y salidas, con quiénes tienen trato fuera de la casa y todo lo que veáis redunde en estar prevenidos contra cualquier traición. Que las más de las veces, los señores católicos de este reino se han perdido por mala obra de sus propios criados, ya por vengarse de pasadas afrentas que aquéllos les hicieron, ya por codicia de apropiarse de algo de los bienes de sus señores en pago por delatarles, o por gusto de verlos despeñarse de la antigua posición tan levantada a la de perseguidos y reos de la justicia.

Creswell estuvo de acuerdo con Forcada en que, por atenerse a la fingida condición en que se había presentado, no era prudente que se le viera demasiado en compañía del jesuita tutor ni que impartiese doctrina junto a éste entre los miembros de la casa. Sí participó en la misa que se celebraba en secreto en una capilla escondida en una de las estancias de la casa. A veces, a instancias de éste, se reunía con sir Henry y el padre Egleston en la biblioteca y comentaban *Las diez razones* del



padre Campion, obra prohibida en Inglaterra y cuya sola posesión podía acarrear la condena por alta traición.

—Sir Henry tiene el corazón católico —comentaba Creswell a Forcada— y la conciencia dolida por haber ayudado tan poco a la causa de nuestra fe. Los católicos de estos lugares no le perdonan haber aumentado su patrimonio con tierras robadas a la Iglesia, y los herejes le tienen por papista solapado, pero tan tibio y tímido en su fe secreta que no osará declararse ni comprometerse en empresa alguna contra esta reina.

—¿Podemos fiar en él?

—Las ocasiones lo mostrarán. Desea servir a la reina de Escocia porque le duele la injusta prisión que ésta padece y el mal tratamiento que le da esta reina. Mas teme que le arrastremos a la ruina si se descubre nuestra presencia en su casa. A Owen toma por cabeza de nuestra empresa, y su persona le disgusta por ser galés de nación y tenerlo por muy astuto y ladino. En cuanto a vuestra merced, teme no se descubra acoge a español, y aún más, la secreta intención que llevéis, pues hasta aquí ha llegado la voz que han echado de que su majestad el rey de España ha sembrado espías en este reino con propósito de dar muerte a esta reina, como hizo con el príncipe de Orange.

—¿Conoce la intención que llevamos? —¿Acaso la conozco siquiera yo?— Os prometo que la conoceréis muy pronto. —En tanto vea que no ha de comprometerse en mucho, sir Henry nos favorecerá, pues conoce bien que si mudaran las cosas y María Estuardo llegase a reinar, ésta se lo estimaría por buen servicio, y en tales tiempos como los que vivimos no se puede de su parte imaginar otro medio mejor para asegurarse de su vida, honra y fortuna contra los peligros e inconvenientes que de otra manera le pueden suceder. Lady Anne y su hija son menos cautelosas que el padre. Aman de veras a la reina de Escocia y arden de enojo de conocer las afrentas que cada día le hace su carcelero, ese tremendo hereje de sir Amyas Paulet, en particular el haberle prohibido repartir limosna entre los menesterosos del lugar y el participar el Jueves Santo en lavar los pies a los pobres, que es tradición de los reyes el hacerlo. El más mozo es también fogoso y con deseo de aventajarse en servicio de esa desdichada señora, cuya belleza y fidelidad a la verdadera religión tiene prendados a todos los católicos de aquí.

Durante los días siguientes, Forcada instruyó a Owen y su criado acerca de su propósito y les encomendó que vigilaran las costumbres del cervecero de Burton y se informasen de los pormenores de la vida en Chartley. A la semana, Owen pudo comunicar al capitán lo que había averiguado.

—Por abreviar el viaje hasta Chartley, el carcelero de la reina de Escocia ha instalado a este cervecero de Burton en una de las propiedades que pertenecieron a lord Paget y que la reina confiscó cuando éste se huyó a Francia y entregó a Paulet como recompensa por sus dañados servicios. La propiedad está a poco menos de una legua del castillo, y cada cinco o seis días el cervecero lleva su carga de barriles de

cerveza en un carro. Le asiste en la descarga un sobrino mozo que tiene, quien también le ayuda en la fábrica. Los guardias del castillo, que son obra de cuarenta, más sus capitanes, lo conocen y tienen orden del propio Paulet de no molestarlo con los rigurosos registros que a todos los demás hacen. Pero siempre se reúne con el cervecero un señor Darrell que es hechura del sir Amyas y tan furioso hereje como él.

»A la propiedad que tengo dicha, acude ahora un tal Barnes, que es primo del Gifford, y que debe ocuparse, por encargo del otro, tal como vuestra merced me advirtió, de hacerse con las cartas de la reina de Escocia que vienen en los barriles vacíos y enviárselas a Phelippes para el descifrado.

»En cuanto al castillo de Chartley, Paulet tiene muy apretada a la dicha reina y a todos sus servidores, que ni aun la dejan salir a pasearse sin permiso de su carcelero y vigilada de los guardias. Todos los criados de María son espiados estrechamente, y se ha prohibido a los guardias y servidores de Paulet que tengan ningún trato ni conversación con la reina o cualquiera de sus criados, llegando la cosa a tal punto que ni siquiera osan mirarse unos a otros por que no se sospeche se acuerdan y confabulan entre ellos. A excepción del cervecero, ningún extraño puede entrar al castillo. Todas las puertas y ventanas de él están de continuo cerradas, todos los accesos y avenidas vigiladas por guardias, y el lugar defendido por ancho foso. Aun en las cocinas y la entrada a la bodega tienen puesta guardia. Al principio de llegar a este castillo, se prohibió a la reina de Escocia hablar a sus propios servidores como no fuera en presencia de su carcelero. Ahora, por lo que les conviene, le dan en esto mayor libertad, para que pueda escribir sus cartas que luego ellos le toman por el medio que vuestra merced me advirtió. Todos los guardias han hecho juramento de defender el castillo hasta la muerte y denunciar cualquier mala palabra contra la reina de Inglaterra o proposición que en nombre de María Estuardo les hagan los servidores de ésta.

»Los guardias y sus capitanes se han escogido de distintos condados, para que no se conozcan y concierten entre ellos por ser de un mismo lugar, y no habrá ni tres que sean de esta tierra. Sin embargo, uno de los capitanes, que se llama Bruce, es hombre del arzobispo de Glasgow, y por quien sé las cosas de la prisión de la reina. Este Bruce es muy estimado por Paulet y Darrell, quienes fían en él. Su criado tiene licencia para salir y entrar del castillo a ocuparse de cosas del servicio del capitán, y es por su medio que estoy en comunicación con su señor y me llegan noticias de Chartley. Aun siendo tan conocido de ellos, a este servidor también se le registra cuando entra y cuando sale de allí, de modo que la correspondencia debe esconderse en los doblados de la ropa, en papel tan ligero que no se advierta al palpar ésta, y escrita en letra toda tan menuda que fue menester instruyera en este arte, que yo aprendí en Italia, al dicho servidor.

»Y así, ha dos meses que me concerté con el Bruce para, como ya os referí, con su ayuda y la de su criado, sacar de su prisión a la reina de Escocia disfrazada de hombre, aunque dejamos la ejecución de esto para cuando la ocasión lo permitiese,

pues hay mucho que mirar en el modo de salir de este reino, que es donde está toda la dificultad de la empresa. Y ahora se me ha ocurrido se nos presenta ocasión más oportuna de hacerlo acordándonos con el dicho cervecero, como entiendo es vuestro propósito el hacer. Que asistidos desde dentro por el capitán Bruce y su criado, y entrando alguno de nosotros con el cervecero, bien podríamos sacar a la reina disfrazada como el mozo sobrino que os he dicho lo acompaña siempre».

—Mucho riesgo encuentro en ello —replicó Forcada— además de que, como vuestra merced ha dicho, el principal obstáculo estará en poder pasar a la reina de Escocia en Flandes o en Francia y ponerla en salvo, estando como sabéis tan vigilados los puertos, y este lugar tan alejado de cualquier marina.

—Pero podríamos pasar a Escocia, y concertados con algunos señores católicos de allí devotos de su servicio, embarcar luego a Francia.

—Pasáis por alto un gran inconveniente. ¿Cómo se podrá esconder a sus carceleros la fuga? Paulet tardaría poco en notar su ausencia, daría la alarma y la buscarían por todo el reino hasta hallarla.

—No si nos refugiáramos en alguna casa de católicos confidentes de aquí y aguardásemos un tiempo a que el ardor de la primera persecución pasase. Después sembraríamos la voz de que la reina de Escocia está ya en salvo en Francia, y que se la ha visto y hablado allí, y se ha concertado con el rey de España y el Duque de Guisa para que juntos conquisten estos reinos con sus ejércitos, que les descorazonaría tanto la noticia a los herejes y les pondría en tal zozobra y temor que sólo se ocuparían de su defensa, y cuando más descuidados estuvieran, nosotros nos pasaríamos a Escocia y embarcaríamos allí.

Forcada hubo de reconocer la astucia y la osadía del plan de Owen, pero, sin rechazarlo del todo, pidió dejaran este asunto para más adelante y se concentraran ahora en el modo en que abordarían al cervecero.

El cervecero de Burton estaba agotado después de haber terminado de preparar el envío de cerveza que se disponía a llevar a Chartley al día siguiente. Entró en la casa y, sin prender ninguna luz, se dirigió directamente al aposento que su mujer y él utilizaban como alcoba. Escuchar un extraño grito apagado y sentir el filo de una daga en su cuello fue todo uno, y cuando quiso reaccionar, aún sin entender lo que pasaba en medio de aquella oscuridad, se vio con la boca taponada con un basto lienzo y arrastrado violentamente por varias sombras que le forzaron a quedar sentado en un taburete y que le amarraron los brazos y las muñecas.

Cuando uno de sus atacantes encendió una vela, pudo ver cuál era su situación. Tres hombres surgieron ante él observándole con hostilidad, y distinguió a su mujer en un rincón del aposento amarrada a una silla y amordazada como él, mirándole con ojos espantados. Dos de ellos le parecieron extranjeros, y sospechó fueran acaso españoles por su aire fiero y marcial y la mirada dura y altiva que tenían. El tercero

era, sin duda, del país, inglés o galés, y de más edad que los otros. Fue éste quien le anunció sin más presentaciones que estaban allí porque conocían su traición y el trato que tenía con Paulet y con Gifford.

—Sólo por esto merecéis morir como el perro traidor que sois —le espetó el intruso mientras apretaba tanto el filo de su daga sobre la piel del cuello del cervecero que pareció se iba a desgarrar ella sola— y en buena hora os mandaremos al infierno a reuniros con los herejes a quienes servís si no nos satisfacéis en lo que os vamos a ordenar.

Después de dicho esto, le arrancaron el lienzo de la boca para que pudiera contestar.

—Señores, vuestras mercedes podrán imaginar que no fui libre de escoger a quién servir —comenzó a excusarse el cervecero con voz temblorosa—, pues el carcelero de la reina de Escocia y ese solapado espía del secretario, Gifford, forzaron mi voluntad y conciencia, y el amor que profeso y el deseo que tengo de servir a la reina de Escocia con las más horribles amenazas de hacerme matar por papista y traidor a esta reina de Inglaterra si no les facilitaba su vil estratagema para engañar y perder a esa pobre señora. Que os puedo asegurar, y pongo a mi esposa por testigo, es cosa que repugna y remuerde tanto a mi conciencia que.

—¡Callarás, bellaco! —interrumpió el intruso su discurso—. ¡A fe que sois palabrero como todos los Judas que en el mundo son y haréis que os degüelle luego por no sufrir más vuestros embustes! ¿Creéis que no sabemos cómo cobráis vuestro sueldo de traidor con las dos manos, la una para recibir lo que el Paulet os paga, y la otra para recoger lo que la infortunada reina de Escocia, fiada en vuestra lealtad, os da? ¡Y aun la última vez que estuvisteis en Chartley, reclamasteis al carcelero de esa santa señora os mejorara vuestra paga en consideración a tan señalado servicio como estabais haciendo por él! ¡No hemos venido aquí a escuchar falsas razones, sino a ordenaros el modo en que habéis de obrar en adelante y servirnos!

Los ojos del cervecero se agrandaron de espanto al oír mencionar su intento de obtener de Paulet mayor recompensa a su dedicación, pues terminó de entender que si aquellos hombres, además de saber lo de las cartas que viajaban dentro de sus barriles, podían conocer incluso lo que hablaba con el carcelero, habían de ser diablos o tener enorme poder. De manera que redoblando la untuosidad de su tono de voz, rogó:

—Si me liberáis de estas ligaduras y os apiadáis de esa pobre mujer a la que vuestras mercedes han dado tan rudo como injusto tratamiento, yo me avendré a satisfaceros en todo cuanto ordenéis.

—Puedes jurar que lo harás. Y con la devoción y diligencia que puso Judas en delatar a Nuestro Señor ante el sanedrín.

—No entiendo a vuestra merced.

—Yo sí me entiendo, y vos no mostráis tener tan corto entendimiento que no alcancéis lo que os digo. Pues que vuestro arte es perder y traicionar, de aquí en

adelante perderéis y traicionaréis doblemente, engañando a los que buscan engañar a la reina de Escocia, que esto os costará poco esfuerzo, ya que sois tan diestro en felonías. Se acomoda tan bien a vuestra traicionera natura y dañada intención traicionar a traidores, que no dudo lo haréis con la perfección que es propio muestre cada maestro en su arte.

—¿Y cómo, por ventura, podré yo hacer cosa como la que dice vuestra merced, estando, como sabéis, tan vigilado y tan a merced de la voluntad de los hombres de la reina de Inglaterra y de ministro tan receloso como es el Paulet?

—De modo harto sencillo y que no os costara más que desviaros del camino que hacéis cuando vais y volvéis de Chartley Hall el tiempo necesario para que nosotros depositemos en vuestros barriles las cartas para la reina de Escocia que precisemos, y tomemos a cambio, por el mismo medio, las respuestas que ella nos mande. Que en lo demás, no haremos mudanza alguna, y seguiréis entregando el resto de la correspondencia al Gifford o a su sustituto, que así no cobrarán sospecha de que se haya hecho novedad en lo que tienen con vos concertado.

—¿Sólo esto he de hacer por vuestras mercedes?

—De momento, sólo esto.

—¿De momento, decís? Luego, algo más me exigiréis.

—En su momento lo sabréis, gran bellaco. Ahora considerad dos cosas únicamente. Aun en caso de que sigáis como hasta hoy sirviendo al secretario Walsingham, cuando todo el negocio termine, vuestra traición a la reina de Escocia será de todos conocida, y podéis sospechar cómo no estaréis a salvo en tierra como ésta, donde hay tantos católicos declarados o disimulados.

El hombre dejó que el cervecero digiriera lo que acababa de decirle y después continuó:

—Además, a poco que conozcáis la ruin alma del secretario, podréis juzgar si éste, cuando ya no os necesite, no os pagará con el olvido, la prisión y aun la muerte para eliminar tan señalado testigo de sus manejos. En cambio, si hacéis lo que os ordenamos, seréis recompensado por vuestra lealtad a la reina de Escocia, y tendréis vuestra vida y hacienda en salvo de cualquier cuidado, y crecida.

Para ilustrar sus palabras, el desconocido sacó una gruesa bolsa y vertió sobre la palma de su mano unas cuantas relucientes monedas de oro, observando con risueño desdén la codicia que afluía a la mirada del cervecero ante la contemplación de este El Dorado.

—No todos los patronos son tan avarientos y apretados en gastar como la señora reina de Inglaterra y sus ministros. Vos nada perderéis con este servicio, si no que, por el contrario, ganaréis tres veces: lo que el Paulet os da ya, más el pago que os hace la reina de Escocia creyendo que la servís fielmente y lo que os hemos de entregar nosotros cada vez que nos sirváis. A lo que podéis añadir la recompensa que al final se os dará si tenemos completa satisfacción de vos, y que no es prometer montes de oro, sino que vos mismo podéis ver aquí.

El hombre derramó entonces sobre una mesilla todo el contenido de la bolsa, que el cervecero juzgó habría allí por lo menos doscientas libras en brillantes monedas de distinto valor. Observó luego a su mujer y cómo ésta cabeceaba afirmativamente: sus ojos ya no miraban espantados a los desconocidos, sino llenos de cálculo y codicia.

—Sois un bellaco afortunado, pues en lugar del castigo que merece vuestra traición a esa pobre señora, tenéis, junto con la ocasión de enmendar parte del mal que habéis hecho a la causa de la verdadera fe, la de ser alabado por tan estimable servicio, cobrándolo, como veis, a precio de oro.

Súbitamente, como hiciera al principio, el intruso volvió a arañarle el cuello con el filo de la daga. Al cervecero le dio un vuelco al corazón y suplicó misericordia temiendo no fuera burla el mostrarle aquel dinero, para enviarle más derecho al infierno, con aquel pecado de codicia que había despertado en su alma la visión de tantas monedas juntas.

—Mas frente a esto que podéis ganar sin grandes riesgos, habéis de considerar la segunda cosa que os anuncié. Que si nos traicionáis y no cumplís vuestra parte, además de nosotros, habrá quiénes sepan tomar venganza de tal felonía en vuestra persona y aun en la de vuestra mujer. Como no sois necio, podéis imaginar que vuestra traición a la reina de Escocia es todavía conocida sólo de unos pocos, mas en nuestra mano y las de otros queda que sea conocida y proclamada entre tantos católicos como sabéis hay en toda esta tierra. Haced vuestra cuenta y veréis cuál es vuestro interés.

El cervecero observó cómo su esposa le hacía vivas señas con la cabeza de que consintiese en el trato, que de todas formas ya había determinado aceptar, de modo que asintió con redoblada untuosidad.

—Mañana juzgaremos, pues, si vuestro proceder es leal, y será del modo que os diré. Cuando lleguéis a un punto del camino a Chartley que se cruza con un senderejo que corre a un molino viejo que hay a su término, os adentraréis por él un trecho, que es lugar de arboleda y oculto a la vista. Allí será donde os aguardaremos para poner en vuestros barriles la carta que queremos llegue a manos de la reina de Escocia.

—Podéis confiar en que así se hará en todo.

—Hay sin embargo un estorbo que debéis remover y es el del sobrino que os suele acompañar para el trabajo de descargar los barriles. Por no derramar más el secreto, debéis ordenarle se parta mañana con cualquier excusa que se os ocurra, mas sin ponerle en que sospeche algo. Y habréis de buscar el modo de que en adelante no vaya con vos a Chartley.

—¿Y he de ocuparme yo solo del trabajo de descargar los toneles?

—Irá con vos persona moza que haga de sustituto de vuestro sobrino y pueda pasar por él, y así será en adelante las demás veces que vayáis a Chartley. Por eso, es menester halléis en qué ocupar a ese otro mozo, sin que sospeche ni se sienta agraviado.

La esposa del cervecero comenzó a agitarse y gruñir pidiendo la liberaran de la

mordaza que le impedía hablar. Una vez que así lo hicieron, dijo:

—Para esto que vuestras mercedes proponen, nada se acomoda más que el que por mi mano vaya a emplearse como criado de una familia noble de Stafford donde tengo a una prima hermana como ama muy estimada de sus señores, que ella hace y deshace en el gobierno de la casa. Es ésta ocupación que conozco él apetece desde hace tiempo, por ser menos fatigada que la que al presente tiene, y me ha importunado muchas veces solicitando mi intercesión para conseguirla. Yo hasta hoy no se la he querido otorgar por ver la necesidad que mi marido tiene aquí de quien le ayude en su labor, pero buena ocasión es ésta para darle contento a él y mover el estorbo de que esté presente aquí.

Los intrusos encontraron aquel recurso de lo más oportuno. —Mas como para esto será menester advertir primero a la dicha prima, si vuestras mercedes liberan mis manos de estas ligaduras podré escribir al punto la carta recomendándole, y mañana enviaré recado a nuestro sobrino de que se parta luego a Stafford con ella, la entregue y aguarde la respuesta, que pienso será bastante excusa para alejarlo de aquí como nos conviene.

Una vez escrita la carta, se la tomaron y dijeron que ellos mismos se encargarían de hacérsela llegar al sobrino. Después los tres hombres se despidieron del cervecero y de su mujer hasta el día siguiente, advirtiéndoles de que les estarían vigilando de allí en adelante, y que no olvidaran lo que les iba en cumplir su parte del trato.

Al salir de la casa del cervecero, Forcada, Owen y Jerónimo López se unieron a John Blood, el criado del galés, que había quedado fuera haciendo guardia.

—¿Creéis que les hemos asustado lo bastante para que no engañen más ese par de codiciosos? —preguntó Forcada a Owen.

—A lo menos, les hemos puesto en gran espanto con el estar en el secreto de sus malas obras —contestó Owen— que creo no se atreverán por un tiempo a dejar de obedecernos. Además, fue bien que se mostrara vuestra merced ante él, pues noté en sus ojos el gran temor en que le puso la sospecha de que sois español y señor de poderes que aventajan aun a los del secretario Walsingham. El resto lo hará la codicia.

—Quédese vuestra merced de guardia esta noche por aquí —ordenó Forcada a Jerónimo López— y cuide de que no mandan aviso a alguna persona.

## *La bodega de Chartley Hall*

A la mañana siguiente, Guillaume, bien advertido por el capitán acerca de lo que debía hacer, se presentó en la fábrica del cervecero disfrazado y como sustituto del sobrino. Jerónimo López había estado vigilando toda la noche que el matrimonio no se comunicase con nadie. John Blood dejó en casa del auténtico sobrino la nota ordenándole se partiera a Stafford y la carta de presentación que había redactado la esposa del cervecero para su prima el ama.

Como estaba concertado, la carreta cargada de barriles de cerveza se desvió por el sendero que le había sido indicado al cervecero. En pocos minutos extrajeron la bolsa de cuero que contenía la correspondencia entrante para María Estuardo y añadieron el breve billete que había escrito Forcada. Iba lacrado y escrito en la cifra con la que habitualmente se correspondían Don Bernardino de Mendoza y la reina de Escocia, más para que por esta señal conociera la reina cautiva su procedencia, que porque tal cifra fuese invulnerable. El capitán sabía que Mendoza no había cambiado su cifra convenida con María desde los tiempos de embajador en Inglaterra. Así, al no haber pasado la clave por el conducto del cervecero, Phelippes no la poseería, a menos de que ya la conociera desde antes. En todo caso, ésta era una prevención añadida, ya que si el billete no llegaba directamente a las manos de la reina, todo lo demás era secundario y se verían en grave aprieto. El billete decía:

*Por la cifra en la que va escrito este billete conocerá Vuestra Majestad quién lo envía. Descífrelo de su propia mano, sin que pase por las de vuestros secretarios, por lo que le va en ello a Vuestra Majestad. Ruego a Vuestra Majestad tampoco comunique con persona alguna lo que sigue, que es que aguarde el próximo envío de cerveza, que será de aquí a seis días, y mande luego criado confidente a la bodega. Tal servidor dirá las palabras «In hoc vince», por las que la persona que estará allí a la espera reconocerá es Vuestra Majestad quien lo envía. El criado trocará sus vestidos con la dicha persona, que os irá a decir a boca cosas que interesan al servicio de Vuestra Majestad y aun a vuestra preciosa vida. Lo que se ha de hacer de dicho enviado después que os haya hablado para poner en salvo su persona fuera del castillo queda de nuestra cuenta.*

Una vez devuelta la bolsa al barril, Forcada llevó aparte a Guillaume:

—No confiéis en el cervecero y procurad entender si se comunica con alguien del castillo.

La carreta, con Guillaume y el cervecero, volvió al camino principal, mientras el capitán y el señor Owen se quedaron ocultos en el mismo sitio aguardando que regresara del castillo de Chartley.

Aunque el castillo no era demasiado imponente, a Guillaume le sobrecogió su visión mientras se acercaban a él. En cuanto enfilaron la avenida que conducía al



punto sobre el foso, observó la guardia que protegía el acceso, a algunos de cuyos miembros fue saludando el cervecero desde el carro.

Tal como le había ordenado el capitán, Guillaume iba anotando en su memoria, para referirlo luego, todo cuanto veía, si Dios le concedía el favor de poder salir de allí. Tras atravesar el puente llegaron al patio del castillo y a una de las puertas que daban al interior. Empezaron a descargar los barriles y dejarlos en el suelo. Cuando ya estuvieron todos fuera de la carreta, se presentó ante ellos uno que parecía tener el mando de la guardia de aquella parte del castillo. El cervecero le saludó con una untuosa reverencia llamándole capitán Bruce. Éste examinó atentamente a Guillaume y dijo:

—Este mozo no es vuestro sobrino. ¿Qué se ha hecho de él?

Guillaume inclinó la cabeza instintivamente, como queriendo esconderse, y escuchó en sus oídos los latidos del corazón con tanta fuerza que parecía le iba reventar.

—Sabe vuestra merced cómo son en estos tiempos los mozos —respondió el cervecero—, que el trabajo les fatiga y fastidia y sólo persiguen su comodidad y holganza. En poco estimaba este sobrino mío que le enseñara oficio con el que bien pudiera ganarse su vida, y ha pocos días se fue a servir a una noble familia de Stafford, que todos buscan su acomodo con ser criados y lacayos y secretarios, por ser ésta vida más regalada y el deseo que les mueve de alcanzar favor y fortuna de tan levantados señores. De suerte que hube de emplear a este mozo que veis, que aun siendo torpe y medio necio por haberle sobrevenido de niño una enfermedad que le aturdió el entendimiento y dejó casi mudo, partes y buena voluntad no le faltan para lo que exige el oficio, y creo será menos ingrato que el otro, por no tener ingenio bastante para aspirar a mejor empleo.

Mientras el cervecero daba estas explicaciones, Guillaume advirtió cómo Bruce le observaba a él de manera expresiva, como si, más allá de lo que le contaba el otro, adivinara la verdadera razón de este cambio de ayudante.

A continuación comenzaron a acarrear los barriles hasta la bodega, precedidos de Bruce, quien les abrió la puerta. Se bajaba a aquélla por una empinada y oscura escalera, y, al parecer, de la puerta sólo tenía llave el capitán que, como ahora Bruce, estaba de guardia en aquel momento en esta zona del castillo.

Guillaume respiró profundamente cuando se vio fuera de Chartley. Sólo entonces se le ocurrió pensar que, aun sin haberla siquiera atisbado, había estado muy cerca de la mujer cuya belleza e infortunio conmovían los corazones de todos los católicos, y por la liberación de la cual algunos entregarían gustosos su propia vida, y se avergonzó de su miedo.

Esa noche, Forcada le llamó a su aposento para hablarle.

—De aquí a seis días el cervecero regresará a Chartley. Vos quedaréis entonces dentro del castillo y hablaréis a la reina de Escocia.

Guillaume se quedó mudo de asombro y ni se atrevió a responder palabra.

—Sois el elegido para esta arriesgada empresa —confirmó el capitán con los ojos fijos en él— y sabéis bien que no os pondría en tal ocasión y peligro si hubiera otro modo de hacerlo. Atended a lo que os diré y no olvidéis punto de ello.

Forcada le explicó entonces su plan. Empezó por revelarle el contenido del billete que esa mañana habían introducido en el barril. Con esto, la reina de Escocia estaría advertida de su llegada. Por medio del criado de Bruce, avisarían a éste de todo, para que procurara estar de guardia en la bodega cuando Guillaume llegara, y más tarde, para que le facilitara la salida del castillo. Le dijo cuál era la contraseña convenida con el criado de María Estuardo, por quien debería hacerse pasar para acceder a los aposentos de la cautiva.

—En cuanto al modo en que os quedaréis en la bodega sin ser advertida la ausencia, ya está concertado con el mozo Anthony Southwell, quien es en edad y figura semejante a vos, que os acompañe a Chartley vestido con las mismas ropas y escondido en un doble fondo que tendrá el carro del cervecero. Cuando estén ya descargados la mayor parte de los barriles, os ocultaréis en la bodega y él saldrá del carro y tomará vuestro lugar como si fueseis vos, de manera que, con la ayuda de Nuestro Señor, ninguno notará la estratagema.

Por último, Forcada le informó de lo que debía tratar con la reina de Escocia.

A partir de la mañana siguiente, Guillaume esperó aquel día instalado en la fábrica del cervecero, trabajando a sus órdenes como si de veras fuera su aprendiz, y espiando el comportamiento del matrimonio. A una discreta distancia, Jerónimo López y John Blood vigilaban fábrica y casa.

El papel que iba a desempeñar el joven Anthony Southwell en la estratagema ideada por Forcada se le ocultó a sir Henry, pero contaba con la autorización de lady Anne, a quien se lo comunicó Creswell. El cervecero estaba al tanto del plan por Owen, quien le había instruido concienzudamente de cuanto había de hacer. La noche anterior al regreso del cervecero a Chartley fue tal vez en la que más y con más devoción se rezó en el secreto de los aposentos de Southwell Manor.

Si Chartley le había resultado amenazante cuando lo vio la primera vez, cuando llegó el momento y la mole del castillo apareció ante sus ojos, Guillaume palideció de la cabeza a los pies. La presencia de ánimo se la devolvió sólo el comprobar que el capitán Bruce estaba esperándoles al frente de la guardia, y que le sonría tranquilizadamente al reconocerle.

Luego todo ocurrió como Forcada tenía previsto. Cuando apenas quedaban unos pocos barriles por depositar en la bodega, Guillaume se ocultó en su interior. El cervecero salió solo a por el resto de su carga, y para cuando llegó al patio le esperaba ya el joven Anthony Southwell, quien vestía exactamente igual que Guillaume. El resto de los barriles fueron bajados a la bodega sin novedad.

El corazón del muchacho se encogió cuando escuchó cerrarse la puerta de la bodega y el sonido de las vueltas de la llave en la cerradura. Encerrado en la casi completa oscuridad de la húmeda bodega, Guillaume tembló como si aquella hubiera

de ser su tumba.

### *La reina de Escocia*

Las horas pasaron muy lentamente en la bodega. Antes de que la noche cayera en el exterior del castillo, ya se había convertido la bodega en un panteón de tinieblas. Su espacio era negro como el ala de un cuervo y poblado de los secretos y amedrentadores crujidos de la madera de los toneles y cubas, del goteo y amenazante bullir de los líquidos espirituosos que contienen sus entrañas, del clandestino correr de las ratas, más temibles cuanto menos visibles son. Sonidos todos que no perciben ni asustan los oídos del que está de paso, pero que se multiplican en los de quien debe esperar en la zozobra y la impaciencia.

Sería la primera hora de la noche cuando escuchó las chirriantes vueltas de la llave en la cerradura de la puerta. Tal como le había ordenado el capitán, permaneció en su escondite hasta que escuchó pronunciar *In hoc vince*, las palabras convenidas con la persona que debía enviar María Estuardo. Aun después de oírlas dudó si no sería todo argucia para hacerle salir, descubierto de algún modo el plan de Forcada.

En realidad, fueron dos las personas que entraron en la bodega. El desconocido que había pronunciado la contraseña pareció impacientarse por su tardanza en revelarse y murmuró para sí:

—¡Muéstrate, maldito, que no tenemos tiempo para jugar a escondernos!

Guillaume abandonó su escondrijo y avanzó hacia ellos.

—¡Por mi alma! —le reprochó su indecisión uno de los criados, mientras se daba prisa en desprenderse de sus ropas—. ¿Cree vuestra merced que esto es cosa de chanza, y que no arriesgo yo el cuello en esta traza? ¡Dese prisa y entrégueme sus ropas!

Hizo lo que le decían tan rápido como pudo. El criado que había intercambiado las ropas con él corrió a esconderse al fondo de la bodega, mientras el otro le indicaba que le ayudase a acarrear uno de los barriles de cerveza. Éste estaba marcado con unas muescas convenidas en una de sus duelas, de apariencia accidental, para identificarlo como el que contenía la correspondencia entrante de la reina de Escocia.

Al terminar de subir la escalera de la bodega, entrevió al capitán Bruce observándoles con expresión severa, sin duda irritado por su tardanza. Mientras acarreaban el barril, Guillaume procuró mantener todo el tiempo la cabeza baja por si alguien se fijaba en él y descubría su falta de parecido con el servidor de la reina al que sustituía. Pero ya había observado, la semana anterior y esta misma mañana, que los guardias apenas miraban a los servidores a la cara, como si temieran que su sola visión les contagiara alguna mortífera enfermedad. Tal temor tenían de que se sospechara se comunicaban con los criados de la prisionera.

Bruce y uno de los guardias les escoltaron hasta la entrada a las estancias de la real prisionera. Cuando llegaron ante la puerta, el capitán ordenó al guardia que quedara allí apostado y él entró con Guillaume y el otro servidor. Tras indicarle a Guillaume en qué dirección debía encaminarse, se quedó con el criado un momento, y luego ambos salieron.

Al llegar a donde le había indicado Bruce, se encontró solo en una cámara casi por completo a oscuras y vacía. Pudo distinguir una chimenea y el reflejo metálico de un artístico reloj rematado en forma de crucifijo. Se acercó a contemplarlo. En la parte baja del aparato aparecía una representación de la Muerte a igual distancia de un palacio y de una pobre choza con un verso en latín que rezaba: *Pallida mors aequo pulsat pede pauperus tabernas, regumque turres*. De improviso, la figura de una mujer apareció ante él. Guillaume dio un respingo, sobresaltado.

—No habléis y seguidme —le ordenó.

La dama lo condujo hasta un lugar iluminado por unas cuantas velas alrededor de lo que reconoció como un pequeño altar. Comprendió entonces que se hallaba en lo que debía ser el oratorio o la capilla de la reina de Escocia.

—Confiamos en que vuestra espera en la bodega no se le haya hecho demasiado larga a vuestra merced —escuchó en seguida Guillaume que le decía otra voz femenina. Pero apenas pudo percibir a la mujer que había pronunciado las palabras hasta que se aproximó al altar y la luz incidió en ella.

Guillaume se postró entonces de rodillas e inclinó la cabeza en una reverencia, aguardando a que la dama le autorizara a incorporarse. Al llegar junto a él, ésta le alargó una delicada y pálida mano que él besó con súbita emoción, impresionado por la proximidad de aquella reina legendaria.

—Alzaos que podamos veros, señor —le ordenó ésta a continuación.

Pero cuando así lo hizo y pudo al fin contemplar el rostro de quien le hablaba, la confusión dejó a Guillaume sin habla. Enmarcado por una toca y un velo blanco sobre la negra seda de raso de un vestido al que sólo animaba el brillo de oro del famoso crucifijo que colgaba de sus hombros, el rostro de la recién llegada le pareció una copia casi exacta del de la señora de Bellegarde.

Intentando sobreponerse a su turbación, Guillaume apenas fue capaz de declarar su nombre y que venía en nombre del embajador de España. Luego calló y volvió a observar con atención a la reina, por ver si una contemplación más pausada disipaba la primera impresión de hallarse ante Doña Clara. Pero no fue así.

—Sosegaos, caballero de Tallenay, que no somos aparición ni fantasma aún, como quisieran nuestros enemigos, aunque sí mujer débil y enferma, y más vieja en el cuerpo, por los sufrimientos del ánimo, de lo que nuestra edad merecería. ¿Os decepciona comprobar que no somos ya la belleza que cantaron los versos de Ronsard?

—Ni los versos que mencionáis ni los de un Virgilio o un Petrarca harían justicia a vuestra majestad ni darían cuenta aproximada de vuestra belleza —replicó

Guillaume con un temblor en la voz que pareció conmover a la reina por la secreta emoción que transmitía.

La María Estuardo que tenía Guillaume ante sí era todavía una mujer alta, algo gruesa ya por la falta de ejercicio en su largo cautiverio, y más pálida que blanca por las muchas enfermedades que había padecido, la última, el invierno pasado, cuando la trasladaron a este frío y húmedo castillo, que la tuvo lo bastante postrada como para que Paulet confiase en verla por fin en la tumba.

Pero, con todo, cuanto más la miraba, tanta más semejanza le encontraba con la señora de Bellegarde. Lo que podía ver de su pelo recogido en la toca, sobre todo, poseía idéntico brillo apagado que el de Doña Clara. Y lo más asombroso, el tono y la forma de los ojos eran iguales en ambas. Tal vez fuera la señora de Bellegarde de cuerpo más menudo que el de la reina de Escocia, y su talle más delgado. La enfermedad no había ajado aún la piel de aquella como la de la cautiva, ni la había vuelto tan pálida. Pero, por lo demás, no se podrían hallar dos mujeres más iguales en todo, excepto en una cosa: aun enferma y perdida una parte de su celebrada belleza, María desprendía un encanto muy particular y diferente del de la señora de Bellegarde, que quizá consistiera en que su persona estaba tocada de una majestad natural que elevaba hasta el menor de sus gestos a una cualidad regia y la sacralizaba por ello.

Era como si el mismo Dios se hubiera recreado en hacerla perfecta y ungir la reina para manifestar por medio de ella toda su grandeza. Acaso fuera esto lo que le ganaba el afecto inmediato de cuantos la trataban, y por lo que su propio carcelero, Paulet, tenía que recubrirse con las escamas del odio fanático para no caer bajo el mismo influjo.

Estuvo tentado de decírselo, de traer a su memoria el lejano recuerdo de aquella broma palaciega, cuando la casi niña Claire de Chesne se hizo pasar por ella ante su prometido el heredero del trono de Francia, el desdichado delfín Francisco, luego su esposo y rey, por poco más de un año, Francisco II. ¿Recordaría la mujer que tenía ante él, cansada y prematura —pero aún hermosamente— avejentada, aquella remota travesura?

La reina le preguntó por su edad mientras le invitaba a sentarse junto a ella en una silla con brazos en la que se veía obligada a permanecer más de lo que quisiera por culpa del reuma que, desde hacía un tiempo, afectaba a sus articulaciones. Cuando Guillaume le contestó, ella comentó con melancolía:

—Sois, pues, aún más joven que nuestro hijo. ¿Aunque qué significado tienen para una madre el número de los años de un hijo del que la arrancaron cuando éste contaba poco más de dos y al que han criado sus enemigos, haciéndole creer que quien le dio la vida es la más taimada de las mujeres y la peor ramera que pisó la tierra?

El pensamiento la entristeció. Añadió que acababa de conocer el tratado que su hijo Jacobo se proponía firmar con la reina de Inglaterra, en el que se la excluía a ella,

a María, de la sucesión, mientras se pagaba la traición de su vástago con la promesa de ceñir la corona de los dos reinos una vez desaparecida Isabel. Guillaume comprobó que esta noticia la atormentaba como madre y, a la vez, como reina, pues era lo bastante perspicaz para comprender que la decisión de Jacobo empujaba un poco más a sus enemigos en la dirección que más temía ella: la de eliminarla, quitarla de en medio físicamente, como último y único estorbo para que se impusiera definitivamente el régimen protestante en toda la isla.

—Lo único que deseamos ya —le confesó— es ser libres para poder recogernos en algún convento, muy lejos de aquí, en Francia, o en Roma, donde no nos alcancen las acechanzas de nuestros enemigos y la ingratitud de nuestro hijo. Sólo deseamos reinar en esta tierra para liberar a los católicos de la opresión que padecen en manos de sus carceleros herejes. Si no podemos conseguir ni esto ni la libertad de nuestra persona, no aspiramos a otra corona que a la del martirio por la causa de nuestra fe.

Después de escuchar esto, Guillaume tuvo conciencia de que la misión que le había llevado hasta allí era cruel, pues sólo traería más dolor al corazón de aquella mujer. Eso sin contar con que la peor parte de la misma era convencerla de la necesidad de que le entregara su testamento. Precisamente como si fuera la confirmación definitiva de que incluso para los que debían velar por ella, los propios católicos, con el rey de España a la cabeza, tampoco fuera ya María más que un estorbo, que una vez eliminado, permitiría a otros reclamar sus derechos a reinar sobre Inglaterra y Escocia.

Intentó apartar este escrúpulo de su conciencia y se repitió las instrucciones que le había dado el capitán acerca de lo que tenía que comunicar a la reina de Escocia. Como si ésta tuviera el poder de penetrar en su pensamiento, María le dijo:

—Veo os estamos afligiendo con nuestras confidencias, señor de Tallenay, y que aún no os hemos dado ocasión de que nos comunicéis el encargo que traéis de parte de nuestro leal amigo Don Bernardino.

Guillaume comenzó por comunicarle lo que se había descubierto acerca de los manejos de Gifford y del peligro de que toda su correspondencia fuera utilizada por el secretario Walsingham para reunir pruebas en su contra.

Como había previsto, la noticia dejó a la reina de Escocia aturdida, y al principio, también incrédula. Por la reacción de María, Guillaume percibió la intensidad de las esperanzas que había puesto en lo que le habían presentado como un nuevo y seguro medio de comunicarse con el exterior. Preguntó por Morgan y Paget, sus agentes, y por el arzobispo de Glasgow, su embajador en Francia. ¿Cómo era posible que no hubieran detectado el fraude?

—¿Y cómo es que, siendo el cervecero que trae esta correspondencia, como vuestra merced nos asegura, un traidor que sirve al secretario de mi prima, hemos recibido el billete en que se nos anunciaba vuestra visita? ¿No será vuestra merced el verdadero embaucador?

Guillaume le explicó los medios que habían utilizado para introducir aquel

mensaje entre las demás cartas que ya debían de haber sido descifradas y copiadas para el secretario Walsingham. En cuanto a sus representantes en Francia, excluyó de la sospecha a su embajador, pero le informó de las razones que existían para dudar, si no de la lealtad de Morgan y Paget, al menos, del cuidado y buen juicio con el que habían actuado en todo el asunto.

A María le costó asimilar lo que le decía. Aun sin perder su regia compostura, los ojos se le llenaron de lágrimas, y pidiendo una tregua para ordenar sus pensamientos, se incorporó pesadamente y fue a arrodillarse ante el altar de la capilla, donde permaneció rezando durante unos minutos.

Cuando volvió a su lado, Guillaume, inmisericorde a su pesar, le contó la sospecha que se tenía de que todo fuera la definitiva estratagema para perderla y llevarla al cadalso. Le habló de la conspiración para asesinar a la reina Isabel, del sacerdote Ballard y un joven gentilhomme católico llamado Babington que, al parecer, la encabezarían, y de cómo se podía temer no fuera todo una trampa en la que los mencionados actuarían de buena fe atizados e infiltrados por agentes provocadores de Walsingham.

María le confirmó que conocía esos nombres, y de pronto su mirada se volvió dura y astuta.

—Vuestro rostro, señor de Tallenay, es el de un ángel, y al veros aquí pensamos veníais a anunciar nuestra liberación. Veo ahora cuánto nos engañábamos, que a despecho de vuestro dulce semblante, no sois el ángel que anunció la resurrección a las mujeres, si no, bien al contrario, el que anuncia la cercanía de la muerte. Pues bien: sabed que la acogeremos con gusto de servir a Nuestro Señor, y sólo le rogamos a Él dé ánimo a este flaco y ruin cuerpo de mujer para que cumpla su deber de reina ungida por Dios y fiel católica. ¿Nos diréis por último qué desea su majestad el rey de España de nos?

Guillaume le habló entonces del testamento.



### *El hechizo de María*

Cuando la carreta del cervecero estuvo a cierta distancia del castillo, Guillaume se volvió a mirarlo. \Aún no se creía que estuviera fuera. En vez de alegría, todavía sentía temor, y se juró que nunca más en su vida se pondría en tal peligro. El frío de la bodega en la que había pasado los últimos cinco días parecía haberse metido hasta el tuétano de los huesos y temblaba en el estante de la carreta como si viajara desnudo en medio del invierno. La herida encima del hombro, recuerdo de la rúa de los Agustinos, había vuelto a pincharle y cosquillearle, despertada de nuevo por la frialdad. Sus ojos tampoco se habían familiarizado aún con la luz del exterior y le lagrimeaban. Pero lo peor era que la cabeza le ardía y le dolían las articulaciones como si la humedad de aquel lugar se hubiera filtrado secretamente a través de su aterido cuerpo.

Al llegar al lugar convenido, la carreta se internó en el sendero de la otra vez y se detuvo entre los árboles. Owen y Forcada, montando sus caballos, aparecieron de pronto entre la frondosidad.

El capitán descabalgó y ayudó a Guillaume a bajar del carro. Por la fuerza y la ansiedad con que lo abrazó, el muchacho comprendió que la espera debía de haber sido un tormento también para él.

—Tenéis una ruin color, señor de Tallenay —le dijo observándole con inquietud— y os arden las mejillas.

Anthony Southwell salió del doble fondo de la carreta, saludó con una reverencia y pidió licencia para hacer volver a su ser las coyunturas de su cuerpo estirándose. Owen, ayudado por el cervecero, abrió el barril que escondía las cartas de la reina y extrajo la bolsa de cuero. Repasó rápidamente los papeles que contenía y separó un billete que venía marcado en el sobrescrito con las palabras *En manos de Saúl*, que entregó al capitán.

No hablaron más. Guillaume montó con la ayuda de Forcada en el caballo que habían traído para él, el menor de los Southwell ocupó su puesto en la carreta junto al cervecero, y unos y otros partieron cada cual en su dirección.

A la caída de la tarde, después de haber dejado que el mozo reposase, Forcada bajó al aposento que éste ocupaba en la parte de la casa reservada a los criados. Encontró a Guillaume en su lecho, aún adormecido, y, antes de despertarlo, lo contempló un minuto así. Dormitando y abandonado de sí, el muchacho parecía aún un niño, y admirar sus rasgos, tan delicados y perfectos en el sueño, tan plácidos y en armonía con el mundo, sin enturbiar todavía por los rencores y desengaños del tiempo, alegraba el alma del capitán igual que la del padre que vela un momento el

sueño de su hijo y lo bendice y da las gracias a Dios antes de disponerse él mismo a dormir. Después lo despertó zarandeándolo del brazo con suavidad, pronunciando su nombre varias veces hasta que le vio abrir los ojos y volver poco a poco en sí.

Cuando terminó de recuperar la conciencia, el muchacho se dispuso a incorporarse y se sonrojó por su descuido y tardanza en atender a su señor. Pero Forcada le hizo gestos de que no se inquietara, y le rogó que continuara reposando. Guillaume advirtió en ese momento, en la forma de mirarle el capitán, la misma mezcla de ternura y preocupación que vio en sus ojos la noche del encuentro en la rue des Agustins, cuando tras que el médico cosiera la herida, Forcada lo velaba junto a su cama. De todas formas, el chico se levantó del lecho y se echó sus ropas sobre la camisa.

—En el billete de la reina de Escocia que venía en los barriles ésta me advierte de que con vos me hacía llegar su testamento y última voluntad para entregar en manos de Don Bernardino. ¿Dónde guardáis el testamento?

Guillaume se dirigió a su lecho, extrajo de debajo de la funda de su almohada un paquete recubierto de tela que contenía el testamento y se lo entregó a Forcada. Éste desenvolvió el atado y observó el testamento sin abrirlo. Venía lacrado y sellado del anillo de María Estuardo. El capitán sonrió aliviado y le dijo:

—Sepa vuestra merced que no echaré en olvido el servicio tan señalado que habéis hecho a su majestad, y cómo quedo obligado en adelante a favoreceros en todo cuanto esté en mi mano y con la parte que es justo que reciba de la merced que a mi persona corresponda en premio por haber salido con este negocio que se nos había encomendado. Dad por bien empleados los trabajos que sé habéis sufrido para traer con vos estos papeles, que yo sólo deseo que vuestra merced esté en tal estado de salud y tan recobradas sus fuerzas que podamos partirnos luego de vuelta a Francia.

Pero Guillaume replicó:

—¿Marcharemos de aquí dejando a esa desdichada señora abandonada a la suerte que le reservan sus crueles carceleros, conociendo cómo éstos intentan hacerla caer en la red de sus embustes y trazas, y que está de su mano y es su torcida intención, cuando no hallaran pruebas auténticas para hacerlo, falsificar testimonios que la condenen?

—Vuestra merced habrá sin duda advertido a la reina de Escocia de estos particulares, y cómo debe cuidarse de no dar por escrito prueba alguna que pueda comprometerla, que sólo ésta era la comisión que traíamos.

—Así lo hice, en efecto, pero pesa a mi conciencia ver la desesperada situación en que se halla señora tan digna de ceñir, no ya las que por legítimo derecho le pertenecen, sino aun cien coronas que hubiere, y conocer de sus labios los mil agravios que cada día se le hacen, que aun estuviera mal el sufrirlos a cualquier cristiano, cuanto más a soberana ungida como ella lo es, y siendo tan de temer que sus carceleros no se contenten con solo afrentarla, pues que maquinan contra la propia vida de ella, y tarde o temprano inventarán excusa con que condenarla.

Guillaume continuó su discurso relatándole al capitán lo que había visto en el castillo y la piedad que le inspiraban las condiciones en que vivía la cautiva. Le contó la crueldad que usaba con ella Paulet, su carcelero, y le refirió, sobre todo, la desesperanza que se había apoderado de la reina de Escocia al revelarle él las traidoras intenciones que en realidad inspiraban a Gifford, así como el verdadero objeto de la vía de comunicación que habían aparentado abrirle a través del cervecero, la dudosa lealtad de sus agentes en París, Paget y Morgan, y la falsa conspiración que estaba en marcha, por medio de Ballard y Babington, con la intención de culparla y llevarla hasta el cadalso.

—Pienso si no habría medio de rescatarla de su prisión y ponerla en salvo entre los amigos de su causa —concluyó el mozo—, que son tantos como vuestra merced sabe, mas se hallan sin ánimo para salir en su defensa por verse sin guía ni cabeza. ¿Acaso no sería hacer gran servicio a su majestad liberarla de su cárcel, y no redundaría ello en que todos los pechos católicos, en nombre de esta señora, se unieran para arrancar de esta isla la peste de la herejía que la infecta? ¿Puede haber mayor honra y gloria para un gentilhombre como vos que haber puesto mano en obra tan santa como ésta?

—Veo ser verdad lo que tantos han afirmado de esta señora: que no hay hombre que resista a su encanto y que, tras tratarla, no diera gustoso por ella toda su hacienda y aun la misma vida. Mas tengo bien entendidas las lecciones de los muchos trabajos que en mi vida he pasado, que son latines y cánones aprendidos a golpe de desdichas. Y, como a Ulises, la experiencia, si no me ha traído fortuna, cuanto menos me ha inclinado a la prudencia, y así, prefiero atarme al palo mayor de mi navío que dejarme seducir por el canto de ninguna sirena. Tenga por seguro vuestra merced que mejor le estaría seguir en esto mi consejo que tentar a la suerte, siendo ésta, por lo común, tan inconstante. Que si no fuera por sus pocos años, en vez de soñar con nuevas empresas, os contentaríais, como yo lo hago, con dar gracias a Dios por haber salido con bien de la que acabáis de pasar.

—Creo no hablaríais así si hubierais visto y hablado a esa dama como yo lo he hecho.

—¿Tanto os ha prendado? Tiene fama de haber sido en su juventud la más bella y gallarda reina que el mundo ha conocido. Sabed que no sois el primero ni seréis el último en quedar prendado de su belleza. Pero si el amor que os tengo y la obediencia que me debéis como a vuestro señor pueden algo contra el deslumbramiento que ahora padecéis, yo sabré desencantaros y traerlos a un término razonable.

—Qué duda cabe de que fue y es la más hermosa reina que ha habido, que acaso por compensar la prodigalidad que con ella tuvo Venus, Fortuna quiso ponerla a prueba con mil infortunios. Pero ahora es una mujer cansada, abatida de su pasada gloria, enferma y marchita en la mayor parte su anterior hermosura. No, señor de Forcada. No es la belleza de esta señora lo que me mueve a querer socorrerla, sino el tocarme tanto al honor del caballero que aspiro a ser con vuestra guía el ver cómo

permanece leal y constante en nuestra fe, y abandonada cualquier pretensión de recuperar la potencia de soberana que en su día tuvo, sólo desea alcanzar el reposo de sus días en el sosiego y retiro de algún convento, donde poder dedicar a Dios lo que le quede de vida. Si pudierais leer el testamento que os he dado y que ella me confió, lo comprobaríais escrito de su propia mano, pues en él renuncia a sus estados y derechos a favor su majestad el rey de España, a quien otorga poder pleno para reinar por sí mismo o nombrar a quien más le placiere para que lo haga, en estos reinos de Inglaterra y Escocia, con la sola salvedad de que el Santo Padre dé su acuerdo y consentimiento en la persona elegida.

Forcada replicó representándole los mil inconvenientes que había en intentar el rescate de la reina cautiva. El primero, no haber medio claro para sacarla de su prisión, como no fuera con fuerza de hombres suficiente que lo tomara al asalto, recurso imposible de emplear tanto por la dificultad en reunir en secreto a los que lo ejecutaran, como por la certeza de que antes de entregarla con vida, sus carceleros ejecutarían a la prisionera, pues tal era la orden que de la reina de Inglaterra tenían. El segundo, que aun cuando hubiese forma de sacarla del castillo, estaban a muchas leguas de cualquier puerto o marina en la que poder embarcarla y pasarla a Francia o a los estados del rey de España, habiendo de atravesar, además, territorio plagado de agentes de la reina Isabel que, al conocerse la huida, la buscarían por todas partes con toda furia y ahínco. El tercero, que no llevaban comisión de Don Bernardino para intentar asunto tan grave y de tales consecuencias, y tener él mismo bien aprendido, por las experiencias pasadas, que el exceso de ambición y deseo de aprovecharse de las ocasiones suele cegar a los hombres y llevarlos, con la promesa de grandes premios y mercedes, a la ruina y caída de sus pretensiones.

Tras escuchar estas razones, Guillaume miró decepcionado al capitán, pero no se atrevió a formular con palabras el reproche que ardía en su mente: Forcada tenía miedo. Sin embargo, éste adivinó el significado de aquella mirada.

—Si adivino yo bien lo que vuestra merced tiene en su cabeza, os certifico que pensáis verdad. En la prudencia puso Nuestro Señor, a modo de levadura, unos granos de temor, para derrotero y guía del entendimiento, sin el cual, la mayoría de las empresas humanas se echaran a perder, pues tan cerca de aquella virtud conviven el arrojo y la imprevisión, que el primero es oportuno sólo en su sazón y medida, y el segundo es vicio de mentes perezosas y sin experiencia. Pero os confieso gustoso que no son sólo el temor y falta de ánimo los que me mueven, sino un mal palpito que desde que su excelencia el embajador me encomendó este negocio no me abandona un solo instante, y es que en algún punto de esta maraña en que estamos metidos habré de dar un mal paso que lo desbarate. Cuanto más veo ir enderezándose las cosas e ir saliendo éstas a entera satisfacción, tanto más receloso estoy de que el dicho mal paso se acerca a hurtadillas a nosotros y nos esconde el rostro para que no lo conozcamos. Y por quien más temo es por vos, que en todos estos días que estuvisteis fuera, no encontré en nada sosiego ni reposo, temiendo que hubiera de ser

yo la causa de que cayerais en poder de esos perdidos herejes.

—¡Vuestra merced responda por sí, que aunque sé me estima como a hijo, ni aun el padre tiene potestad para dictar el destino a su vástago! Si mi voluntad es poner mi vida en peligro por servir a esta señora reina de Escocia, bien sabéis que vuestra prohibición no ha de ser parte para que mude de parecer, pues aunque os debo el respeto que es razón, al fin, libre nací y libre soy de hacer de mí cual yo quiera, que mi pecho es joven y no lo arrugan aún el cálculo y la prudencia cuando se trata de una causa tan santa y tan justa como ésta.

Forcada saltó irritado de su asiento y se encaró con el mozo. —¡Claro está que no conocéis a qué os obligasteis cuando entrasteis a mi servicio, y que vuestro poco seso y entendimiento os llevan a decir tales sandeces y bachillerías! ¡Esto, no os engañéis, hijo, es milicia, y nunca se vio que soldado raso decidiese por su capitán o maestre de campo cómo se ha de hacer la jornada! ¡Olvidáis que sólo yo llevo comisión y poder completo en nombre de su majestad para decidir qué se hará de este negocio, y que en la guerra, quien desobedece orden lo paga con su cabeza! ¡Os juro que, aun queriéndoos como a un hijo, no dudaré un instante en acabar yo mismo con vuestra vida si ponéis en riesgo la misión que llevo encomendada, que para ello tengo autoridad bastante de ser vuestro juez y, si me obligáis a esto, también vuestro verdugo!

El modo en que habló Forcada amedrentó a Guillaume. Pero, ante todo, le hizo sentir vergüenza de sí mismo el comprender que el capitán llevaba la razón en un punto sustancial: él mismo había escogido servir, no a un señor cualquiera —al cual, al cabo, se puede mudar por otro—, sino a uno que servía al rey con su vida y que estaba en misión en tierra de enemigos. Cuando lo comprendió, el muchacho rogó le disculpara por sus anteriores palabras y prometió conformarse en todo lo venidero a la voluntad del capitán.

Las excusas del mozo no parecieron terminar de aplacar el ánimo de Forcada, que se disponía a salir del aposento de su criado con expresión aún avinagrada, cuando Guillaume le acabó de decir:

—Antes que marche vuestra merced creo debéis entender una particularidad tocante a la persona de la reina de Escocia. ¿Se os acuerda el suceso que refirió en nuestra presencia la señora de Bellegarde, cuando hizo aquella travesura de disfrazarse como la entonces prometida del delfín de Francia y consiguió burlar a éste?

El capitán asintió y, picado por la curiosidad, volvió sobre sus pasos y permaneció en pie aguardando a que Guillaume terminara su discurso.

—Cuando estuve con la dicha reina tan cerca, y aún más, de lo que estoy ahora de vos, comprendí cabalmente que el en ese tiempo príncipe, y luego rey de Francia Francisco II, que Dios tenga en su gloria, tomara a la señora de Bellegarde por su prometida y no advirtiera el engaño, pues son tan semejantes en todo sus dos personas, que aun a sus propias madres confundieran de verse forzadas éstas a

discernir quién fuera cada cual.

El rostro de Forcada cambió de súbito y sus ojos se agrandaron al escuchar la noticia. Luego Guillaume advirtió cómo, mientras le veía cavilar acerca de las consecuencias de lo que acababa de revelar, aparecía en el capitán aquella mirada fija y desmesurada que sólo le había visto alguna vez antes: cuando las manos de Don Juan sostenían los naipes de una baraja.

## ***Carta de un cura encarcelado en la prisión de Marshallsea***

*Del Doctor William Allen, de Reims a 2 de julio de 1586. En las manos de Don Bernardino de Mendoza, embajador de Su Majestad Católica.*

*Dos días ha que recibí la carta que va con ésta, y por ser muy extensa y referir diversas materias y noticias os mando sólo la copia de los puntos que me han parecido le importarían más a vuestra merced por tocar a cosas de vuestro servicio y del de Su Majestad. Es de 26 de junio y la envía un sacerdote de este seminario que está preso en Londres, cuyo nombre conviene que calle, mas a quien podéis conceder entero crédito.*

*A las dos semanas de estar encerrado en prisión rigurosa y completa soledad, me pusieron por compañero de celda a un gentilhombre español de quien supe se llamaba Luis Robledo. Al principio desconfié de él, pues sabe vuestra reverencia cómo en estas prisiones suelen los carceleros introducir como compañía a soplones a sueldo del alcaide, con propósito de que con el trato y confianza sonsaquen mejor y descubran con fingida amistad lo que la tortura no fue bastante a arrancar del pecho de los prisioneros. Digo así que me recaté con él a pesar de ver que había sido muy mal tratado por el señor Topcliffe, de quien es fama su impía crueldad y que sólo responde de cuanto hace ante esta reina de Inglaterra, de quien es sombra y hechura. Mas movíome a tenerle piedad ver en sus carnes las huellas de los terribles padecimientos de la tortura, y comprobar que casi a diario era sacado de su celda y sometido a tormento durante horas, que de día en día se le veía enflaquecer en sus fuerzas y en trance de morir, pues unas veces le ponían en un artilugio infernal que aquí usan y llaman «la hija de Scavenger», el cual aplasta de tal forma el cuerpo de su víctima que le hace brotar sangre de la nariz y la punta de los dedos, y otras en el potro, cuyos estiramientos las más de las veces rompen y casi separan las coyunturas de quien los padece. Descubríle, pues, mi condición de sacerdote y le ofrecí mi consuelo y el sacramento de la confesión, con la mira en salvar su alma si dejaba la vida en uno de aquellos tormentos a que lo sometían.*

*El dicho Robledo, sin embargo, sonriose, y me replicó que tenía en poco aquella tortura, porque más crudelísimos modos emplearon con él los turcos en el tiempo en que fue cautivo en Constantinopla, y no bastaron éstos a torcer su voluntad, y que más temía los que de seguro le aguardaban en el infierno. Tomé esta réplica suya por extraña, y pensé fuera bravuconada y arrojo propio de español, pero él continuó contándome su cautiverio entre los infieles, por lo que llegué a conocer que la terrible marca que cubría su cara, el no tener orejas, y la masa informe y sanguinolenta en mitad de su rostro que le hacían parecer hombre sin nariz, no eran obra de los tormentos presentes, como a lo primero yo había creído, sino el resultado de las bárbaras mutilaciones que sufrió a manos de aquellos verdugos mahometanos. Como insistiera yo en administrarle la confesión, me declaró no podía hacerla con entera tranquilidad de su conciencia, pues aunque se tenía por buen católico, debía primero tomar venganza de un hombre a quien había jurado matar. Hícele considerar que lo que decía era pecado gravísimo, y le puse ante los ojos las temibles penas que esperan a quien se erige en juez por encima de Nuestro Señor, punto éste acerca del cual me declaró que, aun teniendo muy presente y sabido todo lo que yo le representaba, mil veces prefería la condenación eterna a dejar de cumplir con su venganza, que, al decirlo, sus ojos mostraban una pasión y maldad que me puso en gran espanto.*

*Viendo que lo que yo le significaba de la doctrina de Nuestra Santa Fe no hacía en él ningún efecto, quise convencerle de que, pues era imposible que tomara venganza de su enemigo en la prisión en que al presente estaba, y siendo un peligro cierto para su alma que, por obra de aquellos tormentos que a diario le infligían sus verdugos, muriera en pecado, pospusiera su determinación de vengarse y se entregase en manos de Nuestro Señor como buen católico. A esto él me replicó que sabía no habría de morir en aquella prisión, y que por lo que le convenía a esta reina de Inglaterra en negocio que tocaba a su propia vida, ésta había de liberarle. Como yo le preguntara que cómo era así, su rostro se transformó, y con mirada que parecía salida del mismo infierno, me declaró que él sabía bien que el diablo no deja de favorecer a quienes Dios abandona, con tal que deseen con todo el alma tomar su venganza, con lo que si no era Nuestro Señor, sería el maligno quien pondría en su camino ocasión a*

propósito para que él saliera con su intento. Y burlando del espanto en que me pusieron sus palabras, dijo más: que ya tenía probado lo que me decía, pues siendo galeote en una galera turquesca, deseó con toda su voluntad la muerte de un cómitre que solía maltratarle, y que encomendó el cumplimiento de su venganza a Dios o al diablo, que tanto le daba, y al cabo de una hora el dicho cómitre se atragantó con el hueso de un fruto y allí mismo, delante de él, murió como él había solicitado.

Poco después de aquello, continuó diciendo, animado por este buen suceso del cómitre, solicitó a las mismas potencias le concedieran ocasión de alzarse con la galera en la que estaba esclavo y acabar a todos los turcos que en ella iban y que, por tantos años, tan mal tratamiento iban dando a los cristianos. Sucedió así que habiéndose detenido en una isleta que queda cerca de Malta y estando la mayor parte de los turcos en tierra, los galeotes quedaron un momento sin vigilancia, por estar confiados los turcos en los grilletes que les tenía puestos, y ocurrió que, como por milagro, él halló estar los suyos abiertos, de manera que pudo liberarse y librar a todos sus compañeros. Degollaron entonces a los pocos jenízaros que de guardia habían quedado en la galera y se apoderaron de ella. Pero aunque los más de los cristianos querían partirse luego en la nave a Sicilia, él los convenció de que era mejor armarse, bajar a tierra y tomar venganza de quienes habían sido hasta poco antes sus verdugos. Y así lo hicieron, que con ser casi iguales en número a sus contrarios, tal fue la fuerza que puso en sus pechos el ansia de vengar los pasados agravios, que antes de una hora que duró la lucha, no quedó un turco vivo en la isla, y de los de su bando ni uno solo perdió la vida.

Con los días y el trato fui conociendo más historias de su desdichada vida, y, por su parte, él me fue abriendo su pecho, si no como a sacerdote, pues porfiaba en que no le tomaría confesión, sí como a compañero de padecimientos en esta triste cárcel. Más de una noche me despertaron los tremendos gritos y lamentos que Robledo daba en sueños y que me ponían en gran temor y, como suele decirse, con el alma en un puño. Siempre que esto sucedía, gritaba un nombre que más adelante diré, y luego lo sacudía yo y traía a la conciencia por que dejara de sufrir en sus sueños. En una de estas ocasiones, le pregunté qué veía mientras dormía que tanto dolor le ponía en el alma y le hacía gritar tan dolorido y le descomponía el rostro de aquel modo. Me dijo que era ésta una ilusión que se le repetía en sueños, que era verse ya en los infiernos y torturado por los demonios que en él habitan. Que el tormento consistía en que volvían a arrancarle la nariz y las orejas y marcarle la cara con hierro candente, y tan pronto como habían hecho esto, de nuevo le recrecían los miembros mutilados, y los demonios tornaban a quitárselos, y así una vez y otra, de manera interminable e infinita. Pero lo peor de este fantasma era que, por tener algún consuelo a sus padecimientos, él buscaba hallar en tormentos semejantes a los suyos a aquel enemigo al que había jurado dar muerte. Y aunque gritaba su nombre, no aparecía, y así se convencía de que éste había burlado las penas del infierno como lo burlara a él, y que esto era peor dolor para él que el que los demonios le daban.

Por sucesos como éste llegué a saber que el hombre a quien tal aborrecimiento tenía este Robledo era otro español, de nombre fingido Forcada, que su nombre verdadero nunca me lo quiso decir. Aunque sí me aseguró venía éste de casa noble y principal de las que en España hay, y haber tenido con él en otro tiempo entera confianza y amistad, hasta que el otro lo traicionó y abandonó en manos de los turcos, y gastó para sí una gran cantidad de dineros que había de emplear en rescatarlo del cautiverio. Que por esta causa lo odiaba tanto, había jurado tomar venganza de él y lo había seguido hasta Inglaterra, donde, en cuanto se viera libre, bien confiaba en que podría acabarlo. Y me pusieron en qué pensar las palabras que, en tanto me refería estas cosas, añadió en un momento de melancolía, pues díjome Robledo ser aún cosa fantástica para él que un mismo rostro, unas mismas palabras, iguales ademanes, idéntica persona a quien en su día tanto amara y por quien hubiera dado la vida, pudiera serle ahora tan aborrecida con aquel mismo rostro, iguales palabras y ademanes, y siendo la persona la misma, y que tuviera determinado quitarle la vida, y aun el alma si posible le fuera.

Tengo dicho cómo casi cada día sacaban a este Robledo de su celda y le daban tormento por que confesara su intención en venir a aquel reino, que era voz pública en esta prisión, se sospechaba fuese él el instrumento escogido por el rey de España para acabar con la vida de esta reina de Inglaterra, como en su día hiciera con la del príncipe de Orange. Mas una noche, cuando lo volvieron a nuestra celda, vino con tan buen ánimo y como riéndose para sí, que me maravilló. Cuando le pregunté cuya era la razón de su contento, sólo se me abrió para decirme que tenía por cierto le liberarían de allí a poco. Y estaba tan seguro de su próxima libertad, que se despidió de mí y me entregó quince escudos de oro como socorro, asegurándome que más me diera si estuviese en su mano el hacerlo. Prometiome también que hablaría con mis carceleros para que me dieran todo el buen tratamiento que les fuera posible y que, si como él esperaba, llegaba a poder más, haría me pusieran en libertad y que regresara en salvo a Francia. Y que todo esto me lo decía para que yo palpase cómo apreciaba mi persona y la



*tenía él por santa, y para que no dudase de su verdadera fe y amor a Nuestra Santa Iglesia. Y cuando al día siguiente se lo llevaron de la celda (que ya, como él mismo había predicho, no tornó a ella), me pidió le hiciera la merced de rezar por su alma, que, me dijo, sabía podrían mucho con Dios mis oraciones.*

*El caso me puso en gran asombro, y estos últimos días he oído contar que este Robledo era poseedor de algún grave secreto tocante a la vida de la reina, y que ahora el señor Ricardo Topcliffe, que nada hace sin la voluntad y acuerdo de su señora, tenía en tanto a este español, que en todo se guiaba por su parecer, y le había otorgado gran poder de indagar y prender personas sospechosas, con la mira puesta en echar mano a otro español que anda libre en Londres, de quien se cree es el dicho brazo elegido para acabar la vida de esta reina de Inglaterra. Tengo para mí que el español que buscan es aquel Forcada, el antiguo amigo de quien Robledo me habló, y al que tanto al presente aborrece.*

*La gran jugada*

Los días que siguieron a que se le revelara el extraordinario parecido entre Doña Clara y la prisionera de Chartley, se vio a Forcada más ensimismado de lo que ya en él era habitual. Tan pronto rehuía con cualquier excusa el trato y compañía de los demás, como se le podía encontrar en secretos coloquios con alguno de los que la suerte le había puesto por camaradas de su misión. Atendido por el médico de los Southwell, Guillaume dejó de tener fiebre a los pocos días, y pronto pudo levantarse del lecho. Blood y Jerónimo López, a veces con la asistencia del señor Owen y del propio Forcada, se turnaban en vigilar al cervecero y a su mujer. En sus conversaciones con el capitán, Creswell urgía a éste a que marcharan ya de la casa de los Southwell y buscaran otro lugar donde esconderse, pues la tardanza en hacerlo podría levantar sospechas y poner en peligro a familia que tan leal y hospitalariamente les había acogido. Pero ni siquiera el jesuita consiguió sonsacar al capitán cuáles eran ahora sus intenciones, ni si la misión que llevaba encomendada había concluido.

Por fin, una tarde, Forcada reunió en su propio aposento a todos los del grupo, excepto a Blood, quien quedó al cuidado de espiar que el cervecero no les hiciera traición. Todos habían sospechado que el capitán tramaba algo, por lo que cuando éste comenzó a hablar, el silencio y la expectación fueron absolutos.

Forcada calló el asunto del testamento y comenzó por explicarles que la misión para la que habían venido hasta aquí, que era advertir a la reina de Escocia del peligro que corría su vida, ya se había ejecutado, y que, por tanto, estaba de su mano el regresar a Francia. Bastaría con que el señor Owen mantuviera, por medio del cervecero, la comunicación con la reina de Escocia de manera que a ésta le llegara, sin pasar por las manos de Walsingham, la correspondencia de Francia, pero cebando a los agentes del secretario con otras cartas fingidas, para que nunca sospecharan el engaño.

—Se me representa bien que lo que ahora diré a vuestras mercedes —continuó el capitán— excede la ordenanza y comisión que llevo, y, por tanto, antes de referíroslo, cada cual debe saber que desde este momento queda liberado del juramento que me hizo de servirme y acomodarse en todo a mi mando, y es, así, libre de seguir su camino y partir con mi entera gratitud por la lealtad con que he sido servido de todos.

Estas palabras aumentaron, si cabe, la suspensión de los reunidos, y por unos segundos flotaron por la estancia las suposiciones y sospechas que cada uno de los presentes había ido concibiendo y que pronto tendrían desmentido o confirmación.

—Pero si vuestras mercedes determinan seguirme en el intento que ahora me

propongo —siguió diciendo Forcada—, habrán de renovar su juramento, y sumar uno particular de no revelar el secreto de lo que conocerán. Ni aun, y muy señaladamente, a nuestro señor Don Bernardino de Mendoza.

Forcada dirigió su mirada a Jerónimo López y le dijo:

—Señor Jerónimo, soldado soy como vos, y no seré yo quien os venga a reprochar el cumplimiento de la orden que llevabais de informar a Don Bernardino, por aviso secreto, de los pasos que iba dando en mi misión.

El confidente de Cartelegar quedó como fulminado por estas palabras del capitán, sin poder explicarse por qué medios había llegado éste a conocer la existencia de los avisos que por su cuenta había ido mandando a espaldas de Forcada, tal como le ordenara su señor en nombre del embajador.

—... Pero si seguís adelante conmigo, habéis de jurarme que guardaréis el secreto de lo que aquí se hablará, y aun si, por mis pecados, la empresa fracasara, del mismo modo mantendréis el secreto de este intento y lo llevaréis con vos hasta la tumba, que no otro juramento exijo de todos los que aquí estáis.

No fue entre los reunidos, ni unánime ni inmediata la decisión de prestar el juramento que el capitán les pedía. Owen objetó que era mucho exigir de ellos que lo hicieran sin conocer a qué se obligaban y habiendo de faltar, como de las palabras de Forcada se infería, a su primer y principal deber de lealtad para con el embajador Mendoza, a quien todos servían. Jerónimo López estuvo de acuerdo con el galés y porfió en que nada ni nadie le movería a traicionar a su amo Don Bernardino y a su señor Cartelegar.

Forcada arguyó entonces que no exigía de nadie que hiciese deslealtad, mucho menos traición, sino sólo que, decidieran o no secundarle en lo que les propondría, guardaran el secreto del intento, pues de salir éste con éxito, nada de él quedaría oculto al conocimiento de su señor el embajador Mendoza.

—En ese caso, si al fin todo ha de ser entendido por el señor embajador Mendoza, ¿a qué exigirnos tan sagrado voto de guardar el secreto? —replicó Jerónimo.

—La razón es que no se derrame más empresa como la que intento —declaró Forcada—, cuyo buen suceso es dudoso, y que si se comunicara y pidiera licencia al señor Don Bernardino para ejecutarla, además del tiempo que se malgastaría con el ir y venir, podría ser sorprendida y entendida de los enemigos. Aparte de que a ninguna de vuestras mercedes se le oculta que, en negocios tan arduos, no hay que fiar de ninguno, que lo que es conocido de muchos, a menudo se echa a perder sin mala intención de quienes lo conocen, sólo por falta de discreción y disimulo. Mas no pretendo engañaros acerca del motivo que con más fundamento me mueve a rogaros el secreto, que es la certeza que tengo de que, de ser revelado este negocio a nuestro amo, su prudencia le inclinaría a desautorizarlo.

—¿Y pretendéis así que nosotros aprobemos lo que nuestro señor, a quien debemos obediencia por los más sagrados votos, os negaría!? —saltó Jerónimo López incorporándose y golpeando con su puño la mesa.

—Precisamente esto pretendo de todas vuestras mercedes. —Confirmó el capitán.

Forcada dejó que se desfogaran Owen y Jerónimo, que eran los más contrarios a su intento, quitándose la palabra el uno al otro para dar cada uno su razón, que venían a ser una misma, la de tener por locura y gran deservicio aventurarse a ninguna empresa sin consentimiento de su señor el embajador. Creswell se mantuvo al margen de la discusión con su natural comedimiento, observando al capitán con sagacidad, y guardando para sí sus pensamientos. Por su parte, Guillaume, que sabía más que los otros, calló y aguardó a ver en qué paraba todo aquello.

Pasado un momento, el capitán volvió al principio, y de nuevo exigió el juramento anunciado de guardarle el secreto de lo que les diría a continuación, advirtiéndole a Jerónimo López y a Hugh Owen que no menos les obligaría éste que el que tenían de servir lealmente a Don Bernardino y al rey, y que le creyesen si les decía que el uno no haría traición al otro.

El primero en jurar fue Guillaume. A continuación lo hizo el diácono Creswell, observando muy fijamente al capitán mientras su mano se posaba sobre las tapas del Nuevo Testamento y sus labios pronunciaban las palabras precisas, como si quisiera penetrar por los ojos las palpitations más escondidas del alma de Forcada. A regañadientes y en último lugar, juraron también el galés y Jerónimo López.

Sólo entonces Forcada les anunció que su propósito era rescatar a la cautiva reina de Escocia, cuyos sufrimientos y el peligro que corría su vida, y con ella, la causa de la religión, les representó. A continuación, sin dar más lugar a que ninguno le interrumpiera, siguió describiéndoles el plan que había concebido para hacerlo. Su intención era enviar mañana mismo a Guillaume y a Creswell de vuelta a Londres. Allí se dirigirían a la casa del embajador de Francia, barón de Chateaufort, ante quien presentarían cierta seña convenida que éste tenía con Don Bernardino de Mendoza por la que sabría reconocer que venían en su nombre. Pasarían a Francia como criados del legado francés, protegidos por la inmunidad que los servidores de diplomático tienen para entrar y salir del país. Una vez en el continente, se unirían a Castellanos y, después de enviar aviso de su llegada al señor Zubiaur, marcharían a París para hablar a Don Bernardino de cómo habían conseguido advertir a la reina de Escocia del complot que se tramaba contra ella. Pero nada se le diría a éste de la intención de liberar a la cautiva, antes al contrario, se lo ocultarían, por las razones que ya había expuesto. Después, se encaminarían a llevar carta del propio capitán a la señora de Bellegarde, y en compañía de esa dama se dirigirían al punto que el señor Pedro de Zubiaur les tuviera acordado para cruzar el Canal en uno de sus navíos pequeños y desembarcar secretamente en Inglaterra.

Como los demás ignoraban quién fuese esta señora de Bellegarde y qué parte tendría en la empresa, Forcada pidió a Guillaume que contara a los demás lo que a él le había revelado días antes acerca del parecido que ésta tenía con la reina de Escocia. A la descripción tan exacta que hizo de la gran semejanza que existía entre ellas, de cómo la dama francesa se había criado entre reinas y tratado antiguamente a María

Estuardo, añadió el mozo el relato de la ocasión en que Claire de Chesne engañó al delfín de Francia haciéndose pasar por la entonces princesa, lo que impresionó sobre manera a Owen y Jerónimo López, quienes terminaron de figurarse así qué se proponía el capitán.

El resto terminó de referirlo el propio Forcada. Por el mismo medio ya empleado para introducir a Guillaume en Chartley, la señora de Bellegarde entraría en el castillo y sustituiría a la reina de Escocia, que saldría de allí escondida en el doble fondo de la carreta del cervecero. La sustituta permanecería cumpliendo su papel el tiempo preciso para que ellos sacaran a la reina de Escocia de Inglaterra en el mayor secreto, embarcándola de nuevo en uno de los navíos de Zubiaur. Una vez cumplida esta parte, y con María Estuardo a salvo en Flandes, vendría el momento más peligroso de todos y que el capitán confesó tener menos meditado: el de ayudar a evadirse a la doble. La dificultad de este último paso estaba no sólo en sacarla de Chartley, sino en que su huida se podría ocultar por poco tiempo a sus carceleros.

—Pienso si, por medio de ese capitán Bruce, se pudiera hallar modo de sacar a la dicha señora de Bellegarde de Chartley, que luego será fiar a la buena fortuna el pasarnos todos a Flandes en salvo. Bien creo que el discreto señor Owen —dijo Forcada dirigiéndose al mencionado—, como persona que ha tratado a ese capitán y está en comunicación con él, podrá hallar la manera de hacerlo. Una vez os oí referir mencionar teníais meditada una estratagema para sacar a la reina de Escocia disfrazada de hombre, ¿se os ocurre un modo seguro de lograrlo?

Owen pensó un momento, con aquella mirada astuta que tenía y que ahora revelaba también cuánto le complacía tener la llave de asunto tan grave y comprobar la suspensión con que los demás esperaban sus palabras. Luego se levantó y dijo:

—La ocasión me obliga a desvelar el secreto de una traza que ha tiempo tengo acordada con el dicho capitán Bruce, y que si no se ha ejecutado ya, es por faltar el modo de sacar a la reina de Escocia del reino una vez librada ésta de las manos de sus carceleros. Mas puesto que el señor Forcada me certifica no faltará navío que la recoja en alguna resguardada marina de las muchas que en este reino existen y la pueda llevar en salvo hasta Flandes, que es el escollo en que mi estratagema chocaba, bien podrá servir para sacar a la señora que la ha de sustituir lo que el dicho capitán y yo ideamos para la evasión de la reina.

»Lo primero que han de saber vuestras mercedes es que, como ocurre en otros lugares fuertes para facilitar la huida de sus defensores, esa antigua fortaleza de Chartley posee pasadizos secretos que conducen al exterior de ella. Estos corredores subterráneos eran dos, cada uno practicado en la torre norte y en la torre sur. Mas cuando el sir Amyas Paulet llegó al lugar, lo mandó examinar a fondo por asegurarse no había salida de él, y halló uno de los dichos secretos corredores, el de la torre norte, ordenando al punto se cegara y tapiara. Escapó a su maldad el que también existe en la otra torre que dije, pues no es conocido siquiera del dueño actual del lugar, el Conde de Essex, por ser éste poseedor reciente del castillo y estar muy

disimulada su entrada. Bruce lo conoce por un antiguo y católico servidor de lord Ferrers, anterior señor de Chartley Hall, cuyo hijo, también leal católico, entró en la guardia del castillo concertado con el dicho capitán, y con el secreto designio de servir a la reina de Escocia.

»Así, la traza que ese capitán y yo tenemos acordada no es otra que sacar a la reina por el referido secreto pasadizo, con el concurso del criado del dicho Bruce y del mencionado soldado de la guardia, resolviendo toda la dificultad de llevarlo a efecto en lo alejada que queda esa torre de los aposentos que ocupa su majestad, que ha de ser en ocasión que el resto de la guardia esté muy desavisada, o con alguna otra argucia y engaño, que pueda pasar esa señora a la dicha entrada del pasadizo sin ser advertida, pues de noche, aún más que de día, ese infernal hereje de Paulet tiene muy prevenida a la guardia para que vigile todos los corredores del castillo. Mas creo que, con ayuda de Nuestro Señor, cuya es esta causa, habremos de encontrar el medio de hacerlo, y lo que había de servir para salvar a una reina, lo mismo ha de valer para liberar a esa señora que nos hará el servicio de ocupar su lugar poniendo tan en riesgo su vida».

Forcada y los demás recibieron con entusiasmo el plan de Owen, y el resto de la velada la pasó el grupo repasando los detalles de toda la estratagema, desde el principio al final, aportando, sobre la traza general de Don Juan, cada uno según su experiencia e ingenio, el modo de perfeccionar todos los pormenores.

Entrada la noche, el capitán despidió a Owen y a Jerónimo López, volviendo a agradecerles su concurso y consejo y encomendándoles mucho el secreto que le habían jurado guardar de todo lo allí tratado. Una vez a solas con Creswell y Guillaume, les instruyó más por lo menudo de lo que debían hacer en lo que les tocaba de la misión.

—Éste es un pasaporte auténtico, firmado y sellado de la propia mano del secretario Walsingham —les dijo Forcada enseñándoles el salvoconducto—. Se lo tomé a Antonio del Río, agente del dicho sir Francis, en París, y de él sacó el señor Oberholtzer varias copias para nuestro uso, tan idénticas a éste, que ni el mismo señor secretario de la reina los diferenciaría. Se ha raspado con cuidado el nombre que figuraba y puesto en su lugar el de George Lacy, nombre fingido que seguirá empleando vuestra merced. El pasaporte sólo lo mostraréis en caso forzoso.

Creswell y el mozo asintieron y el capitán se lo entregó al jesuita. A continuación, Forcada sacó de su faltriquera la mitad de una moneda.

—La mitad que completa esta moneda la tiene el señor de Chateauneuf, y mostrándosela, él sabrá que van vuestras mercedes en nombre de Don Bernardino. El tiempo que habréis de pasar en casa del dicho embajador de Francia, no os abráis con éste más que en decirle vais a llevar nuevas a Mendoza de la misión que éste os encomendó. No fiéis tampoco en ninguno de sus servidores, y andad advertidos de sus entradas y salidas de la casa, no vayan a haceros traición y comunicarse con espías del secretario Walsingham. Aparentaréis ante ellos ser caballeros franceses, y

ante los ingleses, criados del embajador. Pero si vierais señal de peligro en pasar a Francia bajo esta cobertura, lo haréis en cualquier navío que se parta para Flandes o Francia, usando del salvoconducto firmado del secretario y del dinero que os daré por si hubierais de emplearlo en sobornos.

Forcada hizo una pausa para ver si se habían entendido bien sus instrucciones y luego sacó varias cartas, se las entregó y continuó diciendo:

—Llegados en Francia, entregaréis estas cartas. La una va para el señor Zubiaur y es la que más urge que parta luego, la cual mandaréis desde el lugar en que desembarquéis con correo expreso. Va ésta escrita en claro, porque no levante sospecha si os la tomaran, con lenguaje propio de mercaderes, según una clave que Don Pedro y yo utilizamos en otro tiempo y sólo él entenderá. La segunda es aviso que entregaréis a Don Bernardino, en su propia mano, a vuestro paso por París. La he escrito en una clave que suele emplear el embajador de Francia, y como si fuera de mano de éste. Si os vierais forzados a dar cuenta de ella, diréis es encargo que el señor de Chateauneuf os hizo, y que nada más sabéis de ella. La última son unos sonetos galantes escritos en latín que entregaréis a la señora de Bellegarde, que ella entenderá bien su contenido por emplear una clave de la que usábamos en los años en que servimos a la reina Doña Isabel de Francia, que Dios haya en su gloria. Luego que os reunáis con la dicha Doña Clara, aguardaréis a que os llegue nueva de Zubiaur advirtiéndoo de dónde os habéis de embarcar con él para pasar de vuelta a Inglaterra. Desde el punto en que os desembarque Don Pedro, vos, señor Creswell, sabréis guiar hasta aquí, en el mayor secreto, a esta dama.

Cuando ya el jesuita y el mozo se disponían a salir del aposento, el capitán apretó el hombro de este último con ternura y le dio su último consejo:

—Hijo, cuidado que esa dama venga en salvo, y no confiéis sino en el padre Creswell, que es hombre de juicio y verdadero en todo extremo y os sabrá guiar. Andad prevenido con Castellanos, pues aunque es de servicio y mañoso, también es chocarrero y perseguirá siempre su medro e interés: no le comunicéis sino lo que os sea obligado para el negocio. Y, por encima de todo, cuidaos de vuestra persona, e id muy advertido, que yo quedo con harta congoja y cuidado hasta que os vea de vuelta.

*Juego de sombras*

Tras la marcha de Creswell y Guillaume, Forcada quedó con el ánimo inquieto y sobresaltado, temiendo que les sucediera alguna desgracia en su viaje y no viendo el momento de que estuvieran de vuelta con la señora de Bellegarde. Los días se le pasaban en hacer cuentas de las jornadas que precisarían sus enviados para hacer su viaje de ida y vuelta, y a cada momento, según tuviera el ánimo más o menos esperanzado, variaba el cálculo, pues unas veces estimaba en sólo cinco o seis los días que tardarían éstos en alcanzar París, y otras la suma no le bajaba de las dos semanas.

Para ayudarles en la tarea de vigilar al cervecero, Owen hizo venir a dos de los agentes de su red, por los que entendieron de la llegada a Chartley del descifrador Phelippes. Pero como las malas noticias nunca vienen solas, también trajeron la nueva de que Robledo estaba libre.

—Mas no para ahí nuestro infortunio —aseguraba Owen al capitán—, pues que además de libre, el tal Robledo se conduce ahora como persona muy autorizada y confidente del señor Richard Topcliffe y, acompañado de alguaciles y corchetes, no hay taberna, hospedería, ni casa de mercaderes extranjeros en Londres que no estén registrando en busca de un español del que han echado voz por toda la ciudad tiene designio de matar a la reina de Inglaterra por orden del rey de España. Afirman aun que lo ha de hacer con ayuda de cortesanos de la propia Isabel, católicos secretos, y por la suma de seis mil libras que le tiene prometidas Don Bernardino de Mendoza, que algunos elevan a siete u ocho mil, por considerar que vale más esta reina que el príncipe de Orange, por cuya vida ofreció el rey de España a quien se la quitase la primera cantidad, que vienen a ser obra de veinte mil escudos. Se publica que han ofrecido hasta cien libras a quien denuncie dónde se oculta el asesino, que dicen ser su nombre Forqués, por el vuestro de Forcada, y en las tabernas de Londres se apuesta si el español saldrá con su intento y hasta los días que tardarán Topcliffe o el secretario Walsingham en prenderlo.

—¿Han registrado en la casa de mercaderes donde tuvimos nuestra posada?

—Aún peor que esto, que han tomado presos a algunos de los criados de La Bellota por apretarlos y forzarlos a confesar el paradero de vuestra merced, pues el Robledo no olvidó las señas del italiano que le burló en Portsmouth y, siguiéndole el rastro, averiguó fue allí el lugar donde paró en su última estada en Londres.

—¿Han tomado la persona del señor Benedetto Capello?

—¡Dios no ha permitido sea tan ruin nuestra fortuna, que tengo noticia cierta de que llegó a Francia en salvo!



—Si sólo han tomado algunos criados de mercaderes no nos estará tan mal la cosa, pues nada sabrán decir, por haber estado allí nosotros tan apartados de todo trato. Y con quedar ya en Francia el señor Capello, que es la única persona que conoce el destino que llevamos, de ninguno de aquéllos podrán sacar cosa que les aproveche. Pero aún siento que el Robledo, una vez entienda no le lleva a nada ese rastro, no se contentará, y como lo guía el demonio y tiene mucha industria, es de temer termine por adivinar adónde apunta nuestro tiro. Que si se convence de que no vamos con intención de matar a esta reina de Inglaterra, inferirá estamos aquí a lo de la reina de Escocia.

—Dice verdad vuestra merced, y yo siento a mi vez que hemos de procurar cebarlo en su primera suposición y ocuparlo en que nos busque en Londres, por tenerlo así apartado de aquí, máxime cuando aguardamos la venida de esa dama de Francia...

—Pero ¿cómo podemos lograr que se engañe?

—Haciéndole creer que vuestra merced sigue en Londres.

—¿Y cómo ha de ser así, siendo que no estoy yo allí?

—Entrándole por los ojos y los oídos a alguno que el Robledo piense sois vos, como a los perros de presa se les lleva a donde se quiere engañándoles con el olor de lo que persiguen. Que bastará con el rumor ya sembrado de que estáis en Londres y mostrar aquí y allá a hombre que se haga pasar por vuestra merced y a quien, para confirmarle más en su certeza, él pueda creer sois en verdad vos por alguna seña conocida suya de vuestra persona, con que se le burle la dañosa intención que lleva. Que siento podría servirnos de artificio para engañarlo el medallón que acostumbráis llevar colgado, que viniéndole noticia se ha visto a uno que lo lleva, se convencerá no puede ser otro sino vos. Y para el hacer copia fiel de ese medallón no es menester más industria que tomar dibujo de él y mostrárselo a algún joyero de los de la Libertad de San Martín, que conozco allí varios de estos que fabrican falsificaciones tan diestras que ni el propio dueño las distinguiría del original.

A Forcada le pareció que podía intentarse la idea de Owen, y le entregó su medallón para que dibujara una reproducción que sirviera al joyero de modelo.

—Falta por determinar quién podrá hacerse pasar por mi persona...

—Tengo por el más a propósito para esto a mi criado el señor Blood, pues conoce cada piedra de Londres y es hombre muy práctico y advertido. Mas vendría la cosa mejor ajustada si le acompañara el señor Jerónimo López, pues nadie es mejor para sustituto de un español que otro español.

—Sin embargo, me pesa hayan de correr esos señores tal riesgo de perder su libertad, y aun la vida, por hacerme este servicio, que el Robledo es astuto, y temo no termine por descubrirles la traza.

—No tengáis cuidado de ello, que os certifico que el señor Blood es avisado en todo extremo, y como parido y criado en Londres, no le faltarán personas que le socorran para este negocio y podrá guiar al López yendo ambos bien concertados.

—Hay otro asunto que he descuidado y acaso esta ida del señor Jerónimo y vuestro criado a Londres sea ocasión para ocuparse en él. Se acordará vuestra merced de aquel Antonio Babington que había de ir por cabeza de la falsa conjura urdida por el Gifford y el Ballard. Los señores Blood y López podían llevar a su cargo el advertir a ese pobre gentilhomme del peligro, para desengañarlo y que se ponga en salvo con los otros juramentados.

Owen meditó un instante y observó al capitán con aquella expresión de astucia tan característica en él. Luego de unos segundos, declaró:

—Conozco la buena intención de vuestra merced, mas en tanto viene esa dama que ha de sustituir a la reina de Escocia en su cautividad, se saca a ésta de Chartley, se la pone en salvo en Flandes y se rescata a la doble, habrá de pasarse no menos de un mes, tiempo muy dilatado para precipitar ese otro negocio del Babington.

Forcada intuyó lo que se proponía el galés, pero le pidió que declarara más abiertamente cuál era su idea.

—Conocemos que la reina de Inglaterra, por medio del señor Topcliffe y Robledo, os anda buscando, sospechosos de que seréis su asesino. El secretario Walsingham, por sus agentes Gifford, Poley, Maude y acaso también Ballard, alimentan la conspiración de Babington para tomar las cartas de la reina de Escocia y poder culparla de intentar asesinar a la otra soberana. Por esta razón han mandado ahora aquí al descifrador Phelippes, a la espera de la respuesta que ha de dar María a la carta del caballero Babington. Nos conviene así, que a vuestra merced lo tengan, tanto Topcliffe como Walsingham, por implicado en las dos tramas, dejándoles creer que estáis en Londres y en trato con Babington. Y convendrá también que la respuesta de la reina de Escocia se alargue, dando tientos y excusas para no satisfacer los deseos de Phelippes y el secretario. Eso nos dará tiempo para salir con nuestro intento y burlarlos a ambos, y sólo a lo último, mandar aviso a Babington para que se huya con los demás.

Forcada sopesó la propuesta de Owen. Se le hizo evidente que no tenía alternativa a lo que le proponía el galés. Sin embargo, tampoco se le escapaban los riesgos: ponía en peligro la vida del caballero Babington y sus amigos, utilizándolos conscientemente para engañar a Walsingham, y sin que hubiera garantías de que pudieran salvarse al final, pues el secretario podía perder los nervios en cualquier momento, y antes de que ellos llegaran a avisarlos, estarían ya todos arrestados y se les haría ejecutar inmediatamente como prueba de la realidad de la conspiración. Pero lo peor era que la trampa de Owen jugaba con la vida de Blood y Jerónimo López de una manera que remordía especialmente a su conciencia, colocándolos como cebo, a la vez, de los agentes del secretario y del odio vengativo de Robledo. Su intuición le decía que aquello podría terminar en un baño de sangre y muchas vidas perdidas que pesarían sobre su conciencia. Pero su razón le aseguraba, a la vez, que el ingenioso plan de Owen era la única oportunidad que le quedaba de ejecutar su intento de liberar a la reina María.

—Llamemos luego a Blood y López para que los instruyáis en lo que deben hacer una vez en Londres —terminó por aceptar el capitán.

### *Un billete del secretario Vázquez*

Los soplones del secretario Walsingham y los chivatos al servicio del señor Topcliffe tuvieron mucho trabajo durante las siguientes semanas. Los primeros detectaron la presencia de dos nuevos y desconocidos sospechosos que parecían asociados al grupo de conspiradores del caballero Anthony Babington. Se vio a éstos por primera vez volviendo de Holborn, en las afueras de Londres, lugar donde tenía su residencia habitual aquel joven gentilhomme. Se les encontró de nuevo días después entrando o saliendo del Three Tuns, en Newgate Market, del Rose, en Temple Bar, y del Castle Inn, cerca del Exchange, lugares todos ellos frecuentados por Babington y sus amigos y que, por esta razón, había ordenado el secretario que estuvieran discreta y constantemente vigilados. También se les había visto en Fleet Street, y se sospechaba que hubieran visitado al embajador francés, barón de Chateauneuf, en Salisbury Court.

Sin embargo, ninguno de los agentes de Walsingham sabía dar razón de quiénes fueran estos desconocidos, ni de qué se traían con la gente de Babington. De hecho, para desesperación de los informadores del secretario, ni siquiera se les había visto tratando con ninguno de los miembros del círculo de Ballard y Babington, y ni Poley ni Maude los conocían ni supieron decir nada acerca de ellos. Lo único de que daban cuenta los informes era de que se trataba de dos hombres de mediana edad y con apariencia de ser muy principales, el uno vestido a la inglesa muy como caballero, y el otro, de cierto aire marcial, se cubría con un vistoso gorro adornado de suntuosas plumas y llevaba siempre colgado de su cuello un inconfundible medallón de oro macizo. Se ignoraba también dónde se alojaban. Escurridizos y fantasmales, aparecían y desaparecían de pronto, y ninguno de los espías del secretario había logrado seguirles el tiempo suficiente para dar con su posada.

Igual de desconcertados estaban los hombres del señor Topcliffe, pero hacían algo más que mirar las idas y venidas de los dos fantasmas: dirigidos por Robledo, en cuanto hallaban un rastro se lanzaban como perros de presa sobre él. Se habían registrado ya una posada de las afueras, en Shordiche, la de La Media Luna, en Southwark, y la de Bull's Head en Temple Bar. El resultado era siempre el mismo: el peregrino español y sus corchetes parecían condenados a llegar unas horas, unos minutos, unos segundos después de que los espectrales huéspedes se hubieran desvanecido en el aire. Los interrogatorios a posaderos y criados nunca conducían muy lejos: nadie les conocía ni les había tratado en particular; pagaban bien y apenas paraban por sus aposentos. El único de los dos con el que alguno había cruzado palabra era el caballero inglés: el otro, que se significaba por el lujoso medallón que

colgaba de su cuello, y tenía aspecto extranjero, no despegaba los labios.

Para mayor confusión, llegaban avisos de que se les había visto por todos los rincones de Londres. En un solo día se les siguió el rastro en el desembarcadero de Pauls Stairs, en la orilla norte del Támesis; en el Paris Garden, en la orilla sur; en Vitners Hall, en Thames Street, y en la zona del Spitel, en las afueras, lugares todos muy alejados entre sí y por donde distintos chivatos juraron haber visto a la pareja. Pero cuando llegaban Robledo y sus guardias, como siempre, ya no había el menor rastro de ellos. El señor Topcliffe empezaba a impacientarse con su confidente español por la falta de resultados de la caza, y se irritaba con sus soplones por la sospecha de que éstos multiplicaban los avisos con el único fin de ganarse la recompensa que había prometido a quien acertara a conducirles al arresto del asesino español.

A muchos kilómetros de allí, en San Lorenzo, la gota del rey se había agravado hasta el punto de obligarle a guardar cama e impedirle, la mayoría de los días, despachar con normalidad. Uno de los últimos días de julio, sin embargo, el dolor remitió un poco y, a la noche, pudo reunirse con el secretario Idiáquez, con quien estuvo tratando de los asuntos de Francia y del contenido de los últimos despachos recibidos del embajador Don Bernardino de Mendoza.

—A propósito de esto, se me acuerda ahora lo de aquel capitán Forcada que mandó Don Bernardino a Inglaterra —comentó Felipe II—. Había un memorial que debíais mostrarme.

—También llegó hace días un billete del señor Mateo Vázquez en esta misma materia —replicó Idiáquez— que no ha podido leer vuestra majestad por su dolencia.

Felipe II pidió a su secretario que, pues su pulso era tan ruin que apenas podía hacer nada con las manos, le leyera primero el memorial.

Lo que Idiáquez leyó era un memorial bastante breve, redactado dos años antes, cuando el embajador Mendoza decidió proponer la contratación como inteligente del capitán. Apenas hacía referencia a otra cosa que a los servicios prestados en Flandes, Italia y La Goleta. De sí mismo, Forcada no escribía más que las habituales fórmulas de devoción al rey y deseo de servirle, y nada acerca de su origen o de los anteriores servicios realizados por su familia. Terminaba con unas líneas de recomendación del propio Don Bernardino, asegurando conocía al capitán del tiempo que pasó en Flandes y lo consideraba persona útil y merecedora del entretenimiento propuesto, sobre todo por tener mucho trato con varios católicos ingleses de cuenta y con personas importantes de la Liga católica. El propio rey, en su día, había escrito en el margen del memorial, autorizando así su contratación como espía: «Hágase como Don Bernardino dice, que si tiene las inteligencias que parece, será bien emplearlo».

—Veamos ahora qué escribe el señor Mateo Vázquez. Idiáquez leyó:

*De la persona del capitán Juan de Forcada que V. Md. me escribe, puedo decir es su verdadero nombre Don Martín López de Ayala, hijo de Don Hernando de Ayala, que es señor de Villafañe y del hábito de Santiago y pariente de los Condes de Valencia de Don Juan. Este Don Hernando tuvo dos hijos varones, que el uno es este Don Martín, y el otro Don José de Ayala y Manrique de Lara, a quien V. Md. mandó por embajador ante el serenísimo Duque de Saboya, amado yerno de V. Md. La madre de éstos y mujer del Don Hernando de Ayala es Doña Felipa de Castro y Manrique de Lara, que fue dama de nuestra emperatriz que Dios tenga en su gloria y madre de V. Md. Siento que el dicho Don Martín debió de tomar nombre de su abuelo, Don Martín López de Ayala, que fue también caballero principal de este reino, siendo el fingido que ahora usa tomado de su abuela, Doña Mencía Ruiz de Soler y Forcada, de la baronía de Castellvell, que está emparentada con las casas de los Cardona y Centelles, que son de las más principales de aquel Principado.*

*En lo que toca a la inclinación de su persona, su fama es de buen soldado y muy de servicio y V. Md. habrá visto los memoriales del secretario del Consejo de Guerra y el que entregó ha dos años a Don Bernardino. Pero enterado más en particular, como V. Md. me mandó, de la condición de su persona, me ha dicho alguno que lo conoció y trató, es este Don Martín gran jugador y acaso hombre burlador y vicioso. He entendido así, que siendo aún mozo, no le cumplió la palabra que tenía dada a una dama de las francesas que trajo consigo la difunta reina Isabel de Francia, segunda mujer de V. Md., tan querida de todos vuestros vasallos y que Dios tendrá en su gloria, de desposarla al término de los estudios que hacía el dicho Don Martín en la Universidad de Alcalá. Además de haber levantado algún alboroto en esa villa de Alcalá por el mismo tiempo de lo otro, y dejado muchas deudas, causa por la que se partió luego de allí sin acabar sus estudios. Y lo que es muestra de la ruin disposición de su persona es que puso pleito contra su hermano, procurando removerle de su condición de primogénito para heredar él mismo el mayorazgo, usando para ello la razón de asegurar había sido nacido su dicho hermano antes de matrimonio, y ser por ello ilegítimo, que fue gran afrenta al honor de padres tan nobles y señalados, y ofensa que hirió a la madre y movió al padre a maldecir de él y negarse a tratarlo de ahí en adelante.*

*Entiendo fue éste el motivo de que mudara su nombre por este otro de Juan de Forcada, y aprovechara luego la ocasión de salir de España y partirse a Flandes con la jornada que en el año de 1567 hizo el difunto Duque de Alba a poner orden en las cosas de esos señoríos, y después a los de Italia, no regresando desde entonces a estos reinos, que va ya para veinte años. Así me lo afirmó un soldado que lo conoce y tuvo mucho trato y confianza con el Don Martín, que pasó por esta corte a primeros de este año y venía huido de una galeota turquesca donde había estado cautivo obra de doce años, que es milagro sobreviviera a sus trabajos, y al que recomendé al Duque de Parma, sobrino de V. Md, por piedad de los muchos infortunios que me contó había pasado. Pues digo que este antiguo soldado, que se llama Luis Robledo, y es hombre verdadero en todo extremo, me dijo que el dicho Don Martín era gran traidor, certificándome haber vendido a sus camaradas como pago por rescatarse de los turcos cuando lo tomaron en La Goleta, y no merecer su persona la menor confianza, cuanto más estar en el servicio de V. Md.*

El secretario Idiáquez dobló el papel de Mateo Vázquez con expresión atribulada, en la comprensión de que, si era cierto lo que éste afirmaba, a él mismo le afectaba, como secretario de Estado y responsable de la contratación de los espías, el haber admitido los servicios de este capitán Forcada sin hacer mayores comprobaciones acerca de su persona.

Felipe II lo adivinó al momento y sonrió:

—No os turbéis, Don Juan, que si alguno de estos espías fuera hombre de verdad mal podría hacer su oficio. No es en vuestra merced donde está el yerro, sino en el señor embajador por no haber entendido mejor la condición de quien admitía. Además que siento que lo que escribe en este papel el señor Mateo Vázquez se funda en su mayor parte en la opinión de ese otro Robledo, que puede ser el suyo testimonio apasionado y de mala fe. Así, escribiréis a Don Bernardino contándole la sustancia de

lo que dice el secretario, y le encargaréis mire mucho en averiguar qué parte es verdad en todo ello. Mas esto, para cuando el Don Martín regrese de su negocio en Inglaterra, que por las obras se verá, mejor que por otra cosa, si ha engañado en algo.

## *La pasión de Don Martín*

Don Bernardino, sin embargo, ya había recibido por otra vía informe acerca del pasado del capitán Forcada. Los días anteriores, mientras él se hallaba fuera conferenciando con la Duquesa de Montpensier y el señor de Mayneville, le había llegado con el correo ordinario carta de Doña Ana de Mendoza, su hermana.

*Por las señas que vuestra merced me da, y por cosas que se me acuerdan aún y otras que he averiguado ahora, puedo deciros que el capitán Juan de Forcada por quien me preguntáis debe de ser nombre fingido de otro gentilhomme cuyo verdadero nombre es Don Martín López de Ayala. Sus padres fueron Don Hernando de Ayala y Doña Felipa de Castro y Manrique de Lara. La cual señora cuenta entre sus deudos al Duque de Nájera y al Marqués de Aguilar, y casó con este Don Hernando, señor de Villafañe, pariente de los Condes de Valencia de Don Juan, que fue fiel servidor del emperador, a quien acompañó en muchas de las jornadas que éste hizo en Alemania, Italia y Berbería, y tuvo asiento en sus consejos. Éstos, además de otras hijas menores, tuvieron dos hijos varones, que el segundo es el dicho Don Martín, y tomó el nombre de su abuelo, y el mayor es Don José de Ayala y Manrique de Lara, al cual debéis conocer bien, pues fue enviado el pasado año por embajador de Su Majestad ante el serenísimo Duque de Saboya.*

*Asómbreme que vuestra merced no se acuerde del grande escándalo que causó en esta corte, en el año de 1566, la nueva del pleito que por el mayorazgo puso este Don Martín contra Don José, su hermano primogénito. Alegó el primero por fundamento de su reclamación que el otro había sido concebido antes del matrimonio, siendo por ello ilegítimo de todo derecho, y que, por lo tanto, le correspondían a él todos los títulos y señoríos familiares.*

*Causó, como digo, gran alteración y suspenso un caso tan raro y nunca visto, por tocar a la honra de casa noble y esclarecida, e ir contra la propia del denunciante el poner en almoneda el honor de su misma madre. Que era ésta señora muy alabada y estimada de todos por su honestidad y discreción, y había sido en su juventud dama de la emperatriz Doña Isabel, de grata memoria. Por lo notable del caso, se discurió mucho en esta corte cuál fuera la causa de la mucha demasía de este pleito entre gentes tan nobles, y se vino a saber y tener por cierto haber nacido el desacuerdo por rivalidad de los dos hermanos en el amor de una doncella de Alcalá, que fue como sigue.*

*A este Don Martín, siendo mozo de 13 o 14 años, por hallarle acomodo en el servicio del rey del que pudiera esperar futuros honestos premios, mandó su padre Don Hernando a la corte, e hizo entrar en la casa de la reina Isabel, que en este tiempo acababa de venir de Francia por esposa de Su Majestad. Me contó señora que bien puede saberlo por haber sido de las damas españolas que servían a la difunta reina Isabel de Valois, que en ese tiempo anduvo Don Martín cortejando a una de las damas francesas que trajo consigo la dicha reina, de las más jóvenes y hermosas, llamada Doña Clara de Chesnay o de Chesne, que luego de muerta su señora, tornó a Francia. Me refirió que aun se tuvo por cierto que el Don Martín había dado a ésta palabra de matrimonio. Mas a la edad de 17 años, por tener muy cierto su padre que de su buen ingenio e inclinación a las letras se podía esperar el premio de hacer carrera en los consejos del rey, lo envió a Alcalá de Henares, con fin de que aprendiera la latinidad y estudiase artes, teología y ambos derechos, civil y canónico.*

*En esa universidad aprovechó tanto el dicho Don Martín en los primeros años que allí estuvo, que no hubo en ella quien con tanto primor y destreza compusiese versos latinos en todo género de composición. Y no sólo en esto se aventajó, sino en tener noticia de la lengua griega y en otras artes liberales, que fue tanto, que en muchas y diferentes ocasiones llevó el premio del mejor poeta que entonces hubiere en aquella universidad.*

*Fue Don Martín hasta los 20 o 21 años virtuosísimo y cuidadosísimo de su alma, tanto que pudieran con razón competir las partes de su buen entendimiento con las de su buena inclinación. Hasta que creciendo la edad y soltura de la juventud, vino a sucederle poner los ojos en una doncella de su misma*



edad, hija de padres tan nobles como los suyos y no menos ricos, la cual era alabada en todo Alcalá por su gentileza y extrema hermosura, y estimada por su recato y discreción.

La dicha doncella llamábase Doña Constanza de Beaumont, y por alcanzarla y hacerla su esposa dio Don Martín principio a su locura. Que pues, como estudiante e hijo segundón no tuviera hacienda bastante para aspirar a la mano de tal doncella, por conquistar su amor y aparentar más de lo que era, y por tener con qué regalarla y prenderla, comenzó a apartarse de su anterior virtuosa vida. Y así, vendió y empeñó cuanto poseía, y cuando hubo acabado con toda su hacienda, dio en caer en el vicio del juego, el cual, además de consumirle los restantes dineros, le puso en contagio de malas compañías y peores ejemplos.

Ocurrió en el mismo tiempo que a su hermano mayor Don José le sucedió una tan grave enfermedad y tan peligrosa, que se tuvo por cierto que no escapara de ella con la vida. Sus padres lo lloraron ya por muerto, y así, con fin de encontrar consuelo a su pena en la compañía y trato de su otro hijo, enviaron a Alcalá a por Don Martín. Apenas supo éste la peligrosa enfermedad de su hermano cuando luego se juzgó por heredero y aun por heredado, y esparciendo por Alcalá la voz de su nueva riqueza, encontró fácil crédito con que comprar las mejores ropas con que vestirse, los más lucidos caballos que montar, y aun compró carroza y muchos criados que le sirvieran y mostrasen su gran calidad y ostentación. Todo ello con la mira puesta en presentarse ante Doña Constanza y sus nobles padres como el mejor partido que pudieran desear para marido de ella.

Como ya de su trato y regalos la doncella se había prendado de las buenas partes de Don Martín y correspondía con su amor al loco que él le profesaba, los padres de Doña Constanza, informados de quién era el galán, convinieron en concederle la mano de su hija e hicieron las amonestaciones, pero con condición de que habría de concertarse el casamiento cuando los padres de Don Martín lo trataran y aprobaran con ellos, que habría de ser pasado el luto por la muerte del hermano primogénito.

Pero sucedió que pronto hubo de desengañarse Don Martín de sus esperanzas, pues casi fue todo en un mismo tiempo alcanzar el amor de Doña Constanza y llegarle aviso de sus padres de que su hermano Don José había tornado a cobrar entera y cumplida salud. Así como se corrió esta nueva por Alcalá, los mismos que con tanta liberalidad le habían prestado dineros con la mira en verlos devueltos con creces del rico mayorazgo que le aguardaba, se dieron prisa en apretarle que les tornase lo que les debía; y aquellas mismas compañías que ayer le alababan y se disputaban su trato, ahora le dieron la espalda y le rehuían.

Por el peligro cierto que de verse preso por deudas corría su persona, además de por no sufrir la vergüenza de verse despreciado ahora por su prometida y padres, quienes se declararon engañados y afrentados por Don Martín, éste se partió una noche en secreto de Alcalá y se huyó a Madrid, no llevando con él otra cosa que su persona y su infortunio.

Mas la grito del escándalo de la doncella engañada y las deudas que había dejado en Alcalá llegaron a oídos de los padres de Don Martín, los cuales, viendo ya sano a su hijo primogénito, tanto para asegurarse de otro semejante trabajo, como por cumplir con su honor y la palabra de matrimonio dada a Doña Constanza, pensaron remediar las dos cosas casando a Don José con la dama burlada por su otro hijo, como luego se efectuó con gran contento de los padres del uno y de la otra.

No conformose Don Martín con ver a la señora que idolatraba casada con su hermano, y ya fuera por venganza, ya por considerar que el dinero todo lo allana, puso el pleito que tengo dicho contra el mayorazgo de su hermano, de lo que sólo resultó el mayor descrédito de su persona, pues se falló en su contra y se le condenó a pagar las costas y a pena de destierro a diez leguas de la corte por cinco años. Éste fue el motivo que aprovechó para pasarse a Italia y allí unirse a la jornada que por aquel tiempo hizo el Duque de Alba a los estados rebelados de Flandes.

El disgusto que el proceder y mala vida de Don Martín dio a sus padres les acabó pronto la vida, que Don Hernando murió al tiempo que sucedía lo del pleito, y Doña Felipa le siguió a la tumba unos meses después, de lo que el Don José quedó muy sentido, cargando la culpa de ello en su hermano Don Martín. Bajo el nombre de Juan de Forcada, que es con el que vuestra merced lo conoce, va camino de veinte años que Don Martín López de Ayala se emplea en servicio de Su Majestad, y según entiendo ahora por vuestro medio, sin haber vuelto a pisar esta corte, que no sé si pensar que la vergüenza de sus pasados desatinos le hayan al fin corregido y mudado su anterior mala condición, o se recata y oculta sus antiguos malos propósitos y poca fe que se puede dar a su persona.

Mendoza se quedó pensativo tras la lectura de la carta de su hermana y al poco llamó a Cartelegar para que le refiriera más despacio lo que había tratado con el padre

Creswell y el mozo Guillaume de Tallenay cuando pasaron por allí.

—Vinieron mientras vuestra excelencia estaba en el negocio de la Duquesa de Montpensier —declaró Herman Cartelegar—, y aunque les pedí que aguardaran vuestro regreso, me dejaron los avisos y cartas que habéis visto y marcharon luego, que me dio qué sospechar su mucha prisa. De modo que los hice seguir por uno de vuestros criados, que me ha referido salieron estos dos en compañía de Castellanos, servidor del nuncio y que fue muchos años criado del capitán Forcada, y se dirigieron a donde aquella señora de Bellegarde, casa en la que, por lo que se sabe, al presente están.

—Hablé a la Duquesa en lo de esta señora de Bellegarde, que es gran amiga suya, y lo que me supo decir es que le tenía encomendado lo del negocio del casamiento de la hija del Duque de Nevers con el príncipe de Joinville, que es asunto importante, por lo que interesa apartar al Duque del partido del rey y granjeárselo para el de Guisa. Mas no osé inquirir más allá de esto ni conocer por ella qué une a esta señora con el capitán Forcada. Ahora he visto una carta que mi señora hermana me escribe, la cual me ha dado mucha luz en esto. ¿Por qué motivo sospecháis vos que han ido a casa de esta señora el padre Creswell y el mozo?

—El no alcanzárseme el motivo de su estada en casa de esta señora, junto al que no me comunicaran su intención cuando con ellos hablé, es justo lo que más en sospecha me pone de que llevan algún oculto designio. Además de otros respectos que he estado considerando durante la ausencia de vuestra excelencia, que el primero es la poca razón que veo en esta su venida a Francia, pues que me declararon era sólo por entregar estos papeles que bien pudieran haberlos hecho llegar por otro medio. La segunda sombra que hallo en esto es que si fuera por comunicar a boca a vuestra excelencia alguna materia que fuere únicamente para vuestros oídos, no se comprende su prisa y el no aguardar que tornaseis. Y la tercera y última, el hallar contradicción en lo que me declararon de que el señor de Forcada quedaba donde tienen presa a la reina de Escocia, y haber recibido estos días avisos por otras vías de que el capitán se halla en Londres, y muy buscado por los agentes de aquella reina de Inglaterra, que le tienen por sospechoso de llevar el intento de acabarle la vida.

Los celos de Mendoza, ya crecidos con la lectura de la carta de su hermana, aumentaron más al escuchar las razones de su confidente.

—Hay mucho que mirar en todo esto —concluyó—. La carta del señor de Forcada sólo refiere que han advertido a la reina de Escocia de la doblez del Gifford y la mala intención que lleva el secretario Walsingham de perderla. En lo del testamento, me escribe que aguarda tenerlo en pocos días. Mas si está tan cerca de cumplir el encargo que se le hizo, ¿para qué ha enviado delante a estos otros? ¿Y qué han de tratar con esa señora de Bellegarde? ¿Ha escrito vuestro criado Jerónimo López, tal como se le instruyó, con aviso de lo que trata el capitán?

—Ésta es otra de las cosas que me tiene con harto cuidado, que desde el último aviso suyo que me llegó, que hará ya más de tres semanas, no he vuelto a recibir

ningún otro, y no hallo razón que lo explique...

—Enviaréis luego criado con orden de que el jesuita y el mozo se presenten al punto ante mí y me declaren la verdad del negocio que llevan en Francia —ordenó finalmente el embajador, y con un gesto de disgusto, despidió a Cartelegar.

Cuando quedó a solas, Don Bernardino releyó la carta de Doña Ana y meditó acerca del capitán Forcada y su historia pasada. Algunas de las cosas que contaba su hermana, como el extraño pleito del mayorazgo y el escándalo de un estudiante que había burlado a una rica dama de Alcalá las recordaba vagamente y le volvieron confusamente a la memoria cuando las oyó referir entre las que declaró Robledo en la posada de maese Mordal. Pero nunca había relacionado estos sucesos con la persona de Forcada porque a éste lo conoció y trató en Flandes, diez años después de esos hechos, en tiempos de los gobiernos de Don Luis de Requesens y Don Juan de Austria. Entonces había tratado con el capitán como soldado, y sabido de sus hechos y arrojó, sin hallar en su carácter asomo de doblez o de otro interés que no fuera el legítimo de señalarse por sus obras.

Sin embargo, ahora que conocía quién era de veras el capitán y lo que escondía bajo el nombre que había adoptado, lo contemplaba bajo una nueva luz y necesitaba conocer, tal como escribía Doña Ana en su carta, cuál era su presente condición. Forcada podía haber expiado en todos los años transcurridos los pecados de su juventud, aquilatando su alma volviéndola a su antiguo ser, pues venía de nobleza a la que parecerse. Esta mudanza no era extraña en los hombres que habían llegado a la edad que ellos tenían ya, los cuales con la experiencia y los trabajos pasados comprenden cuán vanas y tornadizas son las pasiones y la fortuna, y acaban por juzgar la vida cara a cara y buscar la paz y salvación del alma. Pero también conocía hombres a quienes la edad no vuelve sino más ruines, disimulados y viles en sus intenciones, por la codicia de alcanzar en el presente, antes de que las fuerzas empiecen a faltarles, lo que siempre ansiaron y creen que la fortuna les negó injustamente, empleando para sus fines los más desesperados medios: son éstos los peores y de los que más conviene prevenirse. ¿De cuál de estas dos condiciones sería ahora Don Martín López de Ayala, el capitán Forcada?

Al día siguiente, tan pronto como regresó el criado enviado con la orden de Don Bernardino, Cartelegar volvió a informar a su señor.

—Cuando llegó la persona que envié con recado de que vinieran a hablaros, se habían partido ya todos con la señora de Bellegarde, que no parece sino que conocían nuestra intención y sospecha.

Mendoza quedó muy contrariado con la noticia y preguntó si el criado había conocido por los de la casa adónde se dirigían la señora de Bellegarde y sus acompañantes.

—Lo inquirió sin que ninguno supiera darle respuesta cierta —contestó Cartelegar— fuera de decirle que se partieron luego de recibir carta que un correo trajo, que fue como señal de que debían marchar ya.

—¿La señora de Bellegarde no dejó en su casa ninguna instrucción de cuál era su intención, ni de cuándo tenía pensado retornar?

—Ninguna que nuestro enviado haya podido penetrar: que o bien la escondió a sus servidores, o debió de dejarlos muy instruidos en que se recataran si alguien les preguntaba.

—¿Y a vos se os ocurre adónde se hayan encaminado y con qué propósito?

—Siento que ha de ser para algún secreto designio del capitán tocante a la reina de Escocia y que con tal fin mandó Forcada a éstos para que recogieran a esa señora, y que lo demás fue cobertura para que no sospecháramos su intención. Y si es de este modo que digo, de seguro irán ahora a alguno de los puertos donde de ordinario se embarcan los que pasan a Inglaterra. Pero no alcanzo a imaginar en qué podría serle útil al capitán la ida de esta señora a Inglaterra.

Las palabras de su servidor prendieron en la mente de Don Bernardino la chispa de una intuición que incluso a él mismo le resultó fantástica e improbable, y que se mezcló con todo lo que había estado meditando acerca de Forcada. Pero apenas pudo seguir este pensamiento porque a continuación Cartelegar añadió:

—Hay otra mala nueva que viene de comunicarme el señor Oberholtzer. Ha descifrado ya el aviso que se acordará vuestra excelencia llegó ayer de Nantes, del señor Isoardo Capello. Advierte éste de que su sobrino Benedetto, que fue el que pasó a Forcada y su compañía a Inglaterra, fue muerto cuando regresaba a Nantes por la posta, que algunos que hacían con él su camino y lograron huir aseguran fueron unos ingleses los que le acabaron y que no parecía sino que conocían bien todas sus señas y llevaban orden de asesinarlo por algún oculto motivo.

Mendoza se incorporó y empezó a recorrer su despacho maldiciendo en voz baja.

—Sabéis la falta que hacéis aquí, buen Cartelegar —dijo después el embajador—, pero las cosas parecen haber llegado a un extremo que no veo otra salida que emplear vuestra persona, de la que sé puedo fiar, en que me traigáis luz de lo que está sucediendo. Así, os partiréis luego con todo secreto a Inglaterra, la cual conocéis como es de desear de los años que me servisteis allí. Emplearéis toda vuestra industria en averiguar qué se trae entre manos el capitán, y si no os fuera posible sin descubriros, os presentaréis ante el propio Forcada, apretándole para que se os abra y sincere en todo, con cumplido poder para decidir vos en mi nombre lo que se haya de hacer. Mas en el caso de que osase él contradeciros en lo más mínimo esta comisión que lleváis de mi parte, le diréis que responderá ante mí con su cabeza, acordándole que un Mendoza no amenaza en vano.

## La doble

Llegó un mensajero con aviso de Creswell. El jesuita informaba de que un patache de la flotilla del señor Zubiaur les había desembarcado sin contratiempos en un punto a la boca del río Humber. Creswell, Guillaume y la señora de Bellegarde, que viajaba disfrazada como paje, se habían puesto inmediatamente en camino y confiaban en estar en Staffordshire en cuatro o cinco días.

Ésta era la señal que Forcada aguardaba para mandar por su parte aviso a la reina de Escocia advirtiéndole de que se preparara para su liberación. El capitán redactó un mensaje cifrado que iría junto al resto de la correspondencia entrante en las conocidas bolsas de cuero ocultas en el interior de los barriles de cerveza. La llegada del billete de Creswell había resultado de lo más oportuna, pues en dos días el cervecero haría su habitual viaje a Chartley.

*De hoy en seis días, llegará con el cervecero persona que tornará la suya por la de Vuestra Majestad, y el modo como habrá de conducirse en esto Vuestra Majestad será el mismo que ya se usó para la pasada entrada en vuestros aposentos del señor de Tallenay, que es como sigue. Que en guisa de mozo del dicho cervecero quedará en la bodega una señora en todo extremo leal a Vuestra Majestad y a quien al punto conocerá Vuestra Majestad por haberse criado junto a vuestra persona en Francia, en el tiempo del rey Enrique II. Vuestra Majestad cambiará luego sus ropas con las de la dicha señora y saldrá de la bodega como criado del cervecero, que éste esconderá vuestra real persona en parte secreta que a tal efecto tendrá su carro, por que gane su libertad fuera de su prisión sin ser de nadie notada.*

*La sola prevención que habrá de guardar Vuestra Majestad en esto será bajar a la bodega la noche que anteceda la llegada del cervecero, disfrazada como uno de vuestros criados, y aguardar allí la venida de la dicha señora que mudará su persona por la de Vuestra Majestad.*

*Por evitar los inconvenientes que se seguirían de esparcir entre demasiadas manos este designio, no deberá Vuestra Majestad comunicarlo sino con pocos criados, de entre los más confidentes y aquéllos de cuya fidelidad esté Vuestra Majestad muy asegurada, que los demás deben tener por cierto que la señora que os sustituirá es en verdad Vuestra Majestad.*

*Y lo postrero de lo que debe Vuestra Majestad quedar muy advertida es que en caso de que haya de suspenderse de vuestra parte este intento por causa de inconveniente sobrevenido, hará Vuestra Majestad que se avise a los que vendrán en la carreta mostrando un lienzo rojo desde una de las ventanas de vuestros aposentos que dan al patio de la bodega al tiempo de llegar el dicho cervecero, que se habrá de hacer por muy breve espacio de tiempo por que no sea notado de vuestros carceleros y no se venga a descubrir la trama. Si el caso fuere al contrario y el inconveniente procediera de nuestra parte, notarán los servidores de Vuestra Majestad que, en entrando al castillo, uno de los que irán en el carro llevará anudado al cuello un lienzo también rojo, que será seña por la que conocerán debe posponerse la salida de Vuestra Majestad hasta otra ocasión más a propósito.*

Después de escrito este mensaje, Forcada redactó otro más breve para el capitán Bruce, comunicándole sus intenciones y pidiéndole hiciera lo posible por estar de guardia en la zona de la bodega, con el fin de que pudiera auxiliar a la reina de Escocia en las horas que ésta debería permanecer oculta allí, la noche anterior a su

liberación. Luego habló a Anthony Southwell, quien acompañaría al cervecero como su aprendiz, y le dio instrucciones de cómo debía procurar pasar inadvertidamente el mensaje para el capitán Bruce, y que si no le era posible hacerlo sin descubrirse, lo dejara oculto con los demás barriles, que ya encontraría modo el escocés para hallarlo, como en otras ocasiones.

Dos días después, los mensajes fueron entregados con normalidad y, como era costumbre, al regreso de Chartley, la carreta del cervecero se detuvo en el lugar convenido para que Forcada y Owen pudieran extraer del barril vacío la misiva saliente de la reina de Escocia dirigida a *Saúl*. En esta ocasión María Estuardo se limitaba a decir, con impaciencia contenida, que esperaba noticia del día y del modo cómo se produciría su liberación.

Los días que precedieron a la esperada llegada de la señora de Bellegarde, con el fin de que ésta tuviera alguna comodidad, los empleó Forcada en preparar una casa que los Southwell tenían también en las proximidades de Gayton y que únicamente empleaban en el verano para fiestas y cacerías.

Tal como había asegurado Creswell, a los cuatro días llegó el grupo formado por el jesuita, Guillaume y Doña Clara, la cual venía aún disfrazada en guisa de paje. En el momento del encuentro el capitán se apresuró a ayudar a desmontar a la señora de Bellegarde, y con una intensa emoción en la mirada, se postró ante ella y le besó la mano acaso con un respeto y reverencia tales que hicieron ruborizar a ésta.

—Incorpórese vuestra merced, que aún no soy reina —le dijo la dama con ese gracioso acento suyo que disimuló la emoción que ella misma sentía ante el reencuentro, unido al apuro por presentarse con aquellas ropas masculinas cubiertas de polvo del camino.

Cuando quedaron a solas, Creswell contó a Forcada y a Owen las incidencias del viaje de ida y vuelta, el paso por París y la entrevista con Cartelegar en ausencia del embajador.

—Este señor Cartelegar es hombre muy avisado y difícil de engañar —opinó el jesuita—. Siento que nos hubiera estado mejor pasar de largo y no presentarnos en casa del embajador. No se fio de nosotros ni vio causa suficiente en nuestra ida a París, que temo no lo pusiera en más sospecha aún y pueda mover en vuestra contra el ánimo del señor Mendoza.

El capitán pareció digerir mal esta noticia y quedó meditabundo. Luego anunció a Creswell la noticia de la libertad de Robledo, el nuevo ascendiente que éste había conseguido con Topcliffe y la argucia que se habían visto obligados a emplear para convencerle de que el capitán se ocultaba aún en Londres. Aunque, de momento, la treta parecía estar dando resultado, temía que tarde o temprano su enemigo descubriera el juego. ¿Podrían mantenerle lejos de Chartley durante las dos o tres próximas semanas, mientras liberaban a la reina de Escocia, la sacaban del reino y rescataban a su sustituta? Ya era bastante con tener a Robledo buscándole como para que ahora el señor Cartelegar se sumara a la persecución.

—Si Cartelegar sospecha y envía a alguien en nuestra busca, se enmarañará y embarazará todo este negocio y acaso, Dios no lo quiera, pudiera resultar en poner tras nuestra pista a ese maldito de Robledo —concluyó.

—Pero como vuestra merced ha dicho —intervino el galés—, con Dios de nuestra parte, en dos días la reina de Escocia quedará libre, y en otros cuatro o cinco podrá estar ya fuera de Inglaterra en uno de los navíos del señor Zubiaur, los que suman una semana. Apenas conozcamos que está en salvo, en no más de otra semana estará también fuera la señora de Bellegarde. Con suerte, se podrá engañar a sus carceleros por dos o tres días, antes de que se ordene su búsqueda, tiempo suficiente para estar muy cerca de la marina en que acudirán a recogerlos. Si Robledo o persona enviada por Cartelegar descubren por algún medio que estamos aquí, aún tendrán que acudir a este condado y hacer sus pesquisas hasta hallar nuestro rastro, y para entonces ya habremos nosotros partido.

Forcada no se mostró tan optimista como Owen y quiso saber por Creswell si la ruta de huida, que sería la misma que había empleado éste para venir con la señora de Bellegarde, pero en sentido inverso, estaba preparada y era segura.

El jesuita respondió que la ruta estaba concebida como un sistema clandestino de postas que, con algunas variaciones, ya había sido probado otras veces por los misioneros que enviaba la Compañía a Inglaterra. Existía desde hacía años una red invisible por la que los sacerdotes salidos de los seminarios del continente se movían a lo largo y ancho del país, protegidos y amparados por los muchos católicos que les prestaban refugio seguro y auxilio en su predicación.

—Sin embargo, las cárceles de la reina de Inglaterra están llenas de sacerdotes y de las personas que les prestaron socorro —objetó Forcada.

—Dice verdad vuestra merced —admitió el jesuita—, porque ningún medio humano es infalible. Mas debe considerar que las más de las veces los conocen y arrestan por denuncias de otros falsos católicos que están en los seminarios por espías y han tratado a los que vienen, que de ello se ocupa el secretario Walsingham con dineros y promesas, y las menos por traición de los católicos de aquí, muchos de los cuales arriesgarían sin dudarlos sus vidas y haciendas por sólo recibir de ellos la palabra, los sacramentos y el consuelo que esta reina les tiene prohibidos. Además de que siendo nosotros ignorados de los espías que acostumbra tener el secretario, ni habiéndonos tampoco de embarcar en puerto alguno, que es donde ellos ponen mayor cuidado en vigilar, y tan breve el tránsito que se hará, sin permanecer en ningún lugar más del tiempo necesario para cambiar de caballos y reposar la noche unas horas, muy gran infortunio sería que alguien nos conociera y denunciase.

Más tarde, el capitán se reunió con Guillaume, quien también le declaró las impresiones del viaje y alabó la gentileza, ánimo y dulzura de la señora de Bellegarde, cuya sola presencia infundía en todos devoción por su persona. Zubiaur había confiado el pasaje a Inglaterra a uno de los capitanes de su flotilla, Esteban Villova, el cual no conocía otra cosa del negocio más allá de que era en servicio de su

majestad. Habían acordado con ambos marinos que desde que desembarcaran dejarían pasar doce días justos, tras los cuales regresaría el capitán del barco a la misma boca del Humber y aguardaría le hicieran las señales de luces convenidas para enviarles una lancha que les recogiera y llevara hasta el navío. Por si algún inconveniente dificultara el encuentro, Villova debía volver cada cuatro días.

Por la noche, el grupo se reunió con la señora de Bellegarde para ponerla al tanto de todos los detalles de su misión. Guillaume describió con el detalle que pudo, ayudándose de un croquis que él mismo había dibujado, lo que recordaba de su visita a Chartley, del modo de conducirse en la descarga de los barriles y permanecer oculto en la bodega, y de los corredores por los que habría que pasar hasta llegar a los aposentos de la reina de Escocia. Owen y Forcada le informaron de que un capitán de la guardia estaba al tanto de todo y se encargaría de guiarla desde la bodega a la cámara de la reina. De todo el personal al servicio de María Estuardo sólo conocían su intento dos criados que serían los que la sacarían de la bodega, y aun éstos, sólo sabrían que debían facilitar la llegada de un enviado, cuya personalidad desconocerían. De entre los servidores de más confianza de María, tan sólo dos de sus damas más fieles, Elizabeth Curle y Jane Kennedy, y su criado Melville estaban enterados de la operación. Con el resto debía reducir el trato a lo imprescindible sin relajarse en el cuidado de simular en todo momento que era la auténtica reina de Escocia. Las mencionadas damas se encargarían de filtrar el acceso hasta ella y de ayudarla en la tarea de suplantación instruyéndola acerca de los nombres de todos los servidores, hábitos de María y forma de conducirse de ésta. La persona a la que más debería evitar, por razones obvias, era al médico de la reina, el señor Bourgoing. Tampoco debía confiarse mucho en los dos secretarios Curle y Nau, ni ceder, en especial, a las presiones que probablemente recibiría de ellos para que contestara a la carta del señor Babington.

Eran demasiados datos y pormenores incluso para Forcada y Owen, que habían tratado de ellos muchas veces, pero Doña Clara los iba anotando en su despejada mente sin ninguna muestra de cansancio, impaciencia o aturdimiento, con graciosos asentimientos de cabeza, sólo pidiendo aclaraciones en los puntos más arduos. Se veía que Creswell y Guillaume la habían ido poniendo al tanto de la mayoría de los detalles durante el viaje: la observaban con una mezcla de fascinación y tímido orgullo profesoral.

No obstante, Guillaume advirtió de la dificultad de disimular las diferencias que existían, en algunos aspectos, entre el físico de las dos mujeres. La reina María era más alta y corpulenta y, a causa de sus padecimientos físicos, particularmente el reumatismo, y del prolongado cautiverio, su figura se había encorvado. Su tez era más pálida, menos fresca y luminosa que la de la señora de Bellegarde y, además, había echado papada. Su talle había perdido la esbeltez que la hiciera tan deseada y era ya el de una matrona envejecida. Doña Clara tendría que haber engordado durante meses para semejar el original, pero éste no era problema que no pudiera resolverse



simulando la gordura con postizos colocados bajo los vestidos. Polvos y afeites se emplearían para lo contrario de lo que se acostumbraba: para hacerla parecer más vieja, enferma y enclaustrada. En cambio, el hecho de que la señora de Bellegarde se hubiese criado en las cortes de Francia y España le permitiría representar muy bien la majestad de una verdadera reina, lo que unido al encanto que emanaba de su persona, aunque sutilmente distinto al de la reina de Escocia, haría creíble el, a pesar de todo, prodigioso parecido entre ambas.

Por último, Forcada dio la palabra al señor Owen para que explicara el plan de fuga de la propia sustituta con ayuda del capitán Bruce y el pasadizo de la torre sur. Aunque el galés transmitía confianza en su voz, ni él mismo ni los demás se engañaban acerca de lo azarosa que resultaba una operación fiada sólo a la suerte y la habilidad del capitán escocés. Sin embargo, la señora de Bellegarde no parecía necesitar del ánimo y la confianza que pretendían darle las palabras de Owen. Guillaume se fijó en cómo, durante el tiempo que duró la explicación del plan de huida, Doña Clara buscaba casi todo el tiempo los ojos de Forcada. Su expresión era una mezcla de serenidad y confianza enamorada, y el mozo intuyó que, a pesar de que la señora de Bellegarde captaba hasta la menor implicación de lo que se le decía, su mente y —ante todo— su corazón, en ese momento, consideraban muy remoto lo que habría de suceder a partir de pasado mañana, entregada como estaba al gozo de hallarse de nuevo junto al capitán y poder mirarlo.

Esta adivinada certeza le sobrecogió, pero Guillaume tardaría aún muchos años en comprender el significado de aquellas miradas de Doña Clara y la aparente indiferencia con que ésta, entonces, encaraba su destino.

*La despedida*

El día anterior a la entrada de la señora de Bellegarde en Chartley se hizo largo para todos excepto para la propia Doña Clara. El capitán decidió que, si las condiciones de salud de María Estuardo no lo impedían, en el mismo momento en que estuviera libre emprenderían el viaje hacia el mar. La idea era reducir al mínimo los días que la sustituta tendría que estar representando su papel. Ni Creswell ni Owen lograron convencer a Forcada de que pasase a Flandes con la reina de Escocia y dejara en sus manos el encargarse de la fuga de la doble. Tampoco las dificultades que el jesuita le representó que tendría para regresar solo por una ruta apenas conocida e ignorando el idioma del país le disuadieron de su determinación de volver y ocuparse en persona del rescate de Doña Clara. Owen decidió entonces que, al menos, le acompañaran varios de sus hombres para guiarle en el camino de vuelta a Gayton. Pero esto obligaría a que el propio galés se ocupara, en momento tan crítico de la operación, de la vigilancia del cervecero.

A la tarde, Creswell fue a despedirse de los Southwell. La señora de Bellegarde dejó encargo a Guillaume de que la avisara cuando éste regresase con el padre Egleston, pues deseaba confesarse antes de partir a Chartley.

A la caída de la tarde Doña Clara se reunió con el capitán para despedirse también de éste. Estaban los dos paseando por el jardín cuando Guillaume se dirigía a llevarle la noticia de la llegada del sacerdote. Pero al tenerlos a la vista, dudó si acercarse ya con su recado, pues no pudo evitar escuchar el coloquio que en ese momento mantenían la señora de Bellegarde y el capitán:

—Perded vuestro cuidado, señora: sabréis ser cumplida reina.

—Así es la verdad: seré una cumplida reina cautiva, y sin reino. Aunque bien veo ahora que no se hará en ello novedad, pues que lo he sido toda mi vida.

—¿Vos, señora, cautiva?

—Sí, Don Martín: cautiva de vuestra merced y sin el reino de vuestro amor.

Guillaume quedó suspenso y turbado al oír aquellas palabras y se apartó tras una pérgola del jardín sin osar interrumpir la conversación que se desarrollaba a pocos pasos de él.

—Sé que la amasteis mucho. ¿La amáis aún? —continuó diciendo Doña Clara, el rostro vuelto en otra dirección del de Forcada.

—¿Puede el hombre amar a quien es su más mortal enemigo? —replicó éste—. ¿Puede amar lo que sólo deshonra, ruina y deseo de olvidarse de sí le trajo? No conozco la respuesta que solicitáis de mí, sino sólo que maldigo el día que mis ojos la conocieron igual que bendigo el que descubrieron los vuestros. Si el tiempo, contra su

naturaleza, se plegara a ser detenido y forzado a volver atrás, no dudéis que escogería retornar al bosque de Valsaín, cuando sólo os conocía a vos, señora, y borraría luego mis malos pasos desde aquel día hasta éste de hoy.

—Luego la amáis aún, pues que del aborrecimiento al amor va sólo el sutil hilo que teje una araña en su tela y el único indicio de que la herida sanó es que no duele donde antes solía.

—Si el amor se juzga por el dolor estragado que causa, más amo vuestra persona que esa herida vieja que decís, pues que vuestro reproche me daña más que el recuerdo de esa otra señora y diera yo cuanto soy por no dejaros apartar de mí ni el espacio que media entre el pensamiento que hizo nacer vuestras rigurosas palabras del sonido de ellas.

—¿Os he de creer? Qué inconstante es la naturaleza de los hombres y con cuánta ahincada voluntad persiguen y asedian lo que después tan presto olvidan. Ojalá fuera yo quién para descifrar qué parte de verdad hay en lo que ahora me afirmáis o para descubrir, al contrario, si también ahora mentís. Quién fuera vuestra misma sangre para penetrar en tan duro corazón como el vuestro, y quedar así tan junto a él que ninguna de sus secretas palpitaciones se me ocultara.

Guillaume escuchó un largo discurso que siguió en el que Doña Clara reprochó a Don Juan (o Don Martín) el incumplimiento de su promesa de matrimonio y cómo este olvido le había hecho llevar su vida por tan distinto curso del que ella deseó. Aunque la señora de Bellegarde lo expuso atropelladamente y sin orden, movida sólo por la urgencia de abrir y liberar su pecho, el muchacho pudo escuchar y reconstruir por su cuenta la sucesión de aquellos hechos tan lejanos. Debía de llevar uno o dos años Don Martín estudiando en Alcalá cuando falleció la reina Isabel de Valois. Requerida por la reina madre de Francia, Catalina de Médicis, para que entrara a su servicio, Doña Clara regresó a su patria, no sin antes haber escrito varias veces a Don Martín anunciándole su forzosa partida, y solicitándole le cumpliera la palabra de matrimonio que le tenía dada, por verse ella libre de la obligación que tenía de obedecer a la casa de Francia y poder quedar así a su lado. Sin embargo, Don Martín no contestó a estas cartas suyas, ni hizo diligencia alguna para que a ella se le dispensara de volver al servicio de la reina madre gala.

Más tarde, ya en Francia, supo Doña Clara de la escandalosa conducta de Don Martín en Alcalá y del deshonroso pleito que había puesto a su hermano, lo que le hizo perder toda esperanza, convencida, por estas noticias y el prolongado silencio, de que el noble muchacho que conociera y de quien se enamoró en otro tiempo había mudado su condición por la de hombre desconcertado y sin honor, por lo que se determinó a olvidarlo y se prohibió el pronunciar su nombre incluso a solas y para sí misma. De esta manera fueron corriendo los años llevándose su juventud, casada luego con hombre de inferior linaje y a quien nunca amó, tan distinto en todo de ella que ni la misma fe compartían, el cual se vengó de su frialdad apartándose pronto de su persona, olvidándola en la compañía de otras mujeres y en empresas de su señor el

Duque de Alençon, que entre las unas y las otras vino a dilapidar buena parte de la hacienda.

—No sabe vuestra merced lo desdichado que por vuestra causa hice a aquel que me dieron por esposo cuando yo, en mi corazón, sólo a vos os tuve por tal. Que en este otro no alcancé yo a ver sino a triste émulo y sombra de vuestra persona, tan inferior en todo me parecía a cualquiera, y aun a la menor, de vuestras partes. Así, fui para aquel señor de Bellegarde fría estatua de desdeñoso pórfido sobre la que resbalaron todos los intentos de prendarme que en el primer tiempo de nuestro matrimonio procuró, que no obtuvo de mí más que la obediencia que como esposa le debía, y aun esto maldiciendo en mi corazón los votos que a su persona me ligaban como a carcelero de mi infortunio, de vuestra traición y de la lealtad que me obligaba a mi señora la reina Catalina. Y sucedió luego que así como los ejércitos que por más que aprieten su cerco desesperan de tomar plaza fuerte, no pasó mucho hasta que este señor levantó el que tenía puesto sobre mí por conquistar mi amor, y su despecho le movió a buscar en otras señoras mejor recompensa a su ardor malparado, lo que yo sobrellevé sin mayor pena ni agravio. Mas por extraño que os parezca, los celos que mi esposo no era bastante para darme, me los daban vuestro recuerdo y la sospecha, que en corazón de mujer es certeza, de que, como hombre, y por esto, ingrato y olvidadizo, también vuestra merced, derrotado de su intento de salir con el amor de aquella rival mía por quien arrastrasteis tanta deshonra, hallaríais con todo pechos de mujer en que consolar vuestro infortunio. Que es tal la condición que las mujeres tenemos y el barro de que Dios nos formó que, como si jamás olvidáramos que venimos de costilla de hombre y a él debemos la vida, en toda la tierra no se hallará uno de vuestra raza que sea tan malo, tan pobre o tan contrahecho que no encuentre en alguna de nosotras, por hospitalarias, su remedio. Y esta idea de que os holgabais con otras, y que lo que hubo de ser mío era gozado de esas rivales sin rostro, me ponía tal fuego en la cabeza que al representármelo creía morir de celos y de despecho.

»Y no fue sino cuando más vencedora me sentía al fin de mis pasados pesares y cuando más había conseguido apartaros de mi pensamiento, que al tiempo que mi esposo murió en las guerras que contra vuestro rey tenía su señor el Duque de Alençon, os encontré de nuevo en París, y con sólo el contemplaros revivió todo el antiguo ardor y toda mi antigua desdicha. Pues al trataros ésta otra vez, bien pronto descubrí con cuánto engañoso empeño había forzado mi corazón declarándoos mi enemigo, pues que sólo en veros hallaba regocijo mi alma, y como el náufrago que no ha bebido agua dulce por largo tiempo, prefería yo, con mucho, ahogarme bebiendo descomedida en vuestros ojos que haceros pagar con justa guerra el rigor de vuestras pasadas afrentas. Y así, con loco contento, estimándoos como a esposo, y el único verdadero que mi alma había escogido, nada os negué que fuera mío, ni me recaté de ser vuestra atendiendo a la razón del impedimento que me representasteis existía para que, a pesar de haber quedado yo libre por la muerte de mi marido, me pudiera

vuestra merced tomar por esposa. Que aunque no le pesa ahora a mi alma el remordimiento de haberme dado tan sin medida a vuestra merced, mirad si soy poco cuerda, que en esta noche que acaso sea la última de mi vida, no temo los peligros que mañana me aguardan, sino el apartarme de vos y el temor de que sea ésta la postrera vez que me veo en vuestros ojos».

Las amorosas razones de Doña Clara conmovieron tanto a Forcada, que éste se hincó de rodillas y bañó su mano con abundantes lágrimas, respondiendo a las suyas con tiernísimas razones y protestando la sinceridad de su amor y lo mucho que él también la amaba, renegando del hombre ingrato que en otro tiempo fue e incluso rogándole no marchara mañana a Chartley, que ya hallaría él modo de rescatar a la reina de Escocia sin poner en tal riesgo la vida que él más estimaba en este mundo.

Escuchar todo ello turbó tanto a Guillaume que, procurando hacer el menor ruido y con el corazón por un lado conmovido por lo que había sorprendido, y por otro avergonzado de haber robado a hurtadillas aquellas palabras, abandonó la pérgola tras la que se había ocultado y regresó a la entrada de la casa, proponiéndose no volver al jardín hasta que estuviera Doña Clara de regreso.

Aún pasó casi una hora antes de que la señora de Bellegarde terminara su coloquio con el capitán, y cuando Guillaume la vio acercarse le pareció otra de la que escuchara hablar en el jardín.

Al reconocerlo Doña Clara le saludó con toda dulzura y afabilidad y le preguntó si el padre Egleston podía atenderla ahora.

—Señora —le rogó el mozo—, no marchéis mañana a Chartley y confiad en mí y en el señor de Forcada, que ya nosotros hallaremos el modo de liberar a la señora reina de Escocia sin poner vuestra preciosa vida en tal riesgo.

—Bien veo, dulce Guillaume, cómo os cuidáis de mi persona, y ello me hace confiar más en salir con este intento que llevamos de librar de su cárcel a esta santa señora. No es hora ésta para dudar y enmendar lo ya tratado y que yo gustosa deseo ejecutar, aunque no fuera más que por cargar unos días con la cruz que la reina de Escocia ha llevado durante tantos años. Y en esta hora veo más claro que no fue sin razón que Dios nos hiciera a ambas tan semejantes, y que ello debe obedecer al secreto designio que Él tenía de que llegara el día en que nos pudiéramos servir de ello para tan justa causa como la que llevamos. Y aun si hubiera yo de morir en esta empresa, tengo por cierto sería la mayor dicha para mí y el mayor favor que Nuestro Señor podría hacerme el de morir por tan alto motivo. Así que no temáis por mí, señor de Tallenay, que en la misma oportunidad de servir a la reina María está mi premio y galardón y yo me dispongo a ganarlo con el mejor ánimo y determinación.

Guillaume no se contentó con las razones que la señora de Bellegarde le daba, e insistió por un breve espacio de tiempo en representarle el peligro en que se ponía, y cómo ya ellos habían tratado de otros medios para liberar a la reina de Escocia que bien se podrían emplear. Pero Doña Clara los rebatió argumentando a su vez con gran ánimo y discreción las muchas ventajas que se seguirían de que ella sustituyera a

María Estuardo y burlara a sus enemigos.

—El padre Egleston me aguarda —concluyó luego despidiéndose de él—. Cuidaos de vos, buen Guillaume, y cuidad de mi señor Don Martín, que más temo yo os ocurra un mal suceso que al hacha del verdugo. Que si está de la mano de Dios que salgamos con bien de esta jornada, nada igualará la dicha de volver a contemplaros a los dos. Mi corazón queda a vuestro lado desde este momento, aguardando a que, si no ha de ser en ésta, nos reunamos en la otra verdadera vida.

Y como término de sus palabras, besó tiernamente al muchacho en la frente y entró en la casa.

### *Una posada en Shordiche*

Siento que en esta ocasión —empezó a decir Robledo— ese asesino que anda tras de acabar la vida de la reina caerá en vuestras manos, señor Topcliffe. —En buena hora sea lo que decís, que su majestad comienza a sospechar de vos por la falta de resultados, y yo a perder el crédito y autoridad que tengo con ella por haber puesto tanta confianza en vuestra merced. Que ayer mismo hablé con su majestad y apenas pudo contenerse de caer en alguna cólera conmigo por el poco fruto de nuestras inquisiciones y el temor en que el señor secretario la ha puesto de la conjura que contra su vida se trama. Y cuando luego se sosegó, vino a dejarme muy corrido con sus burlas y el afirmarme tenía por más seguro servidor suyo al señor secretario Walsingham, quien había hecho arrestar ya a uno de los principales conjurados, el sacerdote Ballard, y andaba detrás de encerrar en la Torre a Babington y los demás, que no a mí, que la entretenía solo con promesas.

—Vuestra merced conoce bien cómo el señor secretario se engaña y sólo entiende de una de las conjuras que hay en este negocio, ignorando todo de la otra. Y a mi parecer fue precipitación suya, movida por el temor, el arrestar tan presto al Ballard, poniendo con ello sobre aviso al resto. Que he conocido, por quien bien puede saberlo, cómo ayer mismo Forcada se reunió con Babington y le alertó de la traición de su confidente Poley, revelándole era hombre del Conde de Leicester y de Walsingham, con lo que Babington y los demás conjurados se han huido de Londres y ahora será más dificultoso prenderlos. Y lo peor es que en tanto los hombres del secretario persiguen a los huidos y la reina se siente segura en su casa, ese maldito de Forcada tendría las manos más libres para acabarle la vida si no fuera porque vuestra merced y yo andamos avisados de su intento y en el secreto de sus tramas.

—Mas no conocemos dónde se oculta el tal Forcada —replicó Topcliffe—, que no semeja sino fantasma, pues que en toda ocasión se esfuma ante nuestros ojos y sólo aparece cuando no podemos prenderlo, que si no os diera yo tanto crédito, creería cómo todo es burla y ficción vuestra para aficionarme y autorizaros más conmigo...

—Bien presto palpará vuestra merced con cuánta verdad os sirvo y lo cerca que estamos de prender a ese perro traidor —contestó Robledo, y pidiendo licencia para salir fuera de la estancia en busca de una persona a quien interesaba mucho que escuchara el señor Topcliffe, el peregrino salió y volvió a entrar al poco acompañado de un desconocido.

—Este que aquí veis y cuyo nombre conoceréis en su momento —le presentó Robledo— es uno de los hombres que dejó sembrados en esta isla el embajador de su

majestad católica el rey de España antes de que la reina lo expulsara, ha dos años, por haberla deservido y procurado revolverle el reino. Hará obra de una semana que uno de vuestros servidores me informó de que un flamenco o alemán que andaba escondido en Londres estaba reuniéndose en secreto con hombres sospechosos, que los más de ellos eran tenidos por espías del embajador francés y del señor Mendoza. Me cuidé mucho de comprobar con mis propios ojos quién fuera este flamenco, con sospecha de que pudiese ser quien yo imaginaba, y resultó que acerté a conocerlo por haberlo visto en París entrando y saliendo de casa del embajador Mendoza, a quien, para más noticia vuestra, sirve el dicho hombre ha muchos años y de quien es muy confidente, que no es otro que uno llamado Herman Cartelegar.

»Asegurado de que era éste y representándome lo importante que sería para vuestra merced prender a persona que conoce todos los secretos del embajador del rey de España por pasar los más de ellos por sus manos, determiné ponerle espías, convencido de que no podía estar en Londres sino concertado con el Forcada y que era mejor aguardar a que él mismo me llevara hasta el otro. Pero por asegurar más el tiro, hice prender a este hombre que aquí veis, a quien había visto en varias ocasiones salir y entrar de la posada del Cartelegar, por ver si por su medio podía penetrar algo más en el negocio. Y ha resultado ser tan en nuestro provecho esta diligencia mía como veréis por lo que él os dirá».

El desconocido comenzó entonces a explicar cómo era cierto cuanto había contado Robledo, y que Cartelegar le había encomendado que averiguara el paradero de ese español llamado Forcada, porque tenía cosas de mucha sustancia que tratar con él en nombre del embajador Mendoza. De esto se había estado ocupando con harta dificultad, pues que el dicho español se guardaba tanto de ser descubierto que ni aun se mostraba a los que en este reino servían al rey de España. Pero su buena fortuna había querido que uno llamado John Blood, que es muy buen amigo suyo y con quien anda siempre este Forcada en Londres, le viniera a hablar para que le señalara posada segura en la que ocultar su persona y la del español, prometiéndole se lo recompensaría bien. Y la posada en la que al presente estaban era una de Shordiche que él conocía bien, cuyo dueño es católico fervoroso, pero a quien bastará apretarle amenazándole con prenderle por traidor para que en todo se allane a facilitar que tomen en su casa a los dos que allí se esconden. Y para que todo fuese en mayor provecho de su majestad la reina, él venía de comunicar a Cartelegar dónde podía encontrar al dicho Forcada, dándole las señas de la posada y ofreciéndose a guiarle hasta ella, en lo cual habían quedado concertados para la primera hora de esta misma noche.

El señor Topcliffe mostró su contento por las noticias que le traían Robledo y el desconocido y prometió a éste recompensarle cumplidamente una vez hecho el arresto si todo resultaba como le había dicho; pero si en algo había engañado, se encargaría personalmente de que probara los efectos del potro y de la «hija de Scavenger» antes de que el verdugo le castrara y eviscerara en el cadalso, por papista



y traidor a su reina. Tal amenaza hizo palidecer y temblar de arriba abajo al recién llegado, por cómo la pronunció Topcliffe y por ser su fama tan siniestra como era, y sin dejar de convulsionarse por efecto del miedo que se le había metido hasta los huesos, el desconocido pidió licencia para marcharse a cumplir con lo convenido deshaciéndose en cien reverencias medrosas y repitiendo que era el más fiel servidor y esclavo del honorable señor Richard Topcliffe, como pronto lo vería.

En cuanto cayó la noche sobre Londres, Robledo y Topcliffe cerraron el cerrojo que habían preparado para atrapar a los espías españoles. Después de comprobar que los dos que se alojaban en la posada de Shordiche estaban, en efecto, dentro, y de amedrentar e instruir al posadero, Robledo desplegó por los alrededores de la posada una quincena de hombres que aguardaban escondidos a que Carteleger se reuniera con los otros en la casa.

A eso de las nueve, Carteleger, conducido por su guía, entró en la posada. El hombre que lo había llevado hasta allí salió unos minutos después y quedó bajo la custodia de los hombres de Topcliffe para que no pudiera avisar a nadie de lo que se tramaba.

Robledo esperó una media hora más antes de ordenar al posadero que subiera al aposento que ocupaban los espías con la excusa de subirles cerveza. El peregrino y otros cinco guardias iban tras el dueño de la casa procurando pisar sin hacer ruido que revelara la llegada de tantos hombres armados. En el patio habían quedado otros tres más en previsión de que los de dentro intentaran huir por allí saltando por la ventana, y los restantes corchetes, hasta siete, custodiaban la puerta de la posada y las calles próximas.

Al llamar el posadero a la puerta, se hizo el silencio dentro de la habitación, y luego de un instante, la voz de uno de ellos preguntó quién era y qué les querían.

—¡Ábrame vuestras mercedes, que soy el dueño y les traigo cerveza para que calmen la sed en esta calurosa noche! —respondió el posadero procurando fingirse afable.

Nadie contestó dentro, pero unos segundos después se escuchó el ruido de muebles que eran arrastrados por el suelo. Robledo ordenó entonces al posadero que abriera con su llave antes de que los de adentro pudieran formar una barricada contra la puerta, lo que resultó muy oportuno, pues al oír girar la llave, cesó la actividad dentro.

Robledo dio una gran patada para provocar mayor sorpresa en la entrada, pero cuando sus corchetes entraron en el aposento sólo encontraron a Blood encaramado en el alféizar de la ventana un instante antes de saltar hacia el patio.

—¡Posadero! —ordenó Robledo—. ¡Abrid los aposentos vecinos que den sobre el patio! ¡Dos hombres con mosquetes a las ventanas, los otros que bajen al patio a reforzar a los que lo guardan!

A las voces, y al ver a los tres fugitivos saltar por la ventana, los que estaban custodiando esa parte de la posada acudieron a prenderlos con sus alabardas por delante. John Blood, el último en saltar, se había lastimado un pie con la caída y daba grandes voces a los otros dos de que no se cuidaran de él y se pusieran en salvo. Y para mostrar que sabría cumplir su ofrecimiento, tiró de pistola y descerrajó un disparo, a poco más de media vara de distancia, sobre uno de los que cargaban contra ellos. El desconcierto que esto causó en los que cerraban sobre ellos y la ventaja de llevar ya las espadas desenvainadas, permitió que Jerónimo López y Cartelegar se abrieran paso a mandobles entre los dos guardias que intentaban cerrárselo.

Pero tras burlar a los guardias del patio, restaba aún un buen trecho hasta llegar a un tejadillo bajo sobre la cuadra que quedaba frontero de la tapia que cerraba la posada y era muy a propósito para encaramarse y saltar al otro lado. Blood, aun impedido por la torcedura del pie, hacía cuanto estaba en su mano por retener a los dos guardias que ahora cargaban contra él, uno intentando atravesarle con la alabarda, y el otro lanzando cuchilladas con su espada.

Cuando ya sus compañeros casi alcanzaban la cuadra, sonó un disparo de mosquete desde las ventanas que pasó muy cerca de las cabezas de los dos fugitivos, y antes de que el primero de ellos, Cartelegar, hubiera conseguido alzarse al tejado, otros dos corchetes habían entrado en el patio corriendo a toda furia y gritando a grandes voces que se rindieran en nombre de la reina. Volvió a sonar otro tiro, esta vez de un pistolete que portaba Robledo.

—¡Teneos, señor Forcada, o he de hacer con vuestra merced y su camarada la mayor carnicería que hayan visto vuestros pecadores ojos! ¡Y los de los mosquetes: no disparéis sino a mi orden!

Ni Jerónimo ni Cartelegar pensaron por un solo instante en entregarse, que lo mismo les daba perder la vida en el intento que quedar a merced de Robledo.

—Póngase en salvo vuestra merced y corra a avisar a los demás —dijo Jerónimo a su señor—, que yo os cubriré la huida.

Y mientras Cartelegar terminaba de trepar al tejado y pasaba de allí a la tapia, Jerónimo López cargó solo contra los corchetes que venían a por él, a los que pronto se sumaron otros de los que custodiaban la puerta principal de la posada, que entre todos ellos y Robledo sumaban seis.

Oyendo a sus espaldas el entrechocar de los aceros y las voces de la lucha en que se empleaban su servidor Jerónimo y aun el esforzado señor Blood, Cartelegar saltó de la tapia al otro lado de la calle dando a caer cerca de uno de los corchetes que, montado a caballo, guardaba aquella parte. El guardia estaba tan suspenso mirando a un lado y a otro la tapia oscura en la noche tras la cual oía aquel sonido de pelea, disparos y tremendos gritos, que apenas se dio cuenta de que algo saltaba a su lado hasta que oyó el golpe de los pies contra la tierra. Acababa de volverse en la dirección de que procedía el ruido cuando sintió un golpe caliente en el vientre que le nubló la vista al tiempo que pie y medio de acero se le clavaba en las entrañas.

Cartelegar arrojó el pesado cuerpo del corchete al suelo y montó en el caballo, que parecía haber quedado tan helado como su antiguo dueño y al que tuvo que clavar los talones, a falta de espuelas, para aguijonearle a lanzarse a todo galope lejos de allí.

Mientras, en el patio de la posada, Blood se había desplomado con tres heridas, aunque aún respiraba, y sus verdugos se contentaron con amarrarlo, a pesar de su estado, para que no les diera más trabajo. Por su parte, Jerónimo López había reculado contra la pared de la tapia y se batió como un demonio contra sus oponentes mientras le asistieron las fuerzas, negándose a la entrega que a cada tanto le ofrecía Robledo por tomar con vida a quien creía Forcada. La aspereza con que reñía el español costó varias cuchilladas a sus contrarios, dos de las cuales dejaron malheridos a otros tantos hombres del señor Topcliffe. A cambio, él había recibido tantos tajos y punzadas en su cuerpo, que al cabo se terminó por desplomar con la sangre manándole por cuatro o cinco partes.

Robledo se acercó entonces a su cuerpo derrumbado gritando descomedidamente:

—¡Voto a Dios que no has de morir aún, maldito! ¡Que aún ha de quedarte un último soplo de vida para que sea yo quien te lo robe y mande tu negra alma al infierno!

Pero cuando incorporó su cuerpo para ver si aún vivía, Jerónimo López ya había expirado. Y no fue esto lo que más lamentó Robledo, sino el comprobar, al tener tan cerca el rostro del caído, que éste no era el capitán Forcada. Sus ojos se fijaron entonces en el medallón que el muerto llevaba colgado del cuello y que tan bien él conocía, y lanzando un grito ininteligible que puso en gran temor a todos lo que asistían a la escena, tiró de la cadena del medallón con tal ira que lo arrancó de golpe y hubiera deshecho en su mano la joya de no estar labrada en duro metal.

Sin embargo, un minuto después, Robledo parecía haber recobrado súbitamente la energía y determinación que todos le conocían y ordenó que se le proporcionara inmediatamente un caballo. Montó en él con la urgencia y la agilidad de un demonio, llamó a uno de los guardias y por toda explicación le dijo:

—¡Avisad al señor Topcliffe que me parto al castillo de Chartley y que juro por mi vida que esta vez le traeré a Forcada o le entregaré mi cabeza para que haga de ella lo que más le plazca!

*Breve encuentro*

Desde el doble fondo de la carreta, Guillaume apenas podía observar el exterior, así que, más que ver, adivinó, por la opresión que se apoderó de su estómago que entraban en Chartley Hall. El plan original era que el mozo fuera el encargado de descargar los primeros barriles junto al cervecero, por haber hecho el trabajo en las últimas semanas y ser conocido de los guardias, y sólo más tarde, casi al final, que lo sustituyera la señora de Bellegarde saliendo del doble fondo del carro. Pero a última hora la propia Doña Clara insistió en que sería mejor que la sustitución se produjera al comienzo de la operación de descarga, y Forcada y Owen estuvieron de acuerdo con ella.

Al llegar ante la bodega el capitán Bruce no estaba allí. El cervecero no se atrevió a preguntar por él, pues ya había notado que aquel día existía un extraño ambiente en el castillo. Había una guardia reforzada en el exterior y el señor Darrell, uno de los hombres de confianza de Paulet, recorría todas las posiciones de Chartley comunicando algo a los capitanes o dándoles instrucciones. Sin embargo, la llegada de la carreta del cervecero fue recibida con indiferencia. De hecho, un solo guardia les salió al encuentro y nadie más vigilaba el acceso a la bodega. Parecían estar ocupados con algo más importante.

—Acabad presto con lo vuestro, cervecero —le advirtió el soldado.

Tal como habían hecho la otra vez para introducir a Guillaume, el cervecero y la señora de Bellegarde acarrearón la primera carga por el oscuro corredor y descendieron por la empinada y estrecha escalera que conducía a la bodega. El guardia les precedió para abrirles la puerta y en seguida se marchó hacia el patio.

Tras depositar la primera carga, el cervecero, pálido de nerviosismo, se quedó en la puerta de la bodega y Doña Clara avanzó en la semioscuridad de aquella cripta y pronunció en francés las palabras convenidas, la misma pregunta que hizo a las mujeres Cristo resucitado: «¿Por qué lloráis?».

De las sombras surgió entonces una mujer aterida de frío que se esforzaba en permanecer erguida a pesar del reuma que la humedad de la bodega no podía sino haber empeorado. La señora de Bellegarde se aproximó hacia ella observando con turbación el rostro de la reina cautiva que parecía repetir, como un espejo, sus mismos rasgos y aun idéntico desconcierto al verse reproducida de aquel modo en la otra. Luego se postró ante ella y besó sus manos con devoción llamándola majestad.

Sin dejar de mirarla a los ojos, María Estuardo la incorporó alzándola suavemente.

—Claire... —pronunció su nombre la reina como si aquella palabra le resultara la

cosa más dulce— Claire de Chesne, mi amiga.

Y acarició el rostro de la señora de Bellegarde como si quisiera comprobar que de verdad era real.

Con esa presta determinación propia de las mujeres, ambas comenzaron a quitarse sus ropas y a intercambiarlas sin decirse nada más, con las lágrimas colgadas de los ojos. Sólo cuando ya se disponía a partir, la reina de Escocia se inclinó ante Doña Clara y le besó las manos.

—Ahora, señora, vos sois yo, la más triste reina que en el mundo ha existido.

Al salir de la bodega con uno de los barriles vacíos, el cervecero y la reina de Escocia se cruzaron con el guardia de antes, que apenas les miró. Tras colocar el barril usado en la carreta, el cervecero liberó la trampilla del doble fondo para que Guillaume pudiera salir. Rápidamente el mozo, dejándose casi caer por su peso, estuvo fuera y María se agachó para entrar en el estrecho espacio. Guillaume cerró el mecanismo y a continuación se subió a la carreta para ayudar al cervecero a bajar el siguiente barril.

Cuando estaban terminando ya la descarga, apareció el capitán Bruce con dos criados de la reina de Escocia llegados para subir cerveza a sus aposentos. El guardia se sintió aliviado al ver que el capitán tomaba a su cargo la vigilancia y se marchó al patio.

Bruce saludó al cervecero y le preguntó si estaba más satisfecho de su nuevo ayudante que del sobrino que se marchó a Stafford, pero sólo era una excusa para acercarse a ellos. Cuando estuvo a su lado, le dijo disimuladamente a Guillaume:

—Prevenid a *Saúl* de que el fraile está en Chartley.

Un instante después los criados de la reina de Escocia salían ya de la bodega. Uno de ellos inclinaba su cabeza como si aun la poca luz del corredor le hiriese la vista, pero al pasar cerca del mozo de Tallenay alzó sus ojos hacia él y le sonrió. Incluso disfrazada de criado, la visión de los vivaces y hermosos ojos ambarinos de la señora de Bellegarde sacudió el alma de Guillaume, que se preguntó si alguna vez los volvería ver.

En el punto del camino de vuelta de otras veces, les salieron al paso tres jinetes que no eran otros que Creswell, Owen y Forcada. En aquel lugar fuera de la vista de todos, pudieron sacar por fin a la reina de su incómodo escondrijo.

María Estuardo se incorporó con dificultad asistida por Guillaume, y aunque le costó erguirse y su rostro mostraba las señales de la noche pasada en la bodega y del viaje en la carreta, su gesto al encarar a sus liberadores poseía una natural majestad. Estos se descubrieron y arrodillaron y la reina se fue deteniendo ante cada uno, preguntándoles su nombre, dándoles su mano a besar y agradeciéndoles con dulzura el servicio que le hacían. Cuando llegó al capitán le ordenó que se incorporara:

—Incorpórese vuestra merced y cúbrase. Vos debéis de ser el *Saúl* a quien debemos nuestra salvación, por lo que os habremos de estar siempre agradecidos.

—Vuestra majestad no estará enteramente en salvo hasta que no nos hallemos en

Flandes y vuestra persona bajo la protección del Duque de Parma —Forcada miró con desconfianza hacia el cervecero e hizo un gesto a la reina de que se apartaran para hablar. Luego ordenó a Guillaume y al cervecero que se partieran ya, mirando significativamente al mozo como para recordarle que tuviera presentes las instrucciones que le había dado.

Cuando estuvieron aparte, el capitán tranquilizó a la reina acerca del cervecero, cuya mujer había quedado como rehén por si se le ocurría hacerles traición y a quien tendría puesto quien le vigilara. Después Forcada preguntó a la reina si se hallaba con ánimo y fuerzas para que desde allí mismo emprendieran el viaje hasta el lugar convenido para reunirse con la nave que acudiría a recogerlos.

—Nada deseamos más que vernos lejos de esta prisión en que hemos consumido los últimos dieciocho años de nuestra vida —respondió animosa—, y si por ventura es voluntad de Nuestro Señor que lleguemos en salvo a Flandes, será porque Él ha escogido a vuestra merced y a estos caballeros que os acompañan como instrumento para que sirviéndonos cumpláis su designio.

Forcada le explicó entonces el plan de fuga, que consistía en hacer en cuatro jornadas las poco más de cien millas que les separaban del punto de encuentro con el barco del capitán Villova, a razón de siete u ocho leguas cada día y haciendo la noche en casas ya convenidas de católicos leales que les socorrerían aunque ignorasen que era la real persona de la reina de Escocia la que se alojaría entre ellos bajo su guisa de gentilhombre. Ya había mandado por delante a cuatro hombres, que divididos en parejas y separados un cuarto de legua entre sí y de ellos, les avisarían con tiempo de cualquier peligro que presentara el camino.

—¿Y qué será de la señora que ha quedado sustituyéndonos ante nuestros carceleros?

—De aquí en seis días vuestra majestad se hallará ya en salvo en Flandes, y en ese mismo espacio de tiempo volverá a Chartley el cervecero con su carga, avisando a esa señora de cuándo y cómo se la liberará. Que está concertado con un capitán que allí os sirve en secreto y es muy leal criado de vuestro embajador el arzobispo de Glasgow que ha de guiarla fuera de su prisión por cierto oculto pasadizo sólo de él conocido.

—Dios nos favorezca en esta jornada, que nos dolería como no os podemos representar que una tan leal amiga como es la señora Claire de Chesne padeciera en su persona, por salvar nuestra vida, los rigores de tan crueles verdugos, que es lo que con más cuidado nos tiene desde que la conocimos en la bodega.

La reina de Escocia observó que según iba diciendo estas palabras los ojos del capitán brillaban de un modo especial, e intuyendo inmediatamente la causa de esta emoción, cambió de tema y le ordenó dispusiera lo necesario para que emprendieran el camino cuanto antes.

### *Final del juego*

En tres días de viaje habían llegado a la casa de la señora Magaret Henborow, a dos millas de Gainsborough, cerca de los confines del condado de Lincoln con el de Nottingham y a una jornada o jornada y media de su destino. La valerosa señora Henborow había enviudado recientemente de un sobrino lejano del influyente señor católico sir Thomas Tresham, con quien había concebido seis hijos en sus diez años de matrimonio. Su casa, como bien sabía Creswell, era refugio habitual de los sacerdotes misioneros que recorrían clandestinamente Inglaterra, y Forcada, el jesuita, y la reina de Escocia bajo su disfraz de gentilhombre fueron acogidos hospitalariamente sin que hubieran de dar mayores explicaciones acerca de su presencia allí. A María Estuardo le pareció una buena señal que, estando ya tan cerca de su definitiva liberación, la señora que la acogía se llamara Margaret, pues sentía de antiguo una gran devoción por aquella otra reina de Escocia y santa del mismo nombre.

Les asignaron aposentos para que pasaran la noche en un ala del edificio que estaba especialmente preparada para esconder a los visitantes secretos que la casa solía recibir. Las obras de remodelación que se habían efectuado unos años antes a instancias de lady Margaret ocultaban la construcción de algunos ángulos en los aposentos y falsos tabiques pensados para ocultar a los perseguidos y burlar a los cazadores de sacerdotes que cada cierto tiempo se presentaban en una casa tan sospechosa de acoger a papistas. En los sótanos de la casa se había construido también un sistema de desagüe que podía ser empleado en caso de necesidad extrema para esconderse y huir, pues iba a parar, a unas cien yardas de la casa, a una torrentera que desembocaba en un afluente del río Trent.

Se escondía también en la casa el padre jesuita Peter Kyrrell, ante quien, por ser de la Compañía, Creswell se descubrió, en contra del criterio del capitán Forcada, con el único propósito de ofrecerle llevar noticias suyas al continente, si así lo deseaba. El padre Kyrrell se alegró mucho de poder disfrutar de la conversación de alguien que había llegado hacía tan poco de Roma, aunque quizá le alegrara más el hecho de verse al lado de un compañero.

La anciana madre de lady Margaret también insistió en conocer a los recién llegados, ocurrencia que alarmó a Forcada, pero que María acogió sin prevención alguna:

—No os descompongáis por tan poco, señor de Forcada, que si está de la mano de Dios que hayamos de perdernos, no será por causa de una noble y anciana dama como ésta que nos da cobijo en su casa.

Sin embargo, la prevención del capitán se vio en seguida justificada, pues en cuanto María Estuardo fue introducida con los otros en la cámara de la vieja señora, el rostro de ésta mudó, pidió ayuda a uno de sus nietos para que la ayudara a moverse de su silla de brazos y a arrodillarse ante quien le acababan de presentar sencillamente como un caballero católico que estaba de paso.

—¡Bendito sea Nuestro Señor por haberme dado la gracia de llegar a este día en que puedo besar la mano de vuestra majestad, señora —le dijo la anciana besándole ambas manos y con la voz atragantada por el llanto—, y quiera Él que os vea presto en el trono que sólo a vuestra real persona corresponde, que bien podré yo decir que ha merecido la pena pasar por los trabajos que hemos pasado vuestros leales vasallos si mis ojos ven llegado tal día!

Con naturalidad, María ayudó a alzarse a la dama y le enjugó las lágrimas de los ojos con un lienzo, sin decir palabra alguna salvo en el oído de quien la había reconocido, y luego cargó con ella para acompañarla de nuevo a su silla. Todos los que asistieron a la escena quedaron suspensos, pero nadie se atrevió a decir nada, y así, al momento se separaron.

Pero lo ocurrido despertó las aprensiones de Forcada, quien conferenció aparte con Creswell acerca de la conveniencia de abandonar la casa inmediatamente y adelantar su jornada. El jesuita, en cambio, no veía razón para hacer tal mudanza en sus planes, y le representó al capitán el inconveniente de marchar ahora sin haber podido dar aviso antes a los que iban por delante en su camino, con quienes se había concertado que siguieran su jornada al día siguiente con las primeras luces, además de lo peligroso que sería ir a llevarles recado a su posada estando ya tan cerca la noche.

La noticia de lo ocurrido en la cámara de la anciana señora debía, sin embargo, haberse corrido ya entre los de la casa, pues al poco se presentó uno de los hijos mayores de lady Margaret para rogarles que asistieran a una misa en acción de gracias que celebraría el padre Kyrrell en el aposento que solía emplearse como capilla.

Creswell se emocionó al comprobar que, a pesar de la persecución tan férrea a que sometía a los católicos el herético gobierno de la reina, de sus muchos agentes y delatores, del cuidado con que impedían que se introdujeran en el reino objetos para el culto, aquel aposento que hacía las veces de capilla estaba tan dotado de todo lo necesario como cualquier iglesia del continente. Y aún le conmovió más la devoción con que asistían a la misa los deudos de la familia Henborow, desde el último de los criados de la casa, hasta la más pequeña de las hijas de lady Margaret, que apenas tendría tres años. Sólo el capitán Forcada parecía atender únicamente a escrutar en los rostros de todos los asistentes el rastro de la falsedad y de la traición.

Al llegar al sermón, el padre Kyrrell invitó a Creswell a hablarles, y éste comentó el pasaje de San Lucas en que se relata la negación de Pedro tomándolo por alegoría de todos los católicos que aterrados por la persecución de su fe habían negado a



Cristo y a su Iglesia verdadera.

—Pedro no conocía que Nuestro Señor resucitaría al tercer día, y le bastó oír el canto del gallo para entender su cobardía y su traición. ¿Necesitaremos nosotros ver a Cristo resucitado para creer en Él? Yo os digo que el gallo ha cantado ya, aquí, a nuestro lado. Que está cantando en este justo momento entre nosotros. ¿A qué esperamos? ¿Por qué desesperamos?

Tras la misa, a la que asistieron también algunos católicos de los lugares vecinos, lady Margaret ofreció a todos una cena, aun sin revelar a los presentes lo especial que ésta sería por la presencia de la reina de Escocia en su casa.

Forcada nada pudo hacer por impedirlo, pero le inquietó observar que uno de los presentes se ausentaba pretextando otras ocupaciones. Inmediatamente interrogó al hijo mayor de los Henborow quién era éste, y averiguó que se trataba de un antiguo criado de la casa, muy amigo del cocinero, buen católico y que solía asistir habitualmente a todos los oficios clandestinos que se realizaban en la casa.

El capitán no quedó convencido con las garantías de la lealtad del ausente que le dio el vástago de los Henborow y, llamando aparte a Creswell y al criado más antiguo de la casa, les representó sus sospechas y encargó al jesuita que con todo sigilo se partiera de la casa con los caballos y los llevara hasta el final del desagüe, donde la torrentera vertía en el río. Por su parte, al criado de los Henborow le encomendó que siguiera los pasos del que había marchado y se asegurara de que no les hacía traición.

—No dudéis en emplear esto si la ocasión lo requiere —le ordenó entregándole su propia pistola.

Luego que estos dos habían partido, Forcada subió a lo alto de la casa y estuvo vigilando el exterior en busca de alguna señal alarmante. Cuando los de la casa terminaban la cena y comenzaban a despedirse de lady Margaret y de su madre, el capitán observó una constelación de luces de antorchas que se acercaban a la casa desde los cuatro puntos cardinales.

Bajó a poner sobre aviso a los de la casa y prevenir a la reina de Escocia, a quien urgió a escapar por el desagüe. Pero antes de que se hubieran concertado, un grupo de los asaltantes que debía haberse adelantado a los demás para tomarles con mayor sorpresa ya estaba golpeando ruidosamente la puerta de la casa y dando voces de que se les abriera en nombre de la reina de Inglaterra.

—No utilicéis el desagüe ahora y confiad en mí —les dijo lady Margaret—. Será mejor que me sigáis y os ocultéis en un falso tabique, que luego ya sabremos cómo conducirnos al desagüe para que huyáis.

Hicieron como les decía y quedaron escondidos tras un lienzo hueco del muro situado en el corredor más cercano a la capilla y que solía emplearse para ocultar a sacerdotes. El padre Kyrrell fue escondido a su vez en un ángulo disimulado de la propia capilla.

Mientras medio centenar de hombres armados, reclutados apresuradamente en Gainsborough por el alcalde, montaba guardia en el exterior, dos decenas más que

obedecían las órdenes de un extraño encapuchado que hablaba el inglés con fuerte acento extranjero recorrieron todos los rincones de la casa registrándola minuciosamente.

Como el registro no dio más fruto que hallar algunos objetos de culto y devoción católicos y la noche había caído horas antes, el alcalde ordenó que se suspendiera, pero dejó centinelas en la planta baja y en los alrededores de la casa para que nadie pudiera entrar ni salir de la misma sin su conocimiento. La anciana madre de lady Margaret pidió entonces hablar con el alcalde y se lamentó ante éste de que se turbara de aquel modo su tranquilidad y sosiego. El alcalde se disculpó con cortesía y le ofreció que escogiera la parte de la casa que más le placiera, con su palabra de honor de que nadie molestaría su reposo aquella noche. La dama escogió precisamente la zona en la que estaba la capilla clandestina y ordenó a sus criados que sirvieran una buena cena a los centinelas.

De este modo, el padre Kyrrell, el capitán Forcada y María Estuardo pudieron salir de sus escondrijos. Pero el peligro seguía siendo cierto, pues nadie dudaba de que, tras la pausa de la noche, a la mañana siguiente volverían a registrar la casa, y aún con más ahínco que la primera vez. Por mucho que a los perseguidores les pasaran inadvertidos los escondrijos, podían recurrir a perforar y demoler muros y tabiques hasta que dieran con ellos.

Forcada no encontraba otra salida que huir de allí por el desagüe secreto, pero existía el obstáculo de los centinelas que habían quedado vigilando la planta baja, por la que necesariamente habrían de pasar para llegar hasta él.

—Pierdan vuestras mercedes cuidado por eso —les dijo el padre Kyrrell—, que haremos salir de sus quicios a esos guardias.

Un rato después los centinelas comenzaron a escuchar pasos clandestinos y secreta agitación en la parte de la casa que el alcalde les había prohibido turbar por ser en la que reposaba la venerable madre de lady Margaret. El temor a incumplir las órdenes que tenían les mantuvo en sus puestos por un tiempo. Pero poco a poco el murmullo como de cánticos papistas que procedían de uno de los aposentos les alarmó, y como el alcalde se había vuelto ya a la villa, y tampoco estaba el hombre del hábito en quien aquél parecía confiar tanto, el que más autoridad tenía entre ellos decidió que debían comprobar qué pasaba.

Ése fue el momento que aprovecharon el capitán y la reina de Escocia para deslizarse escaleras abajo desde el otro ala de la casa y descender hasta el desagüe.

Consistía éste en un túnel construido de unos cuatro pies de altura y otro tanto de ancho. Se extendía más de cien yardas bajo tierra e iba a desembocar en una torrentera que corría una media milla hasta desaguar en un arroyo corto pero caudaloso, que iba a parar a su vez al Trent.

Gateando por las sucias aguas del túnel llegaron a la torrentera y allí Forcada ayudó a la reina de Escocia a salir a la ribera. A causa de su reuma María caminaba medio encogida y no avanzaba todo lo deprisa que le hubiera gustado al capitán, pero

su porte y la expresión de su semblante, incluso en aquellas circunstancias, denotaban valor y determinación. El tiempo, sin embargo, era esencial y jugaba en su contra, pues los centinelas de la casa no tardarían en advertir la estratagema y dar la voz de alarma. Forcada estaba seguro de que, aunque no se mostrara, Robledo estaba cerca y esta vez, no sabía por qué medios, había acertado a adivinar que se escondían en la casa de lady Margaret Henborow. Sólo si a Creswell le había dado tiempo a llevar los caballos al punto al que se dirigían tendrían una oportunidad de escapar.

Cuando ya estaban próximos al lugar de reunión con Creswell, el capitán tomó la mano de la reina y la ayudó a correr. María disimulaba su cansancio y le sonreía animosa, pero estaba exhausta y sus pies se movían con lentitud.

En la oscuridad, Forcada empezó a sentirse desorientado y dudó si no habrían errado el camino, pues no encontraba el punto en que la torrentera desembocaba en el arroyo ni rastro alguno de la presencia de Creswell, a pesar de que debían de haber caminado ya durante más de media hora.

Decidió darse un respiro, y advirtiéndole a la reina que no dijera nada, se arrodilló y oteó a su alrededor en busca de alguna señal por la que guiarse, aguzando el oído para percibir cualquier sonido en torno.

Durante un largo minuto ni vio ni oyó nada, y estaba considerando si sería mejor continuar bordeando la ribera o volver sobre sus pasos para cerciorarse de no haber dejado atrás el punto de encuentro, cuando súbitamente, a menos de un tiro de mosquete de donde ellos se encontraban, escuchó murmullos, el tintinear de las armas y el ruido de numerosos pasos, justo antes de ver las luces de al menos una docena de antorchas que avanzaban en su dirección desde la otra orilla.

—Señora, es menester que nos dividamos —le dijo a María—. Vuestra majestad debe huir en la otra dirección y ocultarse donde encuentre más a propósito, o unirse a Creswell si lo halla. Que yo procuraré divertirlos, y si alcanzo a escapar, ya hallaré modo de reunirme con vuestra majestad en el lugar concertado para pasarnos en Flandes. ¡Marchad ahora, os lo ruego!

María Estuardo no dijo nada, pero antes de separarse de él y alejarse corriendo, le observó un instante a los ojos con una expresión resignada, como si lo diera ya todo por perdido.

Forcada esperó a verla perderse de vista en la oscuridad y se lanzó él mismo a correr siguiendo la ribera, intentando alejarse rápidamente del lugar por donde se había ido la reina de Escocia. Su única esperanza era que Creswell le estuviera aguardando con los caballos un poco más abajo. Las antorchas se movían precisamente en la dirección que él llevaba, pero aún al otro lado del río.

De pronto oyó gritos en la dirección en que se había marchado María y también creyó percibir el resplandor de luces. Esto sólo podía significar que los perseguidores la habían encontrado, así que no dudó en volver sobre sus pasos y correr hacia ese lugar. Pero las mismas voces que él había escuchado debieron de poner sobre aviso a los de la otra orilla, que ahora cruzaban a toda prisa el curso de agua agitando la

noche con el chapoteo de sus pisadas.

Forcada quedó demasiado cerca de estos últimos, y aunque se tiró al suelo por instinto para ocultarse a su vista, en seguida determinó que, desarmado como estaba, no podía ser de ninguna ayuda a la reina y que debía conseguir un arma. Reptando, se acercó a uno de los que acababan de cruzar e incorporándose repentinamente a su espalda lo derribó pateándole la pierna de apoyo. Se arrojó sobre el sorprendido hombre y le golpeó el rostro varias veces con los puños, hasta que lo dejó inconsciente.

No debía de tratarse de un soldado de verdad, pues apenas iba armado con un arco y un garrote. Forcada se apoderó de éste y siguió avanzando con la idea de servirse de esta tosca arma contra alguno que llevara espada o pistola. Pero debía de haber dejado a sus espaldas a otro hombre que, al verlo, comenzó a dar grandes voces de alerta llamando a los demás, y antes de que pudiera decidir qué camino seguir, empezaron a aparecer entre las sombras varios de su grupo, quizá cinco o seis.

El capitán fijó entonces su posición y, valiéndose del garrote, que no mediría mucho más de vara o vara y media, como si de una pica se tratase, atacó a la desesperada al que vio más cerca. Sin detenerse a comprobar si lo había derribado, continuó ejecutando, a ciegas y sin esperanza, movimientos de ataque y defensa combinados con giros en todas las direcciones, más destinados a desconcertar y amedrentar a sus enemigos, que al imposible de derrotarlos a todos.

Una bala pasó cerca de su cuerpo un segundo antes de que sonara el disparo, y cuando se giró hacia el punto de donde había salido distinguió a un hombre vestido con hábito que le apuntaba con otra pistola.

—¡Esto es acabado, Forcada! —gritó Robledo—. ¡No me forcéis a acabaros en este punto, que acomoda más a mi venganza muráis como el traidor que sois!

Al tiempo que Robledo hablaba, Forcada vio cómo traían a la reina de Escocia custodiada por hombres armados en un sombrío tumulto de gente iluminado tan sólo a la luz de las antorchas, y comprendió que todo estaba acabado para ellos. Resollando por el esfuerzo y la desesperación, el capitán arrojó el garrote y se dejó prender.

*En el limbo*

Después de haber pasado lo que calculaba serían tres días en la tumba de su mazmorra en la Marshallsea, los ojos de Forcada quedaron cegados por la luz que había en la sala, y aún tardaron un tiempo en acostumbrarse a ella. Los guardias le habían quitado sus grilletos y dejado a solas ante la figura de un hombre a quien no conocía y cuyos rasgos apenas podía distinguir.

—Veo cómo *el limbo* ha cegado a vuestra merced —bromeó el desconocido, en un francés algo tosco, con el nombre que al parecer se daba a la mazmorra de donde acababan de sacar al capitán—. La espera en él no es, sin embargo, lo peor que le puede aguardar a un gentilhombre conspirador y traidor como vos. Y ha de estar asegurada vuestra merced de que la voluntad del señor Richard Topcliffe puede tanto con su majestad la reina, que de ella sola pende no sólo vuestra vida y vuestra muerte, sino aun el riguroso, terrible y doloroso espacio que puede mediar entre la una y la otra.

Como Forcada se mantuvo sin contestar palabra, y ahora que sus ojos empezaban a recobrar la visión precisa, observándole directamente a la cara, el señor Topcliffe frunció el ceño y luego adoptó una expresión entre divertida y omnímoda.

—He hecho juramento a vuestro viejo amigo y mi leal servidor, el señor Robledo, de que colgaríais de las horcas de Tyburn y os darían el tratamiento que se acostumbra con los traidores a su majestad. Sin duda lo conocerá vuestra merced: es algo más infamante, largo y doloroso, aunque acaso menos inmediato y brutal que el que se emplea en Francia. Algunas veces me he preguntado qué sentiría aquel Salcedo que ajusticiaron en París cuando estaba amarrado a cuatro caballos, justo antes de que cada uno de ellos saliera disparado al galope en las cuatro direcciones. Pero he visto los rostros de muchos a los que yo mismo he llevado a las horcas. Debe de ser desconcertante verse castrado por el verdugo y luego observar el volumen impensable que ocupan las vísceras cuando el verdugo saja el vientre y se las saca para que mueran con la visión última de su propia inmundicia. Es la misma cara de desconcierto que se les queda cuando por fin se les corta la cabeza, y con ella misma se muestra en alguna puerta de la ciudad, de la que cuelga por un tiempo, hasta que los cuervos se la van comiendo trozo a trozo.

Calló un momento como para comprobar el efecto que sus palabras hacían en el prisionero y luego continuó:

—Es vuestra merced hombre notable y vuestro señor Don Bernardino de Mendoza debe estimaros en todo extremo. Sois, por lo que tengo entendido, de noble linaje y reputado soldado. Es triste e injusto un fin tan ingrato para tan buen vasallo

de príncipe tan potente como lo es su católica majestad el rey de España. Mi señora la reina de Inglaterra duerme más tranquila desde que conoce sois mi huésped. Pero su majestad reposaría con mayor quietud y sosiego si vuestra merced la sirviera como el caballero que es y, por mi medio, le declaraseis algunos puntos intrincados del negocio que traíais encomendado, y con qué otras personas lo teníais concertado, y adónde apuntaba el tiro. Que de ello penderá que su majestad se anime a alzaros a su gracia y merced, y yo tendré razón con que excusarme de no cumplirle la palabra que tengo dada al dicho Robledo de haceros colgar.

Forcada siguió callado.

—¿Acaso no apreciáis en nada vuestra vida y vuestra honra a un tiempo? ¿No os remuerde ni acongoja el deservicio que habéis hecho a su majestad, ni estimáis en nada la palabra de caballero que os estoy dando de favoreceros ante mi señora y alzaros a su gracia?

Topcliffe aguardó un largo minuto con gesto fingidamente paciente. Debía de estar muy habituado a aquellas representaciones y divertirse con ellas, pues aunque sus ojos observaban al capitán con cortesía, éste no veía en el fondo de ellos nada, ningún rastro de sentimiento humano.

Súbitamente, Topcliffe sacó su espada, dio un paso rápido hacia Forcada, y se ayudó del propio impulso del movimiento repentino y sorpresivo para clavarle en el brazo el estoque fría, medida y calculadamente:

—Un papista y un traidor —dijo muy cerca del rostro del capitán, como si escupiera.

Cuando sacó el acero de su carne, pateó dos veces el suelo y al momento aparecieron los guardias.

—Ponedle los grillos —ordenó Topcliffe.

Con los grillos en las muñecas lo sacaron de la sala y lo condujeron por oscuros corredores y estrechas escalinatas.

—Deseo que vuestra merced presente sus respetos a una dama que sufre injusto padecimiento por vuestra causa —anunció cuando llegaron ante la puerta de una cámara de cuyo interior procedían gritos de sufrimiento que encogían el ánimo.

Forcada sintió que se mareaba y tuvieron que sujetarlo para que no se desplomara. Los guardias preguntaron a Topcliffe si le vendaban la herida del brazo, de la que manaba un pequeño pero constante reguero de sangre que le empapaba ya la manga y los grilletes.

—Dejad que mane su traidora sangre. Veremos si tiene tanta de ella como soberbia en su persona.

Le arrastraron hasta el interior de la cámara y le pusieron ante el espectáculo de una mujer completamente desnuda y boca abajo, reposando sobre una especie de reja de hierro, con brazos y piernas amarrados a los extremos y encima otra reja semejante a la primera sobre la que habían colocado una descomunal losa que la aplastaba de tal manera que parecía increíble cómo la desgraciada aún seguía con vida. De hecho, al

poco de entrar el capitán, la mujer dejó de gritar y perdió el conocimiento.

Los atormentadores levantaron entonces con una polea la pesada carga y la dejaron suspendida no más de un metro por encima del enrejado que aprisionaba el cuerpo de la víctima. Topcliffe ordenó que acercaran al capitán para que la viera bien.

Entre el pelo enmarañado y la mezcla de saliva y sangre que le cubría el rostro desencajado por el sufrimiento, Forcada adivinó el semblante de lady Margaret Henborow.

—Su sangre no merece ser derramada —protestó el capitán—. Su único pecado fue acoger a personas injustamente perseguidas, y no tengo a su majestad la reina de Inglaterra por tan cruel que apruebe se deshonor y dé tal tratamiento a dama tan noble como ésta. Si le resta un adarme de honor, no consentiré vuestra merced se continúe este desafuero en dama viuda de su calidad, y tan cristiana y honrada.

—No soy yo, antes es vuestra merced la causa de lo que veis —replicó Topcliffe—. Y no es mi honor, que no procede sino del que mi señora la reina me otorga, sino el vuestro, el que se envilece callando las traidoras maquinaciones que sabe y no conmoviéndose de los padecimientos de tal dama. Vuestra es la culpa y no mía, que entendéis cómo una sola palabra la liberaría de su tormento y sin embargo calláis. ¿Hablará acaso ahora vuestra merced? Forcada no despegó los labios.

—Llevadlo a su celda —ordenó Topcliffe a los guardias, y antes de que lo sacaran de allí, se dirigió al prisionero—. Quizá cuando vuestra merced desee remediar el mal, lady Margaret no pueda ya agradeceros la merced. A despecho de su edad, es aún mujer hermosa, pero de frágil naturaleza. Estos caballeros, prácticos en su oficio, os certificarán cómo no soportará el rigor del tormento más allá de una o dos horas. ¡El tiempo apremia, señor de Forcada! Hacedme saber vuestra voluntad cuando gustéis.

A la mañana siguiente volvieron a sacarlo de su mazmorra y lo llevaron de nuevo ante Topcliffe, pero no a la sala del día anterior, sino a una cámara amplia y sombría donde se podían ver poleas, fraguas, un potro y la terrible «hija de Scavenger». El señor Topcliffe estaba rodeado de algunos hombres armados y dos verdugos con expresión indiferente y aburrída, y en una mesilla, con tinta y pluma listas, un escribano.

El todopoderoso verdugo de la reina le preguntó por el estado de su herida, que le habían vendado sus carceleros cuando le dejaron en la celda. En vez de responder a esto, Forcada inquirió por la suerte de lady Margaret.

Topcliffe simplemente se rio.

—Si le certificara a vuestra merced que aún vive, ¿creería en mi palabra? —se burló—. Y, sin embargo, se la doy sin reparo y torno a hacerle la misma instancia de rogarle vuelva por su honor y la vida de esta señora, madre de hijos que aún están en la tierna edad, y que podría quedar libre a una sola palabra vuestra.

El escribano tomó la pluma y la dejó suspendida en el aire, impaciente por comenzar a tomar su declaración. Pero Forcada tampoco esta vez despegó los labios.

—No le reprocho a vuestra merced que desee meditar a solas lo que más le conviene —dijo pausadamente Topcliffe—. Le dejaré en este lugar en coyuntura propia para holgarse y reflexionar bien su respuesta.

A un solo gesto suyo, los verdugos llevaron a Forcada a un taburete en el que le obligaron a subir. Luego le alzaron las manos sujetas por los grilletes por encima de la cabeza y prendieron la cadena de un gancho sujeto a una polea, que al quedar tensada le levantó hasta quedar de puntillas sobre el taburete. El escribano recogió sus instrumentos en la escribanía, y todos comenzaron a salir de la cámara. Topcliffe, por último, se acercó al capitán y con una patada derribó el taburete, dejándolo suspendido en el aire y pateando para encontrar un inexistente punto de apoyo.

Aunque no era fácil calcular con precisión el transcurrir del tiempo en aquella penumbra y encerramiento, Forcada quedó en esta posición durante varias horas: cinco, seis, ocho. Era imposible saberlo. A ratos consciente y retorciéndose por el dolor en las muñecas y las articulaciones que luego se iba transmitiendo a todo el cuerpo; por momentos, acaso los más, perdido el conocimiento y sumergido en un angustioso sopor del que despertaba a medias cada tanto para volver a desesperar de su situación y decirse que la muerte, lenta y cruel, terminaría por vencer la partida.

Al fin, volvieron los verdugos y le descolgaron. Cuando recobró el sentido estaba de nuevo en su mazmorra y un carcelero arrojó contra su cara un pedazo de pan, que rebotó y cayó en el suelo. Cuando intentó recogerlo sintió que sus manos se habían vuelto las de un elefante, como si no tuvieran ya dedos, y hubo de recoger el pan y llevárselo a la boca como un simio.

Pero ni siquiera le dejaron mordisquear el pan en paz, pues en seguida percibió una presencia en la mazmorra. Cuando centró más la vista en la sombra que estaba a unos pasos de él, observó a un ser alto y sin rostro enfundado en un triste hábito que, para su desgracia, tan bien conocía. Incluso en su silenciosa e inexpresiva presencia creyó percibir la sucia alegría del triunfo. Sin acercarse a él, Robledo comenzó a decirle:

—No turbaré más de un minuto el sosiego y recogimiento del que vuestra merced al presente goza, tan diferente en todo a la agitación en que en otro tiempo vivíamos, pues que es mi deseo pasen vuestros últimos días en meditar los innúmeros pecados que son la causa de que os halláis en tan ruin estado. Es sólo el deseo de catar mi victoria sobre vuestra merced lo que me mueve a visitarle y a advertirle de que, cuando el verdugo de la reina le castre y eviscere aún vivo, antes de que la vida se escape ante vuestros pecadores ojos, juro a vuestra merced que lo último que verán antes de ir a aguardarme al infierno, será este rostro marcado por las pruebas de vuestra traición...

Robledo pareció esperar a que el capitán dijera algo, siquiera una maldición. Pero como éste nada dijo, el antiguo amigo comenzó a jactarse de cómo le había vencido.

Empezó por contarle cómo descubrió el paradero en Londres de Jerónimo López y John Blood, por lo que el capitán se enteró de que Cartelegar había venido a



Inglaterra y se había reunido con éstos. Siguió relatando la muerte de Jerónimo, prisión de Blood y huida de Carteleger y cómo él, Robledo, había galopado y reventado dos caballos hasta llegar a Chartley Hall movido por el presentimiento de que en los alrededores de ese castillo se escondería el capitán. Sus pesquisas allí y sus coloquios con Darrell, el confidente de sir Amyas Paulet, le llevaron a un punto muerto, pues todo en la prisión de la reina de Escocia parecía estar como convenía y no había sucedido ninguna sospechosa mudanza.

—Mas en aquel punto, me acordé de cómo en otras ocasiones que me hallaba desamparado de la suerte, había invocado yo a las secretas potencias que favorecen a los desesperados y nunca habían dejado de hacerme merced y volver por mi justa causa, sea Dios, sea el diablo. De manera que también en esta ocasión pedí me alumbrara uno de estos poderosos señores y guiara mis pasos hasta el premio que de sus manos confiaba en recibir. Y fue que al otro día del que estuve en Chartley, se presentó ante mí un hombre llamado tal Adrian Beeston, servidor del señor Topcliffe, a quien había yo tratado en Londres unas semanas antes y que había procurado informarse de vuestro paradero allí. Éste había sido en otro tiempo criado de confianza en casa de los Henborow, aún contaba con amigos entre los servidores de la señora de ésta, y llevaba tiempo con el deseo y propósito de denunciar a los sacerdotes que de ordinario en ella encuentran refugio y acogida. Certificado de que un padre Kyrrell se escondía allí y oficiaba la misa y daba los demás sacramentos a los de la casa, se averiguó también que unos días antes habían llegado unos jinetes que luego se reunieron en secreto con la señora, y después partieron, lo que le movió a sospechar si no sería esto por algún muy grave motivo, lo cual me vino a comunicar por si podía aprovecharme en algo.

»Determiné así partirme con este Beeston a la villa de Gainsborough y poner sobre aviso a su alcalde y advertirle previniera hombres de milicia que registraran la casa y tomaran la persona del sacerdote. Pero yo maliciaba que con este tiro acaso saldría con otro mayor, porque desde que el Beeston me habló, mis entrañas y el valimiento que siento tengo de las dichas potencias me decían que vuestra merced no habría de ser ajeno a este negocio. En lo que no erré, pues que introducido en la casa el espía que tengo dicho, volvió para confirmarme había visto allí a vuestra merced, a quien conoció por señas muy particulares que de vuestra persona le di. Y como antiguo criado que había sido, me señaló también los escondrijos que por lo ordinario se usaban para ocultar a los sacerdotes, y el desagüe de la casa que se había recientemente construido para facilitar se escaparan, que ello me iluminó en adivinar que si vuestra merced veía se registraba la casa, a la primera ocasión intentaría su huida por el dicho desagüe, como así fue».

Forcada estuvo tentado de preguntarle por el destino de la dama a la que prendieron junto a él aquella noche. Pero inmediatamente lo descartó por no atraer la atención hacia ella, pues ni el propio Robledo ni el señor Topcliffe la habían mencionado hasta ahora en ningún momento, lo que tal vez significara que aún no

habían descubierto su verdadera identidad.

—Y aún deseo revelar a vuestra merced algo más para que medite en ello el tiempo que le resta para dejar los trabajos de este mundo, que es la merced que vuestro hermano el embajador de su majestad ante el serenísimo Duque de Saboya me hizo cuando, luego que me liberé de la galera turquesca en la que servía forzado, me llegué a Turín por averiguar vuestro paradero. Que el dicho Don José no sólo me lo reveló, sino aun me acogió y colmó de mercedes y pagó de su bolsa mis posada, y todavía me dio con qué vestirme y hacer mi jornada, que al principio pensé lo hacía por estimarme como a antiguo amigo y camarada de vuestra merced, que me pesó en la conciencia aceptarlos siendo tan otro el intento que yo llevaba al preguntarle por vos.

»Mas cuando me abrí con él y le dije cuál fue vuestra traición y afrenta que me habíais hecho y le revelé por lo llano la determinación de vengarme que me movía, vuestro hermano no sólo no me la quiso impedir, antes me abrió su pecho y reveló el odio e intención de vengarse de vuestra persona que él también tenía, y los motivos que a ello le movían, que vuestra merced conoce muy bien y que hallé yo sobrados por sí solos, e innumerables unidos a los míos para tomar venganza que a ambos nos satisficiera. Y así, por ser él persona de tanta calidad, me dio cartas de creencia para presentar en su nombre ante los consejeros del rey y otros ministros que su majestad tiene dentro y fuera de España, y más de mil ducados, con la promesa de hacerme aún mayor merced si le cumplía mi palabra de librarle de vuestra odiosa persona. Que en todo este tiempo no he dejado de avisarle de todos mis pasos y la última vez fue el pasado día, comunicándole vuestra prisión y ruin e infamante muerte que os aguarda como a traidor, que entiendo la noticia le dará todo el contento que es de esperar».

Y cuando aún reverberaba el eco de sus palabras en el sucio aire de la mazmorra, la figura de Robledo se desvaneció tan repentinamente como había surgido.

Los días que siguieron, no se sabría cuántos, se sucedieron con la dolorosa inconsistencia de una pesadilla, cada uno igual de terrible e indistinguible del otro. Tan pronto recobraba la conciencia en su celda como en el potro, o colgado por los grilletes, o con el sabor ácido de su propia sangre en el paladar cuando la presión de la «hija de Scavenger» se aliviaba un poco y le volvía el sentido, o el dolor era tan insoportable que ni podía hundirse en el sopor de la inconsciencia.

Topcliffe asistía a veces a los tormentos, pero cada vez insistía menos en instarle a confesar. Sin embargo, el escribano siempre estaba allí, con el gesto aburrido y su pluma y tintero preparados para tomar su testimonio.

En una de estas ocasiones creyó ver a una gran señora, suntuosamente vestida, que observaba su suplicio. Pero dudó si no sería una alucinación de su cerebro o la propia Muerte, incongruentemente vestida de raso blanco, como si aguardara el momento de llevarse su alma.

Otro día, mientras las sogas del potro daban una vuelta y otra más por orden de Topcliffe y su columna parecía a punto de quebrarse porque le habían puesto una

piedra debajo para mayor tormento, incluso al sepulcro que era aquella cámara le llegó el sonido de todas las campanas de Londres repicando a un tiempo en señal de alborozo.

—Los leales vasallos de su majestad se regocijan y celebran el haberse prendido a los sucios papistas conjurados para asesinar a su reina —le explicó el verdugo—. ¿Confía vuestra merced en que las lenguas del señor Babington y sus camaradas soportarán los tormentos antes de revelar los odiosos tratos que tenían por vuestra vía con el rey de España? La reina teme aún por su vida, y no perdonará el agravio de vuestra obstinación en no servirla. Nada contentará más al pueblo de Londres que poder despedazar con sus manos a un espía español que atentó contra la sagrada vida de su señora. Estos suplicios y los que le aguardan a vuestra merced en las horcas de Tyburn son poca cosa al lado de lo que haría el populacho con vuestra persona si la echáramos en medio de él. ¿No dice aún nada vuestra merced?

Pero los labios sangrantes de Forcada ya no eran capaces de despegarse más que para gritar de dolor como un animal, y en su cerebro y en su alma no quedaban más que el silencio y la nada. Tan sólo al fondo, muy al fondo de ella, habitaban una zozobra y una esperanza que ni siquiera convocaba para no sumar más padecimiento al de su cuerpo: que la señora de Bellegarde estuviera a salvo.

### *Cacería en Tixall*

Amaneció un espléndido y hermoso día de agosto. La señora de Bellegarde se había despertado muy temprano y ocupado en elegir cuidadosamente, con la ayuda de Jane Kennedy y Elizabeth Curle, el vestido de los de la reina de Escocia que se pondría para la cacería que le había propuesto sir Amyas Paulet. Confiaba en que los más señalados gentilhombres y damas de los alrededores acudirían, y deseaba presentarse deslumbrante y regia ante ellos, como lo hubiera hecho la propia María Estuardo.

Después de unos primeros días en que permaneció sin salir de su cámara ni permitir que nadie la visitara, acompañada sólo de las fieles Jane y Elizabeth, las únicas que estaban en el secreto y que la instruyeron en todos los pormenores de las costumbres de la reina a la que sustituía, cada día había sido para ella una prueba por superar, convenciendo a cada uno de sus servidores y carceleros de que ella era realmente quien decía ser. Había contado con la ventaja de su asombroso parecido con María y de que nadie tenía por qué sospechar que no fuera la que decía ser. Pero además, el amor que todos profesaban a la reina había colaborado a la sugestión, pues aunque los ojos percibieran que esta María parecía haber rejuvenecido y recobrado el encanto que en otro tiempo la iluminara, y aunque este encanto no parecía ser siquiera el mismo, cada uno atribuía la transformación a algún secreto y alegre presagio o esperanza que ahora la animaba y todos estaban dispuestos a amarla aún más por ello.

Incluso su médico Bourgoing, que conocía a la perfección el cuerpo de María, y cuyo escrutinio tanto temía Doña Clara, parecía encantado de observar la transformación de su señora y paciente, y si algo intuyó o sospechó en contra de lo evidente, se cuidó mucho de expresarlo. El propio sir Amyas Paulet, que tan refractario se había mostrado en todo momento a los encantos de María, parecía mirarla a ella con otros ojos y la trataba con una cortesía desconocida en él que distaba mucho del agrio pulso que había mantenido siempre con su prisionera. Cuando bajó personalmente a consultarle si le agradaría que organizara una cacería en dirección al cercano Tixall, todos los servidores de la reina de Escocia lo interpretaron como feliz signo de que aquel duro corazón puritano había quedado por fin tocado por la gracia y bondad de su cautiva.

Por su parte, Doña Clara vivía ahora en una extraña especie de limbo, con su corazón dividido entre el deseo y la esperanza de ser liberada de Chartley y reunirse con el capitán Forcada, y el impulso de dar felicidad y consuelo a aquellos servidores de la reina a los que pronto abandonaría, y que tanto habían visto sufrir a la señora a la que sustituía y tanto ellos mismos habían sufrido por su causa. Un mensaje

contenido en el barril le había anunciado dos semanas antes que estuviera preparada para cuando el capitán Bruce se comunicara con ella. Pero después de esto había vuelto otra vez el cervecero y ningún otro mensaje le llegó. Debía regresar éste de allí a dos días, y confiaba en que para entonces el barril le trajera el mensaje definitivo.

Pero hoy procuraba no pensar más en esto, ni en la inquietud que le produjo enterarse de la reciente visita de un enviado del secretario Walsingham, un tal Thomas Waad, cuyas intenciones le eran desconocidas. Prefería confiar en que la verdadera reina de Escocia estaría ya a salvo en Flandes y que el capitán acaso en esos mismos momentos galopaba de regreso a Gayton para ponerse al frente de su liberación. Además, la idea de la cacería le excitaba. Podría mostrarse como una auténtica reina ante la nobleza del lugar y muchos de aquellos gentilhombres y damas, secretamente afectos a la persona de María Estuardo, podrían creer estar viéndola y tratándola por su medio, y luego divulgarían lo hermosa y regia que la hallaron, lo afable y bondadosa, lo digna que era de ceñir la corona de Inglaterra si llegara la ocasión.

Custodiada por sus secretarios Nau y Curle y por el médico Bourgoing, la comitiva atravesó la paramera que les separaba del bosque. La señora de Bellegarde trotaba exaltada por el alegre sonido de los cuernos de caza, las voces de los ojeadores, el relinchar de los caballos y los ladridos excitados de los perros. De la todavía lejana frondosidad surgió un altivo gamo, y con elásticas zancadas, hizo un quiebro y volvió a internarse entre los árboles. La jauría lo olió y, como un voraz ejército, comenzó la persecución. Doña Clara espoleó su caballo y se lanzó tras ellos, agitada por la felicidad que desde niña le producían las cacerías, y recordó de pronto la última en la que había participado en los bosques de Vincennes, el verano anterior, en compañía del señor de Villeroy. Pero cuando vio a lo lejos, rezagado, a sir Amyas Paulet, se acordó de la reciente enfermedad por la que éste había pasado, y refrenó su montura del impulso inicial, para aguardar que su carcelero llegara hasta su altura y agradecerle el regalo que le había hecho de aquel bello entretenimiento.

Pero en lugar de mostrar gratitud, Paulet fijó la mirada más allá de la señora de Bellegarde, por donde avanzaba un grupo de jinetes desconocidos en dirección a ellos.

Los servidores de la reina de Escocia, que habían retrocedido para reunirse con Doña Clara y Paulet, cruzaron miradas de expectación e inquietud que iban desde la secreta esperanza de los que confiaban en que los que veían avanzar hacia ellos fueran caballeros católicos que se proponían liberarles, hasta la aprensión de otros que temían no fuesen instrumento de una celada para matar allí a María Estuardo.

La señora de Bellegarde se angustió y preguntó a sir Amyas si conocía quiénes fueran aquellos jinetes. El carcelero calló.

Envuelto en una nube de polvo, el grupo de hombres armados se detuvo ante ellos y el que parecía ser su jefe desmontó y se encaró con la que pensaba era la reina de Escocia. Iba vistosamente vestido de sarga verde recamada con lujo, y se presentó sin

muchas ceremonias como Thomas Gorges, emisario de su majestad la reina de Inglaterra.

—Señora —comenzó a decirle con sequedad—, mi ama la reina halla muy extraño e ingrato que vuestra majestad, contrariamente al tratado y compromiso entre ambas concertado, haya osado conspirar contra su vida y contra el Estado animando a secretos enemigos de su real persona para que la asesinaran, algo que no hubiera en ningún modo creído de vuestra majestad si no hubiera visto con sus propios ojos las pruebas de vuestra traición y no estuviese por ello completamente segura de vuestra culpa.

Doña Clara miró en torno suyo los rostros de sus criados y el duro e inexpresivo de Paulet y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Protestó con voz ahogada su inocencia y cómo siempre se había conducido como una buena amiga y hermana de Isabel, a pesar de haber recibido tan injusta prisión por tantos años, y aseguró no haber deseado ni tramado otra cosa que recobrar su libertad y el alivio a los padecimientos y rigores que sufrían los católicos de aquel reino, y que si alguna prueba le habían mostrado a la reina de lo contrario, sería mala y mendaz obra del secretario Walsingham y los de su secta, que tan mal la querían y con tanto ahínco habían buscado siempre su perdición.

Esto último lo dijo mirando directamente a los ojos de sir Amyas Paulet, quien pareció hervir de santa indignación ante aquellas palabras y se aferró a las riendas de su caballo para contenerse de no responderle con alguna cólera. Pero Gorges y su guardia armada no tenían ni deseos de escucharla ni tiempo que perder, e inmediatamente el emisario de la reina de Inglaterra ordenó a los suyos que tomaran las personas de sus servidores, que tan culpables eran del delito como su señora, y los separaran de ella.

### *La Torre de la Sal*

Pasado un tiempo sus verdugos dejaron repentinamente de atormentarle. Simplemente parecieron haberse olvidado de él. Fue trasladado a una nueva celda que era una especie de estrecha covacha excavada en uno de los viejos muros, podrido por la humedad, cerrado con una verja y en el que apenas cabía el cuerpo de un hombre en posición permanentemente encogida. Fue abandonado allí sin que ni siquiera todos los días le llevaran alimento y agua: algunas veces hubo de recurrir a beber sus propios orines en el mismo único cuenco que debía utilizar tanto para contener el agua como para evacuar los pocos desperdicios que su organismo producía. Su columna estaba tan dolorida que apenas podía erguir el cuerpo y sus manos y pies, ennegrecidos y tumefactos, eran casi por completo inútiles. El dolor que sentía casi constantemente en muñecas y tobillos era tan intenso que a veces le hacía perder el conocimiento. En cambio, la herida en el brazo había cicatrizado por sí sola, cumpliendo así la profecía que le hiciera años antes en Madrid una gitana, cuando aún no le apuntaba la barba, de que no moriría por el hierro, sino por el agua. La gitana le profetizó también que ganaría y perdería grandes sumas de dinero, que viviría con quietud hasta la edad de veinte años, y luego sin reposo, y que amaría a dos mujeres en su vida y a ambas haría desdichadas.

Cuatro o cinco meses después, lo sacaron de aquella inmunda mazmorra. Cuando vinieron a por él no podía tenerse en pie. Su hedor debía de ser tan nauseabundo que los propios carceleros se negaron a transportarlo en unas andas y uno de ellos le vomitó encima. Tirado como un guiñapo en un corredor de la prisión, le lanzaron cubos de agua desde lejos y obligaron a otro prisionero a arrancarle los harapos y vestirle con una saya de basta y sucia tela. En una falúa entoldada cruzó el río Támesis desde Southwark hasta la Torre. Le desembarcaron en la Puerta del Traidor y fue conducido a una celda en una de las torres del recinto interior de la ciudadela que llamaban Torre de la Sal.

Su compañero de prisión era un sacerdote llamado Ralph Bickley, a quien los carceleros trataban con cierta consideración.

—El señor Nicholas Berden —le explicó el cura—, que se ha ocupado en delatar y prender a muchos católicos, tiene algunos amigos en el consejo de los que espera recibir la merced de que me liberen y envíen en Francia, y yo les tengo prometidas a éste y al alcalde de esta prisión treinta libras por que me hagan este servicio. Así, con la esperanza de obtener su recompensa, los carceleros me dan mejor tratamiento que a otros, y me permiten officiar la misa, administrar los sacramentos a los muchos católicos que aquí se hallan, y recibir algunas visitas y correspondencias. Si me

referís vuestro caso, quizá pueda hablarles también en favor de vuestra merced y procurar se le rescate.

Pero Forcada no quiso fiar tanto del sacerdote, por temor de que no fuera uno de los soplones que bajo esta cobertura solían poner los del consejo a los presos de los que esperaban obtener alguna declaración. Así nada de verdad le dijo de quién era ni la causa de su prisión, sino que le contó era soldado español que habían tomado en Flandes los hombres del Conde de Leicester, y que él confiaba que, en su momento, se trataría de su rescate o de intercambiarlo por algún inglés de calidad que fuera a su vez prisionero del Duque de Parma.

Por ello se convenció el padre Bickley era su compañero de celda persona de calidad, y observando lo flaco que estaba y que apenas podía valerse por sí mismo ni caminar, hizo por favorecerle todo lo que estuvo en su mano. De algún modo, consiguió un unguento que, a pesar de su mal olor, aplicado en las articulaciones, aliviaba en gran medida el dolor en muñecas y tobillos. Bickley le daba también de comer de su propia comida, consiguió nuevos vestidos más a propósito para cubrir el cuerpo de un gentilhomme y, en fin, pareció tomarle tal afición que incluso le asistía en hacerle de bastón y apoyo para que ejercitara sus piernas caminando por la celda, además de darle compañía y conversación, que tras los meses de aislamiento en que había vivido, era lo que más estimaba Forcada y más consolaba su ánimo.

Por este sacerdote fue por quien se enteró el capitán del juicio y ejecución de Ballard, Babington y los demás desdichados gentil hombres que Gifford y Poley habían embaucado. Los detalles de las ejecuciones, semejantes en todo a los que le habían anunciado Topcliffe y Robledo en la Marshallsea, horrorizaron a Forcada. Se decía que la propia reina Isabel había quedado tan conmovida por la crueldad empleada con los reos, que en la segunda tanda de ejecuciones que se celebró al día siguiente de la de Babington y los principales conjurados, se ahorcó a conciencia a los condenados y sólo cuando estaban bien muertos se les castró, evisceró y descuartizó. Para entonces Gifford estaba oportunamente de vuelta en París, aunque se rumoreaba que la reina le había recompensado con 100 coronas de renta perpetua. Por su parte, a Poley se le había encarcelado para cubrir las apariencias, aunque ningún católico se engañaba acerca del papel que había desempeñado en aquel drama.

Pero lo que más golpeó e inquietó al capitán fue la noticia de que la reina de Escocia había sido arrestada a finales de agosto y confinada en el cercano Tixall, a la vez que sus secretarios Nau y Curle eran detenidos e interrogados repetidamente para que declararan los secretos de la correspondencia de María y aportaran pruebas de su implicación directa con los conjurados. Luego habían conducido a la reina de Escocia a Fotheringhay, donde se la juzgó como a traidora, y el tribunal tan adverso que se había formado para entender de su causa no vaciló en pedir a Isabel la pena de muerte para la prisionera. El retraso en que la reina de Inglaterra se decidiera a firmar la condena se atribuía a su temor a levantar en contra de su persona la opinión de los demás monarcas de Europa por atreverse a matar a una soberana ungida.



La noticia afectó tanto a Forcada, que a partir de que la entendió pareció querer dejarse morir, y a pesar de su insistencia, desde entonces Bickley no consiguió que probara apenas bocado. El capitán se pasaba los días tumbado en su jergón sin querer hablar, ni escuchar palabra, ni participar en la misa, ni moverse siquiera, lo que tenía apesadumbrado y confuso al sacerdote.

Unas semanas después, le llegaron al sacerdote cartas del exterior y, con gran sorpresa, vio que una de ellas, enviada desde Reims, iba dirigida al señor de Forcada. El momento en que le entregó la misiva fue el primero en mucho tiempo que vio a éste cobrar vida y salir de su letargo. Aunque le dominaba la curiosidad por conocer qué contendría aquella carta y quién se la enviaría, el sacerdote se apartó respetuosamente a un rincón de la celda para dejar que el capitán leyera en paz.

Con torpeza y dificultad, las manos abotargadas de Forcada rompieron el lacre que la cerraba y desplegaron el papel, que venía firmado al final por Joseph Creswell. Pero dentro de él se contenía otro más pequeño, también lacrado, en cuyo exterior leyó un simple «Don Martín» que sus ojos reconocieron en seguida como escrito por la mano de la señora de Bellegarde.

Forcada acercó una vela y comenzó a leer primero la carta de Creswell:

*Señor de Forcada,*

*De Londres ha llegado nueva se halla vuestra merced en la Torre, y por la vía de un buen católico que tiene allí entrada le envío ésta para referirle con brevedad cuanto acaeció desde que nos separamos en la casa de lady Margaret. Que fue que partí con los caballos, como vuestra merced me había ordenado, hasta el lugar que me señaló, que fue harto difícil para hombre de mis pocos recursos el guiarme por lugar tan arduo y en la oscuridad, y me detuve en donde creí ser más a propósito para aguardar vuestra venida. Mas luego de quedar allí por muchas horas, escuché unos disparos y griterío de gente a no mucha distancia de donde yo aguardaba, y por certificarme de lo que fuera aquello, me acerqué sin el estorbo de los caballos, lo más a resguardo y escondido que me fue posible, al lugar de donde las voces procedían, viendo entonces cómo llevaban prendido a vuestra merced, de lo que me dolí lo que no os puedo representar. Luego entendí habían prendido también al padre Kyrrell, que dejó tomaran su persona para cubrir la huida de vuestra merced. También prendieron a lady Margaret, que murió de los tormentos a los que sometieron su persona en Londres.*

*Determiné luego de huirme a donde estaban el señor Owen y vuestro criado Guillaume para ponerles sobre aviso del mal suceso y concertarnos en lo que habríamos de hacer en adelante. Mas a mi llegada encontré todo mudado y muy otro del modo en que vuestra merced y yo lo dejamos. Y la causa de ello fue la venida del criado del señor embajador Herman Cartelegar con la noticia de que el Robledo había muerto a Jerónimo López y prendido al señor Blood, y que él traía orden de Don Bernardino de que nos volviéramos todos en Francia sin poner mano en lo de liberar a la reina de Escocia. Trájonos también noticia de que habían matado en el camino de Nantes al señor Benedetto Capello. La nueva de la desgracia que había acontecido a vuestra merced redobló las razones del Cartelegar y desanimó a los otros, que se vieron perdidos y desesperados, si no que vuestro joven criado nos representó cómo no podíamos abandonar a sus carceleros la persona de la reina de Escocia, que movió la piedad aun del dicho Cartelegar.*

*Resolvimos pues hacer lo planeado a la primera ocasión, pero sucedió que al cervecero por cuyo medio pensábamos concertarnos con el capitán Bruce y la prisionera, se le prohibió volver a entrar en el castillo. Discurrimos entonces la manera de continuar con nuestro intento, pero no hubo ocasión de ejecutarlo, que luego entendimos habían trasladado a la señora reina de Escocia a un lugar llamado Tixall y la mantenían en estrecho confinamiento, apartada incluso del trato de sus servidores, y nos llegaron nuevas de que el señor Babington había sido prendido en Uxedon, cerca de Harrow, y que por todas partes se estaba prendiendo a los católicos sospechosos. El señor Cartelegar nos ordenó entonces*

*partir, lo que hicimos juntos pasándonos a Gales, reino en el que el señor Owen tiene muchos deudos que nos socorrieron hasta que pudimos embarcarnos en secreto y llegarnos en Flandes, de donde vinimos a Francia vuestro criado Guillaume, el señor Cartelegar y yo. En nuestra ausencia estuvo el Gifford hablándole a Don Bernardino, el cual se recató con él y lo sobrellevó encubriéndole conociera lo gran bellaco y traidor que era, y refiriéndole sólo lo que le interesaba comunicara al secretario de la reina de Inglaterra.*

*Habiendo entendido Don Bernardino por lo menudo cuanto habíamos tratado, estuvo al principio cerca de caer en alguna cólera con nosotros, y a quien más culpaba del mal suceso y ruina de todo era a vuestra merced. Mas serenándose luego, estimó más en vuestro favor el negocio, y aun alabó vuestro valor y lo cerca que había estado vuestra merced de salir con su intento de conseguir el testamento de la reina de Escocia, que hubiera resultado en gran avance de la causa de nuestra religión. Conmovido de vuestro infortunio, ha instruido a algunos que allí le sirven para que traten del rescate por vuestra persona, con esperanza de alcanzar vuestra libertad.*

*Yo quedo en este seminario de Reims colgado del suceso de los tratos para rescatar a vuestra merced, y por la vía de quien le dará esta carta podrá vuestra merced enviarme cualquier papel. Con ésta le envió un billete que me confió el padre Egleston, por cuyas letras conocerá la mano que lo escribió. De Reims a 22 de enero de 1587.*

JOSEPH CRESWELL

Al terminar de leer la carta, Forcada acercó el papel a la llama de la vela con cuidado de no quemarlo, y sobre lo escrito en uno de los párrafos, apareció entre líneas otro texto escrito con jugo de limón:

*El secreto que vuestra merced nos hizo jurar guardaríamos ante el señor Don Bernardino de lo del intento de liberar a la reina de Escocia, volvimos a jurar todos mantenerlo llegados que fuimos en Flandes, y así el dicho embajador no conoce la verdad de este caso fuera de lo que el señor Cartelegar le ha referido, y confía Don Bernardino en que fue vuestra merced prendido cuando se encaminaba a poner en sus manos el testamento de la dicha reina. Y de la señora de Bellegarde se le dijo había escrito a la misma reina en lo del testamento, por ser antigua y gran amiga suya, y se había partido luego a El Havre de Gracia a aguardar la respuesta y la venida de vuestra merced.*

Después el capitán abrió el billete de la señora de Bellegarde:

*Mi señor Don Martín,*

*Si por mi infortunio esta carta llega a tus manos, será señal de que habrá acontecido lo que esta noche en mi corazón temo ocurra, y así deseo desde este papel mirarme en tus ojos la postrera vez antes de que, con el favor de Nuestro Señor, Él nos reúna en su Gloria y ya no me separen en delante de ti ni la desdicha ni el mundo. Que por mi verdadero esposo siempre te tuve y por unida a tu persona con vínculos más sagrados que los del matrimonio, y así deseo morir sin que dudes un momento de que mi amor y mi bendición te acompañan. Muero agradecida por la merced que Dios me hizo de conocer al fin la verdad de tu amor, que colma en todo extremo cuanto deseé, pues que con sólo la gracia de verte cerca la vida me otorgó el galardón de cuanto en ésta merece estimarse, tanto más cumplidamente me premia el entender que me quisiste con la misma tierna devoción que yo te amé.*

*Mi corazón deshecho entrego entre tus manos y ruego a Dios y a Nuestra Señora la Virgen María, Su Madre, sean en tu guarda, señor mío.*

CLAIRE DE CHESNE

## *Fotheringhay Castle*

### Carta de Don Bernardino de Mendoza a su majestad. De París a 7 de marzo de 1587.

*El haberse detenido este correo me ha dado tiempo para escribir a Vuestra Majestad lo que he entendido después de mis despachos de 6, que es haberse mostrado este Rey Cristianísimo en público con luto por la Reina de Escocia, y lo mismo la Reina madre y toda la nobleza de esta corte, como se acostumbra por las personas reales. Asimismo tiene resuelto este Rey se hagan las obsequias en la iglesia mayor de aquí, que es la de Nuestra Señora, hallándose en ellas él en persona.*

*Me ha referido persona que oyó al mismo Rey en su cámara haber recibido de su embajador en Inglaterra relación particular de cómo había sido degollada la Reina de Escocia. Y fue que Beale, secretario del Consejo Privado, cuñado de Walsingham, llevó el mandato y el verdugo de Londres a Fotheringhay, por no querer serlo ninguno de los de aquel lugar, y en presencia de Paulet y Grey dijo a los 17 del pasado, a las nueve horas de la noche, a la señora Reina de Escocia, que la de Inglaterra tenía mandado la degollasen, cosa que la de Escocia oyó sin alterarse y aun sin mudar de color, respondiéndoles que pues aquello había de ser, holgaría tener persona que le ayudase a prepararse a bien morir. Y presentándose dos diablos de los que allí llaman obispos, les preguntó si eran católicos, y diciéndole ser obispos cristianos, les replicó que ella era católica y profesaba la religión de sus antepasados, en la cual moriría, que se fuesen, que no tenían que estar delante de ella.*

*Y con esto se retiró, estando toda la noche en oración con un crucifijo en la mano, consolando a sus criadas con grandísimo valor y entereza, significándoles la merced que Dios le hacía de sacarla de poder de tan mala mujer como la reina de Inglaterra. Este Rey de Francia afirma haber comulgado aquella noche la reina de Escocia, por haber alcanzado licencia de Su Santidad, años ha, para poder entretener cerca de sí el Santísimo Sacramento, y por hallarse con ella, entre los pocos criados que le dejaron, en figura de lego, un clérigo, que ha sido un gran beneficio que Nuestro Señor le ha hecho.*

*Por la mañana pidió uno de los mejores vestidos que tenía y con él salió de su aposento, mandando la llevase de la mano su mayordomo mayor, como solía, a quien dijo que pues ella no había podido recompensar su servicio, que fuese al Rey Jacobo su hijo y le llevase su bendición en su nombre. Después de esto entró en otra pieza donde estaba un tablero cubierto de negro y hasta cuarenta personas, donde protestó moría católicamente y haber procurado libertad por todas la vías posibles, pero no haber buscado jamás la muerte de la reina de Inglaterra, y si bien sus pecados merecían otra muerte más cruel que aquélla, era del todo inocente en el otro particular.*

*El verdugo se quiso entonces llegar a ella para quitarle el collar, a quien dijo se estuviese quedo, que ella le llamaría cuando fuese tiempo, y después de abierto el collar ella misma y llamado a una dama suya para que le pusiese en los ojos una banda, se hincó de rodillas sin perder toda su majestad y llamando entonces al verdugo que viniese dijo tres veces en voz alta, que todos lo oyeron, in manus tuas, etcétera.*

*Cortada la cabeza, el verdugo la tomó y la mostró a dos o tres mil personas que estaban alrededor de la casa. En Londres no se contentaron con sonar todas las campanas y hacer grandes fuegos, sino que este Rey de Francia ha dicho le escribió su embajador que le forzaron a que diese leña, sacándola de su casa, para hacer un fuego muy grande delante de ella, que es desafuero y exorbitancia que jamás se ha hecho con embajador de príncipe tan poderoso el hacerle tal fuerza, y siendo para regocijarse por la muerte de una Reina que lo fue de Francia, quien había entrado en Inglaterra con el acuerdo de la misma Reina de allí, y contra todo derecho humano y divino rompió su ser teniéndola por prisionera.*

*Yo estoy cada día aguardando avisos de Inglaterra, que desde la venida del señor Carteleger los he tenido muy escasos por lo recatados y sospechosos que los de allí andan desde que sucedió lo de la Reina de Escocia. Y así no he podido entender nada más en la materia de aquel Saúl a quien se acordará Vuestra Majestad envié en Inglaterra por el testamento de la dicha Reina, y que fue prendido,*

*más de que quedaba preso en la Torre. He encomendado a personas que bien podrán hacerlo se ocupen de tantear si se le podrá liberar tratando del rescate o del canje, que procurarlo toca tanto a mi honor por los muchos servicios que a Vuestra Majestad tiene el dicho Saúl hechos y por que no se pierda su persona, la cual tengo por digna de estima y de recibir de manos de Vuestra Majestad la merced que le tiene prometida no obstante los yerros que hizo y malos pasos que dio en el tiempo de su juventud y que se refieren en la carta del señor Mateo Vázquez que Vuestra Majestad me envió, pues que de tales pecados llevará la cuenta Nuestro Señor y no es jurisdicción de mortales entender en ellos. Y quiero representar a Vuestra Majestad lo mucho que se perdería, el mal ejemplo que sería y razón de que se desanimaran los pechos de los que en estas partes sirven a Vuestra Majestad en las inteligencias con Inglaterra si levantáramos la mano de procurar liberarlo por cualquier medio.*

*De París a 7 de marzo de 1587.*

*BERNARDINO DE MENDOZA*

*Gloriana*

La puerta de la gran sala se abrió y entró con paso majestuoso una señora vestida con toda la suntuosidad imaginable de blanco, amarillo y oro. Avanzó hacia la silla de brazos y respaldo alto enmarcada por un dosel de rico carmesí y coronado con las armas de la casa de Inglaterra situado en el centro, y observándole como si estuviera mucho más lejos de lo que realmente estaba, tomó asiento con regio ademán. El impulso de Forcada fue postrarse ante ella, pero había quedado reducido a tal invalidez que, cuando lo intentó, sólo consiguió caer indignamente al suelo como un fardo.

La reina se sobresaltó y ordenó con un gesto al alcalde de la Torre y a sus hombres que ayudaran al capitán a incorporarse y volver a su silla. Después mandó que todos se marcharan y la dejaran a solas con el prisionero. Como el alcalde le sugiriera alarmado que no era prudente quedarse indefensa y sola ante hombre tan peligroso y enemigo declarado de su majestad, Isabel contestó:

—Bien vemos se ha encargado el señor Topcliffe de hacerlo menos peligroso, y en cuanto a enemigo, un gentilhombre español y soldado de cuenta como éste conoce mejor que vuestra merced qué sea honor y cómo aun con los enemigos se ha de emplear. Así que marchad sin cuidado, que tenemos nuestra vida por más segura en su cercanía que en la de vuestra merced y el señor secretario Walsingham.

Después que los dejaron a solas, Isabel observó con interés al español, y tras un breve silencio, su rostro, al principio cortés, pareció ensombrecerse al decirle:

—Muy mal deservicio nos ha hecho vuestra merced con buscar por todos los medios quitarnos la vida y revolvemos el reino, que el solo pensamiento de ejecutar tales agravios a nuestra persona bastaría para hacerle condenar a la muerte infamante de los traidores.

—Vuestra majestad debe conocer bien cómo nunca fue mi propósito atentar contra su sagrada vida. Ni mi señor el rey de España me envió aquí para tratar en cosa tan desatentada, ni mi honor de gentilhombre hubiera sufrido poner mano en tan mal intento. Que sólo vine aquí para servir a mi rey, y no llevé otro fin que aliviar el mal tratamiento que tan injustamente vuestra majestad, o los ministros que la sirven, por tantos años han hecho a la señora reina de Escocia.

—Nunca quisimos mal a esta señora prima nuestra y en ningún momento dejamos de procurar por todos los medios llegar a un acuerdo y concierto que le permitiera quedar libre a ella y a nosotros disponer sin inquietud del trono que por nuestra sangre y derecho nos corresponde. Vuestra merced debe conocer en cuántas ocasiones, a pesar de protestar su amistad y lealtad a nuestra persona, la señora reina

de Escocia conspiró contra nuestra vida y nuestro Estado, intrigando con nuestros enemigos de dentro y fuera de este reino, y cómo a despecho de las innumerables pruebas que de sus malos tratos tenemos, siempre la protegimos de la justa cólera de los que nos aconsejaban diéramos castigo proporcionado a las afrentas que nos hacía.

—Vuestra majestad sabe mejor que nadie —se atrevió a interrumpirla Forcada— que esta última conjura que ha costado la vida al señor Babington y sus camaradas es toda traza y falsa conspiración de vuestro ministro el señor Walsingham, que tan mal quiere, como todos los de su secta, a esta desdichada señora.

Isabel pareció hervir de indignación en su regia silla por verse así interrumpida y le miró agraviada y amenazadora:

—Cuídese vuestra merced de las palabras que pronuncia y acuérdesse de que el último español que nos habló del modo que acaba vuestra merced de hacerlo salió afrentosamente de nuestro reino, y sólo conservó la vida por respeto de ser vasallo y embajador de nuestro cuñado el rey de España, con quien siempre hemos deseado mantener la paz y antiguos vínculos que unen a nuestras casas. Mas no siendo vuestra merced sino espía y magnicida, con toda justicia podemos aplastarlo como a sedicioso, pues a ello nos autorizan todas las leyes divinas y humanas.

—Mi pobre vida es vuestra y puede vuestra majestad disponer de ella a su antojo, que antes quisiera morir que ofender a vuestra majestad y en nada estimo ya esta triste ruina en que han mudado los rigores de vuestros carceleros mi persona, que aun sería para mí gran consuelo verme en la otra verdadera vida con las personas que por mi infortunio y pecados han dejado ya la suya en esta empresa —dijo Forcada con la voz tocada por una intensa emoción que inmediatamente pareció conmover a la reina.

—¿Amabais mucho a esa señora?

La pregunta quedó suspendida en el aire sin respuesta. Forcada bajó la cabeza de un modo que pareció una afirmación. Acaso debido a la emoción, y a que su corazón bombeaba ahora la sangre a toda prisa, le volvieron los dolores en las muñecas con tal intensidad que faltó poco para que perdiera el conocimiento.

—Es extraño y cruel el mundo, y os certificamos que algo sabemos en ello por nuestra experiencia y el ser mujer. Esa señora debió de amaros mucho para poner en tal riesgo su vida y morir sin desfallecer ni un instante del deseo de servirlos. Sabemos que se crio y vivió entre reinas y a fe que supo morir como tal, que nos no hubiésemos hallado otra que en nuestro lugar muriera con mayor majestad y realeza que ella lo hizo. Y aunque no estamos seguros de que vuestra persona sea digna de tal señora, ni de merecer la gracia que ella sin duda merecía alcanzar, el ver cómo ella os amó, y nuestra naturaleza de mujer, nos inclinan a tener piedad de vuestra persona y, ya que no pudimos respetarle la vida a esa señora, hacerle la merced póstuma de otorgarle la vuestra.

La reina se levantó súbitamente después de estas palabras y, como si estuviera a solas, se dirigió hacia uno de los ventanales que daban a un patio conocido como el Jardín de la Reina, y murmuró como para sí:

—Sangre, sangre y siempre sangre derramada. ¿Cuándo se saciará el terrible Leviatán de este siglo de beber la sangre de tantos inocentes?

Y volviendo su mirada hacia el capitán, continuó:

—Señor de Forcada, vuestra vida por una promesa. Como el capitán levantara su rostro hacia ella, Isabel continuó:

—A costa de su corazón, y aunque fuese muy otro su pensamiento, vuestra merced nos ha hecho un gran servicio involuntario, como es habernos permitido salvar la vida de nuestra prima la reina de Escocia ofreciéndonos a cambio la de la señora de Bellegarde. Ahora, para el mundo, María Estuardo ha muerto, y de ello nos culpan llamándonos la nueva Jezabel. Nuestro secretario, el señor Walsingham, y el Conde de Leicester celebran el fin de la que para ellos era la peor enemiga y mayor amenaza para su religión, estado y hacienda, y nos deseamos que así lo crean siempre. —Así, ¿la reina de Escocia vive?

—Vive la vida que ella misma nos solicitó la merced de vivir en adelante, lejos de estas tierras, en un convento de su elección cuyo nombre nadie debe saber pues del secreto ante el mundo pende su vida, en reposo y sosiego hasta que Dios decida llevársela consigo, que es cuanto ella desea, y cumple lo que a nos más nos acomoda.

Forcada se postró ahora con mayor suerte que la otra vez y agradeció la merced que le hacía de haber respetado la vida de María Estuardo.

—Álcese vuestra merced, que no es ésta gracia que a vuestra persona hacemos, sino potestad que los príncipes tenemos de decidir en la vida de nuestros vasallos lo que más se ajusta a la conservación de los estados que Dios nos concedió gobernar. Nunca fue nuestra voluntad derramar la sangre de una reina ungida como nos, y aunque hayamos de arrostrar ante el mundo el nombre de haberla derramado, vuestra merced será testigo, entre otros pocos, de cómo nuestra conciencia está libre de esa mácula, por más que nos convenga y acomode que otros crean lo contrario. Por ello os pedimos el juramento de que siempre guardaréis el secreto de lo que ahora conocéis, y de que ninguna otra lealtad os apartará de respetarlo hasta el fin de vuestros días.

—Y yo se lo hago cumplidamente a vuestra majestad.

Isabel le sonrió y observó con cierta regia coquetería:

—Es lástima que un caballero tan gallardo y de tan gentiles partes como vuestra merced haya venido en nuestro reino con tan malos deseos hacia nuestra persona, y que por esta causa haya padecido las atenciones del señor Topcliffe y quedado reducido a tan triste estado como al presente está. En otro tiempo y en otras circunstancias hubiéramos holgado con vuestro trato y os hubiéramos alzado a nuestra estima y confianza. Quedará libre vuestra merced de retornar a los estados de nuestro cuñado el rey de España, con promesa de no volver a pisar en nuestros reinos y de guardar el secreto que ya sabe. Y esta libertad que se le otorga será debida a nuestra entera gracia, aunque cobraremos el rescate que por vuestra persona ha ofrecido Don Bernardino de Mendoza, cuyos ducados tomaremos, no por codicia,

sino por cobrar a Don Bernardino parte de lo mucho que nos debe por los grandes deservicios que nos hizo en el tiempo que fue aquí embajador. Cuando lo vea vuestra merced, recuérdale cómo aún aguardamos nos cumpla la palabra que nos dio de que si no como ministro de paz, nos serviría en la guerra. Y en cuanto a nuestro cuñado el rey de España, debéis certificarle que si nos gana y conquista el reino, como al parecer desea, la dicha conquista le dará más fiables títulos para disfrutar del trono de Inglaterra que cualquier testamento y última voluntad de reina destronada y difunta.

Y dando unas graciosas palmadas de aviso a la guardia para que entrara en la sala a escoltarla, la reina se incorporó y salió con majestuoso paso sin volver a dirigir su mirada hacia él, como si, súbitamente, la persona del capitán se hubiera hecho lejana e insignificante.



*La sombra*

Ya anocheecía cuando Guillaume llegó a la iglesia de Saint-Catherine-du-Val-des-Écoliers. El lugar lo había conocido por indicación del señor Castellanos, a quien había ido a visitar en la casa del nuncio para pedirle que le diera noticias del paradero del capitán. Castellanos le había revelado dónde al presente reposaba Forcada tras su regreso de Inglaterra, pero también le previno:

—A pesar del afecto que sé le profesa, acaso sea inútil vuestro intento, pues siento no querrá le vea vuestra merced en su actual estado. El señor Forcada ha tornado tan otro del que era, que vuestra merced no lo conocería. Ha quedado inválido de ambas manos y apenas se tiene en pie, que fue la cosa más dificultosa del mundo traerlo a París, pues apenas podía valerse por sí mismo, y hubo que tomar un carruaje, y aun así sus padecimientos nos impedían avanzar en nuestra jornada sino muy despacio y reposando a cada tanto. Mas lo peor es lo afligido que está en su ánimo, que no descubre su pecho a persona, rehúye el trato de todos y vuelve el rostro cuando piensa no le ven para llorar tantas lágrimas como en mi vida he visto llorar a persona.

En Saint-Catherine anunció quién era, y tras hacerle quien le recibió aguardar en la sacristía, se presentó ante él el padre Alderete:

—Conozco el amor que Don Martín tiene a vuestra merced, mas por esto mismo, le debo pedir no turbe su ánimo con su visita y deje repose y cure de las heridas que, más crueles que las del cuerpo, tiene vuestro señor en su alma.

Por más que Guillaume protestó y le representó al sacerdote los deseos que tenía de ver y consolar a su amo, el padre Alderete siguió negándose a permitirle ver al capitán.

—Vuestra merced no conoce la gravedad y la hondura de sus heridas y cómo vuestra presencia alteraría su ánimo, pues más que a criado, tiene a vuestra merced por hijo, que temo que el veros removería aún más su dolida conciencia por sus pasadas faltas y el desdichado fin que por su causa padecieron muchos de los que llevaron el negocio de Inglaterra, y muy en particular la señora de Bellegarde.

La sola mención de aquel nombre y la seguridad que el cura le dio de haber muerto Doña Clara, conmovieron a Guillaume, que tras unos segundos en los que no supo qué decir, perdió su paciencia y compostura y comenzó a enfurecerse con quien obstaculizaba su propósito:

—¡No sé quién seáis vos ni qué títulos ni autoridad os arrogáis sobre mi voluntad ni la del señor de Forcada, mas os juro que si no os apartáis en este punto y me declaráis dónde puedo ver a mi señor Don Juan, yo mismo revolveré esta iglesia hasta

dar con el lugar en que lo ocultáis y ni vuestra merced ni nadie será bastante para impedírmelo!

Alderete se asustó por la salida del muchacho, que incluso había echado mano a su espada sin consideración a hallarse en sagrado.

—¡Sosiéguese vuestra merced y atienda a unas pocas palabras que de mi boca saldrán y acaso sean causa bastante para que mude de parecer y se avenga a un término razonable! Que si tras oírlas no entiende vuestra merced suficientes las razones que me mueven a rogarle no turbe el sosiego de Don Martín, le prometo que no me interpondré en vuestra voluntad.

Guillaume aceptó lo que el padre le proponía, y dejando tranquila su espada, se avino a sentarse y escuchar lo que éste tenía que contarle.

—Lo primero que debe conocer vuestra merced es que en otro tiempo, siendo aún joven, este sacerdote que aquí veis, fue en Alcalá maestro de Retórica de Don Martín López de Ayala, a quien sin duda conocerá mejor vuestra merced por el nombre que al presente usa de Don Juan de Forcada. Por el trato que con él tuve, y porque sólo le aventajaba en cinco o seis años de edad, vinimos Don Martín y yo a ser grandes amigos mientras aquél estudiaba en las aulas de la universidad, y tomé por su persona la mayor afición, por ser tan buen y despejado alumno en ingenio y letras y tan noble y cristiana su conducta como no le puedo representar a vuestra merced.

»Ocurrió, sin embargo, que a los dos o tres años de estar Don Martín estudiando en Alcalá, mudó tan por entero su anterior buena vida y devoción al estudio, y alteró en tal modo su manera de proceder y compañías que frecuentaba, que perdimos la antigua amistad y trato que nos unían, de lo cual quedé yo bien sentido y sin consuelo por no explicarme cuál fuera la causa de esta mudanza suya e ir conociendo por otros amigos comunes los malos derroteros por los que discurría ahora la vida de mi pupilo y amigo.

»Mas cuando más apartado de su trato estaba yo, vino una noche a mi casa Don Martín a solicitarme le hiciera una gran merced, acordándome nuestra antigua amistad, representándome con tan ardientes palabras cómo de que se la concediera pendía su entera felicidad, y prometiéndome con lágrimas en los ojos volvería por mi mano a su anterior buena vida con tal de que accediera a hacer lo que me rogaba. Que no era esta merced otra que el que yo consintiera en casarlo en secreto con una rica doncella de Alcalá, por todo extremo hermosa y discreta, y de padres tan nobles y conocidos que no había en toda la ciudad mujer más estimada y celebrada, que llamábase Doña Constanza de Beaumont.

»Pareciome al principio el que me proponía negocio en el que había mucho de qué recatarse, pues no es el matrimonio asunto para secretos y precipitaciones, tratándose además de una dama de calidad como la que os he referido. Pero Don Martín me certificó estaban ya concedidas las amonestaciones y concertado con los padres el matrimonio, y estar el solo impedimento en realizarlo en el luto que habían de guardar por la muerte de un hermano suyo, recientemente fallecido, que habría de

correr aún medio año antes de que se pudiera efectuar la boda, que Don Martín no se creía capaz de sufrir, con el ardor propio de su edad, tan largo espacio de tiempo de espera sin llegar a gozar del amor con que la doncella le correspondía.

»Concertamos así, que una noche que la dicha doncella, con ayuda y cobertura de su ama, saldría de su casa en secreto, nos reuniríamos en una ermita que está fuera de las murallas de la ciudad, y allí, con los testigos que Don Martín llevaría, yo como sacerdote les uniría en matrimonio. ¡Si alguna duda quedaba en mi alma ante este concierto, ay, la ablandó Don Martín con darme cierta cantidad de dineros que yo, para mi infortunio, acepté acallando lo que mi conciencia me dictaba! Vino así a celebrarse la boda secreta y Don Martín a gozar del amor que con tan loco furor aspiraba a disfrutar, y los casados yacieron con la bendición salida de mi mano desde esa noche en adelante, hasta que una o dos semanas después llegó la nueva de que el hermano a quien se daba por muerto estaba vivo y recuperado de su grave enfermedad y que Don Martín había engañado a todos con la promesa del mayorazgo que le correspondería, y a quien más a la dama con la que yo le había en secreto casado.

»En unas semanas, endeudado y deshonorado, Don Martín hubo de dejar Alcalá, y vino en ella su hermano Don José con sus padres, habiendo entendido las promesas de matrimonio que el primero había hecho a la dicha doncella, y que nadie sino el Don Martín, yo y otros caballeros que fueron testigos, conocían se había en efecto consumado. Concertáronse los padres de la dama y los de Don José en celebrar la boda inmediatamente. Y como Doña Constanza, como discreta y honesta, confesara a sus padres el impedimento que en ello había por haber ya recibido de mis manos con todo el secreto el sacramento, no bastó este escrúpulo para que su padre no buscara allanarlo borrando la huella de ese oculto matrimonio que obstaculizaba el otro más honroso para su casa. Así, hombres que el padre de Doña Constanza me envió por medianeros, con amenazas y sobornos, forzaron mi voluntad y la de los otros testigos, que con oro bien se encubre verdad. Aunque para decirle a vuestra merced todo lo cierto del caso, no fue la sola codicia la que me movió a callar, sino que tuvo también su parte lo sentido que yo estaba con Don Martín por haberme engañado en lo de la muerte de su hermano, por lo que juzgué sería hacer buena justicia a sus desafueros el robarle a cambio la que fue causa de ellos.

»Tras recibir cada uno nuestras treinta monedas, ninguno de los que fuimos testigos de la secreta boda quedó en Alcalá, y ni tan siquiera en España, que unos se partieron a Italia, otros a Flandes y yo me vine en Francia, adonde moro desde entonces sin deseo de retornar algún día a mi patria. Pues cuando se disolvió en mi alma el furor que contra Don Martín sentía, me vine a representar el gran pecado que había yo cometido al consentir se hiciera el otro matrimonio contra todas las leyes humanas y divinas. Que aunque el primero se celebrara en secreto y sin el conocimiento de los padres de ambos, al fin era matrimonio canónico y legal, y libremente consentido por los dos contrayentes, y por tanto, a los ojos de Dios,

auténtico e indisoluble, en tanto el otro era monstruosa ficción y adulterio no habiendo mediado anulación del primero. Y aún mayor fue el infierno en que ha vivido mi conciencia desde entonces al saber cómo de la consumación del matrimonio que Don Martín y Doña Constanza hicieron vino a quedar ésta encinta de la única hija que al presente tiene, y cuya paternidad todos atribuyen al Don José no siendo él sino doblemente impostor por falso esposo y falso progenitor».

El padre Alderete quedó tan abatido tras referirle su historia que movió a Guillaume a apiadarse de él, y conmovido como él mismo estaba por aquella revelación que acababa de hacerle, durante unos largos minutos ni el mozo ni el sacerdote dijeron palabra.

Después el cura añadió:

—El alma del hombre es la más sutil y delicada maquinaria que el ingenio podría concebir, y tan semejante en todo al ser divino que la creó, que toda la industria humana no bastaría a reproducir ni aun uno solo y el más insignificante de sus elementos. Igual que una máquina detiene su curso cuando una de sus partes se ensucia o rompe, así el alma de Don Martín, que por tantos años viene arrastrando el mal rodar de sus pasados pecados, sacudida por los últimos pesares de su estada en Inglaterra, se ha roto y descompuesto, de tal modo que sólo la piedad de Nuestro Señor y los amorosos cuidados del Único Ingeniero que en el universo hay y conoce los sutiles mecanismos de nuestras almas serán capaces de componer de nuevo todas las piezas y volverlas a su auténtico y primer ser.

Guillaume salió a la calle Saint-Antoine aún abstraído en el recuerdo de lo que el padre Alderete le había contado, y el frío de aquella noche de abril no bastó a despejarle y despertarle de su ensimismamiento. Muchas cosas acerca de su señor que antes le eran desconocidas parecían ir hallando acomodo en el nicho misterioso y vacío que su conciencia les había reservado durante los últimos meses. Pero sentía su corazón tan unido al del capitán que no era la simple curiosidad lo que agitaba su alma, sino la certeza de ser parte del destino del capitán Forcada, como éste lo era ya del suyo.

Al pasar ante la iglesia de Saint-Paul le sacó de su introversión el percibir una extraña y conocida sombra que se escurrió por el muro ante sus ojos. Cuando se volvió en la dirección de donde debía proceder el ser que proyectaba aquella sombra sólo vio la calle desierta y, sin embargo, pudo oír claramente los pasos de alguien que corría escondiéndose entre las sombras. Echó así a correr él mismo tras aquellos pasos durante un trecho, pero al llegar a la calle del Jardín únicamente se escuchaba ya el sonido de sus propios pasos y desistió de continuar persiguiendo a una sombra que tal vez sólo fuera producto de su propia fantasía en aquel alterado estado de conciencia en que estaba sumida su alma tras la conversación con el padre Alderete.

La sombra que había creído ver era la de Robledo.



CARLOS JAVIER CARNICER GARCÍA (Ciudad Real, 1963) es profesor de Historia en un Instituto de enseñanza secundaria de Ciudad Real, escribe habitualmente artículos y reseñas en la revista *La Aventura de la Historia*. Es coautor de *Sebastian de Arbizu, espía de Felipe II. La diplomacia secreta española y la intervención en Francia* (1998), *Espionaje y traición en el reinado de Felipe II. La historia del vallisoletano Martín de Acuña* (2001) —que recibió el Primer Premio de Investigación Diputación de Valladolid 1999— y *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español* (2005).

*Forcada. El secreto de la Reina Virgen* fue su primera novela y el principio de una saga de la que *La cruz de Borgoña* constituye el segundo volumen.